

Rodolfo Porrini
coordinador

ALMACÉN
LAVANDERA

El Cerro, una comunidad obrera
en crisis (1957-1973)



biblioteca**plural**



CANTIN FRIGORIFICA

LECHERO VASCO

COMUNISMO

ALBAÑIL

ALMACEN

LAVANDERA

PANADERO

TROPERO

MAESTROS

PESCADOR

CARPINTERO

EL CERRO,
UNA COMUNIDAD OBRERA EN CRISIS
(1957-1973)

bibliotecaplural

Rodolfo Porrini Beracochea

(coordinador)

Rodolfo Porrini Beracochea • Francis Santana Da Cuña

Tania Rodríguez Ravera • Lucía Siola Poggi

Alesandra Martínez Vázquez

EL CERRO,

UNA COMUNIDAD OBRERA EN CRISIS

(1957-1973)

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la csic, integrada por Luis Bértola, Magdalena Coll, Mónica Lladó, Alejandra López Gómez, Vania Markarian, Sergio Martínez y Aníbal Parodi ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2020.

Producción editorial del equipo de Ediciones Universitarias:

Equipo de Ediciones Universitarias (diseño de interior)

Andrea Duré (diagramación de interior y tapa); Analía Gutiérrez (diseño de tapa);

Nairí Aharonián Paraskevaídas y Natalia Chiesa (revisión de textos)

© Los autores, 2020

© Universidad de la República, primera edición 2023

© Universidad de la República, segunda edición, 2023

Imagen de portada de Eduardo Labraga Curbelo.

Ediciones Universitarias,

Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (ucur)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)

Montevideo, CP 11200, Uruguay

Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906

Telefax: (+598) 2409 7720

Correo electrónico: <ucur@udelar.edu.uy>

<<https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/ediciones-universitarias/>>

ISBN: 978-9974-0-2035-1 (primera edición) y 978-9974-0-2094-8 (segunda edición)

e-ISBN: 978-9974-0-2036-8 (primera edición) y 978-9974-0-2099-3 (segunda edición)



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL..... | 11 |
| INTRODUCCIÓN, <i>Rodolfo Porrini Beracochea</i> | 13 |
| CAPÍTULO 1. | |
| LOS AÑOS SESENTA DESDE UN MICROCOSMOS: LA COMUNIDAD OBRERA DEL CERRO, <i>Rodolfo Porrini Beracochea, Lucía Siola, Tania Rodríguez Ravera,</i> <i>Francis Santana y Alesandra Martínez</i> | 21 |
| CAPÍTULO 2. | |
| ASPECTOS MATERIALES DE LA COMUNIDAD OBRERA DEL CERRO EN TORNO A LA VIVIENDA (1957-1973) <i>Francis M. Santana Da Cuña</i> | 47 |
| CAPÍTULO 3. | |
| LA OTRA EUROPA <i>HABITANDO LA VILLA DEL CERRO:</i> TENSIONES POLÍTICAS, ASOCIACIONISMO Y CULTURA (1957-1973) <i>Tania Rodríguez Ravera</i> | 73 |
| CAPÍTULO 4. | |
| SINDICALISMO Y COMUNIDAD EN EL CERRO DE MONTEVIDEO. UNA MIRADA A LAS RESPUESTAS OBRERAS FRENTE A CRISIS DE LA INDUSTRIA FRIGORÍFICA (1957-1963) <i>Lucía Siola</i> | 95 |
| CAPÍTULO 5. | |
| ENFOCANDO. EL 68 <i>CERRENSE</i> Y EL CALEIDOSCOPIO DE LA HUELGA FRIGORÍFICA DEL 69 <i>Rodolfo Porrini Beracochea</i> | 119 |
| CAPÍTULO 6. | |
| TRABAJOS Y EXPLOTACIÓN SEXUAL DE LAS MUJERES EN EL CERRO. UNA MIRADA DE GÉNERO (1955-1970) <i>Alesandra Martínez Vázquez</i> | 145 |
| COLOFÓN | 169 |
| BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES..... | 171 |

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

Vivimos en una sociedad atravesada por tensiones y conflictos, en un mundo que se encuentra en constante cambio. Pronunciadas desigualdades ponen en duda la noción de progreso, mientras la riqueza se concentra cada vez más en menos manos y la catástrofe climática se desenvuelve cada día frente a nuestros ojos. Pero también nuevas generaciones cuestionan las formas instituidas, se abren nuevos campos de conocimiento y la ciencia y la cultura se enfrentan a sus propios dilemas.

La pluralidad de abordajes, visiones y respuestas constituye una virtud para potenciar la creación y uso socialmente valioso del conocimiento. Es por ello que hace más de una década surge la colección Biblioteca Plural.

Año tras año investigadores e investigadoras de nuestra casa de estudios trabajan en cada área de conocimiento. Para hacerlo utilizan su creatividad, disciplina y capacidad de innovación, algunos de los elementos sustantivos para las transformaciones más profundas. La difusión de los resultados de esas actividades es también parte del mandato de una institución como la nuestra: democratizar el conocimiento.

Las universidades públicas latinoamericanas tenemos una gran responsabilidad en este sentido, en tanto de nuestras instituciones emana la mayor parte del conocimiento que se produce en la región. El caso de la Universidad de la República es emblemático: aquí se genera el ochenta por ciento de la producción nacional de conocimiento científico. Esta tarea, realizada con un profundo compromiso con la sociedad de la que se es parte, es uno de los valores fundamentales de la universidad latinoamericana.

Esta colección busca condensar el trabajo riguroso de nuestros investigadores e investigadoras. Un trabajo sostenido por el esfuerzo continuo de la sociedad uruguaya, enmarcado en las funciones que ella encarga a la Universidad de la República a través de su Ley Orgánica.

De eso se trata Biblioteca Plural: investigación de calidad, generada en la universidad pública, encomendada por la ciudadanía y puesta a su disposición.

Rodrigo Arim

Rector de la Universidad de la República

Introducción

RODOLFO PORRINI BERACOCHEA

Este libro recoge la labor de un equipo de investigadores que se centró en el barrio Cerro de Montevideo en el período entre 1957 y 1973. Dicha investigación se extendió entre mediados de 2017 y finales de 2019, financiada por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República a través de su Programa I+D, como proyecto «El Cerro en los años sesenta (1957-1973): ¿barrio de trabajadores o comunidad obrera?».

Uno de los objetivos del presente texto es poner al alcance de la comunidad científica una mirada de la historia social y cultural localizada en un espacio y un tiempo determinados. Se buscó alcanzar un acercamiento directo e intenso, tanto a acontecimientos relevantes —empleando una diversidad de fuentes y archivos— como a testimonios de personas —vivas o fallecidas— que colaboraron en entrevistas o dejaron sus memorias.

Esta forma de hacer historia nos ubica en una intención de *historia de abajo* al volver necesaria una comunicación con las clases trabajadoras y los sectores populares, a través de documentos, sus saberes y experiencias vitales y de clase. Esa intención se expresó en los recursos metodológicos y heurísticos utilizados para acercarnos al pasado, en nuestra búsqueda de testimonios (actuales) —más de ciento veinte— y en nuestros aportes de conocimiento a ellos, al barrio y a esa comunidad actual del Cerro.

En varios eventos y jornadas hallamos testimonios y documentos que recuperaron voces diversas —obreros, jubilados, mujeres, pequeños comerciantes, vecinos— y presentamos algunos avances de la investigación. Uno de ellos, en el que recibimos sus saberes y memorias, fue el festejo del 183.º aniversario del Cerro, en el Teatro Florencio Sánchez, el 9 de setiembre de 2017, en el que, luego de haber visto el film de Mario Handler (1969) sobre el problema de la carne, se habló, a micrófono abierto, de los años sesenta y de la huelga frigorífica de 1969. Otra actividad se llevó a cabo en el Centro 11 Cultural Oeste, local de la excasona del liceo n.º 11, el 20 de julio de 2018, bajo el título *El Cerro y su Gente en los 60*, que finalizó, a micrófono abierto, con la participación de trabajadores, docentes, estudiantes y vecinos. Intercambio similar ocurrió en el Ateneo del Cerro, el 10 de noviembre de 2018. Dos actividades académicas contaron con público cerrense: el seminario interno *El Cerro en los Sesenta*, el 1 de junio de 2018, en el que participaron comentaristas y tres mujeres cerrenses, integrantes de la Asociación de Jubilados y Pensionistas del Cerro (Ajupen-Cerro), y el seminario final del proyecto, en marzo de 2020, que dio cuenta de los

resultados de la investigación y en cuya discusión participaron más de una decena de cerrenses que habían sido entrevistados o se habían interesado en la temática.

Un tercer objetivo consistió en contribuir a la ubicación, resguardo, fotografiado o digitalización y, en algún caso, ordenamiento de archivos o colecciones documentales perdidas o poco cuidadas y en recoger testimonios orales. Fueron muy importantes la decena de jornadas del equipo en el local de la Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines, Autónoma (FOICA-A), bajo el cuidado de la Ajupen-FOICA, entre julio y diciembre de 2017. Se conoció en profundidad el Museo de los Trabajadores de la Industria Frigorífica —concretado por Eduardo Labraga y entonces a cargo de Walter Chagas—, se hicieron decenas de entrevistas a extrabajadores y extrabajadoras de la industria de la carne, y, particularmente, se digitalizaron una parte importante del acervo documental de la FOICA-A (libros de actas del congreso de delegados y la comisión administrativa de la FOICA-A, del Sindicato de Obreros y Obreras del Frigorífico Nacional, del Frigorífico Castro, de la Sociedad de Carga y Descarga, entre otras), algunas fotografías de sindicalistas, documentos del Frigorífico Nacional y boletines de la empresa Establecimientos Frigoríficos del Cerro Sociedad Anónima.

Se fotografió documentación y fotos de otras instituciones —como el Centro Cultural Máximo Gorki, la Escuela n.º30 o la UTU del Cerro—, así como de personas entrevistadas. Uno de los casos más interesantes fue un libro de actas de la Cooperativa de Vivienda Falda del Cerro de Auto Ayuda, traída por quien la custodió por más de cincuenta años, Juan Sánchez, en el mencionado evento en la excasona, en 2018. Se organizó una misión de investigación en el Museo de la Revolución Industrial, en la ciudad de Fray Bentos (Río Negro), el 27 y 28 de julio de 2018, y se digitalizó documentación de los frigoríficos Swift y Artigas. Esto nos fue facilitado por el director del museo, el arquitecto Mauro Delgrosso, y su equipo. Nos pusimos en contacto con los miembros de la Dirección del Polo Tecnológico Industrial del Cerro y el programa universitario APEX, quienes colaboraron con nosotros, en particular, un equipo que trabajó en la Ajupen-FOICA (los docentes Miguel Olivetti y Federico Valdés).

Pensar una historia de obreros, trabajadoras y clases populares, *de abajo*, se vio reflejado en la realización y el uso de entrevistas, algunas de ellas en profundidad. Este camino metodológico permitió ir recogiendo experiencias, formas de hablar e ideas, y luego plasmarlas en el texto a través de fragmentos y frases de sus protagonistas, respetando, a pesar de nuestras limitaciones (al usar su conocimiento), su sentir y formas de expresarse. Esta propuesta se conectó con la metodología, las fuentes y los acervos documentales usados. Dicho corpus documental se basó en testimonios y entrevistas orales, fotografías, prensa y publicaciones varias, libros de actas y periódicos sindicales y de asociaciones de inmigrantes, archivos de empresa, mapas de la sección

n.º 13 y de Montevideo. Las fuentes fueron obtenidas de diversos archivos públicos y privados, de los que se da cuenta en «Bibliografía y fuentes» y en cada capítulo.

¿Comunidad obrera o barrio de trabajadores?

Así como la clase social no puede definirse de una vez y para siempre, y podemos elegir un concepto que parte de Edward P. Thompson, la idea de comunidad obrera o de comunidad requiere también una reflexión en torno a la pertinencia de su uso. La caracterización del Cerro de Montevideo como un barrio de trabajadores o una comunidad obrera no escapa a estos dilemas teóricos y conceptuales, y se convirtió en un acicate para la investigación. La existencia de la comunidad como algo *a priori*, o de un proceso histórico que conduce hacia ella en determinadas condiciones y experiencias, es un desafío a tener en cuenta, un llamado tanto a construir herramientas conceptuales como a profundizar en el conocimiento de procesos del pasado.

En su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson (1989) resalta la importancia de conocer determinados ámbitos geográficos donde transcurre la vida de los trabajadores. En el capítulo «Comunidad», señala que «las presiones tendientes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales» (p. 448).

Por su parte, Eric Hobsbawm (1991), en su artículo «El trabajo en la gran ciudad», al ver la coincidencia del ámbito de residencia y la concentración laboral reconoce «comunidades en el sentido literal de la palabra», «lugares donde el trabajo, el hogar, las diversiones, las relaciones industriales, el gobierno local y la conciencia de ciudad-natal estaban íntimamente relacionados», «donde los movimientos obreros establecieron sus baluartes» (p. 80). En este sentido, la comunidad se construye en un espacio donde se comparte el tiempo de trabajo y de no trabajo, por lo que se crean relaciones sociales y formas de sociabilidad específicas.

En la «Introducción» del libro *Comunidades*, Mirta Zaida Lobato refiere que en la noción de comunidad aparecen cuatro elementos: intereses compartidos; una historia común; características sociales o culturales similares, y espacios geográficos que sirven de referente. Además, destaca: «Se expresaban allí tensiones, ambigüedades y paradojas, pues en su configuración podían seguirse las huellas de los intentos disciplinadores de diferentes instituciones, las tensiones alrededor de los comportamientos que se consideraban adecuados, las agitaciones obreras...». Para la autora, no hay una sola forma de construir comunidades y muchas veces coexisten unas con otras. En todo caso, la noción de *comunidad* es una lente a través de la cual se pueden leer diversas

cuestiones. Asimismo, señala: «Una comunidad se construye activamente con la creación de significados compartidos. Esos sentidos son diseminados por el lenguaje a través de los relatos orales, de la prensa, la literatura y de las prácticas que los instituyen» (2020, pp. 11, 16, 17).

Una mirada historiográfica sobre el tema en América Latina lo aportan los textos del dossier compilado por Silvia Simonassi y Laura Badaloni en *Avances del Cesor* (2013, pp. 101-112). Allí proponen recuperar la mirada relacional y territorial de las relaciones de clase.

El estudio de Lobato (2001) sobre Berisso (Provincia de Buenos Aires) investiga una población en la que la fábrica y la comunidad se unen, a lo largo de un extenso período (1904-1970). Otro ángulo de la misma localidad lo despliega Daniel James (2004) al examinar en profundidad los procesos sociales a partir de relatos orales, en especial de una trabajadora y sindicalista.

Paulo Fontes (2008) estudia la migración nordestina en el barrio paulistano São Miguel Paulista, discute la bibliografía sobre comunidades obreras y revela la complejidad de la noción y sus usos. Fontes analiza cómo, entre los años cuarenta y los sesenta, no fueron los barrios que por sí se volvieron comunidades, sino que fueron las redes sociales entre sus habitantes las que pudieron construir las.

En el caso uruguayo, el trabajo de Raúl Zibechi (2006) sobre Juan Lacaze (departamento de Colonia, Uruguay) estudia, entre otros aspectos, la movilización vecinal en el proceso de la formación y disolución de la clase y comunidad obreras a lo largo del siglo xx.

Estas son algunas investigaciones y conceptualizaciones en torno a comunidades, barrios o pueblos obreros, que han destacado heterogeneidades, factores integradores y diferenciadores de esos pequeños mundos obreros y que son referencias de nuestra investigación.

Estos aportes nos hacen pensar, en primer lugar, en las formas diversas que el hábitat de trabajadores y vecinos puede asumir en sus vínculos con el sistema (económico, ideológico, político), así como en el carácter histórico y cambiante de la comunidad. Se considera el concepto *comunidad* como relaciones o redes sociales que se nutren y construyen desde diversas usinas y discursos, a partir de un marco socioespacial determinado.

En segundo lugar, la comunidad como categoría de análisis se la piensa como producto de cruces, una relación dialéctica entre materialidades y construcciones culturales, simbólicas, personales y colectivas. Se entiende como centrales en la configuración de la clase obrera cerrense el papel de las fábricas frigoríficas, el trabajo asalariado y reproductivo, y las condiciones de vida, entrelazadas a las formas y acciones de sociabilidad en asociaciones gremiales y de inmigrantes, las tradiciones culturales y del tiempo libre.

Por último, en este libro discutimos la idea de *comunidad armónica* — que muchas veces diseminan algunos protagonistas— comparando con lo que ocurría en el barrio y descubrimos tanto identidades como diferenciaciones

y tensiones, así como fundamentalmente el proceso y las transformaciones —formación, declive— que se produjeron en el tiempo.

A lo largo de los capítulos iremos viendo cómo juegan estos aspectos en torno a la heterogénea sociedad cerrense y sus momentos de identidad, así como el surgimiento, la persistencia y las tensiones de la comunidad obrera.

El equipo de investigadores estuvo integrado por los siguientes ayudantes: el sociólogo Agustín Juncal (quien participó en la elaboración del proyecto y a los pocos meses se retiró para continuar sus estudios de doctorado en Brasil); los entonces estudiantes y luego licenciados en Historia Lucía Siola y Francis Santana; la magíster Tania Rodríguez, y, desde inicios de 2018, la profesora de Historia Alesandra Martínez. A medida que se fue conformando, se delinearon las tareas y la elección de temáticas específicas por cada integrante, que se profundizaron durante la investigación. Estas líneas de trabajo respondían a varias de las preguntas que planteaba el proyecto en sus inicios.

La respuesta a la pregunta *¿comunidad obrera o barrio de trabajadores?* se fue perfilando a partir de los resultados de cuatro líneas de investigación concretas y los seis capítulos del libro. Esas líneas se expresan en propuestas interpretativas que describen, analizan y fundamentan cuestiones como el problema de la vivienda, algunas asociaciones de inmigrantes, el mundo del trabajo y los sindicatos, y las relaciones de género. Asimismo, se abordan circunstancias y momentos relevantes, combinados con una perspectiva de la vida cotidiana, de las experiencias —de clase, de vida— de los testimonios. Todo ello confluye y trata de desentrañar el proceso, los cambios políticos, sociales y culturales en el Cerro, los impactos de las crisis en las familias y personas, y sus efectos erosionantes y cambiantes en la comunidad obrera del lugar.

Los capítulos del libro

El capítulo 1, de elaboración colectiva, se centra en presentar algunas características básicas y definitorias del espacio geográfico y cultural, los diversos *límites* del barrio y la zona en que transcurre la historia a reconstruir. Se indican escenarios, calles, plazas y lugares de trabajo, sociabilidad y del tiempo libre, y su acceso diferenciado para hombres, mujeres, niños, asociaciones y sindicatos.

El capítulo 2, de Francis Santana, en un campo más amplio que son las condiciones de vida, aborda el problema de la vivienda de las y los cerrenses: el acceso a la tierra, a un techo, y las formas que asumió, desde cooperativas hasta ocupaciones de terrenos y viviendas aún no habitadas. Relevó una cantidad de fuentes diversas para ubicar distintas formas habitacionales y varias ocupaciones de terrenos (sus motivaciones y usos políticos) y de viviendas.

El capítulo siguiente, a cargo de Tania Rodríguez, se enfoca en el estudio de las dos asociaciones de lituanos y de la sede barrial del Centro Cultural Máximo Gorki, aglutinante de rusos y eslavos. Reconstruye aspectos de la vida cotidiana (alimentación, uso del tiempo libre), así como las vinculaciones y tensiones de las asociaciones, consultando archivos de esas instituciones y colecciones personales de entrevistados.

El capítulo 4, de Lucía Siola, analiza un aspecto central del ámbito del trabajo cerrense. Empleando una amplia gama de fuentes, estudia la crisis de la industria frigorífica de mediados de los cincuenta, el cierre de las empresas extranjeras y las distintas alternativas que se abrieron para los trabajadores y la comunidad. Ubica no solo la solución estatal y del gobierno al problema, sino también distintas posiciones y consecuencias sociales y sindicales, incluida la división en la Federación Autónoma de la Carne y su filial en el Frigorífico Nacional.

En la misma línea de trabajo, el capítulo 5, a cargo de Rodolfo Porrini, profundiza —con documentación sindical, entrevistas y archivos policiales— el bienio 1968-1969. Estudia la lucha, en 1969, tanto de los trabajadores como de los vecinos, los estudiantes, las organizaciones de mujeres y los pequeños comerciantes por mantener los beneficios sociales y los dos kilos de carne de los friyeros. Durante ambos años se produjeron luchas y enfrentamientos con fuerzas de seguridad, y una disputa sobre el territorio, las conquistas obtenidas y la propia dignidad como integrantes de una comunidad.

El último capítulo, de Alesandra Martínez, por un lado, analiza las relaciones de género en el Cerro, apoyada en lecturas y enfoques teóricos, cuestionando aquel pasado, a partir del examen de variados testimonios de hombres y mujeres. Amplía la noción de trabajo abordando las labores reproductivas de las mujeres en los hogares y los trabajos remunerados en esos ámbitos. Por otro, toca un problema poco estudiado, bajo un lente crítico: las representaciones sociales de la prostitución en los y las cerrenses. Todo ello nos brinda una nueva forma de comprender los aspectos que vinculan estas situaciones a mujeres pobres, de familia y de clase obrera, los modos de representación de hombres y mujeres en otras categorías, y las situaciones de discriminación y explotación.

Este trabajo aspira a ser un aporte a la historia de Uruguay y Montevideo contemporáneos, a través de un conocimiento antes inexistente sobre la dimensión histórica y sociocultural de un barrio capitalino con particularidades de comunidad obrera, en un período de la historia del país y de Montevideo: los *largos sesenta* del siglo xx. Podrá constituir un aporte a la historiografía, a un público general, y a los y las cerrenses.

El trabajo, a lo largo de casi tres años, permitió conocer un fragmento del pasado, de componentes de la sociedad cerrense actual y de sus fuerzas vivas, identidades en litigio y en construcción. Al mismo tiempo, puso a prueba la permanente labor de un equipo de investigación, de cinco personas que expusieron sus ideas y las contrastaron con la inmensidad de fuentes y los testimonios de más de cien entrevistados y entrevistadas, y casi dos decenas de proyectos anteriores. Mi agradecimiento infinito a todos ellos y ellas, así como al comprometido colectivo que desarrolló la búsqueda y la concretó en varios productos, actividades y este libro. Asimismo, mi reconocimiento al artista plástico Eduardo Labraga Curbelo, a las personas que evaluaron el texto y a Nairí Aharonián y a Natalia Chiesa por su atenta, esmerada y respetuosa corrección de estilo de este libro, que lo hizo más leíble y por lo tanto, mejor.

Los años sesenta desde un microcosmos: la comunidad obrera del Cerro

RODOLFO PORRINI BERACOCHEA, LUCÍA SIOLA,
TANIA RODRÍGUEZ RAVERA, FRANCIS SANTANA
Y ALESANDRA MARTÍNEZ

Al recordarlos desde el presente, los sesenta del siglo xx inspiran muchos deseos y muchas tensiones. El período convulsivo atravesado por escenarios de revolución y contrarrevolución internacionales se expresaron en América Latina desde inicios de los años cincuenta. Se suscitaron expectativas en la posibilidad de solución a un mundo de guerras y conflictos, a través de la transformación social y los movimientos emergentes que planteaban alternativas al modo de vida y al sistema establecido.

Uruguay no fue ajeno a un escenario internacional también pautado por las disputas e influencias de las potencias y acciones de la Guerra Fría. Tampoco lo estuvo en relación con las influencias de las alternativas que surgieron en las revoluciones de los cincuenta y sesenta en lugares lejanos como China o Cuba. Repercutió en las perspectivas y los procesos la idea de *autogestiones*, en un mundo capitalista con sociedades de consumo e *infra-consumo* a la vez, donde el industrialismo fue visualizado por ciertos sectores sociales y políticos como sinónimo de «desarrollo».

Desde 1959 el nuevo gobierno del Partido Nacional (PN), aliado al ruralismo de Benito Nardone, desarrolló una agenda política de liberalización y ajuste que propició la ruptura con las formas de concertación y negociación, aplicó cada vez más las políticas del Fondo Monetario Internacional y utilizó la represión como mecanismo frente al conflicto y la movilización social.

En un cuadro de crisis y de creciente polarización se agudizó la violencia política del Estado. Al tiempo, emergieron formas y expresiones de violencia, por un lado, con el surgimiento de grupos de extrema derecha y, por otro, con la radicalización de la protesta social como mecanismo de respuesta a las crisis económica, social y política del momento. Las Fuerzas Armadas (FF.AA.) fueron creciendo en la participación político-gubernamental. Nacieron grupos de izquierda armada. Se fueron potenciando y unificando las luchas de la clase trabajadora, y se crearon la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) (1964-1966) y un amplio espacio de fuerzas sociales en el Congreso del Pueblo (1965).

La peripecia social y política de un sindicalismo bifurcado en vertientes pero potente a la hora de llevar adelante un proceso a veces disruptivo de la economía, junto con la fragmentación partidaria y la emergencia o activación de ciertos factores de poder (las FF.AA., las guerrillas, el entramado de grupos económicos), convergió, en la coyuntura 1972-1973, en una agudización de la crisis política, el golpe militar de febrero y el civil-militar de finales de junio de 1973, y culminó con la huelga general de los trabajadores, la CNT y otros sectores sociales y políticos. Desde el punto de vista político, en 1971 un conjunto de organizaciones de izquierda y otras desprendidas de los partidos Colorado y Nacional se aglutinaron en el Frente Amplio.

La geografía y los límites

En esos años el espacio geográfico cerrense, con sus diversas fronteras (judiciales, políticas, religiosas, memorialísticas, municipales e identitarias), se extendía hacia el oeste del departamento de Montevideo, desde el Río de la Plata, la bahía y el arroyo Pantanoso y los extensos terrenos baldíos a ambos márgenes. El Cerro aparecía, así, como un enclave distanciado y, en algún punto, aislado naturalmente del resto del territorio capitalino, lo que configuraba un espacio local con ciertas características autónomas.

El juez Luis Torello, destinado al Juzgado de Paz en el Cerro, narra, entre 1961 y 1962: «Cuando cruzaba el Pantanoso, uno sentía que ingresaba al “Ducado” del Cerro» (Nahum, Gutiérrez y Klett, 2007, p. 376).

En el estudio de García, Godoy y Rak (2015) se describe:

El barrio es un espacio territorial que contiene componentes [...]: habitantes, reliquias o monumentos, equipamiento social, referentes comunes [...]. En él se integran: la vida familiar, los referentes sociales, es [...] integrador de redes de apoyo y solidaridad social, entre otras cosas. [...] Es un espacio [...] donde se construye una identidad primaria experimentada desde lo cotidiano, una construcción simbólica eficaz y legítima más allá de la veracidad [...]. La “pertenencia” al barrio adquiere un significado “interno” para aquellos que forman parte de él y también “externo” para los “otros” que vienen desde o viven en otros barrios (pp. 104-105).

En el caso del Cerro, en su origen, fue planificado como una villa de dimensiones significativas (más de trescientas manzanas), rodeado de zonas íntimamente vinculadas. Por lo tanto, sería necesario alejarse de las consideraciones esencialistas acerca de sus límites. «El barrio es una noción dinámica, que necesita un aprendizaje progresivo que se incrementa con la repetición del compromiso del cuerpo del usuario en el espacio público hasta ejercer su apropiación de tal espacio» (Mayol, 1999, p. 10). Estudiar el Cerro en el período

temporal seleccionado implica trabajar sobre una base territorial más amplia que la identificada oficialmente por la Intendencia de Montevideo, estrictamente circunscrita por el arroyo Pantanoso, la calle Haití, la avenida Federico E. Capurro, el camino Cibils, el Río de la Plata y la bahía de Montevideo.

Las zonas pobladas de forma escasa al sur, oeste, norte e incluso sobre la bahía (donde se ubicaban las canchas de los clubes de fútbol, el Club de Golf del Uruguay, los parques, las bodegas, las chacras, los mataderos y los frigoríficos) estaban directamente vinculadas con la zona más urbanizada del Cerro. Eran el escenario de actividades lúdicas, deportivas, recreativas y laborales de los cerrenses. A su vez, quienes vivían en la periferia tenían en la zona urbana cerrense el conjunto de servicios de referencia más inmediata: la comisaría, los dispensarios, las iglesias, el juzgado civil, los teatros de verano, los expendios municipales, la casa cuna, las sedes sindicales, los talleres, las escuelas primarias, los colegios, el liceo, la escuela industrial, los comercios, los clubes deportivos y sociales, los cines, etcétera.

Estas zonas periféricas se convirtieron en lugares de trabajo, juego, paseo, luchas y conflictos de los y las cerrenses por mejores condiciones de vida. Este hecho explica la delimitación territorial del objeto de estudio: hablar del Cerro en los años sesenta es referir a una zona de influencia amplia.

Los barrios suelen tener dos tipos de límites: uno oficial y preciso, y otro espontáneo, subjetivo y difuso que reconocen los vecinos. Pueden o no coincidir y varían con el tiempo. Como señala Graciela Martínez, los límites marcan un aquí y un nosotros, así como una diferencia con lo otro y los otros. Además, esos límites pueden difuminarse o constituirse como potentes límites internos tanto físicos como mentales (Martínez, 2004).

En nuestro caso concreto, estas afirmaciones son válidas para los sesenta. La Trompada, La Humedad, Las Flores, La Tortuga, Las Cadenas, La Toreada, La Curva eran algunas de las unidades menores dentro de esa unidad mayor conocida como Cerro. Las más de ochenta entrevistas realizadas por el estudioso del barrio Raúl Bertolini consideran la dicotomía entre dos zonas al interior del Cerro hasta la primera mitad del siglo xx: «el pueblito Saldías» y «el Cerro». Por lo tanto, al decir de Martínez, el Cerro posee unas fronteras naturales claramente definidas al sur y al este, como son el Río de la Plata y el arroyo Pantanoso, pero al norte y al oeste los límites «son difusos, muy discutibles y variados». Ser del Cerro es ser de la Villa o de una amplia región cuyos límites resultan irreconocibles. Esta puede abarcar un sinfín de zonas diversas; en la mayoría de los casos, son semirrurales y presentan denominaciones confusas y cambiantes. A esta «equívoca y cambiante definición de su territorio y sus partes» se suma la problemática de que en todos los sectores se «superpone una miríada de divisiones y nombres puestos y a menudo solo conocidos por los propios pobladores». Por ello, la autora concluye que la zona llamada Cerro está lejos de constituir un barrio único, sino que se conforma por una cantidad de mundos y submundos ensamblados en una unidad barrial mayor (Martínez, 2004, p. 7).

Imagen 1.
Mosaico fotográfico, elaborado por el equipo,
en el que se aprecian características de la zona



Fuente: SGM (13/12/1961).

En este sentido, el vecino cerrense Ruben Camacho Hermida es muy gráfico: «El Cerro es todo. Pero dentro del Cerro vos tenías tu barrio; aquel tenía el otro [...]. Había diferentes esquinas». Esta misma visión es reafirmada por los cerrenses Ana Etchessarry, Cristina Almeda y Fernando Couso Lingeri: «Según el sentir popular, es un conjunto de barrios» (Mateos, 2005, p. 177).

Ámbitos del mundo del trabajo

A finales de los cincuenta el Cerro concentraba una gran actividad industrial. Las plantas frigoríficas Artigas, Swift (de capitales estadounidenses) y Nacional (de capitales nacionales, mixto público-privado) eran la principal fuente de trabajo y el motor de la zona. Se estima que, entre los tres, empleaban, en los momentos de mayor actividad, de ocho mil a diez mil trabajadores y trabajadoras, que le daban al barrio una fisonomía proletaria.

Además, por su ubicación geográfica particular y, en parte, por la infraestructura que utilizaban estas fábricas, tenía una importante actividad marítima. A finales del siglo XIX se construyó en la zona uno de los diques más importantes de la costa atlántica americana, que pasó a manos del Estado en 1910 y luego a la órbita de la Armada Nacional en 1943 (Barrios Pintos y Reyes Abadie, 1994, p. 74). Allí, en el dique nacional, ubicado junto al Frigorífico Swift, además de la reparación de navíos, se realizaban trabajos relacionados con la mecánica industrial. Si bien desde la década del cuarenta su administración estaba bajo la órbita militar, su personal —estimado en algunas centenas de trabajadores— era civil.

En el rubro de la industria naval, también por esos años funcionaban el dique Montevideo, de la empresa Metalúrgica y Dique Flotante, emplazado en el arroyo Pantanoso, junto a la refinería de ANCAP (Cores, 1989, p. 124; *Proa*, 5/12/1949), y, en Punta del Rodeo, el Varadero y Astillero H. J. Miller and Co. Montevideo, propiedad de la familia Miller (*Jubicerro*, 11/1999, p. 7). Según diversas fuentes consultadas y el testimonio del obrero naval Deltenor Martín López, el Varadero tuvo una actividad intermitente: cerró hacia 1967 y luego reabrió por un período reducido de un año y medio. Posteriormente, en dictadura, hacia 1974 fue adquirido por la empresa Tsakos, que compró el paquete accionario de la naviera Regusci Voulminot, la cual tenía instalaciones en el Cerro, ubicadas en Egipto y Holanda desde 1946.

La industria textil también tenía su lugar en el barrio, con tres fábricas de mediano porte: Yutextil, ubicada en Grecia y Estados Unidos, perteneciente a la familia Gazzani, que llegó a tener 150 empleados y fue rematada en 2004; Lana Uruguaya, propiedad de Pedro Sáenz, ubicada en Egipto, entre República Argentina y Francia, que empleaba mayoritariamente a mujeres,

y la de la familia Ferrés, ubicada en la zona de Punta Yeguas. En 1963 Lana Uruguaya cerró, y en 1967 comenzaron las obras para convertirla en la curtiembre Alaska. Según el diario *Cosmópolis*, esta funcionó hasta 1992 y empleó a unas trescientas personas.

Otros establecimientos fabriles fueron AGA, productora de gases industriales y medicinales que funcionó desde 1945, y Colagel, elaboradora de cola que abrió sus puertas hasta 1994, ambas ubicadas en la avenida Carlos María Ramírez, casi el Pantanoso. En noviembre de 1969 inició sus actividades la fábrica de helados Falmar, ubicada en Rusia 1779, propiedad de Francisco Baña, que llegó a emplear a más de cien vendedores (*Cosmópolis*, 6/12/1999, p. 8). Algunos testimonios hacen referencia también a la existencia del taller metalúrgico de la familia Rocco, en la esquina de las calles Bogotá y República Argentina.

Imagen 2.
Holanda y Egipto



A la derecha: el Servicio Oceanográfico y de Pesca. Al fondo: el Cerro. Fuente: Colección Carmen Taboada.

En la zona conocida como El Chico, en la calle Egipto, entre Holanda y Charcas, se encontraba una planta de curtiembre para el tratamiento de los cueros de lobos del Servicio Oceanográfico y de Pesca (SOYP), servicio descentralizado dependiente del Poder Ejecutivo. En este establecimiento también se producía hielo, por lo que en sus instalaciones contaba con importantes cámaras frigoríficas (Franzini, 1972).

Además de la actividad industrial, existía una importante actividad comercial en una vasta red de comercios. Muchos de ellos estaban en la calle Grecia, donde se concentraba parte de la vida social cerrense. También como parte de la actividad comercial, había vendedores y distribuidores de periódicos, llamados *canillitas*, quienes, en muchas ocasiones, trabajaban a la intemperie en distintas calles y esquinas del barrio. Una característica muy significativa del Cerro que hacía a su particular sociabilidad era la presencia de clubes, bares o boliches e importantes cines y teatros.

En el área de servicios, además de médicos, abogados, artistas y toda una serie de trabajadores independientes que ejercían su profesión, encontramos a los trabajadores de las diversas dependencias estatales. Pueden mencionarse: el centro de salud ubicado en Grecia y Prusia; la Caja de Auxilio de los Obreros y Obreras del Frigorífico Nacional, en Grecia y Austria; dos casas cuna; la biblioteca municipal Javier de Viana, y diversos centros educativos. Con relación a estos últimos, se pueden mencionar: en el ámbito público, nueve escuelas;¹ el Liceo n.º 11 Villa del Cerro, inaugurado en 1953, y la escuela industrial, que funcionó, en sus inicios, en el Barrio Obrero n.º 1 y, a partir de 1963, en Portugal y Carlos María Ramírez, y en el ámbito privado, varias instituciones, en general católicas.

También el hogar era un espacio de trabajo remunerado. Allí mujeres, niños, niñas y adolescentes realizaban distintos tipos de tareas (lavandería, tejidos, elaboración de comidas, entre otros), que constituían una fuente de ingreso del núcleo familiar. Además, tenían lugar en ese ámbito el trabajo doméstico o el trabajo reproductivo, que recaían fundamentalmente sobre las mujeres. Estos eran fundamentales para el sustento. De este modo, a partir de su esfuerzo físico y mental, se creaban valores de uso cotidianos (elaboración de comidas, tejidos, huertas, etc.) y servicios (cuidados de hijos y personas adultas, limpieza, lavados, entre otros), que junto con los ingresos salariales garantizaban la reproducción de la familia obrera, es decir, las fuerzas de trabajo presente y futura. Así, el hogar y la fábrica también se encontraban relacionados por el trabajo.

En el mapa del mundo laboral cerrense se destacan una diversidad de actividades y establecimientos en la zona, así como distintas formas de trabajo. Pero, sin dudas, los frigoríficos constituían los centros de trabajo principales, tanto por sus niveles de concentración como por su relevancia en el circuito económico y social. Aun en nuestro período, que incluye la etapa de crisis económica y, en particular, de la industria frigorífica, un articulista de *El País* en 1964 afirmaba que de los 49.017 habitantes del Cerro «el 50% ha

1 La escuela Casterán, ubicada en Bogotá y China; la Tabárez, situada en Carlos M. Ramírez y Egipto; la Checoslovaquia, en Portugal y Francia; la del molino, en camino Cibils y camino de las Tropas; la de las Tropas, en camino de las Tropas y Ramón Álvarez; la de La Boyada; la de Casabó; la del preventorio, y la escuela especial, que tuvo varios locales en la zona.

estado o está vinculado de una manera u otra a la industria frigorífica» (suplemento «Barrios de mi ciudad», *El País*, 9/7/1964).

Las fábricas del *chilled* y el *corned beef*

En el siglo XIX el Cerro fue elegido por los saladeristas para instalar sus industrias. Con el avance de las cámaras de frío y la proliferación de frigoríficos y fábricas de conservas, los saladeros fueron declinando hasta desaparecer hacia 1930. A comienzos del siglo XX comenzaron a instalarse en Uruguay las industrias frigoríficas, que, al igual que sus antecesores, vieron en el Cerro las condiciones para desenvolver su producción y, en varios casos, se asentaron sobre las instalaciones de los saladeros.

Así, en el exsaladero de Sayago, en Punta Caballo (actual Puntas de Sayago), comenzó a funcionar en 1902 el primer frigorífico: Frigorífica Uruguaya, de capitales uruguayos. En 1911 pasaría a manos de capitales británico-argentinos, de la empresa Sansinena. Capitales estadounidenses les seguirían poco después.

En el exsaladero de Cibils, en Punta de Lobos, el 15 de octubre de 1912, inició sus operaciones el Frigorífico Montevideo, que se convirtió en el Frigorífico Swift de Montevideo en setiembre de 1916. Poco después, en octubre de 1917, en los terrenos que ocupara el Saladero Tejera inició sus faenas el Frigorífico Artigas, propiedad de una sociedad anónima formada por estancieros y capitalistas nacionales, adquirida luego por la firma estadounidense Armour y Cía. (Barrios Pintos y Reyes Abadie, 1994). Estas empresas constituían un gran oligopolio: controlaban la producción en diversos países de América Latina y Europa, los fletes de transporte y las distribuidoras en los mercados; configuración de la cadena cárnica que comenzó a modificarse durante el período 1950-1973 (Buxedas, 1983, pp. 19-24).

Una década después fue creado como ente testigo, por la Ley n.º 8282 de setiembre de 1928, el Frigorífico Nacional (Frigonal). Comenzó a funcionar en junio de 1929, en el establecimiento que fuera la Frigorífica Uruguaya y luego el Sansinena. Ejercía el contralor de la industria y el comercio de carnes y era responsable del abastecimiento de Montevideo. Para ello, tenía el monopolio de la faena.

Las fábricas frigoríficas se instalaron en zonas semirurales a las orillas del Río de la Plata y sus afluentes porque necesitaban grandes extensiones para los corrales y los edificios, así como cursos de agua para su proceso productivo y sus embarcaderos. De este modo, al contar con un puerto cercano abarataban costos de transportes y hacían un rápido traslado de los productos a los centros de consumo (Lobato, 2004, p. 80). El Cerro reunió todas estas condiciones que hicieron propicias la actividad frigorífica y, con ella, la de una gran comunidad obrera.

Inmigrantes, migrantes, asociacionismos

En el relato del pasado cerrense existen varios elementos recurrentes, entre ellos el de la fuerte presencia inmigrante durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. La llegada de esta población se dio principalmente en oleadas que guardaban una relación intrínseca con sucesos que acontecían en los lugares de origen: guerras, conflictos étnicos, genocidios, persecuciones religiosas y políticas, crisis, hambre.

Una parte importante de esa población provenía de Europa (España, Portugal, Italia, Polonia, Yugoslavia, Grecia, Bielorrusia, Ucrania, Lituania, Armenia, entre otros), así como también del Cercano y Medio Oriente y de países de la región sudamericana, principalmente de Argentina y Brasil. A su vez, la Villa también fue el lugar elegido por numerosos migrantes internos que buscaban mejores condiciones de vida.

La presencia de establecimientos industriales hizo de esta zona un lugar de atracción privilegiada de migrantes. Los obreros y las obreras de los frigoríficos eran tanto criollos como inmigrantes de diversas nacionalidades. El trabajo del friyero —obrero de los frigoríficos— muchas veces se transformaba en el empleo familiar: abuelos y abuelas, padres y madres, hijos e hijas compartían el lugar o rubro de trabajo. Quienes no estaban en el Swift podían conseguir empleo en el Artigas, en el Frigonal o en el Castro, en el contiguo barrio de La Teja.

El padre de la cerrense Marisa Sapin, de origen ruso, fue obrero del Swift hasta que cerró en 1957. A su vez, su madre, descendiente de inmigrantes ucranianos y rusos, trabajó en el Frigonal hasta que se jubiló por la Ley Madre. En los años sesenta, cuando Marisa era adolescente, uno de sus hermanos mayores trabajaba en el Frigonal y como salvavidas en la playa del Cerro (Sapin, 18/4/2018).

Estas características generaban una dinámica económica y social propia del lugar. Una de sus consecuencias era que frecuentemente sus habitantes permanecían allí en la cotidianidad sin necesidad de cruzar el Pantanoso. En los relatos de cerrenses que vivieron los cincuenta y sesenta es común escuchar que no era necesario salir del barrio y que muchos conocieron el centro de Montevideo luego de los dieciocho años o cuando se casaron. Lilián Abracinskas, descendiente de lituanos, cuenta que entonces el Cerro era una «república independiente» porque allí hacían la escuela, el liceo, eran hinchas de Rampla, iban a la playa, bailaban en el club lituano, iban al club de básquetbol Verdirrojo (donde jugó su hermano), entre otras actividades y experiencias. A su vez, explicó que «el Cerro fue, durante toda la infancia y adolescencia, un espacio comunitario, te diría [...]. Más allá de la comunidad lituana, siempre fue un barrio muy integrado, o sea, la concepción de barrio obrero se sentía, se vivía» (Abracinskas, 27/2/2018).

El testimonio de Lilián permite visualizar el vínculo fuerte que existía entre la vida cotidiana de las personas y el barrio en cuanto territorio colectivo y ámbito de socialización común. En el caso de las familias inmigrantes y sus descendientes, ese vínculo tomaba una dimensión particular cuando participaban de alguna asociación o club cultural propio de sus colectividades. En el caso de la colectividad lituana, para el período que aquí se estudia y tal como se verá más adelante, estaba dividida en dos asociaciones: el Club Lituano del Uruguay y la Asociación Cultural Uruguay-Lituania. Ambas localizadas en la Villa y con tensiones políticas y religiosas que las permeaban y dividían.

Estas asociaciones tuvieron un papel destacado en el barrio por décadas y algunas funcionan hasta la actualidad, como se verá en el capítulo 3. Además de las asociaciones lituanas, se tiene registro de que hubo asociaciones rusas y eslavas, griega, italiana y gallega. Es posible que hayan existido otras en períodos previos a los que aquí se estudian.

La Colectividad Helénica del Uruguay, por ejemplo, fue una de las primeras asociaciones creadas en el barrio. Fundada por inmigrantes griegos en 1916, su sede funcionó inicialmente en el barrio Ciudad Vieja. En 1935 inauguraron su local en el Cerro, ubicado en la calle Grecia 3785.

Se calcula que en esos años había tres mil griegos en Uruguay, muchos de los cuales frecuentaban la colectividad. Este predio funcionó como sede hasta la década del cincuenta, cuando se trasladaron al Prado (Acerenza, 2010, pp. 53-60).

Imagen 3.
Sede de Puerto del Son, en el Cerro.
Calle Juan B. Viacaba, esquina Vizcaya



Fuente: trabajo de campo (29/11/2020).

Otro ejemplo es la sociedad Puerto del Son, fundada por parte de la colectividad gallega en 1919 en el Cerro. Aún mantiene sus puertas abiertas en la misma sede, ubicada en Juan B. Viacaba y Vizcaya. Históricamente, las actividades de la sociedad han sido de índole social, tales como almuerzos, festivales, torneos deportivos, entre otras (Mateos, 2005, pp. 29-30). También alquilan el local para actividades de otras instituciones y para eventos privados, como casamientos y cumpleaños de quince.

Las identidades de los y las habitantes de la Villa se configuraban en función de la pertenencia barrial, la actividad productiva que desarrollaban, su género, su pertenencia etnicorracial y sus perspectivas políticas o deportivas. También influían la militancia social y gremial, la religión y la participación en iglesias (en las católicas o en la metodista), y su origen, sobre todo en los inmigrantes. En algunos casos, dicho origen tenía un vínculo estrecho con los posicionamientos políticos y la religión.

Imagen 4.
Construcción de la parroquia de la Virgen de Fátima.
Calles Portugal y Bélgica



Fuente: Colección Berute Zucas.

Ámbitos de sociabilidad y usos del tiempo libre

El barrio de trabajadores y trabajadoras tuvo, además, otras facetas, algunas de ellas menos estudiadas, como la deportiva y la teatral. La vida de esparcimiento transcurría en las calles, las plazas, los estadios, los clubes, las playas, los bares, las canchas de *baby* fútbol, las iglesias, los locales partidarios, de las asociaciones inmigrantes y de los sindicatos, los cines, los teatros, los campitos de la falda del Cerro y las esquinas junto a algún bar. ¿Cómo reconstruir esa trama de peripecias de la vida cotidiana?

La calle Grecia y el mundo

Nombres de ciudades y países americanos, europeos y asiáticos y de una provincia (Vizcaya) nominan las calles de la Villa, ya desde mediados del siglo XIX. La calle Grecia era la arteria principal, el lugar de encuentros, de comunicación, de recorridas tanto en las movilizaciones gremiales como en los días festivos y de recreación. Los y las vecinas no tenían que salir del barrio para abastecerse de lo que necesitaban ni para divertirse, ni muchos menos ir al centro de la ciudad como necesidad. Aunque, si tenían que hacerlo, el 125 de Cutesa podía llevarlos hasta la Aduana. Era prácticamente el único medio colectivo para entrar y salir del casco de la Villa, que llegaba hasta la playa. Otras líneas pasaban por Carlos María Ramírez hasta Casabó, como el *trolley* 75 de la empresa municipal AMDET. Jorge Bentancur (2015), vecino y militante estudiantil de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), recuerda:

La calle Grecia era una romería, las familias paseaban mirando vidrieras de comercios de todo tipo, que [...] eran fruto de la prosperidad. El punto culminante era la heladería Esteban, que con su fórmula secreta preparaba exquisitos helados para paladear no solo los cerrenses, sino los visitantes de distintos barrios que venían a confirmar lo que la fama alcanzada difundía por Montevideo.

El Cerro contaba con almacenes, provisiones, carnicerías, pescaderías, panaderías, confiterías, fábricas de pastas, casas de televisión, radio y electricidad, casas de fotografía, florerías, farmacias, jugueterías, barracas, ferreterías, talleres mecánicos, carpinterías, colchonerías, peluquerías, tiendas, camiserías, mercerías, zapaterías, mueblerías, bazares, bancos, academias donde se brindaban clases de diferentes asignaturas de estudio, de corte y confección o de instrumentos musicales, y también profesionales que ofrecían sus servicios.

Entre otros espacios abiertos, existía el Teatro de Verano del Cerro, ubicado en Bogotá y Bélgica, en un predio junto a la escuela n.º 169 Luisa Casterán. Este teatro se inauguró a comienzos de los cincuenta y fue escenario no solo de obras de teatro, sino también de espectáculos carnavalescos (Vener, 1999, pp. 153-155). Allí se llegó a representar una versión de *Barranca abajo*, de Florencio Sánchez. También se organizó, según recuerda el obrero frigorífico y militante sindical José Almeida, una gran asamblea en el marco del cierre de los frigoríficos extranjeros.

Había, además, un teatro en las intersecciones de Holanda y Dinamarca, y otro Teatro de Verano en el cruce de los caminos Cibils y La Boyada.

Pantalla grande

En lugares cerrados, alternaron teatros, biógrafos y cines. El séptimo arte se implantó muy rápido en la sociedad uruguaya y la montevideana en particular; el Cerro no estuvo afuera de ese aluvión de interés social y diversión por los filmes. Se recuerda la existencia, en diversos períodos, de cinco cines allí: Edén, Selecto, Teatro Apolo, Cosmópolis y Cerrense. El Cosmópolis, ubicado en Viacaba, entre Chile y Grecia, propiedad de la empresa Censa, funcionó entre 1949 y 1965. Contaba con 1284 butacas y era el más grande del barrio (*El Observador*, 15/11/2015).

De los cinco cines que había en los cuarenta y cincuenta en el Cerro, en 1969 solo quedaba abierto El Cerrense, ubicado en Carlos María Ramírez, entre Turquía y Grecia. El Edén, de Viacaba, entre Bogotá y Portugal, había cerrado en 1949, mientras que el Selecto, situado en Estados Unidos y Grecia, lo había hecho en 1954 y el teatro Apolo, hoy Florencio Sánchez, en Grecia, entre Norteamérica e Inglaterra, en 1958 (Saratsola, 2005).²

Era una práctica cultural que «trascendía el hecho de ver la película», en la que las mujeres cerrenses encontraban una fuente de entretenimiento que no les era vedada. El olor a mortadela o a mandarinas son algunos de los registros que se recuerdan de las jornadas de matinés. Los cines eran, además, lugares propicios para concurrir durante los noviazgos (Bluth y Tutté, 2004, p. 1). Según señalan estas autoras, «eran uno de los pocos lugares donde las parejas jóvenes podían encontrarse “en privado”, si es que no se sumaba al programa algún hermano, tía o abuela u otro guardián de la buena reputación de la integrante femenina». Juan Bordino, propietario del Cine Cerrense, aseguraba: «“¡[La cantidad] de parejas que se armaban yendo al cine no tiene nombre!”» (Bluth y Tutté, 2004, p. 56).

Jóvenes y adolescentes cerrenses concurrían a los cines del Cerro, a alguna parroquia católica o se trasladaban a La Teja o el Paso Molino.

Recuerda el cerrense y militante sindical frigorífico Sergio Iglesias (22/9/2017) que, en su niñez y hasta los catorce o quince años,

Se iba mucho al cine [...]. Yo iba los domingos a las matinés, de 1 a 8 de la noche, iba al Selecto o al Cerrense, y algún domingo podía pasar que al llegar al cine estaban todas las entradas agotadas [...]. Tenías que salir del Cerro [...]. En La Teja estaba el Miramar [...], estaba el Belvedere Palace, y en el Paso Molino, el Cine Copacabana [...]. Se iba mucho al cine. Después había un día a la semana que pasaban películas españolas y mexicanas, que me llevaba mi abuela [...], que decía que eran «películas de llorar».

2 Este último continuó como teatro municipal.

De este testimonio se pueden resaltar el gusto masivo por el cine entre distintas generaciones y el papel de la abuela, quien llevaba a los nietos a entretenerse.

Por su parte, el exmilitante estudiantil y vecino cerrense Walter Chagas (22/9/2017) rememora: «Las iglesias daban cine. La San Rafael [...] quedaba cerca de mi casa [...]. Íbamos con un peso al cine [...], que te daba para la entrada, pa los bizcochos y para una Bilz Sinalco».

Y acota Sergio Iglesias:

Te pasaban la serie Tom Mix [...]. En la del domingo iba corriendo y se caía en un precipicio, y quedaba colgado el tipo [...]. [Al siguiente día] te pasaban la otra serie. Se salvaba y lo iban corriendo unos indios [...]. Y estábamos toda la semana con los gurises hablando: «Vo, de esta no se salva, es muy difícil».

Un día de mayo de 1969 podía verse en la cartelera de *El Popular* que en el Cerrense, desde las 20.30, se exhibía *El ojo del monstruo*, seguido de *La maldición alada* y *Pánico en la tierra*, películas de acción y de terror.

Desde el éter y la pantalla chica

La televisión no era accesible a todas las casas del Cerro. Las y los cerrenses recuerdan los traslados a casas vecinales o familiares para mirar determinados programas. El sábado, para las y los niños y adolescentes, la televisión transmitía dibujos animados a las 11.30 horas por el Canal 10; el Canal 4 transmitía *Los tres chiflados* una hora más tarde y, desde la media tarde, un larguísimo *show* de cinco horas para «toda la familia»: *Sábados circulares de Mancera* (*El Popular*, 3/5/1969, p. 6). Los mayores que tuvieran algún dinero y posibilidades de ir al Centro podían ir al trasnoche del Teatro El Galpón, a ver *Hay que meter la pata*, con la actriz y cantante argentina Nacha Guevara.

Sin embargo, la radio era escuchada ampliamente. A finales de los cincuenta aún mantenía un público masivo y se escuchaba en la misma calle. Dice Iglesias:

Vos tenías que escuchar el radioteatro, porque [...] a mí me pasó que iba a la panadería, que era a cinco cuadas de mi casa, y era la hora del radioteatro de Julio César Army, y lo escuché todito, porque los vecinos tenían todos la radio [...], no me perdí nada.

Mientras, Chagas afirma: «¡La radio era una cosa! [...] Vos estabas jugando a los camioncitos, a la bolita, y, entre la 1 y las 4 de la tarde, eran las comedias».

Luego llegaba el momento en que los niños debían retirarse:

Llegaba como a las 7 [...], pero más de las 8 no podías estar en el conjunto de la gente mayor [...]. Había una audición, [de la] que no me acuerdo el nombre, pero era auspiciada por Pancitos Rausa, y eran escalofriantes, algunas eran sacadas de *Los cuentos de la selva*, de Quiroga [...], y de noche... el tigre... Siempre me quedó, y mi madre me decía [que] si me había portado mal, «viene el tigre y está abajo de la cama», y yo siempre revisaba abajo de la cama si estaba el tigre... Me cagaban a palo psicológicamente.

Carnaval, fútbol, playa, bailes. El carnaval se desplegaba en el Cerro a través de corsos por la calle Grecia, tablados y *asaltos*: festejos en casas vecinales donde varones y mujeres tenían diferentes funciones. Según la cerrense Edelweiss Zhan (14/5/2016), los varones llevaban la bebida y las mujeres, la comida. El corso en el Cerro es recordado por la vecina Graciela Dorphich (7/7/2018):

...Una movida impresionante. Me acuerdo, de chica, de estar en casa y sentir que los conjuntos venían en camiones [...], y la batería de las murgas se sentaban en el borde del camión y venían tocando, de sentirlo y salir corriendo a mirarlo cuando pasaba por Grecia. También los tablados callejeros.

Las parcialidades deportivas tenían su expresión en el barrio: Cerro y Rampla en el fútbol profesional y Verdirrojo, Barrio Obrero y Barcelona en el básquetbol.³ Durante este período también surgieron equipos de clubes de *baby* fútbol. Varios clubes deportivos organizaban bailes en sus sedes: Club Las Acacias (Vizcaya y Rusia), Club Holanda (continuación Holanda), Club Puerto Rico (Chile y Berna), Club Misterio (Cuba y China), entre otros. También se utilizaban los establecimientos de colectividades de inmigrantes o el Parador del Cerro. Eran eventos que podían ser acompañados por orquestas. Muchas jóvenes asistían escoltadas por madres que se turnaban en esa responsabilidad.

La playa de la bahía del Cerro fue otro ámbito disfrutado en los veranos. Las familias o grupos de amigos podían pasar jornadas enteras en las arenas, y era común que las mujeres prepararan la comida necesaria.

La división sexual del esparcimiento hacía que los varones contasen con disposición de tiempo libre para ser jugadores o espectadores de deportes y para concurrir al bar. Las mujeres no solían contar con tiempo

3 Las sedes del Club Atlético Cerro se ubican en las calles Grecia y Viacaba, y Grecia y Prusia; la de Rampla, en Grecia y Barcelona. El estadio del primero se inauguró en 1964, en Santín C. Rossi y Pernambuco. El parque Nelson (Turquía, entre México e Inglaterra) fue remozado en 1966. Verdirrojo tiene su sede en Prusia y Egipto, Barrio Obrero la tuvo en Egipto y Tabárez, y el Barcelona, en Grecia y Norte América.

libre *para sí*, sino que el esparcimiento era *para otros*, o sea, en el marco de dinámicas familiares de cuidados de hijos e hijas u otros y otras familiares, visitas o encuentros con vecinos y vecinas. Así como el trabajo reproductivo dificultaba a las mujeres participar de las militancias política, sindical o social, también les era muy difícil participar o disponer de tiempo libre o de espacios para ello.

Un boliche en cada esquina

Un espacio de sociabilidad ponderado en el Cerro eran los boliches. Los testimonios recuerdan con nostalgia la multitud de bares ubicados principalmente por la calle Grecia, pero que también los había en otros lugares del barrio.⁴ Un relevamiento hecho por el cerrense Fernando Couso Lingeri, exmilitante del Partido Demócrata Cristiano (PDC) y escritor, y un primo suyo llegó a contabilizar 75 para los años sesenta. Al igual que en otros ámbitos, una mirada de género puede desentrañar aspectos que, de otra forma, quedan invisibilizados. Los boliches eran lugares donde solo ingresaban los varones. Allí tomaban, fumaban, conversaban y discutían. Podían llegar a hacer recorridas visitando los diferentes bares del barrio. También se practicaban diversos juegos de azar, como el truco y el billar, e incluso en algunos se desarrollaban timbas clandestinas.

Las ruedas de vecinos, compañeros de trabajo, parientes y amigos tenían la fraterna costumbre de *servir la vuelta* por y para cada uno de los integrantes. Más de un varón volvía a rastra a su hogar. ¿Cuánto salario se volcaría en alcohol? ¿Qué implicaba para las mujeres —en sus diversos roles de esposas, novias, hijas, nietas, hermanas, sobrinas— cuando los varones volvían a sus hogares con diferentes niveles de alcohol en su cuerpo?⁵ Los relatos de los entrevistados no ahondan en estos asuntos, pero, seguramente, era otra carga a soportar por las mujeres. Además, probablemente, significaría situaciones violentas, de abusos, maltratos. También suponía un período de tiempo más que los varones restaban del hogar.

4 El Carioca (Grecia y Estados Unidos), el Ángel Benza (Suecia y Dinamarca), el Munich (Grecia y Holanda), Dos Ernestos (Grecia y Rusia), el Guaraní (Grecia y Prusia), el Cerrense (Carlos María Ramírez y Grecia), La Toreada (Carlos María Ramírez y Filipinas), Las Cadenas (Carlos María Ramírez y Cibils), el Dale Cerro (China y Dinamarca), el Águila Negra (Cuba y Berna), La Garita (Berna y Bulgaria), el Agapito (Gibraltar y Berna), el Burgos (Carlos María Ramírez y Grecia), el Monte Carlo (Carlos María Ramírez y Chile), el Atenas (Patagonia y Estados Unidos), el Grúa (Río de Janeiro y Suecia) y el Universal de Miranbell (Grecia y Austria).

5 También podemos preguntarnos qué implicaba para hijos, sobrinos, nietos, etcétera.

Imagen 5.
Familiares de Carmen Taboada, frente al café y bar Italiano



Fuente: Colección Carmen Taboada.

Creaciones desde abajo

Durante los años cuarenta se aprobaron un conjunto de leyes laborales y sociales importantes que llenaban claros vacíos y necesidades de los trabajadores. Al mismo tiempo, crecieron los salarios, al compás de la organización y movilización masiva de los trabajadores urbanos y del Cerro. Durante la Segunda Guerra Mundial, en noviembre de 1943 se aprobó la Ley de Consejos de Salarios.

En diciembre de 1944 se aprobó otra que creaba las Cajas de Compensaciones para la industria frigorífica, especie de seguro de paro para una actividad caracterizada por su zafralidad, tres o cuatro meses al año (Porrini, 2005, pp. 161-171). Al igual que los Consejos de Salarios, estaba conformada por una representación tripartita: tres representantes del Poder Ejecutivo, dos de los patrones y dos de los trabajadores. Asimismo, la ley estableció bolsas de trabajo para los afiliados a dichas cajas, destinadas a administrar los registros de trabajadores y las prioridades para cubrir los puestos al haber solicitudes de personal de las empresas.

Jorge García, obrero de carga y descarga y dirigente de la Federación Autónoma de la Carne, destaca la importancia de la legislación laboral obtenida con la lucha. Antes de fundada la Federación de Obreros de la Industria de la Carne y Afines Autónoma (FOICA-A), el 7 de enero de 1942, «los trabajadores de los frigoríficos trabajaban a razón de tres o cuatro meses al año» y

luego eran despedidos sin ningún tipo de protección legal. En tanto, algunos emigraban «a los saladeros del sur de Brasil, muchos iban al Paraguay, otros a los frigoríficos de Rosario». Luego de la fundación de la federación, «una de las primeras conquistas [...] fue [lograr] la estabilidad del trabajador en relación con su fuente de trabajo», al definir que, cuando el trabajador «cumpl[í] a un ciclo de trabajo, digamos dos o tres meses», quedaba ligado en forma permanente a la empresa (García, 1984, p. 9).

Una de las formas de conocer la cultura y los componentes de comunidad en el Cerro es considerar sus creaciones, tanto desde los núcleos y organizaciones de raíz fabril como desde las propias entrañas barriales y vecinales.

Sintetizó Daniel Bentancur, hermano de Jorge, compañero de militancia y referente político de la ROE:

Era un barrio que se puede considerar como una comunidad obrera, que a partir de las industrias trabajaba más allá de lo que el Estado daba. [...] El Estado [...] no tenía interés de hacer por algún barrio más allá de lo que era el clientelismo [...]. Esta comunidad tuvo la capacidad en sí misma de generar condiciones y hacer obras que permitían un desarrollo bastante sustentable mientras hubo fuentes de trabajo.

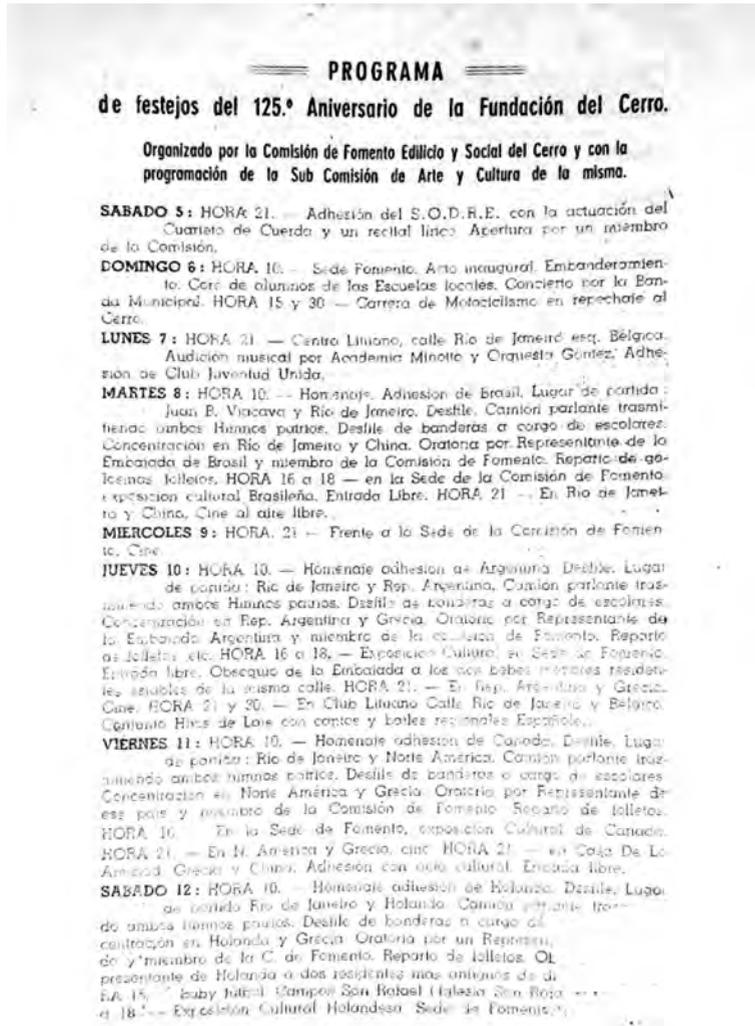
En este sentido, es pertinente señalar algunas de las creaciones de la sociedad barrial, de tipo autogestionario, experiencias de carácter inédito y otras que seguían una tradición de participación y de luchas en el lugar de residencia y barriales. La construcción y el mantenimiento de los centros educativos fue una de las más significativas, como la compra del lugar donde se instalaría el primer liceo público del barrio, el número 11, y, poco después, la escuela industrial. Allí se dictaron cursos del hogar (tejidos, cocina, lavado y planchado), clases de corte y costura, bordados y encajes, además de «la enseñanza de carpintería y de mecánica, logrando que se habiliten los talleres, totalmente equipados» (Montiel, 2010, p. 8).

Otro elemento significativo fue la creación de dos cooperativas de consumo: una de ellas vinculada a los trabajadores del Frigonal y la otra de carácter abierto a todos los vecinos, promovida por el Ateneo Libre Cerro-La Teja. Por iniciativa de sus trabajadores se estableció la Caja de Auxilio de los Obreros y Obreras del Frigorífico Nacional. Por último, en el barrio se creó una escuela maternal.

Jorge Bentancur (2015) reconstruyó los objetivos y logros de la comisión de vecinos, que buscó, desde su creación en 1950, instalar «un hospital, una escuela industrial, un liceo de enseñanza secundaria, un mercado vecinal, oficinas públicas, parques de recreo y deportivos, alumbrados, viviendas económicas». Los trabajadores y las trabajadoras pensaban, construían y disputaban la gestión de su barrio.

Imagen 6.

Programa de la vasta serie de festejos organizados por el 125.º aniversario de la Villa del Cerro por la Comisión de Fomento Edilicio y Social del Cerro, 1959



Fuente: Colección Rubí García de Rubessa.

La Sub Comisión Pro Liceo presidida por el arquitecto Luis Vaia logró comprar el viejo Duna Hotel (Grecia y México) y, a partir de la garantía firmada por vecinos notables como el doctor Martín Harretche y el boticario Juan Etchesarry, accedió a un crédito que permitió culminar la obra. La comisión «no solo pagó el préstamo, sino que trabajaron arduamente un

caluroso verano [...] para que pudiera abrir sus puertas y comenzar a dictar clases el 2 de mayo de 1953».

Otra creación barrial en el período fue «la primera escuela maternal». Recuerda Daniel Bentancur:

Esa generación, con [Mariano] Arana, con [Luis] Vaia, con [Ariel] Orozco, toda esa gente, experimentaba porque había un respaldo y una participación activa de la sociedad, de la comunidad del Cerro. Como fue la primera escuela maternal que hubo en el país, hecha por los vecinos y también por la misma gente, en la calle Portugal esquina Barcelona [...]. Yo fui a esa escuela maternal, y eran los hijos de los trabajadores los que iban ahí.

Esta enumeración, quizá incompleta, de actividades desarrolladas por los vecinos nos provoca a conocer más sobre esos procesos de participación y autogestión barrial (en la cual puede haber sustratos ideológicos y políticos) que configuran rasgos de una sociedad con tintes comunitarios, articuladora de componentes obreros, profesionales, estudiantes y otras categorías sociales del barrio.

Política electoral en el Cerro (1958-1971)

En 1958 el PN ganó las elecciones gracias a la alianza entre el sublema Herrerismo y la Liga Federal de Acción Ruralista, liderada por Benito Nardone. Logró una ventaja numérica sustantiva: más de ciento veinte mil votos, e incluso obtuvo la intendencia de Montevideo.

El PN venció en Montevideo con el 43,3% de los votos. Por su parte, el Partido Colorado (PC) logró el 36,3%. Pero si se analizan los resultados por secciones judiciales, se encuentran sutiles diferencias en el comportamiento electoral (Corte Electoral).

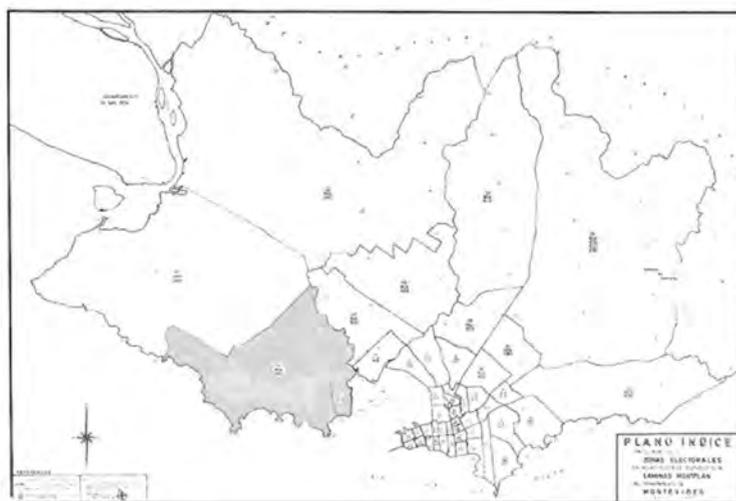
En la sección judicial n.º 13 (Cerro, Casabó, Rincón del Cerro, Pajas Blancas, La Paloma y La Boyada) hubo 14.752 votos validados en el escrutinio primario, y sin considerar los votos observados, que suelen distribuirse en proporción similar a los validados, ni la cifra marginal de blancos y anulados, podemos llegar a ciertos porcentajes. El PN obtuvo la mayoría simple de los votos, con 6407 votos (43,4%). Le siguió el PC, con 4735 votos (32,1%). En conjunto, el porcentaje de votos al coloradismo fue un poco más bajo que en el departamento. Cuatro años antes, el PC había estado cerca de los 6800 votos y el PN no había llegado a los 3800 (*El Popular*, 3/12/1958, p. 1; *Marcha*, 23/11/1962, p. 27).

La victoria nacionalista allí se sustentó por sus dos principales sublemas. Entre ambos sectores lograron la abrumadora mayoría de los votos nacionalistas. Las listas de Martín Echegoyen (herrerorruralismo) alcanzaron el

23,2% y superaron así su promedio departamental. Las de Salvador Ferrer Serra (Unión Blanca Democrática [UBD]) obtuvieron el 15,9%, lo cual significaba menos que en el promedio de Montevideo. Los votos al sector de Ángel María Cusano (del sublema Nacionalismo Intransigente) sobrepasaron los seiscientos (4,3%), los cuales significaban casi el doble del porcentaje en la capital. Las listas nacionalistas más votadas en esta sección judicial fueron la 51 (11,5%) y la 400 (6,6%), de Ferrer Serra, y la 50 (10,7%), de Echegoyen. En esta última figuraba el cerrense Ricardo Rocha Imaz en el primer lugar para la Cámara de Representantes. Por lo tanto, las listas de Ferrer Serra lograron un poco menos de apoyos en esta sección judicial que en el departamento y lo contrario ocurrió con las listas de Echegoyen.

Causó sorpresa el crecimiento del herrerismo en Montevideo y, en particular, en esa sección judicial, con casi dos mil votos más. Con respecto a 1954, la fracción de Daniel Fernández Crespo (la Lista 51) perdió votos allí. En casi todo «el cinturón suburbano y semirrural de Montevideo» el herrerismo creció, «y el más alto porcentaje de aumento —124%— se registra en el Cerro, la 13, donde pasó de 1536 a 3428». «Solo queda separado por cientos de votos de la lista 15» (*Marcha*, 5/12/1958, p. 4).

Imagen 7.
Mapa de la sección judicial n.º 13 (1971)



Nota: Se aprecia la zona más urbanizada del Cerro y Casabó en la zona al suroeste. Fuente: Biblioteca Nacional de Uruguay, <<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/5659>>.

En cambio, al interior del PC, solo las listas de Manuel Rodríguez Correa, del sublema Batllismo (y, en particular, la Lista 15), obtuvieron una cantidad significativa de votos. La Lista 15 fue la más votada de todas las listas

de todos los partidos allí, pues contabilizó 3449 voluntades (23,4%). Pero las listas de César Batlle Pacheco y Fernández solo obtuvieron un 6,7% y 1,5% respectivamente, según datos de la Corte Electoral. Sin embargo, con respecto a 1954, el quincismo perdió más de dos mil votos, ya que entonces solo en el escrutinio primario había contabilizado 5595 votos.

Como los datos son del conjunto de la sección judicial, no es posible diferenciar las zonas por sus características socioeconómicas, como, por ejemplo, la zona rural de la zona más urbanizada de la Villa del Cerro. Pero existen indicios que hacen suponer un mayor apoyo al herrerorruralismo en zonas rurales y al quincismo en zonas más urbanas. Si bien la fuerza política de Luis Batlle votó por encima del promedio departamental en esta sección, no así las otras fuerzas coloradas conservadoras. Por otra parte, el electorado independiente de perfil ideológico de izquierda se repartió entre el quincismo, el Partido Comunista de Uruguay (PCU) y el Partido Socialista Uruguayo (PSU) (Bruno, 2007, p. 123; Campodónico, 2003, pp. 33-34; Cosse, 1983; Barros-Lémez, 1989; Fasano Mertens, 1989).

El PSU obtuvo un 3,5% en las elecciones nacionales y un 6,8% en las departamentales, mientras que en la zona considerada consiguió 1575 votos (10,7%). Esto lo presentó como la tercera fuerza mejor votada allí. En lo nacional, el PCU obtuvo un 2,7% de los votos válidos y en Montevideo un 5,4%. En el caso de esta sección judicial, los apoyos treparon al 8,1% (con 1200 votos). En 1954 esta fuerza solo había cosechado 672 votos. Estos resultados parecen indicar que esta sección era un punto de apoyo para la izquierda uruguaya (Corte Electoral; *El Popular*, 3/12/1958, p. 1).

En las elecciones de 1962 el PN vuelve a vencer, pero, esta vez, por un escaso margen de 24 mil votos; «ya casi nada quedaba del aplastante triunfo de 1958» (Demasi, 2004a, p. 16). En esta ocasión, se trata de la otra ala del partido (la UBD), y la ventaja se reduce significativamente. El PC recupera el gobierno municipal de Montevideo. Dentro del coloradismo se destaca la figura de Zelmar Michelini, quien es percibido «como una apertura hacia la izquierda dentro de un partido tradicional», puesto que reúne «un enorme electorado flotante» (Solari, 1988 p. 191). Esta elección confirma el predominio de los partidos tradicionales y marca un estancamiento en las izquierdas por fuera de estos (*Marcha*, 30/11/1962, p. 5).

En la sección judicial, el PC venció tras obtener una mayoría simple, con un 47,5% de los votos. El PNU logró el 37,1%. El Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) —integrado por el PCU—, el 9,5%; la Unión Popular (UP) —en la que participaba el PSU—, el 3,8%, y la Lista 808, el 1,9%. En esta ocasión, el coloradismo votó levemente mejor en esta zona que en el resto del departamento. Lo contrario ocurrió con el nacionalismo (*Marcha*, 30/11/1962, p. 5).

En los sesenta, el PCU desarrolla un especial esfuerzo de militancia para ganar apoyos en el Cerro. Por último, en noviembre de 1962 se anunció el

aumento del índice de la votación al FIDEL allí. Las listas más votadas fueron las 15 y 99 del Partido Colorado (de Luis Batlle Berres y Zelmar Michelini respectivamente) y, en tercer lugar, la Lista 1001 cosechó, en el escrutinio primario, 1710 votos (9,5%). Superó a la 51 de Fernández Crespo y logró casi dos veces y media los votos de la UP, Michelini con «buena parte de la izquierda batllista» obtuvo 1856 votos en el Cerro (Leibner, 2011).

En 1964 fallecieron Nardone, Fernández Crespo y Batlle Berres. Como consecuencia de la muerte de este último, se inició una puja por el liderazgo político de la Lista 15. Finalmente, se impuso su hijo Jorge Batlle Ibáñez. Este hizo uso de la radio Ariel, el diario *Acción* y la red de clubes políticos barriales (Demasi, 2004a). En este marco de pujas, Luis Tróccoli (senador por el quincismo, presidente del Club Atlético Cerro y artífice del estadio que lleva su nombre) desarrolló una intensa actividad en el Cerro. Llegó, incluso, a colocar una piedra fundamental de un futuro hospital del Cerro, que se ubicaría en Cuba y Carlos María Ramírez. Pero llegadas las elecciones, Tróccoli perdió su banca.

Por su parte, militantes de Amílcar Vasconcellos comenzaron a organizar las ocupaciones de terrenos estatales en los alrededores de Casabó. Allí actuaría la vecina y caudilla María Celeste Villanueva de Arambillete, que respondía al edil José Calleriza y que, en las elecciones de 1966, apareció en el lugar 27 de la lista de candidatos a la Junta Departamental de Montevideo por la Lista 315. Para las elecciones de 1971 figuró en el puesto siete de la Lista 1315 a la Junta Departamental, según datos de la Corte Electoral.

Ante las elecciones de 1966, si bien «cada partido ofrecía, como siempre, un espectro complejo de la derecha a la izquierda, el centro de gravitación estaba más a la derecha que en otras elecciones». Los grupos de Jorge Batlle y Óscar Gestido aparecían más a la derecha del espectro político de lo que estuviera el desaparecido Luis Batlle (Solari, 1988, p. 181).

En la sección judicial decimotercera, la zona n.º 43, de Casabó y el Cerro, totalizó 7457 votos. El PC obtuvo la victoria con 3933 votos (52,7%), seguido por el PN con 2023 (27,1%), 1084 para el FIDEL (14,4%), 202 del PDC (2,7%), 183 del PSU (2,5%), 25 de la UP, cuatro del Movimiento Cívico y tres de otros. La zona n.º 44, de Pajas Blancas, Cerro Norte, La Paloma, Rincón del Cerro y Pantanoso, totalizó 11.526 votos. El PC obtuvo la victoria con 6195 votos (53,8%), seguido por el PN con 3539 (30,7%), 1433 para el FIDEL (12,4%), 167 del PDC (1,5%), 130 del Partido Socialista (1,1%), 37 de la UP, nueve del Movimiento Cívico y 16 de otros (Venturini, 1989, pp. 54-55).

Sin embargo, no es posible conocer los apoyos a los diversos sublemas. Esto resultaría pertinente en un contexto de fragmentación política y de posturas, a veces radicalmente opuestas, al interior de los partidos (Demasi, 2001).

En conjunto, las elecciones marcaron que el electorado uruguayo puso «su confianza en la moderación [...], en las soluciones de centro con un ligero tinte de derecha [...]; una voluntad de cambiar, pero la de cambiar poco». Entre las conclusiones extraídas del resultado de estas elecciones, Aldo Solari (1988) destaca que, si bien «la máquina partidaria» (el sistema de clubes políticos barriales) seguía siendo «indispensable», ya no era suficiente. Por ejemplo, Tróccoli perdió su banca en el senado y Michelini perdió un 40% de su electorado. El FIDEL fue la única fuerza de izquierda uruguaya que creció electoralmente (pp. 191-199).

En el departamento, la lista más votada fue la 1515, de Julio María Sanguinetti (con más de 73.000 votos), en segundo lugar, la gestidista Lista 5515, del candidato a diputado Germán Acosta y Lara (con más de 54.700 votos), y, en tercer lugar, la Lista 1001 con más de 53.700 votos. En 1954, el PCU había obtenido 700 votos en la decimotercera sección; en 1958, 1200 votos; en 1962, 1710, y, en 1966, un total de 2515 votos, por lo que alcanzó un 14,2% del electorado (*El Popular*, 29/11/1966, p. 5). En la zona del Pantanoso, el FIDEL había alcanzado el 16,2% (*El Popular*, 1/12/1966, p. 51). A nivel departamental, había obtenido el 10,7% de los votos. Por lo tanto, nuevamente la sección judicial n.º 13 había estado por encima del promedio (Corte Electoral).

En el escrutinio primario de 1971, la zona n.º 43 totalizó 9909 votos. El vencedor fue el Frente Amplio con 4058 votos (41%). En segundo lugar, el PC con 3200 votos (32,3%) y, en tercer lugar, el PN con 2602 votos (26,3%). En la zona n.º 44 hubo 17.898 votantes. En esta zona la diferencia entre el PC y el Frente Amplio fue de solo dos voluntades: 6000 y 5998 respectivamente, es decir, 33,52% y 33,51%. El PN logró 5823 votos (32,5%) (Venturini, 1989, p. 60).

Si bien la Lista 1001 volvió a crecer sustancialmente en votos, este crecimiento se vio opacado por un número significativo de nuevos votantes. En 1966 el escrutinio primario totalizó casi 19.000 votantes en la sección judicial n.º 13 y el FIDEL logró un 13,3% de los votos, con poco más de 2400 sufragios. Pero, en 1971, si bien cosechó casi 3400 votos, en la sección judicial hubo más de 27.800 sufragios. En Montevideo el abstencionismo, con respecto a 1966, cayó del 25,3% al 12,4%, lo que recuerda que a la obligatoriedad del voto se sumó la penalización por no votar, entre otros cambios. El índice de aumento de votos válidos no sobrepasó el 17% en las elecciones de 1958, 1962 y 1966. Pero en 1971 superó el 35% (Fabregat, 1972, pp. 172-173; Venturini, 1989, p. 21; *Estudios*, n.º 62, 1972, p. 48).

En estas elecciones nacionales el Frente Amplio obtuvo el triunfo no solo en el Cerro, sino también en otras zonas del Oeste de Montevideo. Fue en el Cerro donde la victoria fue más alta en porcentaje. César Aguiar destaca que obtuvo buena votación en «contextos caracterizados por su

relativamente alto nivel de industrialización» (Aguar, 1987, p. 29), un ejemplo de ello sería el Cerro.

Los diferentes aspectos desarrollados en las páginas anteriores representan la síntesis de algunos rasgos que identificamos como fundamentales en el Cerro durante los *largos sesenta*: cuestiones referentes a la población cerrense y su sociabilidad, la cotidianidad, el mundo del trabajo y las organizaciones sindicales, sus diversas asociaciones y creaciones. En suma, se presentaron elementos estructurantes de la comunidad obrera cerrense desde una perspectiva que entrelaza lo social con lo político y cultural. Temas que se verán profundizados en los capítulos siguientes.

Aspectos materiales de la comunidad obrera del Cerro en torno a la vivienda (1957-1973)

FRANCIS M. SANTANA DA CUÑA¹

La problemática de la vivienda en Montevideo

Como señala Yolanda Boronat, los procesos de urbanización son fenómenos complejos y en ellos la vivienda tiene un rol fundamental. Por ello, lo habitacional es clave en la materialidad de la Villa del Cerro. Aquí se analizan las condiciones de la vivienda y dos tipos de respuestas ensayadas para enfrentar las dificultades: formas de colaboración y solidaridad cotidiana y formas de organización y acción colectiva.

El crecimiento de Montevideo acentuó el déficit de vivienda, y este factor incidió en el plano colectivo. La falta de una política habitacional planificada causó que el área metropolitana aumentara, ante la imposibilidad de conseguir techo en la ciudad. Las familias construían su casa en sitios cada vez más alejados (Abella Trías, 1966, pp. 5, 58; Rama, 1958, p. 71).

En los años cuarenta y cincuenta se alertó sobre la situación, y en los sesenta los rancheríos urbanos aparecieron como un hecho que se agravaba. Antes de la crisis, la inversión en vivienda ya era insuficiente, y una vez desatada aquella, el problema se acentuó (Terra, 1969, p. 7; Bolaña, 2017a, p. 51).

El primer cantegril apareció en 1948-1949 y el municipio implementó viviendas de emergencia en 1953. Pero en 1955 una de las grandes concentraciones de rancheríos se encontraba cerca del Cerro: en camino de las Tropas y el arroyo Pantanoso. Según una publicación de la Unión Nacional Católica de Acción Social, al menos desde 1954 había un cantegril sobre el camino La Paloma y en 1956 la mayoría de las familias habían sido realojadas. Sin embargo, unos años más tarde, en mayo de 1961, la revista *Reporter* dio cuenta de que habían aparecido más casas precarias en la misma zona.

Entre 1956 y 1961 se hizo evidente la magnitud que iba tomando el problema. En un sorteo de 180 viviendas en 1956 se anotaron nueve mil familias (Rama, 1958, p. 78). En octubre de 1961, el semanario *Marcha* destacó que el volumen de construcciones del Instituto Nacional de Viviendas Económicas (INVE) era claramente insuficiente.

¹ Licenciado en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, ayudante en el Departamento de Historiología de la misma facultad y maestrando en Historia Rioplatense.

La población había tomado «en sus propias manos» y «a su manera una gran parte del crecimiento urbano». Un caso en el Cerro ponía de manifiesto este aspecto. Juan Medina, obrero del Frigorífico Nacional (Frigonal) y padre de cuatro hijos, compró un terreno y, en los ratos libres, se hizo su vivienda en el Cerro. Según relata el semanario *Marcha*, el 80% de la construcción era clandestina o a base del plano económico, única manera de poder construir a bajo costo (*Marcha*, 2/7/1971, p. 17).

Los indicadores de préstamos de viviendas y valor de los alquileres confirman la gravedad del problema. Desde 1959 el gobierno del PN elaboró un Plan Nacional de Viviendas a cargo del Banco Hipotecario del Uruguay (BHU) y del INVE. Pero el BHU inició la década del sesenta en déficit (Magri, 2014, p. 76). Gracias a la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) y el censo se obtuvieron datos concretos. Solo el 40 % de las construcciones eran de «características media o económica» y la construcción pública fue de solo el 7 % (Conti de Queiruga, 1986, pp. 21-22). Entre 1959 y 1963 la cantidad de metros cuadrados de viviendas construidas se redujo casi un 50 % (Terra, 1969, p. 5), y a esto se sumaron las dificultades de la industria de la construcción entre 1967 y 1970 (González, 2013, pp. 52-53). En 1966 eran inminentes noventa mil desalojos, y en 1970, según *El Popular*, había ciento diez mil viviendas inadecuadas.

El Plan Nacional de Viviendas, consagrado en la Ley N.º 13.728, vigente desde el 28 de diciembre de 1968, fue una de las respuestas estatales. Sin embargo, en 1975, se calculaba que el déficit habitacional nacional era de 95.180 viviendas (Boronat y Risso, 1992, p. 24).

Las casillas cerrenses

Existen «múltiples referencias acerca de la ciudad “democrática” y de la integración social de épocas pasadas». Pero se constata que «siempre se dio, en términos generales, preferencias de localización de parte de los sectores socioeconómicos más altos hacia determinadas áreas urbanas» (Boronat, 2014, p. 73). En el Cerro se aprecian estos perfiles. La zona en torno a la calle Grecia y al sur de la calle Holanda fue la más beneficiada por el acceso a los servicios (transporte, agua potable a domicilio, luz eléctrica, comercios, servicios sanitarios, saneamiento, etcétera) y por la calidad y el tipo de construcción de las casas (Campón y Gómez, 2000, pp. 43-44).² Las fotografías confirman la temprana urbanización de esta zona (CDF, 1918; SIG, 1926). La más tardía fue al oeste de la calle Polonia.

2 Agradezco el conocimiento y acceso a esta investigación inédita al arquitecto Norberto Cubría.

El Cerro peninsular aparece en dos zonas caracterizadas por el tipo de viviendas que predominan en ellas. La zona «más antigua», desde la playa hasta la calle Holanda, presenta «las casas alineadas sin retiro, y casi todas con fisonomía muy parecida a las clásicas de las ciudades del interior». Mientras que la fisonomía de la segunda porción, al norte hasta la avenida Carlos María Ramírez y hacia el oeste hasta el camino Cibils, cambia debido al fraccionamiento posterior con los retiros, con jardín al frente (Vaia, 1996, p. 7).

Esta segunda zona se caracterizó por la abundancia de las *casillas*. En los hechos, «prácticamente eran un kit de materiales que se compraban en las barracas». Constituían «realmente un modelo de prefabricación», según el arquitecto cerrense Luis Vaia. La información catastral (DNC) y geográfica municipal (SIG, 1926) confirman la marcada presencia de casillas al sur de Carlos María Ramírez, desde la primera mitad del siglo XX. Las casillas estaban muy presentes por Montevideo. La particularidad del caso cerrense es su gran concentración y su dilatada presencia. Por ello, constituyen uno de los tipos arquitectónicos estándar allí. Se apreciaban tres tipos de casillas: las casillas prefabricadas, las casillas con chapas recicladas (González del Río, 2012, pp. 8-9) y las casillas de chapas de dolmenit (fibrocemento).³

El trabajador independiente Carlos Dubarry, hijo de una ama de casa y un albañil, vivió en la esquina de Japón y Vigo. Allí las casillas de chapa de dolmenit eran mayoría. Su relato evidencia la falta de servicios y las dificultades que debían afrontar:

La esquina donde vivíamos era todo piedra [...]. A ese barrio le llamaban el Barrio Verde [...]. En la zona esa era casi todo de dolmenit. Y ahí, abajo, en Vigo, nos agarró [...] esa inundación [...] y tapó todo el agua, y salían los muebles por la puerta y se iban para el Pantanoso.

Según el relato del editorialista cerrense Eduardo Fagián, de familia frigorífica, una situación similar se vivía en Japón y Filipinas, en su barrio La Toreada: «Era marginado: no existía el alumbrado público, el agua la repartía don Arrúa en un carrito, la calle era de tierra». Este panorama contrastaba con la zona más urbanizada: «No dejo de reconocer al otro Cerro, el de las calles cementadas y arboladas», caracterizado por «sus pintorescas casas de estilo colonial» (Fagián, 1992, pp. 5-6).

Hugo Forcade, cerrense e hijo de un destacado militante sindical del abasto, refiere a estas diferencias y afirma que, en su infancia, la gente que tenía algún comercio tenía «sus buenas casas». Pero señala que el resto eran muy parejas «de material, muchas con techo de chapa, otras con techo de

3 Luis Tróccoli recordaba que, cuando había sido presidente del Club Atlético Cerro, su padre, vendedor de casillas de dolmenit, había donado una al club, que fue montada en la calle Haití (Discurso de Luis Tróccoli en el 25.º aniversario de la inauguración del estadio del Club Atlético Cerro, 1989. Colección de Gustavo *Bucky* Delgado).

dolmenit». Recuerda que vivió en la casa de sus abuelos paternos hasta que sus padres pudieron «mejorar y alquilarse algo muy humilde», en concreto, «una pieza de material con techo de chapa». «Pero las casas eran así.» La familia vivió en diversos puntos del Cerro, alquilando «media casa de chapa, media casa de material, siempre con humildad y con trabajo». Por su parte, Catalina *Caty* Jakubecz, vecina de La Trompada y perteneciente a una familia frigorífica, recuerda que se casó con un trabajador de Establecimientos Frigoríficos del Cerro Sociedad Anónima (EFCSA) y se mudó al barrio Las Torres, en 1968. Sobre su infancia, rememora que había gente «que estaba muy bien», que «vivía más para el Cerro», concretamente, «más para la calle Grecia; allá en La Trompada, no».

El informe de la CIDE, de 1965, mostró que en Montevideo los inquilinos alcanzaban el 60% y esto influía en el valor de las viviendas: ya en la década del cincuenta, una casa con terreno valía 48 veces el salario promedio de las familias (Magri, 2014, p. 70). Según Dubarry, comprar una casa resultaba imposible para su familia: «Siempre se alquilaba, [porque] ¿con qué ibas a comprar? No alcanzaba».

El mapa de la página siguiente muestra los resabios de esa división del barrio en función de las condiciones de vivienda y servicios.

A comienzos del siglo XX, más del 80% de la población en el Cerro era obrera y construía sus «modestísimas viviendas» (62-72%), de techo de zinc o paja (Barrán y Nahum, 1979, pp. 140-195). En 1941 la mayoría de la población obrera capitalina seguía viviendo en casas de lata y madera (Duffau, 2010, p. 59).

Las familias buscaban comprar un terreno, y, según el trabajador municipal Francisco La Luz, «se comenzaba por lo más barato», que eran las casillas. Alexis Villalba recuerda que, en la calle Puerto Rico, sus padres «compraron el terrenito a medias, se hicieron la casilla». El obrero frigorífico y luego trabajador municipal Atalivar *Pochito* Márquez experimentó estas dificultades. Vivía con su abuela y su hermano menor frente al Polvorín, en una casilla construida en un terreno alquilado. Como la abuela era lavandera, no pudo comprarlo y debieron mudarse a un terreno municipal frente a la sede del Club Social y Deportivo Las Flores: «Ahí mi abuela hizo una casa. Le pagaba el terrenito, un alquiler ahí. Hizo un ranchito ahí de ella, de lata. Llegó a criarnos ahí».

Imagen 1.
Mapa de la actual presencia de casillas



Fuente: trabajo de campo del autor de 2017-2019.

En la calle Suecia, Omar *Pelado* Ojeda, obrero del Frigonal, recuerda que «casi todo» eran casillas. Por su parte, Ruben Camacho Hermida, trabajador frigorífico perteneciente a una familia de troperos, reflexiona:

De Suecia para allá [hacia el sur] vivían los que comen con aceite de oliva [...]. ¿Dónde están las mejores construcciones en el Cerro? [...] Antes decían: —¿A dónde vas? —Voy hasta el Cerro [...]. Casas buenas... [...] ¿Dónde están las casas grandes, las casas antiguas, las buenas construcciones? Porque allá estaba la gente de poder adquisitivo.

En algunos casos, los testimonios recuerdan la casilla con nostalgia. El pescador artesanal y empleado Héctor Ubiña, miembro de una numerosa familia trabajadora de Egipto y Charcas, destaca que en «una casilla humilde» «nos criamos todos ahí»; era de chapa y con «un sótano espectacular». Era una «casilla pobre pero bien». Héctor recuerda que recién luego de que su madre se jubiló pudieron hacer el baño dentro de la casa. Sin embargo, testimonios como los de las hermanas cerrenses Genoveva y Anita Andrulis Uzdonaité, hijas de una obrera del Frigorífico Swift y un obrero oriundos de Lituania, evidencian dificultades para la calefacción, la impermeabilidad y lo reducido de los espacios. No se trataba de residencias donde pudiera darse recepción a grupos familiares numerosos, de amigos o vecinos. Esas actividades debían desarrollarse al aire libre o los muebles debían ser retirados.

En Juan B. Viacaba y Polonia vivía la empleada Teresa Fernández Decoud, esposa de un futbolista y de padre policía, en «una casillita muy linda», con «habitaciones grandes». «Papá había hecho una divisoria y dormían, de un lado, mis hermanos y, del otro lado, las mujeres.» No había agua corriente y el baño era afuera. Ella distingue: «Fuimos pobres» y «¡gracias a Dios hambre no [había], pero necesidad sí». En Gibraltar y Austria, la familia del empleado de farmacia y kinesiólogo Roberto Pesce debió dividir una casilla en dos. La compraron sus padres, junto con una hermana de su padre: «Venía a ser una casilla sola» y «teníamos partes [en] que nos comunicábamos por dentro». En cada mitad vivían cinco personas.

Jakubecz detalla que vivían «en piezas chiquitas»: «A veces en una pieza dormíamos todos. Nos teníamos que acostar temprano o nos acostábamos vestidas, con saco y todo». Para calefaccionarse, «prendíamos un primus». Recuerda que, por entonces, «muy pocos vecinos eran los que tenían su estufa a kerosene». La casilla de Puerto Rico y China donde creciera el obrero del Frigonal Jorge *Jimbo* Mendoza, junto con su padre, también del Frigonal, y su madre, ama de casa, era «divina, forrada por dentro». Prendían el primus y colocaban una maceta con una manija, y, para calentar la cama al dormir, utilizaban «un ladrillo: lo envolvías con diario y lo ponías en los pies». Si bien se pasaba gran parte del día «en la calle», en invierno ya debían entretenerse dentro, «jugando a las cartas, la lotería, el dominó, el ajedrez, con mi viejo».

Televisión solo tuvieron a mediados de los sesenta y su presencia era escasa en los hogares, como testimonia el trabajador frigorífico Willys Naya.

En los casos de falta de mantenimiento o deterioro en los techos, las dificultades se hacían apremiantes. El trabajador de la curtiembre Alaska Jorge *Toto* Caballero recordaría: «Lo que tengo en mente es que acá fue la primera casa donde empecé a vivir que no se llovía el techo».

La familia de Jakubecz vivió «contra las piedras de la fortaleza», carecían de agua potable e «iban a la falda de la fortaleza a una cachimba». Para bañarse utilizaban «agua caliente en un latón»: «Te enjabonabas y después con un jarro te enjuagabas». Un panorama similar vivió Naya, en la zona de Charcas y Gibraltar, donde «era muy descampado, tenía poca construcción», y vivir allí «era como vivir en el campo al borde de la ciudad». «No había agua, se repartía agua a caballo en un tanque». La casa de su abuela era de «techo de chapa, paredes de chapa, hecha con listones de madera, piso de hormigón lustrado, baño afuera y aljibe». Se vivía «sin luz o a media luz, con vela», se cocinaba «con leña o brasero» y, para calentar la casa, se utilizaban «braseros con aserrín, que eran un tanque con fuego». En su testimonio, sintetiza: «Así era este barrio».

La falta de agua corriente a domicilio era suplida por aguateros, como lo rememoran el carpintero y friyero Raúl *Toto* Rodríguez y Camacho. Gladys *Beba* Zapata, huérfana de madre, se crio junto con su abuela y un tío, obrero del Frigorífico Swift, y trabajó cuidando niños para la familia Ferrés, en una textil y en varias pesqueras. Beba recuerda:

Mis primos eran aguateros. Venían acá, que había una canilla, en Perú y Cuba, y llenaban los tanques [...]. Las madres mandaban a los gurises [...]: «Bueno, andá a lo de Zapata, que nos traiga un tanque de agua hoy o mañana». ¡Y no sabés lo que era la coladera de carros con caballos y los tanques para venir a llenar a esa canilla, que era pública! [...] Nosotros, ¿sabés cuándo llegamos a tener? Cuando hicimos la sanitaria, en el año 62.

Los servicios de agua corriente y alcantarillado comenzaron a llegar a las zonas de predominancia de casillas durante este período (*El País*, 10/11/1957, p. 6).

En estas zonas y en las más rurales alrededor, era frecuente que las casas tuvieran un lugar destinado para animales de cría (gallinas y gansos) y, en algunos casos, una pequeña quinta, como en la casa de las hermanas Andrulis Uzdonaité. Ariel González, cuyos padres fueron un obrero frigorífico y una cocinera, criado en la calle Pernambuco, recuerda:

En esa época de los paros él [mi padre] se dedicó a criar en casa (en casa siempre hubo gallinas, patos), pero en esa época llegamos a tener más de ochenta patos, [...] como treinta y pico de gallinas, gallos, llegamos a tener

una chancha, un cordero. Y él sacaba huevos de ahí. Vendía a veces. No era para eso, pero él sacaba de ahí. Matábamos patos, comíamos.

Los conventillos

También había conventillos en el Cerro. Silvia Aguiar, cuya madre era cuidadora de la escuela del molino y cuyos padre y tíos eran obreros frigoríficos, recuerda que su abuela era dueña de uno y que «se hacían la casa al fondo y dividían por un caminito». A ambos lados de este «había piezas y en frente [estaba] la cocina». Allí había dos baños, que eran «de uso común, uno de hombres y otro de mujeres», y «la gente se bañaba con latones adentro de la pieza».

Caballero rememora que, al darles el desalojo, su familia pasó a alquilar en la calle Centroamérica, donde «era un conventillo, un corredor largo tipo un conventillo», y allí también las condiciones eran malas, pues «también se nos llovía».

En algunos casos, las familias apelaron a contactos políticos para salir de los conventillos y acceder a una vivienda estatal. Un ejemplo de ello fue el de los Tanuri. Esta familia de friyeros vivía en un conventillo en China y Polonia: «Era una porquería. Una cosa cuadrada, así, dividida en tres vecinos. Un baño solo para el fondo».

En La Toreada y otras zonas hubo conventillos. Según afirma el comerciante, zapatero, albañil y marino mercante Juan *Cacho* Angeli Sarruco:

Por Filipinas, antes de llegar a Berna [...], está la casa donde vivía Pilar Bastidas [famoso boxeador cerrense de los cincuenta y los sesenta] y al lado están los conventillos [...]. Tenían un corredor para el fondo y tenían las piezas.

Y agrega La Luz: «Todos apartamentos chicos, de una o dos piezas».

El friyero Camacho comenta que su señora recuerda: «Siempre dice: “¡Yo nací en el conventillo de allá arriba!”», en la calle Puerto Rico. Diego Rossano relata que, a mediados de siglo, «en Burdeos había un conventillo, en el que vivía mucha gente», y que «la cuadra de mi casa era puro zanjones». Por ello, asevera: «Burdeos era como una calle de pueblo de campaña. El Cerro de ese tiempo era así» (*El Eco*, 9/10/1993, p. 2).

De las chapas al hormigón, el bloque y el ladrillo

El vecindario fue sustituyendo las casillas por casas de ladrillos o bloques. Así, fueron mejorando las condiciones de vida. En la calle Pedro Castellino, el obrero oriundo de Canelones Mario Perrone Massa testimonia:

Don Fortunato Ramos, que era patrón de los remolcadores que llevaban la carne desde el Artigas [...], cuando se casó, hizo una casilla en el fondo. [...] El tipo laburaba y hacía la casa [...]. Alquiló la casilla y se quedó haciendo el chalé arriba. Cuando hizo el chalé arriba, vendió la casilla [...], la desarmaron. Se la llevaron desarmada.

Rodolfo Rodríguez fue futbolista y trabajó en la Planta Artigas de EFCSA, al igual que su padre. Se crio en el predio de sus abuelos, en la calle Japón casi Río de Janeiro, donde al inicio había un «ranchito donde vivían Irene y Tomás, de lata nomás». Este «tenía un baño afuera, y en el fondo papá había hecho un dormitorio para él y otro para mi hermano y para mí, y así arrancamos». Liria Rodríguez Lerena comenzó trabajando de cuidadora de niños para una familia y luego trabajó en EFCSA. Ella y su esposo vivieron, desde 1957 hasta 1965 o 1966, en una casilla cuyos dueños habían procedido de igual manera que Ramos: «Fuimos a vivir a Cibils y La Boyada, a una casilla» que pertenecía a los Maneiro. Esta familia había vivido allí primeramente, «pero después se hicieron una casa de material muy linda». De todos modos, Liria asegura que «era linda la casilla». Alexis vivió en varias casillas en diversas condiciones y reformó una: «No era mía, pero hice los dormitorios de los gurises. Los hice de bloque, de hormigón, la revoqué». Incluso, «la cocina la hice de bloque y todo».

El friero Ojeda se crio en una casilla: «Era madera y chapa», con «un baño al fondo; tenía que tirar agua». Su testimonio ejemplifica las carencias de algunas casas y las prácticas de solidaridad cotidiana. Una vez que «esas chapas se pudrieron» y la casilla comenzó a lloverse cada vez más, construyeron una casa nueva:

¡Y vos antiguamente pegabas un grito en la sede de Las Flores o en la sede del Tito Borjas y sobraba gente para trabajar! [...] Y empezamos a hacer por dentro [...] hasta que hicimos la plancha. [...] Pusimos el agua corriente, a pagar en cuotas también. Y ahí, en una Semana de Turismo, tiramos la casilla abajo, con los muchachos del Las Flores y del Tito Borjas [...], gente laburante.

En una casilla en la que vivió Caballero, en las calles Noruega y Grecia, también se evidenciaba ese pasaje de la chapa a otros materiales. Si bien el frente y el costado izquierdo eran «de material», el otro lado, no: era de chapa, y «también se llovía».

Describe La Luz: «Hicieron la casilla y después hicieron de material, por afuera. Y después rompieron la casilla y les quedó toda». Así, a veces, se limitaban a reemplazar las paredes de chapa por otras de ladrillo utilizando las casillas como molde. Un ejemplo de este proceder puede apreciarse en las tres casillas que se ven en la siguiente fotografía.

Imagen 2.
Casillas cerrenses modificadas. Calle Berna, entre Bogotá y Portugal



Fuente: fotografía del autor (11/2018).

La gauchada era una práctica generalizada de mano solidaria, entre los montevidianos, de colaborar entre sí (compañeros, vecinos y familiares) en la autoconstrucción «sin más pago que el asado y el vinito dominguero» (González, 2013, p. 47). Esa práctica aparece como una práctica frecuente en los testimonios de los vecinos. Silvia Aguiar recuerda que «era muy común» y que «el día de la plancha era una fiesta y estaba la costumbre de colocar una vara». De ese modo, se anunciaba al vecindario «que se había terminado la plancha, y todo el mundo se ponía contento». Por regla general, «atrás de esa casa, de la mayoría de las casitas» del Cerro, «había otra casita o un ranchito de lata», que tenía «una letrinita afuera».

Las ocupaciones de 1957 y 1962

Pese a las diversas intervenciones habitacionales estatales en el Cerro para sectores obreros y empleados durante la primera mitad del siglo xx, estas no alcanzaron a cubrir sus necesidades. Esto se reflejó en la prensa local, como *Cultura Cerrense* y *Lucha*, órgano de la Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines Autónoma (FOICA-A), y en publicaciones de organismos como el INVE.

En diciembre de 1957 y en el marco del cierre de los frigoríficos Swift y Artigas, una treintena de familias ocuparon viviendas del INVE. *El Popular*, órgano del Partido Comunista de Uruguay (PCU), publicó notas con entrevistas a algunas de las familias ocupantes, mientras que el INVE, según notició *El Bien Público*, negó que fueran familias desalojadas.

El diputado comunista Rodney Arismendi intercedió a favor de los ocupantes. La revista *Estudios*, del PCU, dio cuenta de que los diputados del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) solicitaron que se suspendieran los desalojos en el Cerro.

Imagen 3.

El Popular destinó un espacio destacado de sus páginas para reportar el desarrollo de las ocupaciones de viviendas estatales vacías en la zona



Fuente: *El Popular* (6/12/1957, p. 8).

Según *El Popular*, el INVE debió reconocer que muchas de las viviendas estaban vacías hacía dos años y se probó que había desalojos masivos en el Cerro. En la revista *Reporter* y en el semanario *Marcha*, ya se había denunciado la existencia de viviendas estatales vacías.

El edil comunista Leopoldo Bruera señaló que la situación del Cerro era «dramática» y defendió la ocupación argumentando que las familias obreras habían tenido que elegir entre quedarse «en la calle u ocupar las casas de INVE», porque entendía que eso era defender a «más de ochenta niños». La quincista Benigna Díez de Maceda, abogada del INVE, objetó que se trataba de una «invasión». Bruera, por su parte, propuso que las familias fueran alojadas en viviendas municipales (JDM, 6/3/1958, pp. 230-231).

En 1958 y luego de más de dos horas de debate, la Junta Departamental de Montevideo resolvió construir galpones para estas 35 familias. La edila quincista fue la única que votó en contra. Confirmó que las viviendas estaban vacías, pero adujo que estaban adjudicadas (JDM, 10/4/1958, pp. 474-476).

Se dispuso, por iniciativa de los ediles quincistas Washington Collazo y Eduardo Paz Aguirre, la construcción urgente de un galpón «que pueda ser confortable y en condiciones mínimas de higiene». El municipio proporcionaría los materiales y el asesoramiento técnico, y los ocupantes, la mano de obra. Vivirían allí hasta construir sus propias viviendas (JDM, 10/4/1958, pp. 484-485).

El edil colorado Luis E. Machado consideró que era una solución «integral» porque era clave que las «familias no fueran desalojadas y no quedaran en la calle». Juzgó que era una «forma absolutamente interesante de buscar solución a un problema de tanta gravedad como el creado a estas modestas familias del Cerro». En cambio, el edil colorado León R. Jude señaló que votaba de forma afirmativa solo porque «los materiales que se emplean van a ser recuperados». Coincidió con la edila quincista en que se caía en el error de establecer «régimenes de excepción» más allá de las necesidades de los ocupantes (JDM, 10/4/1958, p. 487).

La vivienda fue tema de preocupación del sindicalismo frigorífico cerrense, por lo que se gestionó la obtención de terrenos (FOICA-A, 11/8/1960, p. 126). Según informó *El Popular*, en agosto de 1961, la FOICA-A consiguió del municipio la promesa de terrenos en el Cerro Norte. Estas gestiones también desembocaron en la Ley n.º 13.116, promulgada en octubre de 1962, que autorizaba a la Caja de Compensaciones por Desocupación de la Industria Frigorífica a otorgar préstamos hipotecarios para viviendas.

Ese mismo año, en el Barrio Obrero n.º 8 del INVE, ubicado en camino Cibils y camino Sanfuentes, se produjo otra ocupación. Dicho complejo habitacional había experimentado una pequeña ampliación a comienzos de los años cincuenta que benefició, entre otras, a la familia de Raúl *Toto* Rodríguez. En 1957 se autorizó una segunda ampliación (Diario Oficial, 27/2/1957, pp. 514-515). Su finalización se postergó. Finalmente, con las casas parcialmente terminadas, se produjo la ocupación de algunas de ellas. A la familia de Pedro Tanuri, quien trabajó en el Frigonal al igual que su padre, se le adjudicó una de ellas:

Nos mudamos porque vino una huelga y la ocupaban. Y ya las últimas de acá, las dos [...] ¡entran un caballo [...] por la puerta del comedor para el fondo! [...] Ya la de Senador, que era [...] del Nacional [...] se la ocuparon y vino y los sacó casi a balazos a los tipos. [...] y nos mudamos nosotros [...] el 5 de mayo del 62 [...] Esa fue una de las ocupaciones, pero hubo cantidad.

La acción fue propiciada por anarquistas del Ateneo Cerro-La Teja y cristianos en La Teja sensibilizados por los efectos de la crisis. Se enteraron de que estas viviendas, aunque estaban destinadas a «los obreros», habían sido adjudicadas «por cuota a los políticos». Simultáneamente, había un grupo de personas sin casa, hacinadas en la Estación Goes. Carmen Taboada rememora

que «lo primero que hizo un hombre fue meter el caballo al parque» (Trías y Rodríguez 2012, p. 67). Se organizó una movilización en el barrio para evitar el desalojo (Mechoso, 2005, pp. 122-125).

Ocupaciones de tierras en Casabó y Cooperativa de Vivienda Falda del Cerro

En torno 1965 se produjo una de las primeras ocupaciones de tierras organizadas en la zona del Casabó. Fue protagonizada por unas doscientas familias, un millar de personas, organizadas por militantes del senador colorado Amílcar Vasconcellos (Álvarez Rivadulla, 2009, p. 132).

También en este caso, se produjeron tensiones. La chacra de la familia del obrero de ANCAP, Urunday Machín Donapetrí, comenzó a ser ocupada. El padre, trabajador frigorífico, y sus dos hijos varones reaccionaron contra la acción de la caudilla colorada Celeste. Machín considera que «lo que estuvo bien fue ocupar esos campos porque la gente tiene necesidad de vivir en algún lado». Rememora que «esta mujer, vino con dos camiones. Uno cargado de gente. Otro cargado de piedras». Afirmo que tanto los materiales como los camiones eran de la intendencia y que «vino ahí pensando que estábamos en la playa mi hermano y yo». Al salir «se armó un terrible relajo ahí» que incluyó golpes de puño.

La entonces edila del FIDEL Selva Braselli se presentó en la zona porque algunos vecinos denunciaron que Celeste marcaba y vendía terrenos. Sus visitas no pasaron desapercibidas y suscitaron un nuevo incidente. Mientras recorría la zona preguntando a la gente que estaba ocupando la apedreó: «¿Y cuánto te cobraron? ¿Y cómo entraste? ¿Y cómo llegaste?». Ella recurrió al PCU y se le destinó un compañero que «era conocido de ser como bravo» para que la escoltara. Luego de eso fue «con él a todos los predios esos» y dieron una vuelta «Con lo cual quedaba dicho: “Con esta no hay que meterse, porque estoy yo”. Y nunca más me pasó nada».

Braselli llevó el tema a la Junta Departamental, pero el predominio colorado bloqueó su iniciativa. El edil colorado José Calleriza intentó tratar el tema cuando ella iba a iniciar su licencia por su casamiento en febrero de 1970. Como Braselli se presentó, retiraron el tema del orden del día.

Imagen 4.

Fotografía aérea de las zonas previamente urbanizadas y los terrenos que serían ocupados para crear el Nuevo Casabó, en el sitio donde se planificó la Nueva Tablada



Fuente: SGIM, 13/12/1961.

A comienzos de mayo de 1967, el diputado colorado Ponciano S. Torrado propuso regularizar la ocupación denominada Villa Esperanza. El intendente Oscar V. Rachetti dispuso la creación de una comisión que en noviembre de 1970 informó de la existencia de otro conjunto de casas, Cerro 13 (CR, 11/5/1971, p. 393). Esta regularización solo se concretó en 1971, año electoral. Se debatió el tema en la Cámara de Representantes. Los vasconcellistas patrocinaron a estos ocupantes, pero no a los de La Vía. El PDC y el FIDEL abogaron por no desamparar a nadie (Bolaña, 2018, pp. 138, 149-155).

En abril de 1971 la revista *Cuestión* denunció la precariedad de las condiciones de vida allí. Los ocupantes debieron enfrentar dificultades por la falta de servicios y ensayar esfuerzos conjuntos para mejorar las casas, la caminería y desarrollar servicios comunales, como da cuenta la publicación coordinada por Daniel Morena.

Imagen 5.
Fotografía aérea de los inicios de Cerro 13 y Villa Esperanza



Fuente: IDEUY, 1966.

El Plan Nacional de Viviendas, Ley n.º 13.728, de 1968 fue el marco para que en agosto de 1971 la Ley n.º 14.006 amparó la situación de ocupación existente en los predios.

Cooperativa de Vivienda Falda del Cerro de Auto Ayuda

En 1961 se fundó el Centro Cooperativista Uruguayo (ccu), que en 1964 comenzó a impartir cursos de cooperativismo. En 1966 se concretaron las primeras cooperativas de viviendas y el 24 de mayo de 1970 se fundó Fucvam (González, 2013, pp. 47-50). En el Cerro se iniciaron al menos dos cooperativas de viviendas durante el período estudiado.

Simultáneamente, surge otra ocupación de tierras que devendrá en cooperativa.⁴ Juan Sánchez Pérez, obrero y luego trabajador municipal, se casó con «Beba» Fernández en junio de 1967 y se mudó a la casa de sus suegros en la calle Holanda. Sería testigo del nacimiento de ese *movimiento*:

mi suegro [...] fue de los pioneros y fundador de este movimiento [...] Timoteo Fernández [...] Yo sabía la movida que venían haciendo, mi suegro y otras gentes viejas ahí. Pegado a casa estaba Juan Bustos, que trabajaba en el Swift que era un viejo ahí. Conversaba con mi suegro.

Estos vecinos comenzaron a reunirse en el club Las Flores a considerar la posibilidad de ocupar y comprar un terreno del parque Vaz Ferreira. La

4 El equipo tomó conocimiento de esta experiencia gracias a Juan Sánchez Pérez, custodio de las actas.

fuerte presencia de obreras y obreros frigoríficos, con experiencia organizativa fue clave. El movimiento inició «el trabajo» el 10 de octubre de 1967 y los días 12 al 14 de octubre comenzó la ocupación de los terrenos. El 15 se comienza a levantar un Registro de los ocupantes y el día 29 se llevó a cabo la primera asamblea donde se eligen autoridades (Actas de Cooperativa de Vivienda Falda del Cerro [Acoviface], n.º 15, p. 37 y n.º 70, p. 87).

La suegra de Sánchez alertó de que había comenzado la ocupación: «¡Vayan para abajo, “Bebita”, [...] que están agarrando los terrenos! ¡Así ustedes no se quedan sin terreno!». La pareja se sumó al movimiento una vez iniciada la acción: «Se alambrió todo. Desde Rusia hasta Cibils. Desde Holanda hasta Patagonia».

El 29, se convocó la primera asamblea de los ocupantes en el club «Las Flores». La comisión directiva se contactó con el presidente de la Junta Departamental, Luis E. Machado y le presentaron un memorándum explicando que las 115 familias de la «zona de la Villa del Cerro» actuaban «con el único propósito de obtener vivienda para las 466 personas». Justificaron su accionar en la crisis de la industria frigorífica y en que el pago del terreno «sería ayuda monetaria al Estado, para solventar el angustioso y fundamental problema de vivienda, que [...] tiene un profundo sentido social». Expresaron que su «movimiento» había «nacido en forma espontánea» y se había «organizado posteriormente en forma absolutamente democrática». Aclararon que «no responde a ninguna ideología partidaria» y que «su noble y principal objetivo» era «asegurarle techo y hogar a nuestras familias» (*Acoviface*, n.ºs 1-2, pp. 1-5).

En la asamblea del 5 en el club Holanda se establece el criterio de que el barrio «se base fundamentalmente en ayuda mutua» pese a que todos los ocupantes eran «trabajadores de modestos recursos económicos». Contactan con el consignatario del parador del Cerro, con jerarcas policiales y municipales y se establece el compromiso de no construir hasta que no concretar el otorgamiento. La comisión bregó por mantener este compromiso, por dilucidar una larga serie de incidentes entre ocupantes y evitar que se suscitara algún tipo de negociado con los terrenos. En febrero-marzo de 1968 surge el inconveniente de que algunos de los padrones no podían ser enajenados y de que en tres cuadras solo podrían construirse setenta casas. Por lo tanto, el municipio ofrece otros terrenos. En abril-junio, Machado deja de ser localizable y una parte de la comisión, incluido su presidente, abandonan el movimiento y crean otro, llamado Cerro Oeste (*Acoviface*, n.ºs 3-26, pp. 6-47).

Las medidas prontas de seguridad (mps) impuestas por el gobierno de Jorge Pacheco Areco (13 de junio de 1968) marcan un antes y un después. Sánchez recuerda que la situación cambió: «¡Sabés cuantas veces fui en cana yo hermano!» y la policía comenzó a intervenir: «¡Fa! ¡Cortaron los alambres los milicos! Venían a caballo». Esto llevó a desistir a algunas personas: «porque venían los milicos, andaban revolviendo todas las casas». A su entender, eso

se debía a que la policía «sabían que eran del frigorífico y que tenían cierta inclinación de izquierda».

A partir de abril de 1970, la figura de la friyera Erlinda Gutiérrez de Amegeiras, quien fuera biografiada por el quincenario cerrense *El Eco* décadas más tarde, comienza a tomar un protagonismo decisivo. Durante los meses siguientes ella y otros miembros de la comisión hacen gestiones infructuosas de muchas horas en la Junta Departamental y en el Palacio Municipal. Como consecuencia de este fracaso, Gutiérrez se entrevista con los ediles Bruera y Braselli. Esta gestión y la intervención de esta última fueron decisivos para que el expediente avanzara (*Acoviface*, n.ºs 27-63, pp. 48-63).

El 28 de setiembre se dispuso trazar un «plano de mensura de amanzamiento y fraccionamiento de la Unidad de Habitación Falda del Cerro» (Registro Municipal de Montevideo, 28/9/1970, p. 239). En diciembre el movimiento pasa a llamarse Comisión Vecinal Falda del Cerro Plan Auto Ayuda. El distanciamiento con respecto a los jefes municipales del PC se hizo palpable en el planteo del 9 de enero de 1971 de brindar una conferencia de prensa en la cual denunciar que

mientras el gobierno junto al municipio se gastan enormes fortunas en propaganda sobre el Plan de Vivienda Nacional oponen [...] a todas las comisiones y cooperativas [...] las soluciones que les presentan [...] para habitar todos los terrenos improductivos y abandonados que el municipio y distintos ministerios tienen [...] el papeleo inútil y burocrático, como así los mezquinos intereses políticos (*Acoviface*, n.º 70, p. 88).

En abril «debido al papeleo burocrático» que «insumirá un tiempo todavía muy prolongado» el municipio finalmente sugiere comenzar a construir y alambrar. Para entonces solo quedaban 49 familias (*Acoviface*, n.ºs 71-81, pp. 87-100). Ese año se autorizaron los fraccionamientos y la venta de los terrenos. La cooperativa rechazó la propuesta de la Dirección Nacional de Vivienda (Dinavi) de recibir un préstamo para construir. Prefirieron pagar al contado los terrenos y construir con sus propios recursos y la mano de obra solidaria de todos los vecinos. Eso lleva a Sánchez a concluir:

somos la única cooperativa de vivienda *plan piloto* [...] en todo el Uruguay, porque somos de Auto Ayuda. No somos de ayuda mutua [...] cuando nace Fucvam [...] ya estábamos prontos casi que [...] esperando que [...] Rachetti firmara para nosotros escriturar.

La diferencia entre autoayuda y ayuda mutua estriba en que, en el caso de la primera, los vecinos no solicitan préstamo alguno para construir en conjunto, como sí hacen los segundos. De este modo, la cooperativa de autoayuda evita ingresar en onerosas deudas.

La génesis del Cerro Norte

A mediados de los cincuenta se planifica construir la Unidad Habitacional n.º 3 (Cerro Norte) entre Camino La Paloma, Camino De las Tropas, Haití y Avda. Santín C. Rossi. Se elaboró un plan de ordenamiento urbanístico que destinó un espacio específico al Cerro. Se especulaba con que la zona tenía setenta mil habitantes. La Dirección General de las Obras del Cerro, a cargo del Arq. Román Fresnedo Siri, preveía erigir dos unidades de habitación. Se trataba de una propuesta que implicaba remodelar el Cerro en beneficio de sus habitantes económicamente más modestos (*Arquitectura*, 11/1958, pp. 2-23 y Articardi, 2004, pp. 40-45). Entre 1955 y 1959 se hacen tareas de «saneamiento de la zona conocida como Cerro Norte» (Barreiro, 1984, p. 145). Se había planteado iniciar la construcción de viviendas y servicios comunitarios. Sin embargo, las obras no se concretaron. La falta de recursos redujo el Plan Director a intervenciones dispersas (Boronat, 2014, pp. 60-61; *Acción*, 23/3/1962, p. 11 y *El País*, 21/10/1962, p. 4).

En 1958 el PN ganó las elecciones y pasaron algunos años antes de ser retomados los trabajos. Un nuevo proyecto estuvo a cargo de otros técnicos de la comuna. El plano de conjunto corrió a cargo del Arq. Ángel Stratta y las viviendas por los Arqtos. Norberto Cubría y Mario García Onorio. El terreno le fue expropiado en 1959 a EFCSA (Conti de Queiruga, 1986, p. 42). Se planeó que las obras repercutieran en una zona extensa. Por entonces se estaban fraccionando terrenos baldíos en la zona de La Boyada propiciando que «muchas familias modestas compraran un solar» en zonas «casi desprovistas de servicios públicos» (Abella Trías, 1960, p. 26).

El Cerro Norte de ladrillos

Con posterioridad, se encaró la «prosecución del Plan de Obras del Cerro» (Registro Municipal de Montevideo, 2/2/1960, p. 100) y durante la campaña electoral de 1962 se publicitó la concreción de viviendas (*El País*, 9/10/1962, p. 4). En mayo de 1964 se anunció el inicio de la construcción de doscientas viviendas sobre el camino de Las Tropas y camino La Paloma a través de un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (*El Popular*, 5/5/1964: 4).

Según el arquitecto Norberto Cubría, funcionario de la Dirección de Vivienda municipal desde 1963, esta «no tenía una política muy clara». En este nuevo conjunto habitacional, junto a su colega Mario García, contemplaron más aspectos que la mera construcción de casas: «enfocamos la vivienda como una construcción que tenía que cumplir determinados objetivos». Consideraron «las condiciones sociales del grupo» y procuraron «ver una posibilidad del uso del espacio exterior».

En 1966, el Municipio difundió en la prensa las obras realizadas entre 1963 y 1966, señalando estas viviendas. Sin embargo, y como revelan las fotografías aéreas (IDEUY, 1966) las obras recién se habían iniciado. Uno de los adjudicatarios, el salteño José *Chino* Zapata, albañil y obrero de la Fábrica Alpargatas, recordó que en 1966: «¡Estaban los cimientos! ¡Nada más que los cimientos!».

La problemática habitacional seguía muy presente en el Cerro. En noviembre de 1968, *El Popular* informó del peligro de desalojo para unas familias que alquilaban unas casillas en Holanda y Puerto Rico y denunció que el Cerro tenía en su borde occidental un verdadero anillo compuesto por 750 ranchos. Al año siguiente se produce una larga huelga frigorífica. La ama de casa Leonor Ayala, casada con un trabajador de Ferrosnalt, fue una de las adjudicatarias de una vivienda en el Cerro Norte de ladrillos, recuerda que su número de solicitante era el 4399 y que solo se sorteaban doscientas viviendas. La FOICA-A denunció en su órgano de prensa gremial la contradicción existente entre el déficit habitacional, la perspectiva de 24.000 desalojos inminentes y la existencia de 13.000 viviendas vacías en Montevideo (*Lucha*, 10/1970, p. 7).

Recién, en 1969-1970 comenzaron a ser adjudicadas las viviendas, cuando a finales de agosto y comienzos de setiembre de 1970, se produjo una ocupación.

Hugo Alfaro relató que «cuando ya habían sido entregadas a sus legítimos adjudicatarios 151 de las 200 viviendas construidas» y que «las 49 restantes fueron clandestinamente ocupadas» por un conjunto de «otras familias de escasos recursos y numerosa prole». Los ocupantes eran 236 personas, de las cuales 136 eran niños. Había adultos «se defienden con changas» junto con «una mayoría que trabaja en fábricas». Otros eran «jubilados o domésticas o lustrabotas y no pocos van tirando con el seguro de paro». En promedio eran familias con tres o cuatro niños a cargo (*Marcha*, 3/8/1973, p. 11). Según Braselli, las viviendas ocupadas eran «muchas que no se asignaron o que la gente» luego de esperar mucho tiempo «se había ido para otra zona». Recuerda que aún «había unas cuantas» de esas casas «medio sin terminar».

El intendente Rachetti solicitó el desalojo y el 31 de agosto a las 20 horas 24 familias con numerosos niños fueron llevadas a la seccional 24.^a y retenidas hasta las 3 de la madrugada. En la mañana siguiente, cuatro camiones municipales, más de treinta policías se hicieron presentes para desalojar a todas las familias, lo que les fue impedido. Esa noche las familias recibieron citaciones policiales para ser interrogadas. La bancada de ediles del FIDEL decidió interceder (*El Popular*, 2/9/1970: 2).

Selva Braselli recuerda que por aquellos años «el tema de la vivienda estaba, y en el Cerro en particular». Entiende que «en estos años es cuando el Frigorífico Nacional comienza a perder fuerza» y había «mucho desempleo». Asegura que las ocupaciones no fueron espontáneas, sino el fruto de la

capacidad de organización de las y los cerrenses: «todas esas ocupaciones estaban organizadas». Sostiene que en su origen esas viviendas se construyeron «para obreros desempleados fundamentalmente». Pero el municipio decidió gestionarlas según un criterio de clientelismo político: «estaban destinados a fulanito, menganito, zutanito».

Rosario Aggero y su numerosa familia vivían en «una casa muy precaria» en el fondo de la casa de su abuela, en la calle Pernambuco. Su padre trabajaba en EFCSA. Su madre, Nelsa Ramírez era empleada doméstica y «siempre estaba con esa idea de mudarse». Aggero participó de la ocupación como parte del núcleo de familias que se sumaron una vez que esta comenzó. El contraste entre su casa y la que ocuparon era notorio:

Y vinimos [...] Un caos [...] Mi mamá buscaba por Pasaje Central y mi tía nos venía trayendo [...] por este lado [...] de Las Tropas. [...] mi tía se metía por una y mi madre por otra. Y le gritaba: «Nelsa, acá encontré una, encontré una». Y mi madre le dice: «No. Acá hay otra. Acá hay otra». Era la misma casa: lo que pasa es que tenía frente y fondo. [...] Porque claro, para nosotros era una casa enorme. ¡De dónde veníamos!

La situación de los ocupantes no se resolvió como en 1957. En el contexto político del pachequismo la opción de las autoridades fue el desalojo. La suerte de los ocupantes fue dispar, tal y como lo revelan los testimonios de Jorge *Toto* Caballero y Carlos Dubarry, quienes participaron de la ocupación. En algunos casos fueron rápidamente desalojados. Pero en otros, la persistente búsqueda de contactos con funcionarios municipales propició otras soluciones.

El municipio exigía que la familia de Nelsa Ramírez desalojara la casa porque la adjudicataria la pedía. Luego de unos dos o tres años, Nelsa logró que le adjudicaran la casa lindera que había sido ocupada y desocupada rápidamente: «le digo: “¡Mamá, vos eras brava!” [...] me dijo: “Sí. Porque si no peleabas... Yo no quería quedarme en la calle con ustedes sola”».

Al momento de la mudanza concurren funcionarios policiales y municipales y le explicaron a Nelsa: «Bueno, usted se muda por el fondo y la señora, la dueña, va entrando sus cosas por el frente». Entonces nosotros íbamos así por el fondo y la señora iba por el frente».

Las construcciones estatales ofrecían buenas condiciones de vida, pero era una minoría la que tenía la posibilidad de gozar de ellas, lo ilustra Aggero: «vivíamos en una casa muy precaria» y por entonces «los baños se hacían afuera», por lo que con asombro Aggero le decía a su madre: «¡Mamá, mamá, el baño está adentro!» «¡Yo con cinco años, imagínate!». A ella esa casa le parecía «un palacio de grande. Y todavía decía: «tiene el baño adentro».

Miembro de una numerosa familia adjudicataria oriunda de Carrasco Norte, Luis E. Cedrés, hijo de un obrero de AMDET —empresa de transporte

municipal—, fue testigo de la ocupación y da cuenta de la ausencia de caminería en la zona: «llegamos, el 24 de agosto del 70» y al día siguiente fue «la ocupación masiva. Esto era todo campo. Esto era todo tierra» la zona «parecía la Luna, era la casa y todo un agujero alrededor». Por entonces «no había calles: era todo barro».

Esta ocupación generó un clima de tensión que se prolongó en el tiempo. En algunos casos propició cierto conflicto entre los adjudicatarios y los ocupantes. Estos (y hasta sus hijos) eran tildados de *colados*, Leonor Ayala recuerda:

a las 6 de la mañana estaban con un colchón y una cama acá. Yo corrí la cortina y los miré [...] ya venían a ocuparme. [...] Si no me vengo esa noche [...] la pierdo a la casa. [...] Hay personas que todavía que viven acá y son colados. ¡Yo no soy colada! ¡Yo soy adjudicataria! [...] ¡Y después para sacarlos! ¡¿Con qué los sacás?! Si tienen hijos, sonaste.

Entre los ocupantes había «quienes desde hace seis años esperan de la Intendencia que cumpla sus promesas de planes de autoayuda en los terrenos inmediatos» (*El Popular*, 3/9/1970, p. 2).

La ocupación generó una investigación administrativa municipal (Registro Municipal de Montevideo, 8/9/1970, p. 203) y la intervención de la justicia letrada. El juez Germán Cabezas había establecido en agosto de 1972 que las personas debían entregar los inmuebles, pero que debían brindarles «habitación sustitutiva adecuada». Argumentó que al Gobierno municipal no podía resultarle indiferente la situación de los ocupantes. Se trataba de «un problema social que excede los estrechos límites de una contienda posesoria» (*Marcha*, 3/8/1973, p. 11).

Como consecuencia de la ocupación, la comisión investigadora municipal reconoció los vicios en el sistema de adjudicación que la prensa ya denunciara: «la lentitud e imprecisión con que se cumplen las actuaciones administrativas que deben culminar con la ocupación efectiva de cada vivienda por parte de su adjudicatario legítimo». Se dispuso evitar esta «anomalía» con sorteos y adjudicaciones antes de la conclusión de las viviendas, estableciendo con claridad plazos y una reglamentación (Registro Municipal de Montevideo, 1/11/1971, pp. 265-268).

Los *palomares* del Cerro Norte: su construcción, ocupación y desalojo

En 1970-1971 el gobierno de Jorge Pacheco Areco emitió una serie de decretos (Diario Oficial, 6/11/1970, p. 327) para obligar a las intendencias a suplir las viviendas *marginales* con «complejos habitacionales que agrupaban a miles de personas». Estos carecían de «un espacio común con fines recreativos, educativos y servicios comunitarios». En estos, el espacio abierto se

redujo a «apenas corredores para el tránsito de personas». Así «se ahorra en espacio para lograr concentrar la mayor cantidad de familias con un importante nivel de hacinamiento» (Bolaña, 2017b, p. 15).

En octubre de 1971 *El Día* dio cuenta de la apertura de la licitación con esa consigna. En 1972 se aprobó un convenio entre el INVE y la comuna por el cual se construirían 504 viviendas en el Cerro Norte. El objetivo era «construir el mayor número posible de viviendas al más bajo costo» y el agrupamiento de dichas construcciones no presentaba «ninguna preocupación desde el punto de vista urbanístico» (Boronat y Risso, 1992, pp. 55-56). Estas viviendas partían de una «concepción de arquitectura pobre para pobre»: eran conjuntos habitacionales «transitorios» sin cielorraso que «no proveen un mínimo aceptable de aislación térmica. Estas soluciones transitorias se transformaron en definitivas» (Couriel y Menéndez, 2014, p. 32).

Tal y como consta en el Registro Municipal de octubre de 1971, la Dirección de la División de Vivienda de la Intendencia de Montevideo decidió modificar el proyecto inicial «simplificando el sistema constructivo y las instalaciones y equipamiento» para «contener el costo». Por entonces, se discutía un proyecto de higiene y construcción de viviendas. Allí se consideraban la *vivienda mínima* y la «económica». Tal y como lo prueban los planos disponibles en el Instituto de Historia de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de la República, las viviendas del nuevo complejo en el Cerro Norte tendrían aún menos metros cuadrados que los dos tipos mencionados. La empresa ganadora de la licitación fue la de Homero Pérez Noble, al que en enero de 1966 *Marcha* definió como un abanderado de las propuestas «reduccionistas», entre las que, según Jack Couriel y Jorge Menéndez, el «diseño urbano» carecía de importancia frente a las «bondades» de la industrialización de la construcción y la economía de recursos junto con la rapidez.

La obra, a cargo de la Dinavi, sería claramente diferente a los complejos habitacionales precedentes.

El 25 de febrero de 1973, las obras estaban paralizadas y se produjo su ocupación. Según el relato de *Ahora*, órgano de prensa del PDC, «primero fueron unas cinco familias que se instalaron y al cundir la noticia en el Cerro y La Teja acudieron en tropel decenas de familias cubriéndose las 109 viviendas que tienen techo». Gustavo González (2013) observa que esta ocupación constituyó «un hecho político de trascendencia tanto de la lucha por la tierra como por la vivienda» (p. 114).

El Popular argumentó que «el problema de la vivienda tiene, en las familias modestas una tremenda repercusión». Pese a la presencia de agentes policiales los ocupantes se negaron a retirarse. Inicialmente se generó un clima de tensión y uno de los ocupantes cayó de una escalera. El comisario anunció un censo de los ocupantes.

El 27 falleció el accidentado Edgardo Daniel Roba. El diario *Ahora* recabó testimonios que pusieron de manifiesto la angustiada situación de muchos vecinos del oeste montevideano. Uno de ellos señaló que vivía en un galpón donde «entraba el viento y se llovía muchísimo» e integraba una familia de «cinco hermanos que vivimos con mi madre». Cuando se enteraron «que estaban ocupando las viviendas, nos vinimos corriendo». Una madre contó que vivía con su hijo en Tres Ombúes en un rancho que «se llovía siempre» y que para no mojarse se sentaban «en la cama, tapados con nailon». Un changador en EFCSA, explicó que su núcleo familiar lo componían siete personas y que vivían: «en un cantebril de camino Cibils en un rancho de chapa de cartón, que se llovía y se inundaba de agua, porque está en un bajo. ¿Tengo derecho a vivir como un ser humano?». Otro sentenció: «en el Cerro hay más de un millar en iguales condiciones. La prueba es que todos los días vienen familias a pedir alguna vivienda, y no hay más». Los delegados de los ocupantes, algunos de ellos miembros de la FOICA-A, se contactaron con ediles.

El 6 de marzo un nutrido número de policías cercaron las viviendas. La situación era delicada debido a la imposibilidad de ingresar alimentos y a la presencia de varias embarazadas. El Frente Popular de Inquilinos y la FOICA-A se solidarizaron con los ocupantes. Pese al cerco, esta última hizo llegar víveres y leche.

La barriada cerrense reaccionó frente al cerco de las Guardia Republicana y Metropolitana. A los esfuerzos de la FOICA-A se sumaron los de los obreros del dique nacional, de farmacias, de varios comercios de la zona, y un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho. Un entrevistado por *El Popular* señaló que los cercados eran «todos conocidos, son de acá del Cerro».

La Junta Departamental reclamó a la Intendencia suspender el desalojo. Todos los sectores apoyaron la moción presentada por los frenteamplistas, excepto los oficialistas de la Lista 123. Braselli abogó a favor de esperar los censos de la policía y el municipal. El edil Francés, de la Lista 808, sintetizó que se trataba de un problema social que la Intendencia se limitaba a zanjar mediante una medida innecesariamente agresiva y policial. Varias mujeres dieron a luz dentro del cerco y se desató una peligrosa epidemia de diarrea infantil.

El diputado Carlos Baráibar y los ediles Alba Rivas y Víctor Petrisans, todos frenteamplistas, visitaron a los ocupantes. Un dirigente del Sindicato del Dique Nacional analizó que la actitud gubernamental constituía un atropello. La solidaridad barrial y de otras organizaciones extra barriales continuaba:

El Cerro es el Cerro, es una trayectoria de lucha y de conciencia. Pero además recibimos la solidaridad de los estudiantes de Medicina y de Derecho [...] de la Federación de Obreros en Lana, del Sindicato de Conaprole, [...] de los panaderos en conflicto, del Sindicato del Vidrio, etc. (*El Popular*, 12/3/1973, p. 13).

Imagen 6.

La prensa se hizo eco de la ocupación y de la actitud de rechazo a toda negociación de parte del Poder Ejecutivo, la Intendencia y el director nacional de Vivienda

Cerro Norte 4ª Nota Da Silveira: "Se Sabotea el Plan de Vivienda"

"Hay gente que quiere sabotear el Plan Nacional de Vivienda. La ocupación del Barrio Cerro Norte forma parte de esa campaña. Reconozco que muchos de los que participan de la ocupación tienen necesidades habitacionales urgentes. Otros no. No soy insensible y comprendo los graves problemas que pueden tener. Pero, lo que no puedo aceptar es que un Estado de derecho se pretenda imponer la ley de la selva. Es una cuestión de principios. Dentro de nuestras posibilidades trataremos de darle solución al problema. Las soluciones para esta gente, como para los otros integrantes de los sectores de menores recursos, vendrán a través de los planes de vivienda". El director nacional de viviendas, doctor Jorge Da Silveira tiene cabal conocimiento de las graves carencias que padece el país, en materia habitacional, y no vacila al señalar que la única perspectiva que se presenta para los sectores marginales de la población (léase los moradores de los rancheríos agrupados en cantegriles) es por intermedio de los proyectos que ha trazado, luego de ingeniosos estudios técnicos, el órgano que encabeza.

"Para comprender el problema de Cerro Norte hay que tener en cuenta el tema de la vi-

las Intendencias. En todo el país, con excepción de Durazno, se aplican estos planes y en Montevideo hay dos proyectos en vías de realización: Cerro Norte y Casavalle", explica. "Yo creo que el sistema público debe aplicarse primordialmente a los sectores de menores ingresos. Con esa finalidad se impulsan estos planes de erradicación de cantegriles, que surgieron del decreto de 30 de octubre de 1970 y serán consolidados a través de una ley que se encuentra en el Parlamento".

Da Silveira ratifica lo que había expresado a ACCION COLOR el Director de Viviendas de la Intendencia de Montevideo, Arq. Fernández Lapeyrade: "Esta ocupación hace peligrar la continuación de los planes para erradicar cantegriles". La ocupación tendrá nefastas derivaciones, que Da Silveira enuncia con precisión: "Estas 340 viviendas que componen el barrio Cerro Norte estaban destinadas a gente que vive en los cantegriles. Los que ocuparon no se dan cuenta que están perjudicando a centenares de familias y que, con esta medida de fuerza, tampoco solucionan su problema. Ocuparon las viviendas justo en el momento en que terminamos de estructurar la..."

selva. Es una intromisión inadmisible".

Esa firmeza que enuncia, no le impide reconocer que algunos ocupantes de Cerro Norte enfrentan serios problemas habitacionales. "Admito que muchos tienen necesidades urgentes, pero no acepto su drástica actitud".

Da Silveira enfatiza que las soluciones para el drama de Cerro Norte se verificarán a través de la ley de viviendas. "No puede haber soluciones inmediatas para el centenar de familias que invadió ese barrio. Reitero que es necesario comprender que nuestro país tiene gran déficit habitacional y que, por ahora, sólo podemos tomar las medidas para evitar que se agudice. Los que tengan necesidades más urgentes, pueden encontrar soluciones en las propias viviendas que ocupan, si están dentro de los lineamientos de la reglamentación que estructuramos. Los otros tendrán que esperar la continuación de los planes y recibirán sus viviendas, cuando corresponda, de acuerdo con sus necesidades. Nosotros no negamos soluciones. Estamos abiertos a estudiarlas. Lo que no admitimos es que se recurra a actos coactivos..."

Fuente: *Acción*, 20/3/1973.

Ahora y El Popular relataron que el vecindario y sus organizaciones lograron autorización para ingresar alimentos. Las murgas La Cumbre y La Soberana actuaron en la zona en solidaridad con los ocupantes. Los ocupantes resolvieron apelar a la Intendencia, al Parlamento y a la Mesa Coordinadora Nacional de Vivienda.

Entrevistado por el diario quincista *Acción*, el Arq. Fernández Lapeyrade, director de la División de Vivienda de la Intendencia de Montevideo, consideró que la ocupación era «intolerable». Uno de los ocupantes explicó que la acción no tenía «ningún tinte político. Es una movilización netamente social». Por su parte, en el mismo órgano de prensa, el Dr. Jorge Da Silveira, director de la Dinavi, simplificó el tema y sostuvo con énfasis que la ocupación estaba motivada por: «gente que quiere sabotear el Plan Nacional de Vivienda». Aseguró que «muchos de los que participan de la ocupación

tienen necesidades habitacionales urgentes. Otros no». Por último, sentenció que no podía aceptar que «se pretenda implantar la ley de la selva».

A finales de marzo, el ministro del Interior, Néstor Bolentini anunció que los ocupantes serían trasladados y que a los desocupados se les daría «trabajo y asistencia médica». Los cercados, seguían sin luz eléctrica y sin agua potable y la réplica del ocupante Héctor Camejo fue tomada por *El Popular*: «De aquí no se mueve nadie, porque somos del Cerro». Ese mismo día, 29 de marzo, a través de *El País*, Da Silveira volvió a insistir en que era una necesidad «muy urgente» desalojar.

En *Acción* se cuestionaron las características de estas viviendas. Un ocupante señaló: «no son siquiera precarias. Son inhumanas» y el cronista lo suscribió: «cada casa carece hasta de las mínimas comodidades. Un baño de un metro por dos; otra habitación de similar medida que oficia de lavadero y supuestamente de cocina» y finalmente «dos dormitorios y un diminuto comedor» (*Acción*, 10/3/1973, p. 3).

La nota motivó a una reacción de Fernández Lapeyrade, a través del mismo diario. El jerarca municipal se presentó como «estructurador del proyecto» y aseguró que el complejo constituía «la aplicación de un concepto moderno que establece un vínculo estrecho entre la arquitectura y la sociología». Aseguró que eran viviendas transitorias y que carecían de confort porque no estaban terminadas (*Acción*, 17/3/1973, p. 4).

Mientras *Acción* anunció que el informe de Da Silveira sirvió de justificación al Ejecutivo para apoyar el desalojo, *El Popular* relató que el juez Echeverría junto a varios jefes policiales notificaron el desalojo y traslado. Los ocupantes se negaron a firmar la notificación y cifraron sus esperanzas en las negociaciones.

El 5 de abril, *El País* publicó que la comisión del Senado citó al juez y a Néstor Bolentini, quien postergó el desalojo. Según *El Popular*, Da Silveira se opuso a la adjudicación afirmando que era un «peligroso antecedente». La comisión propuso una solución similar a la de 1957: prorrogar el desalojo. Pero Bolentini adelantó que la posición del Ejecutivo era «proceder al desalojo inmediato». Para *El País*, Echeverría y Da Silveira exigían lo mismo y según *Acción* este lo reiteró al Ejecutivo.

Finalmente, el 10 de abril, doscientos efectivos policiales dirigidos por el jefe de Policía, coronel Alberto Ballestrino, procedieron al desalojo y traslado. Con los hechos consumados, Bolentini no se presentó a la Comisión del Senado. Años después, Bolentini ofreció su versión de los sucesos y reconoció la existencia de necesidad de viviendas (CE, 6/7/1982, p. 369).

El diario quincista sintetizó:

el problema de fondo subsiste. Lo que había que hacer, según [...] algunas autoridades, es vigilar las viviendas en construcción y procurar la construcción de unidades de emergencia para aquellas familias que como algunas

de las que ocuparon Cerro Norte, están virtualmente en la calle (*Acción*, 10/4/1973, p. 6).

El 11 de abril, *El País* dio cuenta de la iniciativa de legisladores nacionalistas y frenteamplistas en el Parlamento quienes insistieron en contemplar la situación de los ocupantes. En la Asamblea General, los senadores Enrique Erro y Walter Santoro redactaron una ley que contó con el apoyo de diecisiete senadores. Solo el nacionalista y ruralista Ricardo Planchón se opuso. Pero tal como lo confirmó *El País* el Ejecutivo mantuvo su intransigencia.

A finales de agosto de 1973 se adjudicaron las viviendas. El resto de los denominados «palomares», comenzaron a construirse en varias etapas hasta 1981. Una parte de las familias desalojadas se refugiaron en los terrenos de la Iglesia San Rafael donde continuaron siendo auxiliadas por los vecinos y los sacerdotes. Un grupo de estos ocupantes crearían la Cooperativa de Viviendas Cerro Norte Vanguardia (Covicenova) en camino Cibils y camino Buffa (González, 2013, pp. 114-117, y González y Nahoum, 2011, pp. 57-59).

Conclusiones

Esta aproximación a las condiciones de vida de la comunidad obrera cerrense, enfocada en la problemática de la vivienda, se da a través de dos dimensiones: la de la vida cotidiana y la de los grandes sucesos. A las respuestas cotidianas, podemos sumar el estudio de las luchas: las ocupaciones de tierras y viviendas.

A su vez, este estudio resulta una buena excusa para analizar las diferentes políticas y posturas gubernamentales frente al problema. El Cerro resulta paradigmático, ya que en él podemos apreciar ensayos de soluciones habitacionales de diversos tipos. El espíritu de las políticas fue variando radicalmente entre el comienzo y el final del período. Incluso en las respuestas gubernamentales a las ocupaciones de las viviendas y terrenos pueden notarse diferencias sustanciales.

Colaboración, organización y solidaridad entre las y los vecinos cerrenses son *leit motiv* que aparecen en el registro memorialístico no solo en las ocupaciones, sino también en las prácticas de autoconstrucción. Pero además de estos aspectos, el Cerro es también escenario de conflictos y situaciones de tensión entre los propios vecinos: concretamente entre los adjudicatarios y ocupantes, entre *prominentes compradores e intrusos* o *colados*. La necesidad de vivienda propició este tipo de respuestas colectivas y comunitarias, por un lado, y más individuales, por otro, en el marco de una crisis económica que se manifestaba con claridad en el oeste montevideano.

La otra Europa *habitando* la Villa del Cerro: tensiones políticas, asociacionismo y cultura (1957-1973)

TANIA RODRÍGUEZ RAVERA¹

Introducción

Este capítulo se centra en el estudio de la vida cotidiana y las iniciativas asociativas de inmigrantes y descendientes que vivieron en la Villa del Cerro durante la década del sesenta, principalmente en las migraciones internacionales provenientes de Lituania y Rusia.

La idea central es que estas comunidades inmigrantes tenían una activa vida cultural y generaron una memoria colectiva particular de un territorio específico *cerrense* donde confluían sabores, aromas, creencias, idiomas y costumbres diferentes.

El enfoque se centra en dos dimensiones de la vida inmigrante: las asociaciones culturales y la vida cotidiana. Para los casos aquí seleccionados se identifican dos tipos de asociación predominantes. En primer lugar están aquellas en las que prevalece la identidad nacional como eje de adhesión, tal es el caso de la Asociación Cultural Uruguay-Lituania (ACUL) y del Centro Lituano del Uruguay (CLU). Si bien este último, según las fuentes analizadas, marcó la identidad nacional en el propio nombre de la asociación, funcionó como un espacio de reunión de personas con diverso origen étnico-nacional, mientras que en la primera prevalece hasta la actualidad —como eje principal de adhesión— la pertenencia o descendencia nacional lituana.

En el segundo tipo de asociación está el Centro Cultural Máximo Gorki. Si bien en un primer momento reunió sobre todo a la inmigración rusa en el Uruguay, más tarde aglutinó a inmigrantes ucranianos y bielorrusos, por lo que la adhesión fue más de índole regional y étnica. Eran diferentes grupos nacionales mezclados, incluso por la movilidad de las fronteras producto de fenómenos histórico-políticos, que compartían tradiciones, cultura e historia más allá de la pertenencia estrictamente nacional (Lobato, 1992, p. 208).

1 Licenciada en Historia (título reconocido por la Universidad de la República) y magíster en Integración Contemporánea de América Latina por la Universidad Federal de la Integración Latinoamericana (Unila), Brasil.

Estas asociaciones se convirtieron en espacios de sociabilidad cultural o política en los que se conformaban o transmitían prácticas y valores, coexistiendo diferentes estratos sociales (Devoto, 1992, p. 180). Las asociaciones culturales étnicas son instituciones que reúnen personas que poseen elementos comunes —geográficos, culturales, políticos e históricos— que los diferencian socialmente del resto (Eriksen, 2018, p. 216).

El concepto de *etnicidad* se refiere a las relaciones existentes entre diversas colectividades en el interior de sociedades culturalmente hegemónicas. Dichos grupos viven la situación de minorías étnicas en el territorio de un Estado-nación. La etnicidad conforma entonces tanto la forma de organización social de determinado grupo en situación de *minoría* como las relaciones e interacciones que establecen entre sí y para con los demás (Cardoso de Oliveira, 2000, pp. 8-9). En ese sentido, «Los rasgos que son tomados en cuenta no son la suma de diferencias “objetivas”, sino solamente aquellas que los actores mismos consideran significativas» (Barth, 1976, p. 15).

Las identidades (sean étnicas, nacionales u otras) no son estáticas ni permanentes y con el proceso migratorio las personas las redimensionan y reelaboran a partir de sus experiencias y objetivos planteados en el lugar de llegada. Estas están atravesadas por dos dimensiones fundamentales: lo personal y lo social. Ambas conforman una *identidad en proceso* que será asumida de manera diversa según los diferentes momentos (Cardoso de Oliveira, 2003, pp. 118-119).

Los casos aquí estudiados permitieron comprender que si bien existía una identificación nacional como lituanos o rusos, al llegar al Uruguay, y en relación con la sociedad receptora, se manifestó en algunos sectores una identificación étnica como culturas eslavas; incluso cuando ese vínculo no existía históricamente como en el caso lituano. Sumado a esto, las colectividades radicadas en el Cerro elaboraron sus identidades a partir de una nueva identificación como cerrenses.

Los hallazgos y análisis que aquí se presentan parten de las siguientes interrogantes: ¿Cuáles eran los grupos étnicos y comunidades inmigrantes existentes en el Cerro entre 1957 y 1973 y cómo se integraban al barrio? ¿Qué tensiones y relaciones existían entre ellas y con los *criollos*? ¿Cómo los afectó el contexto político y social uruguayo e internacional? ¿Cómo fue su cotidianidad como inmigrantes o descendientes de inmigrantes en el Cerro durante los años sesenta?

Los relatos de los que se nutre este texto son fruto de interpretaciones tanto de quién aquí escribe como de las personas que los brindaron. Narrativas que están atravesadas por una multiplicidad de memorias, sentidos y afectos que no pueden ser ignorados. Con esto debe reconocerse que el *hacer historia* conlleva en su práctica la intervención subjetiva de quien investiga.

Experiencias inmigrantes: viaje, trabajo y barrio

La Villa del Cerro se caracterizó desde sus orígenes por recibir una parte importante de la inmigración que llegaba al puerto de Montevideo. En las primeras tres décadas del siglo xx esta característica se fortaleció por grandes oleadas de inmigración europea y de Oriente Medio: españoles, italianos, polacos, rusos, checos, lituanos, griegos, sirios, turcos, libaneses, armenios, yugoslavos, entre otros, llegaban a América del Sur escapando de las guerras, los conflictos sociales y revoluciones. La crisis económica de 1929 y la aprobación de medidas migratorias restrictivas en la mayoría de los países receptores funcionaron como un freno al fenómeno migratorio.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las oleadas migratorias se reavivaron, pero no con las mismas dimensiones que antes. Terminado este período, la inmigración europea de gran escala se detuvo y comenzó a predominar el fenómeno de la emigración de la población uruguaya, proceso que se profundizó con la agudización de la crisis económica y social, el aumento de la violencia y el golpe de Estado civil-militar del 27 de junio de 1973.

El Cerro fue el destino de miles de personas que dejaban atrás sus antiguos hogares buscando mejores oportunidades de vida y, en muchos casos, para reencontrarse con familiares o conocidos que habían migrado antes. No es por azar que desde hace décadas sus calles llevan nombres de países y ciudades (Turquía, Grecia, Polonia, Río de Janeiro, Bogotá, entre otras). Por su parte, los flujos migratorios internos del país también llevaron a muchos residentes del interior del Uruguay a buscar su nuevo lugar en Montevideo y tanto este barrio como sus alrededores fueron lugares elegidos para radicarse.

La migración tiene varias dimensiones que permean al individuo o grupo que se desplaza, que son al mismo tiempo emigrantes desde su lugar de origen e inmigrantes en su lugar de llegada.

Pero ¿qué son las migraciones? En términos generales, son desplazamientos de personas de un lugar a otro con cierta distancia geográfica relevante y por un período relativamente permanente, donde irán a desarrollar actividades de la vida cotidiana y a quienes el nuevo entorno físico y social les implica un cambio (Micolta León, 2005, pp. 60-61). Migración interna son flujos de desplazamientos dentro de un mismo territorio nacional. La migración internacional o inmigración implica el traslado y cruce de una o más fronteras nacionales así como la entrada y el reasentamiento de personas en otro país o sociedad que no es la suya de origen. A modo de ejemplo, se cita un breve relato del trayecto de la familia de Alberto Kaluzevicius (nacido en 1964, hijo y nieto de inmigrantes lituanos radicados en el Cerro e integrante de la ACUL) desde Lituania para llegar a Uruguay en la década del veinte del siglo xx.

Te embarcaban en un tren, salías de Lituania, mi abuelo salió desde Bélgica, Amberes, el puerto de Bélgica, sí Amberes, después cuando vino mi abuela con mi padre, a ella la llevaron en tren hasta Italia y se embarcó en Génova. Vos imagínate mi abuela, una gurisa de veinte años, que jamás había salido de su pueblito, porque ni siquiera había ido a la capital (Kaluzevicius, 9/9/2017)

Durante el siglo xx, el oeste montevideano y el Cerro puntualmente, fue la sede de grandes proyectos industriales (saladeros primero, luego frigoríficos, industria textil, barracas de carbón, entre otros) lo que permitió la creación de una zona de la ciudad marcada con fuerza por su impronta obrera, comercial y fabril (Medina, 1994, p. 100).

La oportunidad laboral sin duda fue uno de los factores decisivos a la hora de seleccionar el lugar de residencia. No solo por las industrias de gran porte, sino también porque permitió el establecimiento de negocios comerciales, como cines, almacenes, bares, chacras (para venta de productos agrícolas), o artesanales, como zapaterías o sastrerías. No obstante, las condiciones laborales no siempre eran apropiadas, las barreras lingüísticas dificultan la comunicación y, con esto, también podían dificultar las posibilidades de plantear reivindicaciones o lograr ascender dentro de las fábricas (Kamandulis, 16/11/2017).

Los contactos con otros inmigrantes que ya residían en el Cerro facilitaron procesos migratorios, como señala Roberto Herrera Carassou (2006, p. 31), y contribuyeron, al igual que las redes, tanto en la sociedad de partida como en la de recepción. Ese fue el caso de la madre de Birute Zucas, quien inició su proceso migratorio desde Lituania siendo una niña de cuatro o cinco años para reencontrarse con sus dos hermanos que ya estaban aquí (26/10/2017).

Una peculiaridad de la relación entre inmigración y trabajo en los frigoríficos fue el hecho de que aquellas personas provenientes de regiones de Europa Oriental, según testimonios, eran seleccionadas sobre todo para ir a trabajar en las cámaras de frío debido a que estaban «más acostumbradas» a las bajas temperaturas ya que en sus lugares de origen las temperaturas pueden llegar a -20°C en invierno. Mirta Zaida Lobato afirma, en referencia a la localidad de Berisso en Argentina, que esa idea estaba generalizada entre los sectores populares y que pudo ser un factor de peso en la ausencia de quejas de estos obreros con respecto al ambiente gélido de la sección (1992, pp. 205-219).

los lituanos vinieron acá porque estaban los frigoríficos. Sí, es que en realidad era por eso mismo: por los frigoríficos, por el trabajo. [...] entre el 30 y el 35, que fue la época más embromada cuando trabajaban solamente por zafras. Que fue ahí después que bueno... cuando mis abuelos pusieron

el almacén, mi padre y mi abuelo seguían trabajando en el frigorífico, después compraron un caballo y hacían reparto en el Cerro (Kaluzevicius, 9/9/2017).

Cuando la industria de gran escala no satisfacía la necesidad de empleo, sumado a la precariedad laboral y los bajos salarios, los y las cerrenses *le buscaban la vuelta* desarrollando otra actividad, como lo hizo la familia Kaluzevicius. Esto permitía que en un mismo territorio coexistieran el espacio laboral y la vivienda.

Las vivencias y creencias de los habitantes cerrenses, junto a la identificación de haber sido —y ser— sobre todo un barrio de trabajadores, transformaron a esta en una característica delimitadora de una identidad común en base de una *comunidad imaginada*. Los vínculos generados en el barrio entre los y las trabajadoras y la vida comunitaria tuvieron un papel fundamental en la comunidad en cuanto conjunto de relaciones sociales (Fontes, 2008). Así, Lobato resume el caso de Berisso —que tiene similitudes con el Cerro—: «la imagen de la comunidad se basa principalmente en tres figuras: el trabajo, la inmigración y el esfuerzo» (Lobato, 2004, pp. 51-52).

¿Quiénes habitaban la Villa en los *largos sesenta*?

El término *habitar* busca vislumbrar que la población no solo se radicó o instaló en el barrio, sino que se apropió de este de diversas maneras y le dio forma, aunque también el barrio moldeaba a las personas. «Habitar es la huella de la vida, habitar es dejar huella, es dejar un rastro a través de los objetos y la memoria, de aconteceres, rutinas, ritos y rituales que nunca acaban, se construyen y se reconstruyen nuevamente» (Cuervo, 2008, p. 47). *Habitar* en un sentido profundo y complejo que implica la presencia, la apropiación, el dotar de significados y transformar el espacio ocupado a partir de ciertas características, en este caso, las tramas y culturas inmigrantes.

Las colectividades inmigrantes y sus descendientes no solo vivieron y viven en el Cerro, sino que son parte de su conformación histórica, social y cultural. Es por ello que reunir cifras sobre el porcentaje de población inmigrante y las nacionalidades que habitaron en el Cerro durante el período de estudio ha sido un desafío desde el inicio de esta investigación.¹

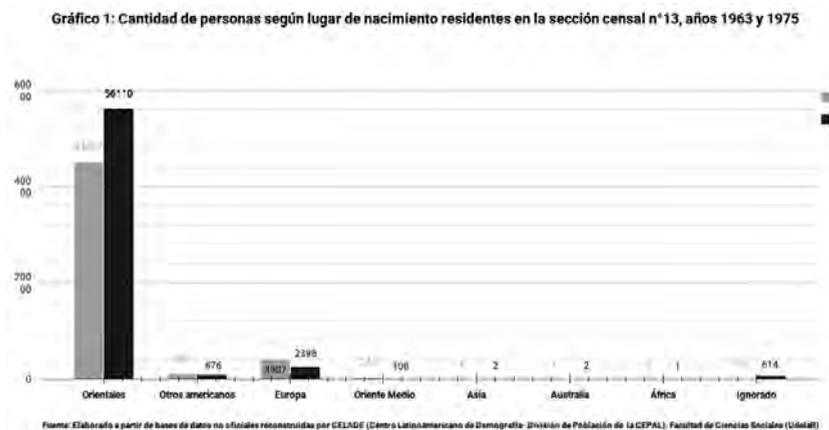
A inicios del siglo xx la población inmigrante residente en Uruguay era el 17,4% del total de sus habitantes y la mitad de ella residía en Montevideo (Bengochea, 2014, p. 22). Mientras que en el censo de 1963 esta cifra se reducía a un 6,4% (Solari, Campiglia y Wettstein, 1966, p. 28) y en 1975 a un 4,7%, reducción que se pudo dar por varios factores, como a) la

1 Es importante resaltar que la falta de datos demográficos ha sido una preocupación de varios especialistas y estudiosos del tema, principalmente porque entre 1908 y 1963 no se hicieron censos generales de población que permitieran caracterizarla.

nacionalización de un segmento de esta población; b) la fuerte disminución de las olas migratorias durante el período de estudio, y c) el fallecimiento de muchos inmigrantes que arribaron a este territorio en las primeras décadas del siglo pasado.

La sección censal n.º 13, que incluye al Cerro, manifestó esa disminución (gráfico 1), según bases de datos reconstruidas por el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade)-División de Población de la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL).² En 1963 la cifra de extranjeros en relación con el total de habitantes de la sección 13 era de 5038 personas no orientales en un total de 50.085, mientras que en 1975 pasó a 3187 en 59.911.

Gráfico 1.
Cantidad de personas según lugar de nacimiento
residentes en la sección censal n.º 13 (1963 y 1975)



Fuente: elaboración propia a partir de bases de datos no oficiales reconstruidas por el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade), División de Población de la CEPAL y la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

Las cifras de personas nacidas en países europeos también disminuyeron de 1963 a 1975, excepto para los casos de Yugoslavia y Rumania. Tal vez porque en 1963 fueron contabilizados dentro de Rusia o en una categoría diferente (Albania, Bulgaria y Rumania). Países como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS),³ Polonia, Yugoslavia aparecen como lugar de

2 Los datos específicos de la sección censal n.º 13 correspondiente al barrio Cerro, Casabó, Cerro Norte y La Paloma, fueron brindados por la Unidad de Métodos y Acceso a Datos (UMAD) de la Facultad de Ciencias Sociales, ex Banco de Datos) de la Udelar. Agradecemos la colaboración de los docentes Óscar Roba y Daniel Macadar.

3 En el censo de 1975 se hace referencia a URSS, mientras que en el de 1963 figura como Rusia. Según el *Manual del decodificador de países* del Celade para la base de datos de

origen de una parte significativa de los inmigrantes residentes en la sección censal n.º 13, sobre todo en 1963. Claro que estos secundaban la importante presencia de españoles que acompañaban los datos generales del país.

Apuntes sobre el asociacionismo étnico cerrense en torno a la Unión Eslava del Uruguay

Los pueblos eslavos son uno de los grupos étnicos más grandes y antiguos de Europa (aproximadamente mil quinientos años). Se los puede dividir en tres grupos: eslavos orientales (ubicados en los territorios de Rusia, Bielorrusia y Ucrania), occidentales (en los países de Polonia, República Checa y Eslovaquia) y meridionales (en la región de Eslovenia, Croacia, Bosnia, Montenegro y Bulgaria).

El origen, la historia y las raíces culturales compartidas fueron elementos que permitieron la identificación de varias de las corrientes migratorias de esa región de Europa como grupo étnico *eslavo* y el surgimiento de asociaciones de inmigrantes de estas nacionalidades o de ese espacio geográfico particular. Ese proceso dio origen a la Unión Eslava del Uruguay (UEU) cuyo Estatuto (Ministerio de Instrucción Pública, 1949) fue aprobado el 26 de mayo de 1949 por su comité ejecutivo⁴ y obtuvo la personería jurídica a finales de ese año. Las distintas asociaciones que allí se agrupaban decidían en forma conjunta a través de los delegados que conformaban el comité ejecutivo.

Segmentos de las colectividades lituanas y rusa cerrenses integraron la UEU, que tuvo una gran importancia y actividad entre las décadas del cincuenta y del setenta. Sus miembros no representaban a la totalidad de esas colectividades ni tampoco significaba que antes de emprender el proceso migratorio se consideraban eslavos, como en el caso lituano.

Otros integrantes fueron el Centro Cultural Ucrainiano —que junto a personas de origen bielorruso se sumaron luego al Centro Cultural Máximo Gorki—, el Centro Eslovaco, el Club Lituano del Uruguay, la Sociedad Cultural Yugoslava, la Sociedad Cultural Búlgara, Centro Cultural Adam Mickiewicz (Polaco), la Asociación Yugoslava Bratsvo, entre otras.

Uruguay del censo de 1975, los países que integraban la Unión Soviética eran: Armenia, Azerbaiján, Besarabia, Bielorrusia, Estonia, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Letonia, Lituania, Moldavia, Rusia, Ucrania, Uzbekistán.

4 Estaba compuesto por doce miembros, Miguel Levitcharsky (de nacionalidad búlgara) y Estanislao Cichon (de nacionalidad polaca) eran su presidente y secretario respectivamente. Su sede, llamada Casa Eslava, está localizada en el barrio Prado en la calle Dr. Carlos María de Pena 4194. Según testimonios, en la década del setenta, la UEU fue paralizando sus actividades y la sede estuvo tiempo sin funcionar. En la última década algunas de sus organizaciones integrantes, como el Centro Cultural Máximo Gorki, están en proceso de recuperación del predio y de reavivar la institución.

La UEU mantenía vínculos con otras colectividades como la griega o armenia, con las que organizaba actividades conjuntas. También contaba con el órgano de prensa *Voz Eslava* (editado entre 1943 y 1974) y con un programa radial semanal de una hora de duración en la radio cx 14.

El período de llegada del mayor contingente de los grupos eslavos fue entre 1924 y 1929. Las causas de la migración fueron múltiples: crisis agrícola, inestabilidad política, social, persecuciones de diversas índoles y reordenaciones territoriales y políticas de los Estados luego de las guerras (Pi Hugarte y Vidart, 1969, pp. 38-39). Un ejemplo de esto es la familia de Graciela Dorpich, cuyos abuelos paterno y materno emigraron de la antigua Yugoslavia (isla Brač frente a Split), territorio que comprendía Croacia, por lo que se referían a cualquiera de los dos lugares como el sitio de origen. Graciela plantea que

Después, cuando se volvió a desunir, Yugoslavia y quedaron los distintos países, mis familiares venían sí, de Croacia, de Dalmacia precisamente y ahí cuando se desunió yo tenía un poco de contacto, ya grande, por supuesto, con una prima y ahí sí la guerra se sintió fea, ¿no? (Dorpich, 7/7/2018).

Lituania también estaba en proceso de transformaciones sociopolíticas que afectaron la realidad rural —gran parte de la inmigración llegada a Uruguay era campesina—. Una primera corriente migratoria se generó a partir de la instalación de un régimen dictatorial de tinte nazista. La segunda corriente estuvo marcada por la incorporación de Lituania a la URSS para dar lugar a la República Socialista Soviética de Lituania (1940-1990). Estos sucesos marcaron la vida cotidiana, la práctica y decisiones de una parte considerable de la comunidad lituana residente en Uruguay en ese período. Tema que se aborda a continuación.

Inmigraciones lituanas en el Cerro de Montevideo: una colectividad en tensión

La colectividad lituana en Uruguay estuvo dividida y agrupada en dos clubes diferentes entre las décadas del cuarenta y del setenta por cuestiones políticas y religiosas. Por un lado estaba la Urugvajaus Lietuviu Kulturos Draugija (ACUL), en funcionamiento desde 1941 y con sede en la calle Río de Janeiro 4001. Por otro, el Urugvajus Lietuviu Centro (CLU, aparentemente con actividad desde 1928 (*Darbas*, 1959, n.º 10 (564), p. 5).⁵ La sede cerrense del

5 El reportaje es a Juan Caplikas (de origen lituano, nacido en 1902 y llegado a Uruguay en 1926). Caplikas (abuelo de Lilián Abracinskaskas) fue secretario general del Centro Lituano

CLU fue fundada el 29 de agosto de 1953, en la calle Ecuador 1680. Esto fue conmemorado con la realización de festivales y recibiendo mensajes de otras latitudes (*Darbas*, 1959, n.º 8 (562), p. 6).

Ambas instituciones contaban con decenas de miembros y con conjuntos de baile, coro y teatro, organizaban festivales culturales, tenían comisiones de mujeres, de jóvenes, de deportes y clases de idioma lituano. También organizaban excursiones a balnearios de la costa del país (Piriápolis, por ejemplo), campeonatos deportivos (fútbol, básquetbol, hockey) o picnics en el parque Tomkinson.

Las diferencias entre las asociaciones se profundizaron cuando la URSS anexó el territorio lituano, hasta generar una ruptura. Inés Kamandulis, nacida en 1955, descendiente de inmigrantes lituanos radicados en la villa, dice que ahí se dividieron entre los *católicos* y *comunistas* «y se creó esa falsa dicotomía, «o sos comunista o sos católico», ¡nada que ver!, pero ahí hay una falsa oposición, pero yo viví en esa falsa oposición, por eso quedé medio chiflada» (2017). Inés es hija y nieta de friyeros y fue miembro de la ACUL en la década del sesenta.

El CLU era referenciado como el *club de los lituanos comunistas*, mientras que la ACUL como el *club de los católicos*. Si bien muchos tenían relaciones amistosas o de convivencia en los espacios públicos, era claro el límite en relación con la participación en los clubes, generando una dicotomía que marcó la vida de los lituanos y lituanas cerrenses. Según Birute Zucas, si llegabas a participar del CLU siendo integrante de la ACUL: «Te crucificaban. ¡No! Eras un traidor». Birute nació en 1943 y participó de la ACUL entre 1960 y 1970.

Muchas familias sufrieron divisiones debido a esas diferencias, como la Abracinskas Ceplikas. Las identidades o afinidades políticas y religiosas eran factor para pertenecer a uno u otro y en este caso puntual existía la particularidad de que la parte materna de la entrevistada «era comunista ¿no? y por lo tanto estaba de acuerdo con la Unión Soviética» mientras que «la parte paterna era extremadamente católica, con lo cual estaban pro Lituania libre» (Abracinskas, 27/2/2018).

Lilián Abracinskas nació en 1959 en el Cerro y siempre tuvo vínculo con la colectividad, ya que su padre y sus cuatro abuelos eran lituanos. Participó del CLU en los años sesenta, donde su madre era profesora de danzas lituanas y su abuelo había sido presidente del club. Para ella, el CLU «tenía una visión mucho más integrada al barrio, no tenías que ser lituano para participar de las actividades y se hacía una cosa mucho más social [...] En el otro íbamos, pero eran religiosos y mi familia era atea y por otro lado eran “endógamos” ¿no?».

sección Cerro y «colabora[ba] con el Centro desde el año 1928». A su vez, había sido presidente del Centro durante once años y en su presidencia se construyó la sede propia.

En el local de la ACUL existió antes una *escuelita lituana* a la que toda la comunidad concurría y donde dictaban clases en español y lituano, que dejó de funcionar cuando empezó la Segunda Guerra Mundial porque Lituania no mandó más fondos para subvencionarla y un grupo de lituanos juntó dinero y compraron el local. Allí construyeron un salón de fiestas con un escenario «porque antes los lituanos se reunían, por ejemplo, alquilaban el Cine Selecto que era de un lituano, de Pedrito, que estaba en la calle Grecia y Estados Unidos» (Kaluzevicius, 9/9/2017).

Esta asociación tuvo desde su fundación un vínculo estrecho con la parroquia Nuestra Señora de Fátima, construida en 1954 por padres católicos de origen lituano. Localizada en la calle Bélgica 1765, a pocas cuadras de la sede de la ACUL, muchas veces se realizaban allí las actividades culturales y ensayos del club (Zucas, 26/10/2017).

Inés recuerda que esta iglesia tenía una importancia singular para la comunidad lituana —sobre todo para la agrupada en la ACUL—, ya que incentivaba la participación en el club, era donde se casaban los integrantes de la colectividad e incluso «se hacían velorios de la gente que no tenía donde velar». En un momento su familia dejó de ir a la asociación hasta que el padre Juan Giedrys, cura enviado por la comunidad lituana de Estados Unidos, los iba a buscar. «Él andaba a la pesca de donde había chiquilines chicos, entonces se presentaba y vamos, vamos a ensayar y así nos tuvieron. Giedrys ya murió hace muchos años, pero los conjuntos quedaron» (2017).

El CLU organizaba eventos para conmemorar fechas importantes de la URSS y recibía materiales de allí.⁶ En 1967, en ocasión del aniversario del nacimiento de Lenin, se llevó a cabo en el local cerrense una «conferencia sobre Lenin» en la que participó el senador Enrique Rodríguez (PCU), con una audiencia de más de treinta personas (*El Popular*, 21/4/1967, p. 10).

Hubo fuertes críticas y persecución a las actividades del CLU por parte de sectores conservadores del país, inscriptas en el contexto de la lucha anticomunista presente en Uruguay en esos años. En esa línea se encuentran dos publicaciones de José Pedro Martínez Bersetche, quien fue presidente de la representación uruguaya en la Confederación Interamericana de Defensa del Continente.

Una es *Las dos caras de los comunistas* (1957), que acusa a los integrantes del CLU de hacer propaganda comunista soviética y juzga como falsos los relatos de una delegación de lituanos uruguayos sobre lo que vivieron en una visita a la URSS meses antes. La otra publicación es *Lituania mártir* (1960), con reflexiones acerca de «cómo se infiltra el comunismo en un pueblo y socava la democracia hasta destruirla» (Martínez Bersetche, 1960, p. 2). Martínez Bersetche dirigió la publicación *La voz de la libertad*,

6 En visita al local que fue antiguamente sede del Centro se accedió a materiales como cintas filmográficas, provenientes de la URSS. Estas son parte de los pocos restos documentales y materiales que aún existen del CLU.

auspiciada por el Comité de Naciones en Lucha Contra el Comunismo (Broquetas, 2015, p. 3).

Este contexto político se vio profundizado con la dictadura civil-militar. La proscripción y la persecución de organizaciones sociales y políticas y la prohibición de actividades consideradas subversivas o antinacionales llevaron al procesamiento por la Justicia militar de las Fuerzas Conjuntas de cinco miembros del CLU el 31 de julio de 1975 (Demasi, 2004b, p. 96). Estaban vinculados al periódico *Darbas*, clausurado el 3 de junio de ese mismo año por acusaciones de «asociación ilícita» (Demasi, 2004b, p. 91).⁷

La persecución y el hostigamiento a algunos integrantes de este club fue recurrente. Por ejemplo, Lilián recuerda haber vivido de chica «una razzia en mi casa, porque buscaban a mi abuelo, ¿no? Porque era para ver qué vínculo tenía con la política y el Partido Comunista».

Berute Yuzulenas es descendiente de lituanos. Sus padres arribaron a finales de los años veinte y se conocieron en el Cerro. En su infancia frecuentó alguna vez el CLU, pero su vínculo principal fue con la ACUL. Paradójicamente, en 1971 compraron una casa con su esposo al lado del local del CLU del Cerro, por lo que recuerda la noche que lo clausuraron.

Fue muy feo cuando los allanaron acá, acá teníamos el dormitorio y sentimos una noche música lituana y digo «¿Y esto qué es?». ¡Ay, pero sentíamos que volaban libros y cosas! Los allanaron, les sacaron todas las cosas. Cuatro lituanos de este club fueron deportados [...] les tiraron todo (Yuzulenas, 8/4/2019).

Por su parte, ACUL editaba un pequeño diario en el que se publicaban informaciones puntuales sobre casamientos o fallecimientos de miembros de la colectividad. Si bien no se logró acceder a ningún ejemplar, los testimonios coinciden en que era una publicación breve con informaciones de la comunidad lituana y de la Iglesia Fátima. En palabras de Kamandulis, era «una hojita donde te anunciaban los vivos, los muertos, los casamientos, los nacimientos, los cumpleaños, era un recuerda-memoria y adelante había una editorial del cura con línea católica», que, según Zucas, inició entre 1959 y 1960: «era solamente una hoja, pero salía todas las semanas y se daba al final de la misa en la parroquia».

La publicación del CLU fue el periódico *Darbas* que tuvo gran importancia para los sectores de la colectividad simpatizantes del comunismo soviético. Allí figuraban las actividades organizadas por el Centro (sede central y sede cerrense) y la perspectiva que guiaba tales prácticas. A continuación se presenta un breve análisis de este órgano de prensa, auto concebido como

7 Su sede cerrense fue apropiada por el régimen civil-militar y en los noventa logró ser recuperada. Desde entonces funciona allí el Centro de Inmigrantes y Descendientes del Cerro. El local central del CLU estaba ubicado en la calle Agraciada 2783.

el «órgano de la colectividad lituana en el Uruguay», y de otros aspectos referentes a las actividades del local cerrense.

El Darbas: prensa obrerista desde una asociación étnica

El *Darbas-Urugvajaus Lietuviu Laikrasitis (El Trabajo)* fue editado durante cuarenta años (desde 1935 hasta 1975), y, según Erick Reis Godliauskas Zen, fue «el principal periódico de izquierda lituana en Sudamérica» y en su primer año se presentó como «el órgano de los trabajadores lituanos en Uruguay», además de que lo imprimía una cooperativa de igual nombre. Ese año, el tema principal que trató en sus páginas fue la lucha antifascista y la promoción de la unidad de la izquierda (2019, pp. 60-61).

Los países del Cono Sur con mayor presencia lituana fueron Argentina, Brasil y Uruguay, y este periódico fue un vehículo de comunicación, intercambio y lucha social muy importante, e incluso se distribuyó clandestinamente durante momentos de fuerte represión hacia las izquierdas.⁸

Para este trabajo se consultaron las ediciones entre 1950 y 1973 y las de 1975, año de su última aparición. En general, tenía seis páginas aunque en ocasiones especiales (su aniversario, por ejemplo), podía llegar a tener más de veinte. Se escribía casi en su totalidad en idioma lituano, a excepción de avisos e informes puntuales tanto de índole interna de su organización (asambleas generales de la juventud o eventos) como informaciones más amplias (*Darbas*, 1958, n.º 552, p. 10).

Entre los responsables de redacción en el período 1957-1975, llama la atención Renée Diktoraitė (1958-1961), por el hecho de que una mujer joven estuviera en ese cargo en esos tiempos. Se pudo constatar que las mujeres tenían un papel importante en el órgano de prensa *Darbas* y en otras actividades del centro, con reconocimiento expreso de sus compañeros.

El CLU tenía grupos de coro y de danza, equipo de voleibol y varias comisiones (en la de eventos y deportes no se pudo verificar la participación femenina). La juventud y las mujeres eran una especie de *guardianas de la cultura*, y los y las cerrenses de origen lituano eran artífices activos del proceso de hacer que la cultura nacional lituana siguiera presente y viva en el barrio. Las mujeres cocinaban las comidas típicas con sabores y aromas de sus orígenes, costuraban los bordados y trajes típicos y les transmitían el idioma a los y las niñas.

8 Reis también asegura que en 1946 —tras un congreso de reorganización de la izquierda lituana en Sudamérica realizado en Montevideo—, los congresistas defendieron el reconocimiento de la Lituania Soviética, rechazando a los antiguos diplomáticos lituanos en Argentina, Brasil y Uruguay que seguían en actividad protestando contra la incorporación a la URSS. En esa oportunidad habían decidido que el *Darbas* fuese el órgano de prensa para los lituanos de izquierda radicados en la región.

Imagen 1.
Dos mujeres activas en el periódico Darbas



A la izquierda: «ULC-Cerro. Mujer y un oficial de alto rango del *Darbas*». Fuente: *Darbas*, 18-19/10/1957, p. 11.

A la derecha: «Kazė Kausiene. ULC-Cerro «Presidente de la Junta de Mujeres y el *Darbas* de larga data, trabaja como jefa, colaboradora». Fuente: *Darbas*, 19/11/1957, p. 6.

Imagen 2.
La Junta de Mujeres y la Junta Juvenil en 1959



A la izquierda: «Junta de Mujeres». *Darbas*, 23/10/1959, p. 12.

A la derecha: «Jaunima Valdyba (Junta Juvenil)», Fuente: *Darbas*, 23/10/1959, p. 4.

En los años cincuenta apareció en el *Darbas* una sección en español, Rincón Juvenil, gestionada y redactada por la Comisión Juvenil, en la que participaban cerrenses. Su presencia más frecuente se constata desde 1952, aunque con intermitencias (por ejemplo, en los números 1 y 24 de 1958 no aparece). La sección se hacía sin ningún tipo de profesionalización periodística, pero con «esfuerzo y voluntad», como explicaban sus editores.

Al analizar la prensa obrera y obrerista en Uruguay entre 1878 y 1905, Carlos Zubillaga y Jorge Balbis (1986) sostienen que una de sus características era el «periodismo sin periodistas», resaltando la ausencia de profesionalidad de quienes elaboraban este tipo de prensa. Según ellos, esto

permitía que estuviera dotada de un «grado considerable de autenticidad y originalidad», que lo hacía más creíble para quién lo leyera (p. 55). Más allá de que no todos los miembros eran asalariados, *Darbas* puede ser interpretado como parte de la prensa alternativa obrerista, ya que se proponía disputar un espacio en relación con la *prensa del sistema* y «buscaba informar e interpretar desde una perspectiva de crítica al sistema social vigente y elaborar propuestas en pro de un proyecto sociopolítico-cultural diferente» (Zubillaga y Balbis, 1986, pp. 13-16).

Como se publicaba en español, el Rincón era fundamental para el intercambio con no lituanos o con descendientes que no leían el idioma. Este espacio era una columna dividida en breves artículos de temas diversos aunque en algunas ocasiones podía tener una extensión mayor, como en la edición por los veinticinco años del *Darbas* (octubre de 1960). Los textos estaban marcados por la figura o la opinión personal de sus redactores, entre quienes se encontraban Elida Dageyte, Eduardo Vezys (encargado de esta sección durante varios años en los sesenta) y Gladys Drukteinis.

El CLU tenía relaciones con otras instituciones étnicas o nacionales y con sus órganos de prensa. En 1957 con motivo del 22.º aniversario del periódico se publicaron diversos saludos enviados por asociaciones amigas, como el Máximo Gorki, el Centro Nacional Armenio del Uruguay, la revista *URSS* y la revista *Unzer Fraint*, el «órgano de la colectividad israelita progresista en el Uruguay» (1957, n.ºs 20-21, pp. 3-4).

El periódico funcionó como un nexo propio de la comunidad lituana (o una parte de ella) y buscó mantener y estrechar los vínculos con la *patria dejada*, y entre esta y el país que la recibió. Las noticias estuvieron marcadas por el contexto de la Guerra Fría. La guerra de Vietnam, la carrera espacial entre la URSS y Estados Unidos, la Revolución Cubana, la industrialización en la Lituania soviética, entre otros temas, estuvieron presentes en las páginas del periódico.⁹

Inmigración rusa en la Villa del Cerro: asociacionismo, cultura y política

Hace más de cien años que llegan rusos al Uruguay e históricamente han sido, en su mayoría, población campesina. Muchos se asentaron en el interior del país y un grupo importante, por ejemplo, fue a la Colonia San Javier (fundada en 1913, en el departamento de Río Negro), cuyo origen inicial fue religioso. Entre quienes se asentaron en la capital, el Cerro fue uno de los

9 Por estar escrito en lituano el periódico, su análisis fue un enorme desafío para quién escribe. Agradezco a Alberto Kaluzevicius su colaboración en la traducción de algunos fragmentos, noticias y títulos y por su paciencia frente a mis inquietudes.

barrios predilectos para radicarse y los frigoríficos el lugar de trabajo principal, incluso para más de dos generaciones.

La historia familiar de Marisa Sapin fue atravesada por estas cuestiones. Su padre era ruso y su madre, nacida en San Javier, era hija de inmigrantes rusos y ucranianos. Ambos se conocieron de jóvenes en la colonia porque su padre tenía un vínculo fuerte con el lugar. «De hecho, el resto de mi familia, una parte está en San Javier y otra parte está en Young. Y mi viejo fue el único que se vino para acá, para el Cerro. Trabajaba en los frigoríficos, en el frigorífico Swift» (Sapin, 18/4/2018). Marisa participó en los años sesenta del Centro Cultural Máximo Gorki-filial Cerro y su padre, Gregorio, fue un importante militante sindical y comunista.

Otro ejemplo es el de Renée Poyarcoff, quien nació en 1944 y en su juventud también participó del Gorki, incluso en el conjunto de baile. Sus cuatro abuelos eran rusos y se instalaron en San Javier en 1913, pero luego sus abuelos paternos se fueron al Cerro para trabajar: «Mi abuelo trabajaba en el frigorífico, mi abuela no trabajaba. Ella se dedicaba a las tareas de la casa y cultivaba flores y plantas» (Poyarcoff, 14/9/2017). Sus padres nacieron en San Javier y también se trasladaron al Cerro. El padre también entró a trabajar en el frigorífico Swift.¹⁰

El Gorki del Cerro se ubicaba en la calle Turquía 3842 esquina Suecia y funcionó, hasta la década del setenta, como una asociación cultural y social de la que participaron inmigrantes y descendientes rusos, bielorrusos y ucranianos, y así, en 1969, los miembros de esa sede superaban las cien personas (Libro de socios y finanzas Gorki Cerro, 1969).

Este centro era filial de la sede central del Máximo Gorki, radicada en la actualidad en la calle Charrúa 1827, que obtuvo su personería jurídica el 29 de julio de 1949 y si bien sufrió varios allanamientos y persecuciones durante la dictadura, no parece haber sido clausurado totalmente.

Desde la conformación de la URSS, su gobierno promovió la difusión de las conquistas del socialismo como una estrategia de contrapeso a la propaganda antisoviética, por lo que fomentó la creación de asociaciones de amigos de la Unión Soviética y de institutos de intercambio cultural (Martínez, 2013, p. 11). En ese contexto, en 1950 Uruguay ya contaba con el Instituto Cultural Uruguayo-Soviético (ICUS) y con tres sedes del Centro Cultural Máximo Gorki, dos en Montevideo y una en San Javier.

10 Algunos se fueron de allí por discrepancias con el líder religioso Lubkov, que luego se iría del país. Aunque, en general, la llegada al Cerro, entre las décadas del veinte y del treinta, tuvo como principal objetivo conseguir empleo, sobre todo en los frigoríficos, lo que les permitió comprar terreno propio (Martínez, 2013, p. 44). Más tarde algunos quisieron retornar a la Colonia y fueron considerados —por sectores más conservadores— como «entrometidos» que iban a «provocar el desorden», eran «los anarquistas venidos del Cerro» (Martínez, 2013, p. 35).

Estos centros recibían diversos materiales (filmes, periódicos, revistas) que cumplían la función de divulgar noticias e informaciones de la URSS y permitían un contacto con el idioma ruso. Para muchos, era de las pocas formas de tener contacto con la lengua materna escrita, más allá de las cartas, que no siempre llegaban. El Gorki no tenía periódico propio, pero publicaba en *La Voz Eslava* y tenía su programa radial.

En los años treinta, los rusos ya se habían conformado en el Cerro como una colonia populosa y desde 1928 contaban con una organización gremial y social desde donde difundían su cultura (Martínez, 2013, p. 44). La Unión de Juventudes Europeas (no fue posible datar el período de existencia) y la Sociedad Juvenil Cultural Eslava fueron organizaciones que funcionaron en la misma dirección que el Gorki del Cerro en los cuarenta, según un carnet de socio relevado en el archivo del Centro Cultural.

Los posicionamientos favorables y las actividades de apoyo a la Unión Soviética del centro generaron tensiones con el anticomunismo presente en Uruguay. Algunos testimonios actuales remarcaron que el Gorki cumplía solo funciones culturales y que no efectuaba posicionamientos políticos de ningún tipo.

Esto entra en conflicto con fuentes consultadas como los periódicos *Voz Eslava* o *Darbas*, donde se observa la participación del Gorki en actividades como festivales de conmemoración de la Revolución bolchevique de 1917 o el aniversario de nacimiento de Lenin (en 1967, en el CLU cerrense). Si bien no todos los miembros compartían esa postura política, hay indicios de simpatía hacia el régimen soviético. En esa línea, Marisa plantea que la embajada apoyaba mucho y colaboraba y «en general, habría quién no [simpatizaba con la URSS], pero participaba igual porque no era un tema político, ahí era cultural. Se sabía cuál era la orientación, había gente que no, que no era y sin embargo venían» (2018).

Es innegable que el Centro era un espacio de sociabilidad que les permitía a inmigrantes y a sus descendientes, transmitir y recrear rasgos culturales de sus orígenes nacionales y étnicos en cuanto eslavos. Esto funcionaba también como una herramienta colectiva para procesar el desarraigo y sus impactos y para vincularse a la sociedad de arribo desde sus identificaciones culturales y geográficas previas.

Festivales culturales, grupo de danza regionales y enseñanza del idioma ruso eran algunas de las actividades que hicieron del Gorki un espacio de encuentro y aprendizaje por décadas y para varias generaciones. Renée cuenta que los sábados iban al centro a estudiar ruso y aprendían «a leer y escribir y también hacíamos redacciones, o sea una escuela formal, pero solamente los sábados». Según ella, varios maestros eran rusos y vivían en el club por temporadas, «venían de Rusia y se quedaban un tiempito ahí y después se iban. Cuando se quedaban allí nos enseñaban música, ballet, también teníamos una maestra» (Poyarcoff, 2017). En las músicas y danzas típicas los

instrumentos principales son las balalaikas, por lo que contaban con un Coro Ballet Orquesta de Balalaikas.

Imagen 3.
Folleto «Gran Festival Artístico Bailable»



Fuente: Archivo del Centro Cultural Máximo Gorki.

El Gorki del Cerro organizaba actividades junto con otras asociaciones étnicas, como el Gran Festival Artístico Bailable del 7 de octubre de 1972, que se organizó en la sede de la Unión Eslava (Casa Eslava), en conmemoración del 11.º aniversario de su audición radial y el 50.º aniversario de formación de la URSS. El festival estuvo dividido en tres partes. En la primera hubo bailes armenios, polacos y lituanos, y este estuvo a cargo de la sede cerrense del CLU con tango y polca lituanas, dirigidos por Antonia de Abracinskas. En la segunda parte del programa se presentaron los conjuntos del Gorki del centro y del Cerro. En la tercera y última parte, se cerró el festival con una orquesta.

Como se dijo, la persecución política a esta colectividad tomó características particulares durante la dictadura, lo que se mostró con especial crudeza en los hechos ocurridos en San Javier: detenciones arbitrarias, razzias militares y el asesinato del médico Vladimir Roslik, en 1984.

Marisa cuenta que Roslik había atendido a su abuela y a su madre cuando estaba en la colonia. Recuerda que lo conoció antes de que se fuera a estudiar a la URSS, porque había ido a su casa a hablar con sus padres y resalta que su madre sufrió mucho con el asesinato. «Roslik no tenía vínculo con el partido [comunista], fue solo persecución porque eran rusos y habían ido a estudiar allá» (Sapin, 18/4/2018).

Cotidianidades inmigrantes: entre generaciones, idiomas y alimentos

La experiencia migratoria genera impactos tanto en lo personal como en lo colectivo. Parafraseando a una tía, Inés diferenció tres generaciones marcadas por la migración y el desarraigo. Primero estarían quienes hicieron la travesía migrante y «no habían despegado de Lituania [...] vivían acá pensando, sintiendo, comiendo como lituanos en Lituania» y hablaban en ese idioma, lo que le habría permitido a ella aprenderlo. Luego se encontraría una *generación puente* compuesta de los y las hijas de esos inmigrantes, que, para ella, eran «unos desgraciados», porque no eran ni de acá ni de allá. Por último, estarían los y las nietas de inmigrantes.

Inés es descendiente de inmigrantes lituanos de la primera y segunda generación que menciona (su padre vino a Uruguay con un año de edad).

el tema de adaptación fue muy importante, muy serio. Desgastó mucho a esa generación. Ahogaban las penas en el alcohol. Yo no los censuro, porque todos tenemos un escape por algún lado, ¿no? Cuando tenemos algún problema o fumamos o comemos o bebemos. [...] [el abuelo Martín era] lituano, lituano de Lituania, porque yo soy lituana de acá (Kamandulis, 2017).

Un aspecto crucial de la cotidianidad de estas colectividades fue la enseñanza-aprendizaje del idioma, tanto para la conformación de sus identidades en los clubes y hogares como en las relaciones sociales en torno a la colectividad. El espacio familiar era donde se transmitía el idioma entre generaciones, aunque en algunos casos se prefería hablar castellano para aprender la lengua local y quizás para romper con el pasado.

La convivencia con otros idiomas posibilitó formas de hablar que mezclaban palabras de diversos orígenes. Inés recuerda que en el Cerro había «un cocoliche extrañísimo entre el lituano y el español». En su casa, los adultos «puteaban» en ruso delante de los niños, por lo que aprendió una palabra en ruso de la que no conoce su significado, pero que usa con ese fin: «De ahí salió el *ekiptomain/skeptomai* [escrita a partir de la oralidad], que no sé qué digo, pero sé que es malo y feo. Y es ruso, ¿ta?». Esto pasó entre varias colectividades radicadas en el Cerro.

Las experiencias, prácticas y manifestaciones políticas y culturales aquí estudiadas fueron parte de una comunidad obrera desarticulada por transformaciones sociales y económicas más amplias. El cierre de los frigoríficos en 1957 generó un fuerte impacto en estas generaciones de inmigrantes, ya que sus trayectorias de vida se vieron nuevamente afectadas por la crisis, al que Inés llamó «la tristeza de los frigoríficos». La gente estaba muy triste «porque le habían vuelto a romper el ecosistema de vida que habían logrado armar,

ellos habían logrado acomodarse un poco y, de repente, otra vez le sacan la lata de abajo y otra vez no saber qué hacer».

Por otro lado, la gastronomía es otro aspecto crucial de las sociedades. Para estas comunidades, preparar y cocinar alimentos y platos típicos implica recordar el origen y las vivencias pasadas, y también hacer presente y viva la cultura a través de sabores y aromas dándole otros significados en un nuevo escenario, a veces con nuevos ingredientes, adaptándose al lugar de arribo.

En las entrevistas se mencionaron diversas comidas, algunas compartidas entre varias colectividades (polaca, rusa y lituana). Entre ellas, el *borsch*, una sopa a base de remolacha que tiene variaciones según el lugar, pero con una receta similar. Marisa lo explica de la siguiente forma:

Es como un puchero, pero tiene una práctica un poco más... Repollo, remolacha, toda la verdura picada, carne, papa, zapallo, todo lo que se le pone, mucha remolacha rallada que queda rojo y limón, que es ácido. Después, los *varenikis* que es una comida que hace mucha gente, los polacos, los lituanos que son empanadas de masa, es una pasta rellena de ricota, con panceta, cebolla, lo que quieras...

También estaba el *jaladiesh*, *galadiesh* o *jaladéts*. Este plato es una especie de gelatina con carne (vacuna, porcina o pescado) que se hierve, luego se «desmenuzaba, se ponía huevo, zanahoria, todo para darle color y vida, pimienta negra, y el caldo se le ponía arriba, aquello enfriaba, mojaba y quedaba una gelatina». Otro ejemplo es el repollo fermentado —se lo dejaba fermentar por varios días con otras verduras y sal— conocido como *chucrut* o, según Marisa, la *kapusta*, que servía de acompañante de otros alimentos. Lilián Abracisnkas comentó que los lituanos le dicen a este plato repollo *raulintu* y a las gelatinas de carne *kochalyano*. Este aspecto tan importante de la cultura estaba presente también en los eventos de las asociaciones, que algunas veces eran almuerzos y otras eran festivales con venta de alimentos y presentaciones de canto y baile.

El intercambio o la donación de alimentos fue una práctica solidaria entre la vecindad de la Villa, evocada en varios testimonios Y que se puede interpretar a la luz de la trayectoria e historia de vida de las comunidades migrantes que se radicaron en el barrio, ya que en su gran mayoría provenían del campo y trasladaron lo que traían aprendido.

Alberto Kaluzevicius explicó que su abuelo materno fue a vivir al Cerro por el terreno para poder cultivar. Le habían ofrecido comprar uno por el mismo valor en Carrasco, pero lo rechazó porque ahí era «pura arena» y no podía plantar. «En definitiva, ellos lo que buscaban era un lugar donde plantar, donde vivir, donde cultivar» (9/9/2017).

La cría de animales (vacas, gallinas, conejos) marcaba el día a día de varios hogares de la villa durante los años sesenta. Inés recordó que en algunas

casas había una vaca que abastecía a varios vecinos, «se sentaba la doña, la encargada de ordeñar la vaca que, por lo general, era una de las muchachas jóvenes de la familia, ordeñaba la vaca, iba y repartía entre los vecinos, según cada uno se comprometía».

En las huertas domésticas se podía encontrar orégano, zanahorias, zapallos, repollos, morrón, puerro, cebolla, tomates y árboles frutales de los más variados. Con ellos también se elaboraban conservas u otros alimentos procesados, con gran protagonismo de mujeres tanto por ser las encargadas de cuidar las huertas y animales como por elaborar los platos típicos. Con esto se refuerza la importancia del trabajo doméstico femenino —no remunerado— para la vida de la comunidad y en la propia reafirmación de la identidad cultural.

La distribución y los intercambios de alimentos en la vecindad no se consideraban trueque, sino que «se daba, es decir, de pronto, si mamá, empezaban los tomates y le mandaba a una vecina, pero no en trueque, sino que era de regalo y nada más», comentó Marisa Sapin. Era algo «de invitarse, convidar, pero trueque así, digamos, yo te doy, tú me das aquello, no» (Zucas, 26/10/2017). El dar o intercambiar alimentos fue un mecanismo para establecer y reproducir lazos vecinales basados en el compartir. Estas prácticas contribuyeron a la conformación de esa solidaridad tan presente en los relatos cerrenses y que fueron base del sentir de la comunidad.

Consideraciones finales

El Cerro tiene la particularidad histórica de haber sido el lugar elegido para vivir por un gran contingente de población inmigrante. Muchas personas provenientes de una *otra Europa* a la referenciada normalmente —eslavas, sirias, árabes— conformaron parte de esa diversidad humana radicada allí. Esta temática presenta un abanico de opciones de estudio, aquí apenas se han trabajado algunas de las posibles.

El estudio de las asociaciones de inmigrantes y sus descendientes evidenció un proceso de diversificación de identificaciones políticas, étnicas, nacionales y culturales que atravesaron y atraviesan a las y los sujetos en cuestión. Según la situación, experiencia o recuerdo que se evocaba, eran las identificaciones que prevalecían —unas en detrimento de otras—, con el objetivo de reafirmar cierta identidad específica en ese momento. Esto no implica necesariamente la negación de las otras, sino que visibiliza el carácter subjetivo y social de las identidades.

La mayoría de las entrevistas realizadas y utilizadas ha sido a mujeres, lo que muestra narrativas marcadas por la desigualdad de género. Esto quedó evidente, por ejemplo, cuando tuvieron que sobreponer los intereses y cuidados familiares frente a los personales como estudiar o trabajar fuera del hogar.

Ha sido grande el papel que estas mujeres han tenido en la construcción y permanencia de las asociaciones culturales así como en la cotidianidad y formación de sus identidades culturales y étnicas.

El contexto de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría fue propicio para el desenlace y la profundización de tensiones dentro de las colectividades y en su relación con el resto de la sociedad. Las diferentes posiciones en torno a la URSS y a la situación de Lituania, a las luchas sociales y a la religión, quedaron evidentes y le dieron una peculiaridad a la vida de estos grupos en la villa. A partir de estos elementos de tensión, se generó una relación dialéctica de división-cohesión, sobre todo en la comunidad lituana. Al mismo tiempo que generó la división en dos grupos, fue elemento de cohesión interna en cada asociación. También permitió el intercambio con otras instituciones, como lo hicieron el CLU y el Máximo Gorki, no solo en lo cultural.

La comunidad obrera cerrense, construida a través de los relatos, testimonios y acontecimientos, tuvo como uno de los ejes articuladores la fuerte presencia inmigrante. La crisis de la comunidad también afectó este eje, por el cambio de domicilio de una parte de ellos o por los efectos de la represión. El barrio funcionaba como un intermediario entre el espacio privado del hogar y el espacio público más grande de la ciudad y permitía una «privatización progresiva del espacio público» (Mayol, 1999, p. 10), una apropiación del barrio por parte de los y las vecinas.

Las asociaciones culturales étnico-nacionales tuvieron un lugar destacado en cuanto mecanismo de apropiación del espacio barrial, siendo un espacio de sociabilidad y una herramienta para la configuración de identidades. Esto se daba a través de sus publicaciones y el desarrollo de actividades abiertas en sus locales como clases de idioma o bailes. En paralelo, se producía una formulación interna de la identidad étnica y sus manifestaciones culturales y políticas contribuyeron a la conformación de la identidad social colectiva del barrio.

Las colectividades inmigrantes y sus descendientes —agrupadas en asociaciones o no— fueron y son parte de un imaginario social de la *villa cosmopolita*. Y han sido sujetos activos en el *hacer* del espacio público y privado cerrense, construyendo un espacio identitario particular a partir de múltiples vivencias, prácticas, trayectorias, actores, tensiones y uniones.

Sindicalismo y comunidad en el Cerro de Montevideo. Una mirada a las respuestas obreras frente a crisis de la industria frigorífica (1957-1963)

LUCÍA SIOLA¹

Introducción

A partir de considerar el lugar del trabajo frigorífico como eje central de la estructuración del barrio el presente capítulo busca reconstruir parte de la experiencia de las organizaciones sindicales frigoríficas ancladas en el Cerro de Montevideo hacia finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta.

Las fábricas frigoríficas constituyeron el principal centro de empleo de la zona generando alrededor de su actividad y su personal una vasta red económica, social y cultural. La conjunción en un mismo espacio barrial del tiempo de trabajo y de no trabajo propició relaciones sociales particulares donde se produjo una relación muy estrecha entre la fábrica y la vida cotidiana, entre el trabajo y la familia, entre la política y el hogar, en definitiva, entre el ámbito público y privado. Así, la inserción sindical fue muy significativa y trascendió las fronteras de las plantas.

De este modo, al considerar las luchas sindicales y la protesta obrera de los gremios frigoríficos es preciso entenderlas como parte sustantiva de un entramado social y cultural fabril que se fue formando a lo largo del tiempo en toda la zona, que adquirió características comunitarias y que se vio fuertemente tensionada por el cierre de las fábricas y la crisis frigorífica.

En particular se abordará el proceso de deliberación en torno a la crisis frigorífica y las protestas que tuvieron lugar en 1961 y 1962 donde el movimiento obrero cerrense tuvo un papel protagónico en la movilización social capitalina. A partir del caleidoscopio de este conflicto frigorífico, y la coyuntura barrial del Cerro, se busca aportar en aspectos generales que hacían al contexto político y social a nivel nacional de un período complejo

1 Licenciada en Historia por la FHCE, Universidad de la República maestranda en el posgrado en Ciencias Humanas opción Historia Rioplatense de la misma universidad. Ayudante en el Departamento de Historia Americana (FHCE, Udelar) y asistente en el Servicio Central de Extensión y Actividades en el medio (SCEAM), Udelar.

que ha sido escasamente estudiado por la historiografía uruguaya y olvidado de forma notoria por la memoria cerrense.

El trabajo también pretende contribuir al conocimiento del movimiento obrero montevideano, a partir de la reconstrucción de algunos episodios significativos de una de las expresiones colectivas más relevantes de la clase trabajadora montevideana de la época: la Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines, Autónoma (FOICA-A).

Con una lógica federativa y dirigentes de distintas tendencias (afines a los partidos tradicionales, así como militantes anarquistas y socialistas), esta gremial obrera fundada en 1942 constituía uno de los principales baluartes del movimiento obrero local, con una influencia y una potencia que se extendían a un conjunto de barriadas del oeste capitalino. Considerada por varios autores y militantes sindicales como una de las organizaciones más importantes del movimiento sindical del país en las décadas del cuarenta y cincuenta (Cores, 1989; Rodríguez, 1969; Porrini, 2004), contaba con doce mil afiliados y una gran capacidad de organización y movilización.

Su local ubicado en pleno centro de la Villa, en la calle Grecia entre Holanda y Ecuador, era la referencia gremial del barrio con una vida muy activa entre las cuales se destacaban las actividades relacionadas al ámbito de la cultura y la sociedad; obras de teatro, espectáculos, funcionamiento de una gran biblioteca popular, que daba acceso a las lecturas con las que obreros y obreras autodidactas se formaban (García, 1984, p. 9). Además, la sede de la FOICA-A era lugar habitual de reuniones o asambleas de otros gremios del barrio, o de grupos de trabajadores que buscaban organizarse. Al estar situado en el corazón mismo del Cerro, su actividad gremial y cultural no pasaba desapercibida, menos aún sus acciones en momentos de lucha. La arteria principal del barrio era colmada por las familias obreras que se disponían a marchar, o por los actos y mítines que allí tenían lugar. La movilización social y la creación de diversos espacios públicos de encuentros, de intercambios y de debates políticos en el barrio eran parte del fermento de una sociabilidad callejera, una cultura obrera militante (actos, mítines, festivales, movilizaciones, charlas, ateneos) y de una fuerte lucha de clases (enfrentamientos con las patronales, episodios de militarización y represión policial) en las que la cuestión del control territorial del barrio también aparecía como una extensión de la disputa con las patronales y las fuerzas represivas.

El Cerro en la crisis y el cambio de década

El Cerro, barrio obrero por excelencia se vio atravesado por la crisis estructural que tuvo su desarrollo en el período de posguerra y comenzó a manifestarse a comienzos de los cincuenta profundizándose durante el segundo lustro de esa década. Los problemas y los vaivenes de la industria frigorífica estuvieron en el centro de preocupación, debate y acción del barrio.

Para 1954 la situación general de la industria frigorífica tradicional era crítica. A la falta de ganados que paralizó la actividad durante dieciséis meses entre 1954 y 1955 (Bonetti, 2016) se le sumó una lógica productiva de la cadena cárnica que presentaba contradicciones insalvables.

María Inés Moraes (2012) señala al Frigonal en su papel de ente testigo, y los problemas que surgían de conciliar un precio alto por los ganados que eran fijados por el Estado hasta 1953, con la venta a precios bajos en el comercio interno y externo. En este último caso, debido a los precios fijados en los contratos gubernamentales con Gran Bretaña, compensados durante un tiempo por el comercio a mejores precios de venta en los denominados *mercados libres*. Esta dinámica, junto a la creciente inflación, el clientelismo político y la propagación de un mercado negro paralelo, hizo deficitario al Frigonal que en 1957 debió ser recapitalizado por el Estado.

En el caso de los frigoríficos exportadores de capitales extranjeros (Anglo, Swift y Armour) las pérdidas correspondientes en el comercio con el mercado inglés fueron absorbidas por el Estado que otorgó subsidios sobre la base de las declaraciones de las empresas, comprobadas posteriormente como fraudulentas (Finch, 2005). En este sentido, el período que se extiende entre la posguerra y finales de los años cincuenta se caracterizó por la existencia de una compleja ingeniería de subsidios, de concesiones y retenciones que buscaron conformar, con diferente e inestable éxito a los distintos actores de la cadena cárnica (Jacob, R., 2019).

En términos generales, el esquema industrial funcionó a partir de tres condiciones: altos precios y demanda de los productos exportados, diversos subsidios estatales y tipos de cambio preferenciales. Sin embargo, hacia el último lustro de la década del cincuenta estas condiciones parecían ya agotadas. En la arena internacional, la recuperación de la economía europea y las medidas estadounidenses trajeron políticas proteccionistas que hicieron más difícil el acceso a los mercados, agudizando también la competencia internacional y regional en el rubro, mientras que en el ámbito nacional se asistió a una caída de la economía con balanza comercial deficitaria, fuga de capitales, inflación y el deterioro de las finanzas estatales vía crecimiento de déficit fiscal, agotamiento de las reservas y endeudamiento público (Nahum, Cocchi, Frega y Trochón, 1998).

En este cuadro, las patronales frigoríficas redujeron la cantidad de faena e intentaron reducir costos de producción vía salarios y beneficios sociales, al tiempo que exigieron al colegiado batllista mejoras en los cambios preferenciales y la modificación de las normas que otorgaban el monopolio de faena y abasto de la capital al Frigonal.

Un informe de la embajada británica de 1958 señalaba que «la situación económica ha causado desempleo, y subempleo» y «los aumentos salariales otorgados en su mayoría por los Consejos de Salarios han seguido las variaciones del costo de vida, que este año llegó a cerca de 2,5%». Con relación a

la situación laboral uruguaya, señalaban como problema central del país el descalabro que generaba la crisis económica, y planteaba además el creciente descontento entre la población y los trabajadores, así como un descreimiento generalizado en el sistema político (Nahum, 2000, p. 241).

En su conjunto, los permanentes empujes inflacionarios, la especulación y el desabastecimiento afectaron a varios componentes de la canasta familiar (pan, tarifas públicas, boleto, carne) y originaron el descontento de amplios sectores de la sociedad (Trullen, 2014).

La situación de crisis tuvo su impacto en el arco político. El gobierno sufrió diversas crisis ministeriales que dejaron en soledad al quincismo y sin mayorías parlamentarias, llegando desacreditado al final de su mandato (Nahum, Cocchi, Frega y Trochón, 2011; Broquetas, 2013).

En el proceso emergieron nuevos movimientos y reagrupamientos políticos, y tuvieron lugar virajes en la orientación de los partidos. Dentro del PN, en 1956 se creó la Unión Blanca Democrática (UBD), agrupamiento heterogéneo por su composición social y programa en el que confluyeron grandes hacendados, comerciantes e industriales, pero también sectores medios e incluso populares (Broquetas, 2013), también adquirió mucho peso el movimiento rural con la Liga Federal encabezada por Benito Nardone, que si bien comenzó como un movimiento transversal a las banderas partidarias, culminó en una alianza electoral con el sector herrerista del PN que triunfó en las elecciones nacionales de 1958. Las gremiales rurales, los productores agropecuarios y los sectores exportadores reclamaron un *retorno al agro* presionando por una salida devaluatoria y la eliminación de impuestos al sector.

La izquierda también sufrió reconfiguraciones en sus conducciones y liderazgos, así como nuevas perspectivas estratégicas ante una situación nacional e internacional marcada por la *coexistencia pacífica*, la Guerra Fría y a partir de 1959 la Revolución Cubana. Mientras en el Partido Comunista fue desplazado Eugenio Gómez por un sector liderado por Rodney Arismendi, en el Partido Socialista un grupo encabezado por Vivían Trías lo renovó programáticamente y generó el apartamiento del líder Emilio Frugoni (Trullen, 2014).

El final de la década trajo consigo cambios relevantes en la arena política: luego de 93 años se constituyó un gobierno con mayoría nacionalista. Su ala mayoritaria representaba a fuerzas sociales agroexportadoras y en especial a las ganaderas que bregaban por el retorno al libre mercado y cuestionaban el papel del Frigorífico Nacional y su monopolio en el abasto de Montevideo que fue paulatinamente desmantelado. En diciembre de 1959 se aprobó la Ley de Reforma Cambiaria y Monetaria que puso fin al sistema de control de importaciones y exportaciones y suprimió los cambios múltiples. La nueva ley devaluó el peso uruguayo, eliminó subsidios a la producción y al consumo y determinó detracciones a la exportación de lanas, carne y cueros.

A mediados de año llegó por primera vez al país una misión exploratoria del Fondo Monetario Internacional (FMI) con el que se firmó una primera *carta intención* en setiembre de 1960, acorde con los lineamientos de esta institución, que exigía políticas de estabilización monetaria, cambiaria y fiscal. El primer colegiado blanco profundizó la represión a la población y al movimiento obrero en particular con mps al tiempo que reforzó los aparatos de inteligencia policial y los vínculos con las agencias de espionaje estadounidense (Ciganda, Rodríguez y Visconti, 2009).

Lejos de los relatos y enfoques historiográficos que presentaron al Uruguay de este período como próspero, democrático y excepcional respecto a la región: la década del cincuenta estuvo pautada por la crisis y por una masiva e intensa movilización obrera, reforzada por el crecimiento industrial y por la formación de nuevas organizaciones sindicales, incluyendo un sector del funcionariado público, que suscitó una fuerte oposición y represión patronal, así como estatal (Rodríguez, 1969).

El Cerro constituyó uno de los escenarios destacados de la protesta obrera capitalina, sucediéndose importantes huelgas frigoríficas en 1951, 1952 y de 1955 a 1958, así como una extensa huelga de cuatro meses en 1961.

Sus tópicos variaron desde la defensa de las libertades democráticas y sindicales, hasta el mantenimiento de las condiciones de vida e ingresos frente a la creciente inflación y el subempleo.

Imagen 1.

Las y los cerrenses atravesando el Paralelo 38



Fuente: *El Popular*, 26/10/1961.

En 1952, el barrio fue escenario de una fuerte represión a la que los sindicatos respondieron con barricadas y el corte de calle en el Pantanoso, lugar de acceso al barrio, en lo que se recuerda popularmente como *El Paralelo 38*

en alusión a las Coreas en guerra (Cores, 1989; Siola, 2019). En 1955, ante la paralización de la industria, once dirigentes varones de la FOICA-A iniciaron una huelga de hambre que duró siete días reclamando soluciones a la falta de trabajo, aumentos salariales y reconocimiento de los beneficios sociales. El conflicto movilizó al barrio: el sindicato obrero ocupó la planta del Frigonal, los comerciantes realizaron un paro solidario, un grupo de mujeres junto a sus niños y niñas se trasladaron e instalaron durante todo un día en la explanada del Palacio Legislativo exigiendo soluciones y se registró una huelga de escolares en la Escuela Casterán (Bonetti, 2008).

En mayo de 1956 ante el incumplimiento del gobierno en refrendar los acuerdos alcanzados en el Consejo de Salarios y la negativa de las empresas a establecer convenios colectivos, se produjo un nuevo conflicto. El ejecutivo resolvió la intervención del Ejército en el Frigonal con el argumento de «atender el abasto de la población» y las empresas contrataron nuevo personal abriendo los registros de ingreso, lo que derivó en enfrentamientos entre obreros y *rompehuelgas* siendo asesinado el obrero César Muñoz y herido de gravedad con una puñalada en el tórax el sindicalista Ricardo Espala que si bien salvó su vida quedó sin habla producto de las heridas recibidas (Bonetti, 2016, p. 211). La intransigencia patronal-estatal fue tan decidida que la lucha de los gremios frigoríficos además de la solidaridad barrial concitó el apoyo del arco sindical, produciéndose dos paros generales de todas las centrales sindicales y la novedad de la primera marcha a pie de los obreros del Anglo de Fray Bentos, que recorrieron 320 km hasta Montevideo e inauguraron una forma de protesta que luego se haría extensiva a otros sindicatos del interior del país (arroceros, cañeros). El impacto de la llegada de los obreros fraybentinos a la capital y el paro general de las diversas gremiales sindicales fueron fundamentales para que el gobierno cediera logrando así un triunfo de los reclamos obreros y asegurando la alimentación de las familias en un cuadro de creciente parálisis de la industria y de inflación.

Durante 1957, la movilización sindical de los trabajadores frigoríficos estuvo orientada a exigir al parlamento la recapitalización del Frigonal y el aumento de las compensaciones por desocupación, afectadas por la inflación, y la disminución de las faenas, generando un aumento del personal «a la orden» cuyos ingresos dependían de este subsidio (Siola, 2019).

El retiro de las firmas estadounidenses y el cierre de las fábricas Swift y Armour del que dependían al menos 5600 trabajadores y trabajadoras y sus familias en diciembre de 1957 colocó el tema de la desocupación como el principal problema del barrio. Juan Carlos Mechoso militante anarquista, ex friyero y canillita recuerda: «la desesperación en la Villa era muy grande. O sea, era un estado de preocupación, era el tema de cuanta ama de casa, cuanto tipo que encontrabas en el boliche, era tema permanente» (5/7/2014).

Durante 1958 tuvo lugar un proceso de movilización sindical y barrial que exigió la reapertura de los establecimientos, y presionó a las autoridades

para buscar una solución. La creación de EFCSA en octubre de ese año fue el resultado de esa movilización, que implicó negociaciones, elaboración de proyectos y la paralización de toda la industria.

La acción de los sindicatos de la carne se reveló poderosa en todos estos años, sus masivas y combativas movilizaciones lograron en general imponer sus reivindicaciones. Las prédicas antisindicales se extendieron por los distintos medios de prensa, los responsables de las huelgas *salvajes* y de *dictaduras gremiales* aparecían en el discurso de gobernantes y opositores colorados como promotores del descalabro social y económico.

La defensa del trabajo y la gestión de las fábricas

Tempranamente la crisis frigorífica abrió un debate nacional en torno a los problemas de la industria y de la economía del país que tuvo al Cerro como un escenario privilegiado.

El problema de la carne y sus soluciones fueron tema de discusión de distintos colectivos barriales, sindicales y políticos. El Ateneo Libre Cerro-La Teja estudió y discutió el problema en 1954 y 1955 y elaboró una propuesta basada en la colectivización integral de toda industria frigorífica bajo gestión de los trabajadores. El planteo, basado en experiencias de militantes anarquistas combatientes en la República Española, fue retomado años después para la reapertura de Swift y Armour. A partir de lo que consideraron una experiencia burocrática y corrupta de la gestión del Frigonal y de los organismos gubernamentales en general se opusieron a reivindicar una dirección estatal de las fábricas, contraponiendo a ese planteo la expropiación y la gestión obrera de los frigoríficos bajo un Consejo de Empresa integrado por delegados de sección, honorarios y revocables. Recuerda José Almeida, exdirigente sindical y trabajador del Swift en el sector de carga y descarga: «se creó una comisión en el Ateneo con compañeros vinculados a la industria para elaborar un ante proyecto, después se publicó en el diario anarquista, y se comentó en *El Sol*» (9/9/1999).

Laureano Riera, uno de sus autores, afirmó años más tarde; «redactamos un proyecto de sistema cooperativo para toda la industria» (*EFCSA*, 7, 1961). La propuesta fue presentada tempranamente en los órganos de la Federación Autónoma de la Carne, José Almeida relata el proceso de la discusión:

Entonces pedimos que lo tratara el Congreso Nacional [de Delegados]. [...] En conversaciones que tuvimos aparte, les planteamos [a la Directiva] porque no hacían consultas con algunas personalidades como el caso de Quijano, a ver cómo la veían la cosa, especialmente las posibilidades prácticas. Y así fue, se hicieron esas consultas [...] Se consultó a Carlos Quijano que también fue a la Federación a dar una charla sobre eso, y llegó a la

misma conclusión que ya tenían antes los socialistas y los comunistas, que había que nacionalizar. Y era el furor de las nacionalizaciones en esos tiempos que fue cuando estaba fresco primero el triunfo de Paz Estenssoro en Bolivia con su nacionalización correspondiente de las minas, y siempre se tenía presente la nacionalización del petróleo mexicano con el general Cárdenas, de manera que siempre era mucho más cómodo ver lo que se había hecho afuera y ver si se podía aplicar acá. En cambio lo que proponíamos nosotros era un camino nuevo que había que abrirlo, sin tener preparación los dirigentes y mucho menos los afiliados (Almeida, 9/9/1999).

El planteo colectivista fue tomado por algunas filiales de la federación, pero la posición que finalmente adoptó la gremial obrera en esos años, fue la de la nacionalización.

El problema de la propiedad y de la gestión de las fábricas también estuvo en discusión de los sindicatos de la carne cuando la recapitalización del Frigonal en 1957. Si bien los sindicatos participaban con representación en los organismos estatales de regulación laboral como los Consejos de Salarios (en el sector privado) y el Consejo de la Caja de Compensaciones por Desocupación de la Industria Frigorífica, el proyecto de recapitalización presentado por representantes del PN planteaba la novedad de la incorporación obrera al directorio del frigorífico. Almeida recuerda que la propuesta generó desacuerdos en la federación:

cómo se iba a aceptar un dirigente obrero entre toda esa gente, qué iba a poder hacer. Y nosotros llevábamos la voz de los que estábamos de acuerdo [...] era desconfianza que se fuera a dar vuelta, que fuera a traicionar, entonces preferían que no. Pero lo que pasaba, fue lo que después se comprendió por la mayoría del congreso, que incluía eso, y salía con eso o no salía, o no salía rápido (Almeida, 9/9/1999).

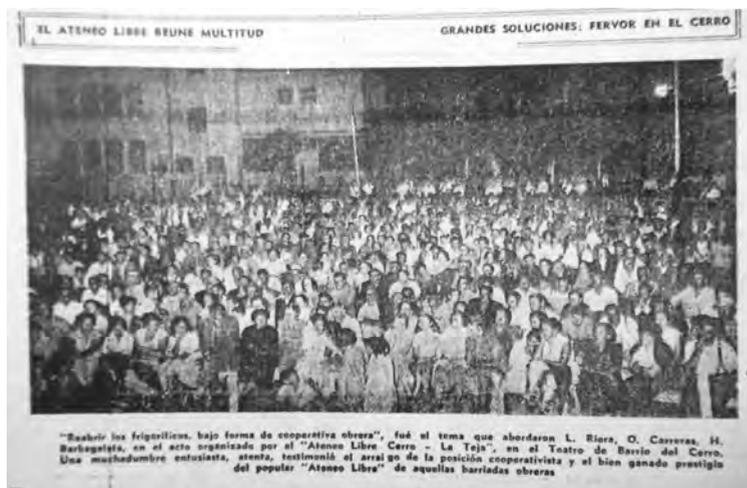
Por la Ley n.º 12.475 del 13 de setiembre se incorporó al directorio del Frigorífico Nacional el dirigente obrero y fundador de la Federación Autónoma de la Carne Óscar Carreras. Ese mismo año, frente al anuncio del retiro de las firmas estadounidenses la Federación emitió el manifiesto *En defensa de los obreros y la economía del país* donde postuló «la nacionalización de los frigoríficos Swift, Armour y Anglo», y señaló que

La amenaza de irse es simplemente un recurso extorsivo para lograr estos objetivos concretos: a) romper la organización obrera; b) monopolizar con carácter exclusivo la industria de la carne mediante la liquidación del Frigorífico Nacional; c) seguir obteniendo «subsidios»; d) evitar gravámenes para financiar las horas compensadas y demás beneficios sociales; e)

imponer al país una dictadura del capitalismo monopolista (Manifiesto FOICA-A, en *Lucha Libertaria*, 12/1957).

Imagen 2.

Público del acto organizado por el Ateneo para tratar la crisis frigorífica en el Teatro de Verano de Bélgica y Bogotá



Fuente: *Lucha Libertaria*, 2/1958.

Frente a lo que consideró un chantaje, la federación obrera valoró conveniente que esas empresas extranjeras se retirasen del mercado e incluso señaló que si no lo hacían era preciso echarlas, no solo por los robos y extorsiones que habían efectuado, sino para conquistar «la plena independencia económica del país».

La defensa nacional y la prédica antiimperialista se encontraban en estos momentos muy presentes en el discurso de la organización obrera. La gremial que nucleaba a todos los sindicatos frigoríficos propuso un programa de salida que denominó *bases mínimas*, donde planteó que el Estado debía fomentar la recuperación ganadera, velando y controlando la máxima productividad por hectárea, e incluso expropiando y repartiendo tierras con la finalidad de intensificar algunas producciones. Planteó la nacionalización de la industria frigorífica, en especial de los frigoríficos extranjeros bajo la dirección de organismos integrados de forma tripartita entre los ganaderos, los trabajadores y el Estado. Para la centralización de esta industria nacionalizada propuso la creación de una Junta Nacional de Carnes con la misma representación tripartita, que tendría como cometido la dirección general del comercio de carnes (Manifiesto FOICA-A, en *Lucha Libertaria*, 12/1957).

Como se ve, la aceptación a la integración del directorio del Frigorífico Nacional no constituyó simplemente la ocupación de un espacio, sino que

significó la adopción de una estrategia política sindical donde los sindicatos no solo participaron en la gestión de la industria y el comercio de carnes, sino que además formularon sus propias alternativas de gestión.

Con este programa, que trascendía lo meramente reivindicativo, los sindicatos desarrollaron una fuerte campaña de difusión en todo el barrio, con folletos, mítines, programas de radio, asambleas y mesas redondas. Una actividad importante para problematizar el tema lo constituyó una mesa redonda organizada en enero de 1958 en el cine Apolo donde expusieron ante un público que colmó el lugar y se extendió hacia la calle, portavoces de la Asociación Rural, la Federación Rural y la Federación Autónoma de la Carne, en las figuras del Dr. Alberto Gallinal Heber, Eduardo McColl y Laureano Riera (*EFCSA*, 29, 1963, p. 19). También representantes de los distintos partidos políticos —que con excepción del colorado— estuvieron presentes: Vivían Trías (PSU), Rodney Arismendi (PCU), Luis Vidal Zaglio (PN, herrerista), Enrique Erro (PN, herrerista) y Dr. Hugo Barbagelata (*EFCSA*, 28, 1963, p. 26).

Almeida (9/9/1999) recuerda que fueron varias las instancias en que la Federación organizó actividades para discutir una salida de fondo a los problemas de la industria frigorífica: «por primera vez, a raíz de esa iniciativa, en 1957 vino a la Federación una delegación de la Liga Federal» se trató de «una delegación de la Federación Rural, una de la Asociación Rural».

Imagen 3.

Acto de inauguración de Establecimientos Frigoríficos del Cerro
Sociedad Anónima, Planta Artigas, 31/10/1958



Fuente: Colección Gustavo *Bucky* Delgado.

También al calor de los conflictos, la izquierda comunista y socialista se abocó al estudio del tema. En sus primeras declaraciones, el PCU planteó la expropiación sin indemnización y la creación de una industria nacional única, poniendo en manos del Frigonal las plantas. Mientras que los socialistas en su XXXI Congreso de diciembre de 1957 resolvieron promover e impulsar la «socialización de las industrias manufactureras (textil, frigorífica) y del comercio exterior, la organización cooperativa de la producción y de la distribución de los productos de consumo popular» (Trullen, 2014, p. 29). Desde las páginas del diario quincista *Acción*, una editorial planteaba que «los frigoríficos deben continuar funcionando, girados como una cooperativa obrera de producción, bajo el contralor gubernativo» (*Acción*, 29/12/1957). De hecho, el gobierno colorado se había negado al ofrecimiento de venta que las empresas estadounidenses le habían cursado.

Tanto la Unión Blanca Democrática (UBD) como el ruralismo eran proclives en sus concepciones generales a impulsar fórmulas cooperativas (Broquetas, 2013). Así uno de los líderes ganaderos del sector, Gallinal Heber planteó que «no le vendería ni un novillo más a un frigorífico del Estado» (*EFCSA*, 29, 1963, p. 19).

Imagen 4.
El directorio de Establecimientos Frigoríficos
del Cerro Sociedad Anónima



El nuevo Directorio de EFCSA integrado por los señores Abel J. Ferrando (Presidente), Edalfo Yáñez (Vice-Presidente), Carlos Buchelli (Secretario), Antonio Fernández, Federico Carrazas, Laureano Riera y Oscar A. Castilla (Vocales).

Fuente: suplemento «Barrios de mi ciudad», *El País*, 9/9/1964.

En la creación de EFCSA en 1958 influyó el clima antiestatista generado por el fracaso de la política batllista y los discursos de sus opositores. EFCSA se reveló como una salida parcial en la que confluyeron intereses diversos e incluso opuestos a los de los trabajadores. Con una forma jurídica de Sociedad Anónima propiedad de los trabajadores en planilla hasta 1957, la gestión estuvo en manos de un directorio «técnico» compuesto por los colorados Cesar Charlone (exministro de Hacienda de Gabriel Terra) y Francisco De Ferrari vinculado a la Lista 14; el exgerente y accionista de Armour Abel J. Ferrando; el ubedista dirigente de la Asociación Rural del Uruguay (ARU)

Dr. Julio Arocena Folle, y dos representantes por los gremios de obreros y empleados, Edelfo Yáñez y Carlos Buchelli.

Si bien EFCSA empleó según su boletín a 2650 trabajadores solo reabrió una planta, manteniendo cerrada la planta Swift. La ilusión que despertó la puesta en marcha de una cooperativa obrera duró un santiamén, en menos de un año las disputas y luchas de intereses que atravesaban a la industria frigorífica se hicieron eco en la Federación Autónoma de la Carne que se dividió entre aquellos que estaban más comprometidos con la gestión de EFCSA y los trabajadores que se vieron perjudicados por la estrategia de la empresa. Las tensiones fueron en aumento, la Unión Obrera Swift solicitó la separación de EFCSA y ocupó la planta exigiendo su reapertura (Siola, 2019).

Imagen 5.

Mitin del Sindicato de Obreros y Obreras del Frigorífico Artigas en la Curva de Tabárez, 18 de abril de 1961



Nota: Fueron oradores dos expresidentes de la FOICA-A, Edelfo Yáñez Lopez y Raúl Moreira. Ambos defienden a EFCSA y cuestionan duramente a la FOICA-A frente a una nutrida concurrencia. Fuente: *EFCSA*, 16, 1961, p. 19.

La negativa de los gremios de empleados y obreros del Frigorífico Artigas de acompañar las medidas de paro en solidaridad con la revolución cubana decretadas por la Federación, y su apoyo a las políticas del directorio de EFCSA suscitaron la suspensión de esas filiales por parte del Congreso Nacional de Delegados de la Federación (ACND FOICA-A, 23/9/1960). La fractura sindical se consumó cuando la Federación resolvió mediante la convocatoria a una numerosa asamblea general, la huelga en toda la industria para los primeros días de abril de 1961 por la reapertura del Swift. La medida fue resistida por un centenar de trabajadores del Frigonal que cuestionaron a sus sindicatos, y conformaron una nueva gremial, la Unión Obrera Libre presidida por el exsocialista Walter Burghi.

Bajo el signo del colegiado blanco: productividad, reestructuración y represión antisindical

Dos años después de la creación de EFCSA la comunidad cerrense continuaba atravesada por el problema de la desocupación y la gestión de las fábricas. La fractura de los sindicatos de la carne repercutió fuertemente en la barriada donde los lazos de solidaridad y comunidad de obreros y obreras y vecinos y vecinas se vieron tensionados.

Las patronales frigoríficas y el gobierno herrero-ruralista aprovecharon la fractura del movimiento obrero cerrense y la debilidad en la que había quedado la Federación Autónoma de la Carne para avanzar en un proyecto de reestructuración general de la industria, intensificar la productividad, reducir las plantillas de personal, rebajar salarios y quitar los beneficios sociales. Para ello, entre otros aspectos buscaron imponer mediante reglamentación la «disciplina» dentro de los establecimientos cuestionando las libertades y la acción sindical.

Los sindicatos ejercían un contrapoder dentro de las fábricas, los delegados y las delegadas de secciones velaban por el cumplimiento de las obligaciones empresariales (normas de trabajo, seguridad e higiene) y negociaban traslados de sección, problemas en los ritmos de trabajo, ascensos, y también cuestionaban los abusos, sanciones y directivas de jefes y capataces, decretando la paralización de actividades cuando existían irregularidades.

Un ejemplo de estas visiones impregnadas de anticomunismo que buscaban la reglamentación e intromisión en la vida sindical la dio el ruralista y miembro del directorio del Frigonal, McColl quien a finales de 1957 manifestó al órgano de prensa del quincismo: «No puede pensarse en fórmulas de esa naturaleza mientras las masas trabajadoras no tengan una legislación laboral que permita la libre expresión de los trabajadores mediante el voto secreto para el nombramiento de sus dirigentes y para las resoluciones de paros o huelgas y otras resoluciones de esta naturaleza, que orienten los movimientos gremiales al margen de las dictaduras de minorías decisivas o de carácter político (EFCSA, 29, 1963, p. 22).

Hacia octubre de 1961 inició una ofensiva patronal. En el Frigonal, en la sección de lanares se exigió a los obreros extender la jornada para faenar setecientos lanares más de lo establecido. Esto fue rechazado por el delegado sindical que se negó a habilitarla frente a la imposibilidad de consulta con los trabajadores y el propio sindicato. De inmediato el directorio sancionó con suspensión a 57 obreros y obreras de esa sección y solicitó la intervención del Ejército para realizar la tarea. El Sindicato de Obreras y Obreros del Frigorífico Nacional (SOOFN) paralizó sus actividades exigiendo el retiro de las sanciones, pero lejos de ceder el directorio presidido por el general Pablo. C. Moratorio, ruralista, descontó los jornales por sanción

a 1669 obreros y obreras que habían efectuado la medida y solicitó su desafiación de la Caja de Compensaciones, solicitud que el organismo aprobó por infracción al artículo 29 de la Ley n.º 10.562. Algo similar sucedió en el Frigorífico Anglo, donde cuarenta trabajadores fueron sancionados por no rendir los toques máximos, y por sabotaje, culminando estos episodios en el despido de 91 trabajadores entre los que se encontraban delegados sindicales y el conjunto de la comisión directiva de la Unión Obrera Río Negro. La política de represión sobre los sindicatos aún afiliados a la Federación Autónoma coincidió con la presentación por parte del Consejo Nacional de Gobierno de un proyecto de ley para la reorganización de la industria frigorífica y el régimen de carnes. En ellos planteaba tres núcleos centrales: supresión del beneficio de la carne, igualando el precio de venta a los trabajadores con el de las carnicerías, un aumento salarial del 20% que implicaba una rebaja pues la variación del costo de vida ascendía a 32%, y finalmente establecer en cada planta un «centro de productividad» y normas de trabajo, fijar índices de producción, sugerir la racionalización de las actuales estructuras y aconsejar normas en ese sentido (*El Popular*, 3/11/1961). El gobierno buscaba así rebajar los costos productivos utilizando a los trabajadores como la variable de ajuste y liberalizar el régimen de carnes fomentando la iniciativa privada.

Frente a esta situación, la FOICA-A desplegó una estrategia para el apoyo del barrio e intentó reconstruir sus lazos territoriales. En el marco de una nueva declaración de conflicto de sus filiales promovió una reunión con diversas instituciones culturales, deportivas, comerciales y profesionales cerrenses, que emitieron una declaración de apoyo exigiendo al gobierno soluciones inmediatas y convocó a nuevas movilizaciones (*El Popular*, 8/11/1961).

El 8 de noviembre de 1961 la FOICA-A se movilizó desde el Cerro hacia el Palacio Legislativo y llevó a cabo un importante acto exigiendo el fin de los despidos y la solución a los problemas de la industria. Cuando el acto había culminado se produjo un hecho trágico. El obrero de la sección Guano del Frigorífico Nacional Walter Motta, luego de increpar desde el primer escalón de un ómnibus al chofer y guarda que estaban trabajando en el marco de un paro general de transporte fue asesinado por el policía Luis A. González que bajó del rodado y le disparó en el tórax. El joven trabajador de 28 años, padre de cuatro niños, fue trasladado por sus propios compañeros al Hospital de Clínicas, donde falleció (*El Popular*, 8/11/1961).

La indignación se apoderó rápidamente del gremio de la carne y de la Villa del Cerro. Motta, obrero del Frigorífico Swift en 1956 y del Frigonal desde 1957, vivía en el Cerro junto a su familia. Sus restos según relata el diario *El Popular* fueron velados en su hogar; «desde horas tempranas fueron desfilando ante el féretro» cientos de trabajadores y trabajadoras de la Carne, y vecinos y vecinas del Cerro. Decenas y decenas de coronas llegaban de los más distantes puntos de la capital y se hacían presentes distintas delegaciones

de los sindicatos.¹ Luego su cuerpo fue trasladado a primeras horas de la mañana a la Federación Autónoma de la Carne, donde en un salón de actos abarrotado se le brindó homenaje. Allí relata el mismo diario, Artigas Sánchez presidente de la gremial autónoma señaló:

lloramos hoy la pérdida del compañero, del amigo, del hermano. Lágrimas de rebeldía brotan ante este crimen, ante este inaudito crimen; lágrimas de repudio por quienes siegan la vida de los trabajadores, por quienes no vacilan en matar en aras de los intereses de las clases dominantes, por quienes incitaron al bárbaro criminal con su prédica calumniosa y desenfrenada. Irás a acompañar a César Muñoz y Ruben Paleo, compañero Motta. Ellos, igual que tú fueron las víctimas que se ha ido cobrando la reacción y el fascismo. Hoy no se enluta solo una familia: hoy está de duelo todo nuestro pueblo que sabrá condenar a los instigadores del crimen (*El Popular*, 11/11/1961).

Imagen 6.
Aspecto de la masiva manifestación
acompañando los restos de Motta hasta el cementerio del Cerro



Fuente: *El Popular*, 11/11/1961.

1 Algunas de ellas eran de las siguientes organizaciones: SOOFN, FOICA-A, UOS, Unión Obrera Río Negro, Personal de Pesce y Simeone, Caja de Auxilios de Frigorífico Nacional, Compañeros del Nacional, Congreso Obrero Textil, SUNCA, Congreso Obrero Textil, Club Atlético La Campana, CTU, Juventud Cerrense con Erro, Obreros de talleres de AMDET, Club La Garita, UNTMRA, personal de Iniasa y Galmisa, Amigos del bar El Griego, estudiantes del Liceo n.º 11, Federación de Molineros y Afines, Unión de E. y E. de la planta Montevideo, Unión de Empleados Cinematografistas, comité de base de talleres de Goes, Canillita del Cerro, Federación de Obreros de Lanás, entre otros (*El Popular*, 10/11/1961, p. 8).

El emocionado discurso del dirigente obrero apuntaba contra el poder político y a la sensibilización de los trabajadores y en particular al Cerro. Al respecto, la exobrera del frigorífico Artigas Eva López Luna recuerda «fueron asesinados por el poder, y dolió mucho la muerte, y nos dolió a todos con el alma, acompañamos lo que pudimos, acompañamos a la familia desde el sindicato, pero fueron cosas muy fuertes» (20/9/2018).

Los restos del joven obrero partieron en caravana fúnebre con una gran movilización que atravesó el barrio desde el local de la FOICA-A hasta el cementerio del Cerro. Los comercios del barrio cerraron sus puertas y las actividades se paralizaron para despedir al sindicalista asesinado. Con el tiempo varias placas fueron colocadas en su homenaje, entre las que podemos destacar la del Club La Garita ubicado en Bulgaria y Berna. *Memoto*, como le decían allí sus compañeros, participaba del club y había integrado el equipo de fútbol, siempre se había mantenido en actividad pese a la desocupación, «en ocasión del cierre del Frigorífico Swift había realizado una temporada en la cervecería y también había trabajado un tiempo en Conaprole. Cuando no conseguía alguna changa, iba a las quintas a comprar verduras que luego vendía en el Cerro» (*El Popular*, 14/11/1961).

El asesinato de Motta reforzó la movilización social contra el gobierno. En los lugares de trabajo, oficinas, talleres y fábricas, los trabajadores y las trabajadoras de diversos sindicatos se reunieron en asambleas y emitieron pronunciamientos condenando el asesinato del joven friyero. Por ejemplo, el sindicato textil de la Industria Lanera de Uruguay (ILDU) pidió la renuncia del jefe de policía de Montevideo, el coronel Mario Aguerrondo. En el Parlamento los sectores opositores y en especial los representantes comunistas y socialistas llamaron a sala al ministro del Interior al que interpelaron.

Diez días después del crimen que conmovió a la barriada cerrense los sindicatos frigoríficos resolvieron la huelga general por tiempo indeterminado en toda la Industria, y la Unión Obrera Río Negro inició su segunda movilización a pie hacia Montevideo. Además tuvo lugar un paro general de la Central de Trabajadores del Uruguay y de distintos sindicatos. La resolución de huelga aprobada por unanimidad por el Congreso Nacional de Delegados, bregaba por reponer los despedidos, mantener los beneficios sociales y aumentar los salarios, y se oponía a la descentralización de la industria (ACND FOICA-A, 3/12/1962 p. 213).

Ciento veintitrés días que conmovieron al Cerro

Si bien la gremial obrera seguía debilitada producto de la fractura que se había expresado en abril los sucesos de todo el año habían clarificado posiciones evidenciando el papel propatrolal de los sindicatos ligados a EFCSA y a la Confederación Sindical del Uruguay (CSU) que no acompañó ninguna de

las medidas de FOICA-A y actuaba como «rompehuelgas».² Sobre los enfrentamientos organizados relata el propio boletín de EFCSA:

Bastó que circulara el rumor de que en la Tablada Nacional los grupos de choque del comunismo se proponían impedir el recibo y acarreo de ganado para que en pocos minutos se improvisara una columna que parecía una columna de milicianos que se desplazan hacia el frente. Bastó que se nos amenazara con el bloqueo de los embarques para que se formaran piquetes de embarque y de defensa... y los embarques se realizaron (EFCSA, 19, 1961, pp. 21-22).

Imagen 7.
La larga huelga de 1961-1962
suscitó divisiones y discordias al interior del Cerro



Nota: En ocasiones, dichos conflictos enfrentaron a familiares, compañeros de trabajo y vecinos durante años. Esta imagen cómica muestra una de las prácticas comunes, el «escrache» con bombas de alquitrán a quienes no apoyaban la huelga y eran tildados de *carneros*. Fuente: *Marcha*, 26/8/1966.

En el caso del Frigonal, los datos que refieren a la paralización dan cuenta de una mayoría de mil setecientos obreros y empleados adheridos

² Además, uno de los dirigentes más destacados de la CIOLS (corriente sindical a la que la CSU se encontraba adscripta) Serafino Romualdi gestionó con posterioridad junto al Directorio de EFCSA un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo (EFCSA, 19, 1961, p. 23), a partir de sus estrechos contactos con el Departamento de Estado de Estados Unidos.

a la gremial autónoma, y entre quinientos y setecientos que apoyaban al sindicalismo libre y no acataban la medida. Estos datos, además, aportan información sobre el bajo nivel de ocupación que tenía la planta en relación con años anteriores donde el total de su personal superaba los cuatro mil empleados (Malagraba, 1993, p. 109).

La prensa de las derechas hacía énfasis en la división de la gremial, intentando mostrar las debilidades de la huelga frigorífica. El diario católico *El Bien Público* informaba sobre el conflicto:

el Frigorífico Casa Blanca de Paysandú trabajó normalmente. A su vez esta medida no comprende a los trabajadores de EFCSA cuyos sindicatos están afiliados a la CSU, ni a un sector de los obreros y empleados del frigorífico Nacional que no acatan las resoluciones de la Federación. El Frigonal continúa realizando tareas y cumpliendo el abasto con los 900 obreros que concurren a las labores (*El Bien Público*, 18/11/1961).

Por primera vez en dos décadas la medida de huelga no paralizaba totalmente la producción en las plantas frigoríficas del Cerro. La fuerza y la efectividad de la medida gremial la aportaban sindicatos solidarios (como los portuarios) y sobre todo las organizaciones frigoríficas que no se encontraban en el Cerro, como la Unión Obrera Castro y la Unión Obrera Río Negro, esta última con su marcha a pie a Montevideo fue la gran protagonista de este conflicto.

La sacrificada movilización que partió bajo el lema de la Unión Obrera Río Negro «la unión rompe las cadenas», contó con la participación de doscientos obreros y obreras y duró dieciséis días, recorriendo a pie 315 km. Llegó a Montevideo el 30 de noviembre. Los obreros cerrenses marcharon desde la sede de la FOICA-A hasta Carlos María Ramírez y Simón Martínez, donde se unieron con la marcha de los fraybentinos, confluyendo en una gran movilización hacia la Plaza Libertad donde se hizo un acto. Los obreros y las obreras del Anglo instalaron su campamento en el Cerro en la cancha del club «Huracán» ubicada en Camino Cibils y Burdeos. La solidaridad del barrio que ya se había expresado en las grandes donaciones de alimentos y diversos productos que los comerciantes minoristas y los vecinos y vecinas habían realizado para proveer a los caminantes fraybentinos continuó durante su estadía. La Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos y el Comité Coordinador de Obreros Panaderos y Factureros proveyeron de pan al campamento. Alfredo Zitarrosa en un artículo publicado en el semanario *Marcha* realizó la siguiente crónica del campamento:

en la Villa del Cerro, más de cincuenta carpas y tolditos, albergaban a doscientos obreros del Anglo que duermen sobre los «monos» (una cobija y una colcha) [...] cada hombre parece un múltiplo de sí mismo, ya no

importa madrugar, sino que incluso se puede no dormir. Lo que importa no es el «destajo», sino la justicia. La «especialidad» deja de existir, y el que maneja un camión puede pintar un cartel o hacerse cargo de la cocina. Un gremio en huelga es una verdadera colmena de hombres que «trabajan», pero como se debe (*Marcha*, 15/12/1961).

A partir del contrapunto con la fábrica como lugar de dominación social, el luego cantautor uruguayo de «guitarra negra», buscó mostrar la protesta como un espacio diferente de organización del trabajo, donde la cotidianeidad transformada adquiriría una dinámica colectiva a partir de preocupaciones e intereses comunes, que propiciaba una práctica liberadora. Una idea similar a la que apunta el historiador Daniel James cuando afirma que la protesta y la movilización constituyen un ejercicio de «liberación de la disciplina de la fábrica y el goce de carecer de una rutina rigurosa» (James, 1987, p. 454). Así, tanto la cotidianeidad de los acampantes fraybentinos, como la del barrio que los recibió se vio modificada por la acción sindical.

La huelga se nutrió de diversas actividades que involucraban a los obreros y obreras, desde la búsqueda de alimentos y donaciones para mantener las ollas populares, como diversas jornadas de propaganda. La FOICA-A contaba con un programa en cx30 Radio Nacional donde difundía el conflicto y a comienzos de diciembre había lanzado un plan de recorridas y actos por los distintos barrios de Montevideo, y charlas en locales sindicales para explicar la huelga. De este modo, la movilización obrera buscaba su expansión territorial y fomentaba la deliberación entre trabajadores de distintas zonas y ramas de actividad.

Espontáneamente los obreros y las obreras también perpetraron algunos actos de sabotajes, como por ejemplo «espantar algunos pocos novillos de la tablada que iban para el Frigorífico Nacional», o el robo de boyas para los embarques, todos elementos que dificultarían aún más el funcionamiento de las plantas (Trujillo, Iglesias y Garateguy, 16/4/2018). Las movilizaciones producían gran exaltación entre los trabajadores que al parecer gritaban y cantaban durante las camionadas, a tal punto que en una sesión del Congreso de Delegados se exhortó a los delegados a transmitir que se actuara con calma en los camiones porque los camioneros advirtieron que de lo contrario no irían más (ACND-FOICA-A, 15/12/1961, p. 116).

En la cotidianidad del barrio la huelga no estaba exenta de problemas o enfrentamientos, sobre todo entre los huelguistas y aquellos trabajadores que ingresaban a las plantas y en especial con los sindicalistas *libres*. La movilización obrera fue atacada por el Estado a través de las fuerzas represivas. La seccional 24.^a de Policía realizaba provocaciones y ejercía la represión en el barrio. Las autoridades nacionales eran quienes desde las esferas gubernamentales incitaban estos episodios; por ejemplo declaraba Benito Nardone en sus audiciones radiales, «hay que dar una lección al Cerro», «hay que

pacificar al Cerro» (*El Popular*, 2/12/1961). Así aparecen varias anécdotas en la prensa de izquierda que dan cuenta de este tipo de sucesos, desde el ingreso de la policía con revólveres en mano al Club Huracán amenazando a los que allí estaban, las provocaciones por parte de agentes policiales en las calles del barrio intimidando con «más Motas», y un caso de represión con sables a obreros que se trasladaban en camiones a un acto en La Tablada Nacional con un saldo de dos heridos. Además según denunciaban los dirigentes de la FOICA-A a través de *El Popular* la Policía del Cerro amparaba a los grupos de «carneros» que estaban armados (*El Popular*, 28/11/1961).

El gobierno parecía decidido a derrotar al gremio de la carne, y amedrentar a la barriada cerrense, mientras que los obreros y obreras nucleados en la gremial autónoma de la carne se mantenían firmes desplegando una intensa movilización social en el barrio y la capital.

La situación generó varias crisis entre los poderes del Estado, mientras que el Consejo Nacional de Gobierno ratificó la decisión de la Caja de Compensaciones de desafiliar a los obreros y obreras del Frigonal sancionados, la Cámara de Diputados sancionó un proyecto que los reincorporó. Para presionar a los senadores los gremios de la carne instalaron un campamento frente al Palacio Legislativo congregando según la prensa tres mil personas en sus inmediaciones. Ante las sesiones sin quórum del Senado, se produjo una asamblea espontánea en el lugar, y grupos de obreros se movilizaron a diversas embajadas y otros ocuparon simbólicamente el edificio de la Universidad. El campamento y la vigilia fueron desalojados con la Policía, pero al final la movilización logró que el Senado aprobara la ley, quedando en manos del Consejo de la Caja su implementación. Las idas y venidas en relación con este tema se extendieron durante todo el año incluso luego del levantamiento de la huelga, frente a lo cual el Parlamento aprobó una nueva ley de revinculación que fue vetada por el Poder Ejecutivo, y aprobada otra vez por la Asamblea General con el levantamiento del veto hacia finales de 1962.

En febrero el Ministerio de Industria resolvió de oficio la designación para participar en el Consejo de Salarios a dos representantes de la Unión Obrera Libre, medida que fue rechazada por la FOICA-A (*Acción*, 19/2/1962). La propuesta gubernamental de un 20% de aumento se encontraba atada a un aumento del mismo porcentaje en la producción. La gremial obrera desconoció este ámbito denunciando irregularidades, entre las cuales señalaba que el Consejo de Salarios estaba sesionando en el edificio de la Inspección General del Ejército ubicado en la calle Soriano (*Acción*, 26/2/1962).

En la huelga también intervino la ARU, que temía que la poca actividad de la industria perjudicara la venta de sus ganados. La gremial ruralista le exigió al gobierno poner fin al conflicto en la industria, le otorgó un plazo para solucionarlo, y amenazó que de no cumplirse suspendería totalmente los pagos, compromisos y obligaciones fiscales con todos los organismos públicos.

A cuatro meses de iniciada la huelga el gobierno se encontró en una situación de debilidad, a la gran resistencia y movilización de los gremios frigoríficos, se le sumó la desautorización por parte del Parlamento a la orientación gubernamental de despedir a los trabajadores y de desconocer el derecho de huelga, la renuncia de los directores Luis Bonavita y Óscar L. Carreras del del Frigorífico Nacional y finalmente la presión y amenaza de los ganaderos. Esto último fue un factor relevante para que el gobierno cediera a partir de un acuerdo en el Frigorífico Nacional que luego se firmó el 16 de marzo de 1962 como convenio en el Ministerio de Industria y Trabajo, en el que se estableció un aumento del 32% (contemplando la inflación), el mantenimiento de los beneficios sociales, y un mutuo compromiso de no tomar represalias a los obreros y empleados que habían participado de manera directa o indirecta en el conflicto (*Marcha*, 23/3/1962, p. 11).

Un día después se levantó la huelga de forma unánime en el Congreso Nacional de Delegados y se organizó un mitin y gran festejo en el Cerro (*El Sol*, 3/11/1962). Aunque de forma provisoria, la FOICA-A logró derrotar las pretensiones gubernamentales y salió fortalecida. Culminada la huelga, rindió homenaje a sus mártires estableciendo de ahí en adelante la paralización de actividades en toda la industria los días 28 de mayo.

Imagen 8.

Ocupación del Frigorífico Nacional hacía finales de 1959 y una práctica extendida en las ocupaciones de visitas de vecinos, vecinas y familiares a los y las ocupantes



Fuente: Colección personal Bucky Delgado.

Si bien el convenio firmado era claro en cuanto a no tomar represalias, el directorio del Frigorífico Nacional con la excusa de evitar que se produjeran enfrentamientos dentro de la fábrica no reincorporó a todos los obreros y obreras. En plena zafra, ochocientos huelguistas aún no habían ingresado a la planta. En el caso de EFCSA un sector reducido del personal que se había plegado a la huelga tampoco fue reincorporado. Además persistían en ambas fábricas fuera de sus cargos las pandillas titulares de carga y descarga que habían hecho la huelga, en ambos casos las empresas estaban decididas a mantener allí al personal que ingresó para sustituir a los huelguistas. Estos problemas continuaron, por lo que las propias autoridades pretendieron que se reglamentara la Ley de Revinculación y, en el caso del Frigonal, su política antisindical continuó, apelando a sanciones disciplinarias frente a cualquier tipo de paralización organizada del trabajo, lo que derivó en la ocupación de la fábrica durante diez días hacia mediados de 1963.

Coincidió en ese primer semestre también el desalojo con la policía de la fábrica Swift cuya custodia continuaba en manos de su sindicato obrero.

Imagen 9.

El cierre del Frigorífico Swift implicó un duro golpe para el Cerro



Fuente: CdF, fotografía de 1958. Código de referencia: 09587FMHGE

Para ese momento la Caja de Compensaciones por desocupación de la Industria Frigorífica atendía el pago de subsidios de cuatro mil obreros desempleados (EFCSA, 26, 1963, p. 15). Mientras que la descentralización de la

industria ya era una realidad con la emergencia de fábricas más pequeñas y mataderos en Canelones y San José en las cercanías de Montevideo que participaban en el comercio de la capital y en las exportaciones.

En este cuadro de situación, la FOICA-A orientó su estrategia a organizar al personal de estos nuevos establecimientos, y comenzó a reclamar la equiparación salarial y de beneficios con la industria tradicional, exigiendo una Caja de Compensaciones por desocupación para los frigoríficos del Interior que regulara la actividad. La lucha de los trabajadores de la carne del Cerro de Montevideo por defender sus fuentes de trabajo y condiciones de vida continuó, fue decidida y ardua durante toda la década de los sesenta, enfrentando en diversas ocasiones intensas represiones.

Conclusiones

Desde una óptica social, este período condensó de forma dramática la batalla de los obreros y las obreras cerrenses por mantener su principal fuente de trabajo que durante décadas había sido la base de sustento para miles de familias trabajadoras, y el gran estructurador de la vida social y cultural del barrio. Condensó también un amplio despliegue y combatividad en la movilización social a partir de numerosas huelgas, marchas, ocupaciones que desafiaron sistemáticamente las políticas empresariales y gubernamentales tanto del gobierno colorado como nacionalista, obteniendo en la mayoría de los casos analizados la totalidad o parte de las reivindicaciones propuestas. La movilización sindical además promovió la deliberación política en el barrio a partir de actividades donde explicó los problemas de la industria y del país y propuso un programa alternativo para los problemas de la industria. Desde otro punto de vista, las clases trabajadoras ocuparon el territorio, el barrio —ganaron sus calles, sus plazas, sus centros de sociabilidad, la calle Grecia—, así como disputaron espacios de poder dentro de las fábricas, generando un ambiente *indisciplinado* que las patronales, tanto privadas como estatales, advirtieron y procuraron restablecer.

Por otra parte, la investigación evidencia una imagen distinta a la del *Uruguay feliz* de los años cincuenta, y primeros sesenta. Y da cuenta de la violencia política estatal sistemática sobre la movilización obrera y las organizaciones sindicales, y cómo esta se fue intensificando a partir del inicio de la década que incluyó nuevamente la aplicación de MPS, despidos antisindicales y el primer «mártir obrero» de los años sesenta. Este convulsivo proceso, suscitó una mayor fragmentación, nuevos realineamientos y procesó la división en uno de los más grandes nucleamientos sindicales del país, con la emergencia de una corriente *no clasista* y el debilitamiento o mutación de las tendencias autónomas dominantes en el sindicalismo frigorífico. La transformación de la Federación Autónoma de la Carne siguió también

los cambios en la clase obrera frigorífica; la organización se reconstruyó a partir de nuevas organizaciones en otros puntos del país, lo que generó un escenario y un espacio de acción mucho más amplio que las fronteras locales —Cerro, Fray Bentos, Paysandú—, debilitando las tendencias más autónomas y fomentando un proceso de integración más general a la clase obrera capitalina y nacional.

En todas estas formas el cierre de las fábricas Swift y Armour, fue el principio del fin de una larga etapa de comunidad obrera que floreció en el entorno de las fábricas del corned beef.

Enfocando.

El 68 *cerrense* y el caleidoscopio de la huelga frigorífica del 69

RODOLFO PORRINI BERACOCHEA¹

Afinar el lente para enfocar mejor y entender un proceso más amplio es lo que pretende este capítulo. Se han seleccionado dos momentos en el bienio 1968-1969. Desde mediados de 1968, la insurgencia obrero-estudiantil-femenina barrial, y desde inicios del año siguiente, el conflicto y luego la larga huelga frigorífica. El bienio parece ser una coyuntura crucial, en las definiciones y procesos políticos —del gobierno, la heterogénea oposición, la izquierda armada—, y sindicales, el primer congreso de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) y las duras huelgas de 1969. En el cruce con cambios de largo aliento que ocurrían en la economía y las políticas gubernamentales que van finalizando la fase de «concertación social» del antiguo «país batllista». Algunos de los principales hitos del proceso fueron el decreto de ilegalización de varios grupos de izquierda el 12 de diciembre de 1967, la congelación (rebaja) salarial y la implantación de medidas de excepción (entre el 13 y el 28 de junio del año siguiente); la no convocatoria a los Consejos de Salarios, culminando con la creación en diciembre de 1968 de un marco sustitutivo de aquellos, la Comisión de Productividad Precios e Ingresos (COPRIN). 1968 ha sido visto por autores como Carlos Demasi (2019) como un año clave, con un cambio cualitativo. Las respuestas de los trabajadores organizados y del movimiento estudiantil se expresaron en una intensa marea de movilizaciones, paros, ocupaciones, muy impetuosa en varios meses de 1968, y en potentes conflictos gremiales en 1969 (UTE, bancarios y frigoríficos, entre otros). A nivel estudiantil ocurrió desde 1968 una fuerte movilización y politización en Secundaria y UTU, creando tensiones y otras organizaciones que cuestionaron la dirección comunista en la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU), entre ellas el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) (Markarian, 2012; Landinelli, 1989; Gascue, 2010, pp. 25-37). El gobierno produjo inéditas medidas de

1 Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Licenciado en Historia y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de la República. Docente del Departamento de Historia Americana (2015-2019), y docente libre (desde 2020) del Instituto de Ciencias Históricas de la FHCE de la misma universidad.

militarización de los funcionarios públicos —37.000 en 1968 según Hugo Cores (1989, pp. 146-147)—, baja del salario y represión policial con heridos y muertos. El sindicalismo organizó paros parciales y generales, movilizaciones callejeras y discusiones tácticas y estratégicas. Debatíó entre las corrientes que lo componían, con predominancia, en el Primer Congreso Ordinario —llevado a cabo entre el 15 y el 18 de mayo de 1969— de la línea orientada por los comunistas frente a la que sostenía la *tendencia combativa* o *la tendencia* (Cores, 1999; Rodríguez, 1980; Turiansky, 1973).

Desde el punto de visto social, el Cerro vivió la polarización y el empobrecimiento y respondió con intensas luchas. Al final del breve período analizado —agosto-setiembre de 1969—, pareció abrirse una situación muy desfavorable a las clases populares y trabajadoras, a la comunidad.

El 68 cerrense: una sociedad-comunidad movilizada

La década del sesenta fue conmocionada por acontecimientos ocurridos en diversas partes del mundo. El 68 destacó por la rebeldía juvenil y estudiantil a escala global, así como por nuevos movimientos sociales y una creciente participación de las mujeres y los feminismos en países como EE.UU., Francia e Italia. En Uruguay, en medio de cambios y de opciones más generales en el mundo y la región, muchos habitantes del Cerro —trabajadores, estudiantes y vecinos, hombres y mujeres de todas las edades— se movilizaron por derechos y libertades, al punto que se podría considerar al barrio como uno de los epicentros de la protesta obrera y estudiantil montevideana del 68 (Markarian, 2012, pp. 48-49). Desde las huelgas de 1951 y de 1952, el Cerro fue conocido, en distintos momentos de los cincuenta y sesenta, como el Paralelo 38, cuyo origen fue tratado ya en el capítulo 4. Contemporáneo a los hechos, el diario *Acción* (23/9/1968, p. 6) del PC en el Gobierno, evaluaba en un artículo los «desórdenes y violencias» de sindicalistas, estudiantes y vecinos con un título llamativo: «Cerro, balance que preocupa». Lo hacía a partir de partes policiales de la Comisaría 24.^a, ubicada en el Cerro, y de la Jefatura de Montevideo.

En ese marco, la cuarta marcha de los trabajadores de la caña —*peludos*— de Bella Unión llegó a Montevideo el 26 de abril de 1968. Su campamento «se instaló en un baldío de la ladera del Cerro» (González Sierra, 1994a, p. 210). El Primero de Mayo «los cañeros bajaron el encuentro de la columna que partió desde el Cerro para confluir con los demás sindicatos en las inmediaciones del Palacio Legislativo» (Demasi, Rico, Landinelli y López, 1996, p. 50, 54). Refiriéndose posiblemente a este campamento, un adolescente en esos años relató: «porque en los campamentos no estaban los cañeros, se quedaban las mujeres y nos quedábamos los del liceo [...] siempre fue así, los que hacíamos la guardia» (Gutiérrez, 5/8/2018).

Hugo Cores (1989, pp. 151-153) menciona hechos que mostraban el nivel de movilización y conciencia colectiva en el barrio: el 11 de junio estudiantes del Cerro bloquearon el puente del Pantanosó; un mes después hubo choques entre obreros del Frigonal y la Policía; el 29 de agosto se dio la ocupación de ese establecimiento; el 11 de setiembre trabajadores de la carne y estudiantes del Cerro cerraron el tránsito en el puente, chocaron durante una hora y media con fuerzas policiales, y se ocupó nuevamente el Frigonal; el 13 de setiembre resultó herido un menor y los estudiantes del liceo lo ocuparon, que se amplió dos días después a la Escuela Industrial, y el 18 de setiembre estudiantes del Cerro y trabajadores interrumpieron el tránsito en tres puntos del barrio.

El 20 de setiembre se suscitaron nuevos incidentes en varios sitios de Montevideo y nuevamente el Cerro se volvió el Paralelo 38: Los obreros y estudiantes organizados controlaban en ese momento gran parte del barrio y sus principales accesos. Ocuparon el Frigonal, desde donde tuvieron un bastión organizado y puntos estratégicos en las calles, ya que además se apoderaron de varios ómnibus para traslados de personas y vituallas; retiraron de un comercio mayorista los alimentos para las ollas sindicales; cerraron el paso a la represión estatal, e incluso usaron, además de las barricadas con árboles y trolleybuses, armas de fuego, es decir, pusieron los límites que pudieron frente a las fuerzas policiales y a las del Ejército (Archivo General de la Nación [AGN], Judiciales, Juzgado Letrado 2.º turno, 12/5/1969).¹ En los enfrentamientos de ese día resultaron varios heridos de bala —un «civil» y un policía—, barricadas bloqueando todos los accesos, toma de los víveres y una situación de confrontación que se prolongó hasta la noche (Santana, 2017). El expediente judicial que dio cuenta de estos acontecimientos advirtió las edades de solo dos de los heridos, veinte y veintiún años respectivamente. En las luchas reseñadas se mostró un importante nivel de combatividad y acciones comunes por parte de distintos protagonistas del Cerro, fueran ellos trabajadores, estudiantes o vecinos, de ambos sexos. Un estudio específico podrá determinar qué extendidas fueron estas acciones y sentimientos comunes, y cuáles sectores no acompañaron e incluso se opusieron, en el marco de acercamientos a posiciones del gobierno o sectores de la heterogénea oposición.

1 Agradezco a Francis Santana el acceso a este documento y al diario *Acción*.

La Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines, Autónoma y el *problema de la carne*

La FOICA-A había nacido en el Cerro el 7 de enero de 1942. Con la instalación de nuevos frigoríficos desde inicios de los sesenta y la «descentralización» de la industria en puntos del interior, aún la sede social y lugar de las reuniones era en el Cerro, en la calle Grecia 3681. Hacia 1968 comenzaron a confluir las organizaciones de las nuevas empresas, se creó un comité unitario y se convocó a una conferencia de Sindicatos de los Frigoríficos del Interior el 10 de noviembre (FOICA-A, 1968-1969, pp. 63-69) a la que concurrieron delegados de los frigoríficos Comargen, Durazno, Inprogran, Cruz del Sur, Tacuarembó, Carrasco, y del Hangar 10 —ubicado en el Puerto de Montevideo—, de la Caja de Compensaciones del interior, y dos por la CNT. La lectura de las actas de la Federación Autónoma de la Carne da cuenta de las dificultades para acercar a los trabajadores del interior. En una reunión del Congreso de Delegados, entre otras resoluciones se modificó el nombre por Comité Coordinador de los Frigoríficos del Interior y la Federación de la Carne, se exigía levantar las MPS y libertad para los presos sindicales, entre ellos de los frigoríficos. A comienzos de diciembre de 1968 se trató la no comparecencia de las patronales a los Consejos de Salarios y la creación de la COPRIN que estaba ocurriendo por esos días.

En las actas se aprecia la diferente realidad de cada sindicato de la Federación, diferencias y rivalidades. Ante las medidas de paro definidas, algunos no pudieron llevarlas adelante, como el Castro por estar todos sus trabajadores gozando de la licencia anual, o el Anglo que «no acató las resoluciones del paro» (FOICA-A, 1968-1969, pp. 70-75). Mostraba también rivalidades que podían tener causas políticas además de las que implicaba las distancias —no solo geográficas— entre el «interior y la capital». También aparecían reivindicaciones generales (aumento de las «compensaciones», y de 60% de los salarios, acordado y que no se cumplía), y el proceso de unificación sindical en el sector que se mostraba bastante avanzado desde los últimos meses de 1968. En sesión de enero de 1969 del Congreso de Delegados, el presidente de la Federación Juan Rodríguez señaló que seis sindicatos del interior solicitaron afiliación (FOICA-A, 1968-1969, p. 80).

La intervención del Frigorífico Nacional y el conflicto en la industria frigorífica

El 12 de febrero de 1969 un decreto del gobierno determinó la intervención del Frigorífico Nacional, según consta en el *Diario Oficial* de 20 de febrero de 1969. Entre los argumentos señalaba «las dificultades económico-financieras» del organismo, en una circunstancia de paralización de la faena de ganado. Se atrasó en el pago «de sus obligaciones» y se interrumpió el «normal abasto de carnes» en Montevideo. En los considerandos se atribuía la pérdida de salarios y haberes a sus trabajadores. Por ello decretó la separación de los directores del Frigorífico, designando tres Interventores. Entre sus fines estaba el adoptar medidas para lograr la mejora técnica y comercial, restablecer el normal abastecimiento de carne, y proyectar la reorganización del Frigorífico.

Esta medida eliminó al delegado obrero del directorio, José Gutiérrez, del sindicato del Frigonal y de la Federación Autónoma de la Carne. También estaba en los planes del gobierno ir debilitando al ente paraestatal. Por parte de los grupos económicos y frigoríficos privados —que venían entrando en el negocio de la exportación desde 1964—había evidente gran interés en acceder al monopolizado mercado de abasto de carne vacuna de la capital. Esto ocurrió a finales de ese año (Buxedas, 1983, p. 63; Gutiérrez, 1971, p. 25). Martín Buxedas afirma que los objetivos de quienes apoyaban la nueva industria frigorífica eran reducir los costos de la mano de obra a través de tres mecanismos: despedir personal de la industria tradicional, reducir el salario real y «disminuir el monto real de las compensaciones horarias y otros beneficios sociales».

Antecedentes de la huelga

El episodio que se condensa en el largo conflicto y la huelga entre el 18 de abril y el mediados de agosto de 1969 es un punto culminante de un largo proceso que abarcó toda la industria frigorífica. Influyeron los cambios en esa industria, el aumento de la polarización política y otros en la propia comunidad cerrense. Esta era una más entre varias difíciles y largas huelgas ocurridas en las dos décadas anteriores, lo que permite pensar en las dificultades que debían considerarse al tomar la decisión de lanzarse a la lucha, y los diferentes significados de esas experiencias previas en la clase trabajadora y la comunidad cerrense, algunas victoriosas y otras más confusas y negativas.

Fue una de las movilizaciones sociales más importantes y extensas en el tiempo ocurrida entre 1968 y 1973, escasamente estudiada (Leibner, 2011, p. 571; Vescovi, 2003, p.306). A grandes rasgos se pueden identificar tres

protagonistas principales: el gobierno y la dirección del Frigonal; los intereses capitalistas en el sector; los trabajadores, trabajadoras y sindicatos de la carne, estos últimos sobre los que me ocuparé especialmente, en tanto² las perspectivas de los dos primeros han sido consideradas en los apartados anteriores. Cabría acotar la clara percepción que se tenía desde el influyente sector político liderado por Jorge Batlle, la Lista 15 del PC —y su diario *Acción*—, sobre el significado del Frigonal y el *peligro* que significaban para el gobierno y para los capitalistas la rebelde clase trabajadora cerrense y en particular los trabajadores de la carne.

Las actas gremiales son una fuente riquísima para conocer el proceso por el cual los dirigentes y los trabajadores agremiados fueron *entrando* cada vez más en el conflicto. Todos ellos fueron descubriendo la difícil situación y el peligro que corrían sus fuentes de trabajo y sus conquistas laborales y sociales. Desde enero de 1969, el delegado obrero Gutiérrez informaba regularmente sobre la situación del Frigonal en la asamblea del Sindicato de Obreras y Obreros del Frigorífico Nacional (SOOFN), que adoptaba medidas como paros parciales de cuatro horas (SOOFN 1966-1967, p. 197). También transmitió que el ministro de Defensa Nacional afirmaba que «de no cumplir con el abasto se tomarán otras medidas» para lograr normalizar la faena, a lo que se replicó con nuevas medidas de lucha (SOOFN, 1966-1967, p. 198).

El 17 de enero se organizó una nueva asamblea general del SOOFN en la que Gutiérrez informó que no había solución para el problema del cobro del aguinaldo. También se descubrió que había un sobregiro disponible en un banco, por cincuenta millones de pesos, que no se había usado, pero que de haberse solicitado hubiera evitado que se cortara el crédito (SOOFN, 1966-1967, p. 201). El 24 de enero Gutiérrez dio cuenta a la asamblea de delegados que la dirección de la empresa señaló que «era partidario de cerrar varias secciones dejando únicamente Playa y Derivados», que «el panorama era sombrío y que hay que ir a la revisión de todos los convenios laborales». La asamblea resolvió hacer una declaración pública, crear una comisión de prensa y propaganda, preparar una conferencia de prensa, una mesa redonda y un acto público (SOOFN, 1966-1967, pp. 202-203).

El 10 de febrero el órgano semanal de la ilegalizada Federación Anarquista Uruguaya (FAU) destacaba la movilización radical en el Cerro y el estilo represivo de las fuerzas de seguridad estatales:

En reclamo de su aguinaldo, adeudado por la empresa, los obreros del Frigorífico Nacional han salido a la calle. El Cerro ha vivido una nueva jornada combativa. Cortando árboles se han improvisado barricadas. Una vez más los trabajadores, rodeados del apoyo de su barriada, debieron enfrentar

2 No eran los únicos: había estudiantes y jóvenes, profesionales, pequeños comerciantes, religiosos y sus *fieles*, entre otras categorías sociales que, a su manera, se sentían parte de la comunidad cerrense.

la prepotencia y el desborde de las fuerzas represivas, que aislaron prácticamente la Villa (*Cartas de EAU*, 2018, p 167).

El 13 de febrero se reunió la comisión directiva del SOOFN, dando cuenta de la comunicación oficial de la intervención del ente. Se definió «rechazar» la intervención «por cuanto liquida del seno del directorio al director obrero» (SOOFN, 1966-1967, p. 204). También emitió una resolución denunciando que el Decreto era ilegal, reafirmando que las empresas privadas no participaran en el abasto y proponiendo reunir a los delegados. José Gutiérrez (1971) destacó que en el momento de la intervención del Nacional se redujo el trabajo en varias secciones, se cerraron otras y se despidió unos mil obreros.

El 4 de marzo *El Popular* informaba en su primera página «1200 Obreros sin Trabajo y Varias Secciones Paradas en el Frigonal», y el atraso en pagos de salarios y sueldos. Se realizó una Mesa Redonda convocada por la Asociación de Funcionarios del Frigonal y el Frente Intersindical, con presencia de legisladores, autoridades de la Intendencia, entidades barriales y de la CNT. Otra mesa se hizo en el paraninfo de la Universidad el 14 de marzo, organizada por el Frente Intersindical del Frigorífico Nacional, la Federación de la Carne y la CNT, y tuvo entre sus oradores al ex director obrero del Frigonal.

En los primeros días de abril se fue gestando un paro general de actividades en la carne. «Secciones enteras paralizadas, cientos de trabajadores en el seguro de paro» señalaba un titular de *El Popular* el 7 de abril. Fue convocado por la Federación de la Carne para el jueves 10 de abril desde el mediodía hasta las 16 horas para concentrarse en el Palacio Legislativo, para los «frigoríficos de capital e interior». Ocurría en el breve lapso —15 de marzo, 23 de junio— en que el gobierno levantó las MPS.

El decreto de quita de los dos kilos

Entre el 12 y el 18 de abril se aceleraron las decisiones del gobierno que provocaron el inicio de la huelga. Una asamblea general del sindicato de la carne más fuerte del Cerro, el SOOFN, trató la «quita de los beneficios sociales» el 14 de abril y resolvió llevar al Plenario —que se reuniría dos días después— la posición de hacer un paro de 24 horas «convocando además a las fuerzas vivas del Cerro y estudiantes para que apoyaran dicho paro, exhortando a los comerciantes, que a partir de la hora 10 cierren sus puertas». Propuso una manifestación callejera hasta la sede de la COPRIN y que la Federación de la Carne «se declarara en Pre Conflicto» (SOOFN 1966-1967, pp. 213-214). Es de destacar el planteo de unidad de acción con las fuerzas «vivas», con comerciantes, profesionales, otros trabajadores y los estudiantes.

«En la noche del 17 de abril de 1969 se reunió el Consejo Federal de la FOICA-A, informándose que «ante el atropello del cercenamiento de los

beneficios sociales» se tuvo que adelantar esa reunión» (FOICA-A, 1968-1969, p. 95). La resolución del Consejo de Ministros aprobada finalmente el 18 de abril por el Poder Ejecutivo recogía una resolución de la COPRIN de días anteriores. A su vez, esta disposición de la COPRIN partía de una resolución del 12 de abril de los ministros de Industria y Comercio (Jorge Peirano Facio), Trabajo y Seguridad Social, y de Ganadería y Agricultura, que incrementaba el jornal de los obreros de los frigoríficos «en sustitución de los beneficios por suministro de carne y servicio de comedor», extendiendo esa suma a trabajadores, ya fuera que trabajaran o estuvieran «a la orden» (Diario Oficial, 24 de abril de 1969, pp. 150A-151A).

Los argumentos de la resolución sostenían «razones de interés general» para uniformizar «las remuneraciones de todo este sector» y que la desaparición del comedor y el personal afectado a la carnicería no implicara «desocupación en sectores vinculados». Dicho incremento «aparece como contrapartida de beneficios, que sin poseer un estricto carácter salarial» eran percibidos por «ciertos sectores de la industria», negando lo que sostenían los sindicalistas.

En el marco de centenares de despidos en varios frigoríficos de Canelones y «el envío de miles de obreros al seguro de paro en el Cerro, Fray Bentos y Paysandú», la huelga se inició el 18 de abril (Cores, 1999, p. 26). Veinte días antes, los trabajadores del Cruz del Sur ya estaban en conflicto. En *El Popular* se señalaba que fueron despedidos cincuenta trabajadores, luego se redujo, pero siempre lo estaban los dirigentes del sindicato, señaló el sindicalista Ignacio Machín (Siola y Girona, 2015, p. 23).

Resistencias de trabajadores y vecinos: la huelga

Para enfrentar esta política del gobierno y las consecuencias del decreto, se formó un Plenario que abarcaba varias organizaciones de la carne. El decreto implicaba una drástica pérdida en la dieta alimenticia de una importantísima parte de la población cerrense y de La Teja. En lo mediato, si se consolidaba, era un golpe fundamental al gremio de la carne y particularmente, a la comunidad obrera de la Villa.

En el Cerro la lucha también se dio en las calles. Un relato de *Cartas de EAU* el 21 de abril señaló

En un barrio de Montevideo se enciende de nuevo la llama de la rebeldía [...] el viernes en todo el Cerro, los obreros de los frigoríficos hicieron oír su protesta». Al conocer la quita de los 2 kg de carne y el cierre del comedor «Varios miles de trabajadores desfilaban por la calle Grecia. Un ómnibus pretendió cerrarles el paso. A los pocos segundos, luego de bajar los pasajeros, la unidad de CUTCSA comenzaba a arder (2017, p. 2).

El 30 de abril se habían sumado a la huelga los trabajadores del Frigorífico Artigas, planta perteneciente a EFCSA, según contaba un titular del diario del PCU *El Popular*. La huelga había sido decretada por el Plenario de Organizaciones de la Industria Frigorífica y la Federación Autónoma de la Carne (*El Popular*, 2/5/1969, p. 10). Se informaba que los trabajadores del Artigas estaban en huelga, los del Frigorífico Sudamericano posiblemente se sumarían y que los acarreadores de ganado ya lo estaban. El primero de los hechos era analizado en clave de *unidad sindical*, en tanto el sindicato del Artigas no integraba la Federación de la Carne ni el Plenario. Cabe acotar que el acatamiento del paro fue casi total, por gran parte de sus trabajadores.

El Plenario estaba integrado por la FOICA-A, sus sindicatos —en Montevideo, Río Negro y Paysandú— y varios que habían surgido en Canelones, Durazno y Tacuarembó, de empleados, de carga y descarga y de obreros zafrales (*El Popular*, 2/5/1969, p. 10). Esa heterogeneidad y dispersión en el territorio eran un desafío a la integración en una organización más potente, sumada a la crisis económica y la autonomía del sindicato de EFCSA, cercano a la patronal.

En ese marco de extensión de la huelga la Federación de la Carne y el Plenario de Organizaciones de la Industria de la Carne convocaron un acto público el 30 de abril, tratando de comprometer a parte de los sectores parlamentarios, en el escenario barrial más grande, el estadio Luis Tróccoli del Club Atlético Cerro. Imágenes de los diarios —en particular de *El Popular*— y filmaciones de la época muestran la masividad del acto, la presencia de familias de friyeros, muchos niños y niñas y sus madres, algunas de ellas también obreras.

Imagen 1.

Vista de la tribuna del estadio Tróccoli, colmada de huelguistas, hombres y mujeres, y sus familias. También se pueden observar jóvenes que posiblemente fueran del liceo o la UTU



Fuente: *El Popular*, 2/5/1969, p. 1.

Filmaciones hechas por integrantes del grupo de la Cinemateca del Tercer Mundo —uno de cuyos productos fue la película de Mario Handler *Uruguay 1969. El problema de la carne* (1969)— permiten ver la presencia de hombres, mujeres y niños en ese mismo acto.³ En esos registros se puede apreciar una presencia minoritaria pero significativa de mujeres, muchachas y algunas niñas y niños. Según las tomas, en el máximo, llegarían a un 20% del total, aunque en otras se las puede ver menos, cerca del 10%. Algunas de las mujeres están con los niños, se ve en algunos casos a parejas con ellos, también a niños con sus responsables varones. Si bien el total de mujeres no superaría el 20% de los trabajadores, había secciones con gran presencia femenina, en la organización sindical se podría hipotetizar que no llegaban a los puestos principales del sindicato, aunque sí a ser delegadas en determinadas secciones de fábrica donde tenían predominio.

Los carteles y las pancartas desplegados en el Estadio permiten apreciar los principales reclamos obreros.

Imagen 2.
Cartel de la Federación Autónoma de la Carne,
desplegado en el acto del Tróccoli



Representaba a Jorge Batlle quitando de la sartén de un hogar friyero —la sostiene un niño—, un churrasco, para alimentar a los ricos que están abajo. Le atribuía la frase «Hay que recuperar el país». Está titulado con la consigna que venía del año anterior, respondiendo y denunciando al líder de la Lista 15 por querer «fundir» al Frigonal. Fuente: *El Popular*, 2/5/1969, p. 11.

El mitin contó con catorce oradores, todos varones, con similar composición de las representaciones parlamentarias, de los dirigentes sindicales en la carne y a nivel más general. Entre ellos hubo siete políticos: dos diputados y un senador del Partido Nacional (PN); un senador del Partido Colorado (PC); un diputado del FIDEL (integrado entre otros por el PCU) y otro del PDC; y un

3 Según Mario Jacob, otro integrante del grupo, esas tomas, algunas sin sonido, pueden haber sido filmadas por Marcos Banchero y el propio Mario Handler (Jacob, M. 2018).

dirigente del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO). Hubo cuatro por las organizaciones sindicales convocantes (dos funcionarios administrativos, uno de los frigoríficos del interior y otro por el Plenario de la Carne), dos dirigentes de la CNT y un representante de la FEUU. La oratoria final fue de un trabajador del Frigonal, a nombre del Plenario convocante. Se cerró el acto «con vivas a la huelga y a la unidad» (*El Popular*, 2/5/1969, p. 11).

Esta composición de los oradores podría estar mostrando el intento de acercamiento a sectores políticos con representación parlamentaria para una definición política más amplia. El año anterior se había formado el Movimiento de Defensa de las Libertades, de corta trayectoria, a pesar de lo cual constituye un importante antecedente de los intentos de la oposición al gobierno, y de una eventual alianza política incluyendo la izquierda tradicional, democristianos y grupos disidentes blancos y colorados (Demasi, 2019, p. 82). Los partidos u organizaciones de cuatro de los oradores (PDC, FIDEL, MRO y Movimiento Blanco Popular y Progresista), integrarían dos años después la coalición de izquierda Frente Amplio, fundada a inicios de 1971.

Imagen 3.

Grupo de empleados de la Asociación de Supervisores
y Empleados de la Industria Frigorífica y obreros de la Planta Artigas



Como se puede ver, todos son varones y muy pocos son jóvenes. El cartel mostraría que eran funcionarios administrativos y obreros. Fuente: *El Popular*, 6/5/1969, p. 1.

La plataforma de la huelga incluía la derogación del decreto de 18 de abril, la reposición de los despedidos en los frigoríficos Comargen y Cruz del Sur y aumento salarial para los frigoríficos del interior. Una de las primeras acciones del Frente Intersindical fue el acto en el Tróccoli. Poco después, se vio la instalación del primer campamento obrero, construido por los trabajadores de EFCSA, Planta Artigas, en Carlos María Ramírez y Turquía.

Un editorial del diario comunista sostenía, al comentar la situación de esos días, que la CNT proponía su programa de soluciones ante la crisis del

país. En el caso de la carne, planteaba la «nacionalización de la industria frigorífica» junto al mantenimiento de sus beneficios sociales (*El Popular*, 2/5/1969, p. 4).

Organizaciones barriales, políticas, estudiantiles, de mujeres, vecinos y movilizaciones

En medio de la movilización del bienio 1968-1969, la del Cerro se podría considerar una revuelta popular que adquirió perfiles propios, con sus trabajadores, estudiantes y vecinos. Además, participaron aquellos externos al barrio que veían un símbolo de la resistencia al autoritarismo y ayudaban a sus grupos políticos o estudiantiles. Surgieron o crecieron gremios de estudiantes, agrupaciones de organizaciones políticas, cooperativas, asociaciones de mujeres y de vecinos, así como la participación personal de estos en múltiples formas: movilizaciones callejeras, ollas populares, ámbitos de sociabilidad, la sanción moral o directa contra carneros.

Imagen 4.
Estudiantes liceales y tal vez de la UTU tras la barricada,
frente a la Guardia Republicana



Fuente: FPEP, en CdF.

La Asociación de Estudiantes del Liceo del Cerro (n.º 11), según un militante de la ROE de entonces no estaba integrada a la CESU, de influencia comunista: «el liceo 11 [...] era un gremio autónomo» (Bentancur, 29/7/2014). Se puede rastrear una tradición organizativa que pudo tener vinculación directa con las formas de sus mayores, en lo sindical y en asociaciones vecinales y cooperativas. Esta interpretación se podría contrastar a partir de una mayor profundización sobre un conjunto más amplio de grupos y militantes, entre ellos

jóvenes comunistas y socialistas. Considerando los documentos y los testimonios se puede suponer una experiencia de participación de estudiantes muy jóvenes en las movilizaciones, barricadas, y en los peligrosos enfrentamientos con las fuerzas del Estado, como se puede apreciar la imagen 4.

Imagen 5.
Liceo 11 del Cerro ocupado el 12 de setiembre de 1968



Fuente: *BP Color*, 13/9/1968, p. 4.

En el Cerro había agrupaciones de la Unión de la Juventud Comunista (UJC). Walter Chagas y Sergio Iglesias (22/9/2017) formaban parte de una de ellas, con local en la calle Grecia entre Austria y Suecia.⁴

Por otra parte, era práctica histórica del PCU el tender a organizar a las mujeres en diversas asociaciones (De Giorgi, 2017, p. 221). Lo hacía a través de organizaciones sociales y políticas: el Comité Femenino de la CNT, cuya secretaria era Irene Pérez, comunista; el Comité Femenino del Cerro; organizaciones políticas como el Comité Nacional Femenino del FIDEL, a través de su Comité en el barrio.

La ROE funcionaba con militantes del barrio junto a los de La Teja y Colón, insertos en grupos y gremios estudiantiles y fábricas como el dique del Estado y la textil Ferrés, la empresa Manzanares y tal vez en frigoríficos como el Castro, según contó en entrevista la entonces liceal y militante de ROE Marina Barcia (19/5/2017). También destacó que venía gente de «afuera» del Cerro, recordando a Margarita Michelini y Elena Quinteros. A diferencia del PCU y del FIDEL, en el caso de la ROE, no había una organización específica de mujeres, lo hacían individualmente en la organización.

Puede considerarse un elemento relevante de esta huelga al apoyo social barrial. Uno de sus ejemplos fue la actividad dispuesta por la Mesa Zonal del

4 El del PCU estaba a la misma altura, por la calle Chile, en la misma manzana.

Cerro, integrada por 25 organizaciones (obreras, estudiantiles, comisiones de fomento, deportivas y culturales, con participación de maestros, profesores y religiosos). La mesa resolvió llevar adelante una campaña de difusión de los motivos de la huelga y apoyar la olla sindical (*El Popular*, 2/5/1969, p. 10). Creó comisiones de víveres, asistencia médica y social a los niños, y difusión y propaganda. Planteó también elaborar una carta abierta y convocar a una reunión con los comerciantes del barrio. Hay que notar la relevancia, al menos inicial, de estas comisiones y los mencionados objetivos, el sostén de huelguistas y familias.

Entre las organizaciones y grupos de mujeres hacia 1969 existía un comité cerrense del Comité Nacional Femenino del FIDEL, quizá con presencia mayoritaria comunista. También se organizó una Asamblea de Mujeres del Cerro.

Otros factores incidieron en el proceso de organización de las mujeres. Uno fue la acción de religiosas de la católica Congregación de las Hermanas de la Asunción. En 1968 participó la madre Marta en el Cerro junto a los cañeros. Más adelante, durante el conflicto frigorífico de 1969, la Asamblea de Mujeres del Cerro, tenía sus reuniones en el local de la Congregación de la Asunción. Otro elemento que puede haber incidido en el aumento de la participación pública, podría ser la existencia de un grupo importante de mujeres huelguistas de la carne, politizadas por el mismo conflicto, además de las posibles influencias político-partidarias. Si bien en relación con el total de varones, las friyeras y empleadas del frigorífico no llegaban al 20%, había más en secciones como Conservas del Swift (33%) y Tercera División del Nacional (40%) según destacan estudios de María Camou (2010) y de Alesandra Martínez (2020).

La presencia y la acción de mujeres fueron muy importantes en la marcha de la huelga, de la que participaron en parte conservando sus roles tradicionales —tareas hogareñas y de cuidados— y, por otra, rompiendo con ellos al organizarse y lanzarse a las calles con sus niños y niñas.

El 5 de mayo ocurrió una marcha del Cerro hasta la plaza Libertad integrada únicamente por mujeres y niños y organizada desde días anteriores por mujeres y asociaciones femeninas, para lo que, en la Asamblea de Mujeres del Cerro se reunieron friyeras en huelga, de otros gremios, maestras, religiosas, amas de casa, empleadas y representantes del Comité Femenino de la CNT y del Movimiento Femenino por la Justicia y la Paz Social. En esa reunión la secretaria general del Movimiento Femenino, Lil Gonella de Chohuy Terra destacó el avance de las mujeres frente a las MPS y que se habían dado cuenta de que «el mundo no termina en la puerta de calle», sino que tenían que salir y organizarse. La marcha llegó hasta la plaza, donde en un acto hablaron solo mujeres: una representante de las «amas de casa del Cerro», una del Comité Femenino barrial, una delegada de la Asociación de Estudiantes del Liceo, otra del Comité Femenino de la CNT y cerró el mitín, Lil Gonella. De ahí,

partieron hasta el Palacio Legislativo, donde esperaban muchos trabajadores de la carne, expectantes ante la reunión de la Comisión de Legislación Social del Senado (*El Popular*, 6/5/1969, p. 11).⁵

Imagen 6.

La marcha de niños y mujeres en la plaza Libertad, 5 de mayo de 1969



Fuente: FPEP, en Cdf.

Esta presencia en las calles se repitió en las semanas siguientes y no solo en el Cerro. El 12 de mayo comenzó una marcha de friyeros del Anglo y del Casablanca hacia la capital (*El Popular*, 12/5/1969, pp. 1 y 5). Al día siguiente se organizó una camionada que, partiendo del Cerro, recorrió diferentes barrios y llegó al Palacio Legislativo (*El Popular*, 14/5/1969, p. 11). Eran los parlamentarios los destinatarios del reclamo de apoyo, para una posible solución al conflicto con el Poder Ejecutivo.

El 23 de mayo «al llamado de la CNT, decenas de miles de trabajadores salen de las fábricas, oficinas públicas, bancos, obras, y suben en un verdadero mar humano hasta el Cerro a confundirse en un abrazo fraterno con los huelguistas» (Turiansky, 1973, p. 154). El 25 de mayo otra marcha de las mismas características salió del barrio hacia Belvedere. Una foto de *El Popular* (28/5/1969, p. 1) muestra la marcha de mujeres y niños con carteles: «Queremos la carne», «Los niños del Cerro tienen hambre» y «¡Viva la huelga!». En otra, una mujer con una niña en los brazos sostiene el cartel «Quiero mi churrasco».

5 Agradezco la lectura y aportes de Eva Taberne en este apartado sobre género y el papel de las mujeres.

Imagen 7.
Cruzando el puente hacia La Teja



Nota: Posiblemente la foto corresponda a la marcha que partió desde el Cerro el 25 de mayo hacia Belvedere. Fuente: FPEP, en CdF.

Campamentos obreros y ollas populares

La Federación de la Carne organizó desde mayo cinco campamentos en la zona, donde funcionaban ollas populares o sindicales, que daban el alimento a los y las huelguistas y sus familias. Cuatro de ellos se localizaron en el Cerro y uno en La Teja. En la prensa de izquierda aparecieron notas y artículos que dieron cuenta de la vida en los campamentos obreros, con entrevistas, relatos e imágenes. Una de ellas, de Daniel Waksman Schinca, «Los campamentos subversivos» (*Marcha*, 23/5/1969, pp. 9-10), otras de Luciana Possamay y la de un «grupo de estudiantes» en el semanario socialista *Izquierda* (30/5/1969, pp. 6-7). La de Possamay cubrió el campamento femenino entrevistando a las protagonistas, halló que además de estar sosteniendo el campamento recolectando alimentos, cocinando y cuidando a los niños, debían cumplir con las tareas domésticas en sus hogares. Esto revela la carga de trabajo extra que implica para las mujeres una huelga.

En los campamentos había actividades recreativas con niños, festivales de música, mateadas, conversaciones donde se discutía el momento y el futuro. Un grupo de cantores que registró Mario Handler (1969) sobre esta huelga, cantaban un poema de 1968 creado en una ocupación del Frigorífico Nacional:

Adelante obreros y estudiantes / vamos a luchar con fe /jamás caminare-
mos de rodillas / y si morimos lo haremos de pie /
Siempre repudiaremos toda opresión / Y lucharemos en pos de la igualdad
Exigiendo el derecho más humano / trabajo, cultura y libertad
Adelante obreros y estudiantes / juntos debemos andar.

La huelga en el Cerro

El domingo 1.º de junio, a 45 días de iniciada la huelga, *El Popular* (1/6/1969, p. 1) continuaba informando sobre la situación de la marcha desde Fray Bentos y la búsqueda de una solución negociada por una comisión del Parlamento: «continúan las tratativas en procura de una fórmula». A comienzos de junio hubo barricadas con árboles y enfrentamientos en el Cerro entre huelguistas y las fuerzas policiales. *El País* (3/6/1969, pp. 1-2), diario de un sector del PN, titulaba «Una jornada de gran violencia se vivió ayer en el Cerro» en la primera página, y en la siguiente exhibía fotografías de los «desmanes» producidos por obreros y estudiantes. Destacó que un grupo de obreros «taló árboles, los puso sobre la calle» y luego los prendió fuego a «modo de barricada», habiendo heridos y detenidos.

Desde *Marcha* (6/6/1969, p. 11), con otra interpretación, el militante político y periodista Héctor Rodríguez señaló que el martes 3, «el descontento de la población obrera del Cerro se expresó agudamente en choques con las fuerzas policiales». Cuatro días después, la policía ingresó en el campamento de los obreros del EFCSA, produciéndose una represión de la que resultó al menos un herido de bala (*Marcha*, 13/6/1969, p. 3). El mismo Rodríguez (*Marcha*, 6/6/1969, p. 7) señalaba que «después de consultar a las filiales de todo el país la CNT» había convocado a un paro general, fundamentalmente en apoyo a los trabajadores de la carne. Según Turiansky (1973, p. 154) el 11 de junio la CNT convocó a un paro general en apoyo a la huelga de la carne «que paraliza al país de punta a punta».

Desde Fray Bentos habían partido dos marchas hacia la capital. Una compuesta de varones del ex Anglo, y otra de mujeres y niños. La primera de ellas llegó, según un informe de Policía de Inteligencia, el 11 de junio al parque Lecocq, donde acamparon varios días. El campamento estaba cercado por la Policía. El mismo día, ochenta huelguistas fueron en dos camiones a un acto en «la Villa del Cerro», según informaciones de la Seccional policial 23.^a (Policía de Montevideo, Dirección de Información e Inteligencia, n.º 3202, Memorándum entre 14/5/1969 y 26/6/1969).

El 17 de junio *El Popular* advertía «Cerro: choques con la Policía». En una protesta de los trabajadores ante la decisión de la Jefatura de Policía impidiendo una camionada el día anterior, ante la represión los huelguistas

«levantaron barricadas» a la entrada del puente del Pantanoso. Las autoridades emplearon armas con perdigones, lo que produjo una decena de heridos.

En cierto momento los friyeros del Anglo se trasladaron al Cerro y se instalaron en un «cantón» en el club Huracán. El 9 de julio se hizo una razzia en el Cerro por efectivos de la Guardia Republicana. El documento indica la detención de cien personas, señalando procedencia y demás datos personales. La mayoría fueron detenidos en Cibils y Pernambuco, donde estaba el campamento de los trabajadores del ex Anglo. La gran mayoría eran integrantes de la marcha del litoral (62). Había veintiún obreros o empleados del EFCSA, siete del Nacional, otros con diversos oficios o desocupados. Solo dos, ambos del Nacional, fueron detenidos en el local de la Federación Autónoma de la Carne (Policía de Montevideo, Dirección de Información e Inteligencia, n.º 3125, Montevideo, 9/7/1969).

Solidaridades diversas

El sindicato del puerto de Montevideo, vinculado a la exportación, resolvió no trabajar donde operara el Ejército ni con barcos que transportaran carne; el sindicato de los ferrocarriles del Estado (AFE) no trasladó ganado; la Federación Ancap definió no darle combustible a las embarcaciones que embarcaran «carne con las tropas y krumiros y tampoco a los establecimientos en conflicto» (*El Popular*, 11/5/1969, p. 7; 15/5/1969, p. 11).

Colaboraron con dinero, también según este órgano de prensa, los sindicatos del ómnibus (de Montevideo e interdepartamentales), el de metalúrgicos, la Agrupación UTE, de Ghiringhelli, los municipales, estudiantes del liceo Larrañaga y la Mesa Zonal del Cerro.

Se hicieron actos en el Cerro, como el convocado por «diversas organizaciones sindicales y miles de trabajadores» a finales de mayo, uno de cuyos oradores fue el dirigente de la Federación Ferroviaria, Félix Vitarte (*Izquierda*, 30/5/1969, p. 11).

Los jugadores de primera división de fútbol, el cerrense Luis Ubiña —cuyo padre había trabajado en el Frigonal, como lo seguían haciendo sus dos hermanos— y el afincado en el barrio Juan Martín Mujica, organizaron un partido entre la Selección Nacional de fútbol y un combinado de los clubes Cerro y Rampla Juniors, para recaudar fondos para la huelga. En entrevista de *Marcha*, Luis Peta Ubiña señaló: «sé muy bien lo que significan para ellos los dos kilos de carne» (*Marcha*, 3/6/1969, p. 12). Se jugaron dos partidos amistosos el 3 de junio, entre la selección y los combinados de Cerro y Rampla Juniors.

Imagen 8.
Acto en solidaridad con la huelga



Abajo, el dirigente friero Pisano y una vista de la asistencia, entre ellos varios liceales y algunas mujeres. Arriba, integrantes del Comité Femenino del Cerro. Fuente: *Izquierda*, 30/5/1969, p. 11.

Desde ambientes intelectuales provinieron apoyos a la huelga y denuncias al accionar gubernamental. Fue el caso del Cine Club de *Marcha*, y luego de la Cinemateca del Tercer Mundo, creada en noviembre de ese año, según Walter Achugar (Jacob, L., 2011). En las proyecciones del *Cine Club de Marcha* para mayo se anunciaba el «Noticiero del Departamento de Cine de Marcha, n.º 1: La crisis del Nacional y el problema de la carne» (*Marcha*, 9/5/1969, p. 27).

Los partidos promovieron acciones en ámbitos como el Parlamento —el FIDEL y el PCU— o el barrio, como aquellos, la ROE y el PSU. El 5 de junio el periódico del PSU *Izquierda* propagandeara una mesa redonda integrada por el dirigente del sindicato de Carga y Descarga y de la FOICA-A Jorge García —se decía que era votante socialista— y el dirigente del PSU Vivián Trías (*Izquierda*, 30/5/1969, p. 10).

El desenlace inmediato

A mediados de julio una propuesta del ministro de Trabajo introducía mejoras económicas a la resolución inicial de la COPRIN, refrendada por el Poder Ejecutivo. Elevaba la cifra a \$4600 mensuales por los dos kilos de carne, a quienes estuvieran afiliados a las cajas de la industria tradicional y del interior, o estuvieran «a la orden». Una asamblea general del SOOFN el 18 de julio resolvió por unanimidad que el planteo «no satisface las aspiraciones del gremio y faculta a la comisión para que haga gestiones con el fin de mejorar la fórmula» (SOOFN, 1966-1967, pp. 216-223).

El 27 de julio, a casi tres meses y medio de comenzada la huelga, se reconocía el cansancio y las dificultades materiales de los huelguistas. Desde *El Popular* se relataba: «crecen las privaciones en los hogares de los catorce mil trabajadores» y que cada vez era «más difícil dar de comer a los hijos» y empieza a rondar el «espectro de los desalojos». Continuaban convocando a los sindicatos y organizaciones sociales a seguir colaborando «para paliar la situación». Jóvenes y niños cerrenses vendían bonos para mantener la «olla sindical» de las calles Grecia y Perú.

El 30 de julio el órgano comunista informaba que habría una reunión «en las próximas horas» entre delegados obreros y el ministro de Trabajo Jorge Sapelli. Podría entreverse, a partir del análisis del diario comunista, que se estaría en camino de aceptar esta fórmula.

En el mismo ejemplar, una nota de José Gutiérrez —«Hacia la quiebra de la Caja de Compensaciones»— advertía el peligro de lo que se venía, en especial la desfinanciación estructural de la misma —agravada por los planes gubernamentales de debilitar al Frigorífico Nacional—, y la probable imposibilidad de asistir a los trabajadores desocupados.

Durante los primeros días de agosto se fue perfilando más claramente el fin de la huelga. El día 10 se anunciaba una reunión para el martes 12 de agosto, entre el Plenario de Organizaciones de la Industria Frigorífica y el ministro de Trabajo (*El Popular*, 10/8/1969, p. 9). En la nota se analizaba que «a través de las tratativas en curso se procura mejorar la fórmula que propuso el titular de Trabajo», en el monto sustitutivo como en los despidos de trabajadores del interior.

El lunes 11 de agosto Sapelli hizo el nuevo planteo y el Plenario se reunió el martes 12 para considerarlo, luego de lo cual se reunirían los delegados de la Federación de la Carne, asambleas de los distintos frigoríficos y los del Plenario.

El miércoles 13 de agosto *El Popular* informó de las asambleas a convocar y la fórmula: 1) compensación por los dos kilos de carne por \$4.600; 2) se constituiría en el Frigonal una cooperativa en sección Carnicería, con al menos 50% de su personal, y el resto sería reabsorbido en otras secciones; 3) en los demás establecimientos se podrían establecer acuerdos en ese sentido, entre

«trabajadores y patrones»; 4) «se concederá un adelanto a todos los trabajadores»; 5) la situación de los trabajadores del interior será resuelta por la Caja de Compensaciones (del interior); 6) el Ministerio de Trabajo se comprometía a vigilar el cumplimiento del convenio firmado en mayo de 1968 «que estipula un aumento del 60%» para los del interior, y 7) que el adelanto sería de \$5000 y \$10.000 para los del interior (*El Popular*, 12/8/1969, p.111).

El jueves 14, junto con grandes titulares recordando el «homenaje a los mártires en la Universidad», otro gran titular de *El Popular* mostraba las posiciones de las primeras asambleas de trabajadores:

Carne: Asambleas Aceptan Fórmula». Destacó que habían aceptado «en general» la propuesta, y que bregarían por mejorar los puntos pendientes. Afirmó que «las asambleas se desarrollaron bajo un clima demostrativo de la unidad del gremio de la Carne», y que el sindicato del Frigonal había aceptado la propuesta «por unanimidad (*El Popular*, 14/8/1969, p. 10).

Al día siguiente, informaba que «la casi totalidad de asambleas del Plenario» habían apoyado la fórmula de acuerdo, y realizado «asambleas multitudinarias y entusiastas». En tono de inicial balance destacaba las importantes «jornadas que el gremio debió afrontar»; la solidaridad de la CNT y el movimiento sindical, de los estudiantes y la «línea de unidad» que, con los más vastos sectores fue «el factor determinante de la caída» del ministro Peirano Facio. El diario subrayó los logros —el monto superior en dinero, el alcance a todos los trabajadores del sector— y el haber reconocido «quienes eran nuestros enemigos». También enfatizó en la «solidaridad» brindada por la CNT, a nivel de fábrica y de mesas zonales, en la manifestación del 11 de junio «que llegó hasta el Cerro luego de recorrer la ciudad» y «estrechase en un abrazo» con los friyeros; en las asambleas y en los aportes materiales en dinero, víveres y medicamentos (*El Popular*, 15/8/1969, p. 11).

El 16 de agosto destacó en un gran titular «Frigoríficos: Victoria obrera». A las 16 h del día anterior, en el local de la Federación de la Carne, el Plenario de Organizaciones Obreras de la Industria Frigorífica resolvió levantar el conflicto, horas más tarde se firmaba el acuerdo en el Ministerio de Trabajo. Evaluaba el diario del PCU «Queda registrada así una relevante victoria del gremio de la Carne y de toda la clase obrera» (*El Popular*, 16/8/1969, p. 1).

Imagen 9.
La «victoria obrera» en *El Popular*



Nota: La foto va acompañada de este texto «No hubo sacrificios ni privaciones que pudieran quebrar a los trabajadores de los frigoríficos». Fuente: *El Popular*, 15/8/1969, p. 11.

En el *Libro de Actas* de la FOICA-A aparece una «Constancia», datada el 16 de agosto, de reunión el día anterior del Plenario de Organizaciones de la Industria Frigorífica, en el local de la FOICA-A. Allí estudiaron y analizaron las «Bases para un Acuerdo en el Conflicto de la Industria Frigorífica» entregadas por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social el 11 de agosto. Luego de transcribir esas bases, manifestó: «Los representantes del Plenario de Org[anizaciones] de la Ind[ustria] Frigorífica de acuerdo con las bases precedentes, firman las mismas, *ad referendum* de las asambleas de los sindicatos que integran dicho Plenario». La resolución gremial estableció levantar el conflicto y mantener una mesa del plenario como «ratificación de unidad» y para estar «atentos y vigilantes» de los trámites ante la Caja del Interior sobre los despidos, así como las acciones necesarias para obtener el reintegro de todos los despedidos, y entretanto, mantener un fondo económico para su sostén. Definía facultar a todas las organizaciones «a defender el Derecho a que se aumente el monto establecido en la fórmula» cuando se modificara la tarifa de la carne, teniendo en cuenta la cotidiana inflación de los precios. Agradecía la solidaridad de la CNT, Federación de Estudiantes y organizaciones culturales, y exigía el retiro de las tropas de las fábricas. Por último, se comunicaría a las empresas el levantamiento del conflicto, con copia de lo firmado en el Ministerio, y exigiendo que «No puede haber represalias de ninguna índole» (FOICA-A, Actas 1968-1969, pp. 127-131).

El día después.

Interpretaciones contemporáneas de gremialistas sobre los resultados de la huelga

La intensa confrontación en el segundo semestre de 1968 mostró la acción mancomunada en la vasta movilización obrero-estudiantil, junto a vecinos, amas de casa, niños, religiosos, pequeños comerciantes. La resolución de la huelga de 1969 evidenció también muchas energías reunidas, frente a un enemigo muy superior y una dura contienda interna entre las tendencias político-gremiales. La diferencia y confrontación interpretativa de los dirigentes pareció influir más en las vanguardias que en el conjunto de los cerrenses, a pesar de la cual no hubo en estos una fractura política, sino sentimientos y miradas diferentes.

La huelga culminó con un acuerdo en el que las asambleas de trabajadores aceptaban la fórmula propuesta por el ministro de Trabajo y volvían a sus tareas. En los meses siguientes hubo despidos y la situación de las familias cerrenses empeoró. ¿Qué valoraciones hicieron los dirigentes gremiales y cuáles las opiniones de las fuerzas políticas de izquierda confrontadas a nivel más general? ¿Qué otros fenómenos pudieron verse en la movilización barrial?

Las fuertes tensiones a nivel de las «vanguardias» políticas se expresaron en todo el período 1968-1973 y continuaron después, discutían la táctica, la estrategia y el modelo de sociedad que buscaban. ¿Cómo se expresó esa realidad en la militancia del Cerro? Héctor Giacobone, dirigente del Sindicato del Frigorífico Castro, acorde a la postura del PCU, destacó el apoyo de la CNT, la FEUU y otros sectores populares y que «la causa del gremio de la carne fuera sentida como propia en todos los lugares» siendo «ese el primer gran éxito». Que se «enjuició» la política del gobierno, el ministro de Industria Peirano Facio tuvo que renunciar y no pudo imponer su fórmula: «salimos por la carne, y aunque por otros sistemas, volvemos al trabajo también con la carne» (*El Popular*, 26/8/1969, p. 11).

Otras interpretaciones contemporáneas de la huelga surgían desde la Tendencia Combativa y la ROE. Un balance posterior al fin de la huelga —posiblemente redactado por Jorge García (Mechoso, 22/6/2016)— refiere en especial a la dinámica de enfrentamientos directos con las fuerzas policiales: «Las barricadas en el Cerro y La Teja fueron baluartes donde quedó bien alto la dignidad y la combatividad del gremio» (Cores, 1984, Anexo, pp. 20-24). En el mismo documento se sostuvo: «pese a su férrea decisión, los obreros de la carne no lograron romper el cerco impuesto por el Poder Ejecutivo a las conquistas logradas en más de 25 años de lucha», y destacando que avalar la propuesta del Ejecutivo «era aceptar la derrota de la huelga», pues la compensación no equivalía los 2 kg, hubo muchos despidos en el Cerro y el interior. También reconocía que no se podía continuar, por «la represión,

el hambre y la propia indiferencia de la dirección del resto del movimiento obrero». Se afirmó que solo cabe «aceptar la derrota y evitar que el gremio se desangre en una lucha estéril», cuestionando a quienes «pregonan victorias artificiales». El saldo positivo se halló en «el grado de combatividad del gremio, su unidad, la participación en la lucha de la población del Cerro y la Teja y Fray Bentos, de los estudiantes, y el odio, que en forma latente, prendió en la conciencia popular» (Cores, 1999, pp. 200-207). Una de las diferencias fundamentales en la interpretación era sostener el escaso apoyo de la mayoría de la CNT, en el marco más amplio de su estrategia.

La batalla continuaba

A mediados de setiembre *El Popular* destacaba que «el gremio de la carne obtuvo una victoria sobre los intentos del exministro de Industrias Peirano», y al mismo tiempo, señalaba que los sindicatos reclamaban una compensación mayor en dinero y que «las plantas continúan paralizadas». A finales de mes se reconocía que no se había logrado el reingreso de los despedidos de los frigoríficos del interior, había 952 cesantes.

Entonces el Plenario y un grupo de siete dirigentes de la FOICA-A decidieron comenzar una huelga de hambre, desde el 29 de setiembre a las 14.30 horas, en el local de la Federación. Eran dirigentes —todos varones— de ASEIF, Sindicato de Obreros del Frigorífico Castro, Sector de Abasto, Asociación de Funcionarios del Frigorífico Nacional, Personal Administrativo y dos del SOOFN (*El Popular*, 30/9/1969, p. 12). El levantamiento de la huelga había dejado abiertas demasiadas cuestiones.

Memorias del pasado, presentes

Desde mediados de los años sesenta existió una redefinición de las tendencias ideológicas predominantes en el sindicalismo en el Cerro y en la Federación Autónoma de la Carne. Fue cobrando fuerza la orientación comunista, y una influencia mayor de los trabajadores y los delegados del Frigorífico Nacional en dicha Federación.

Diversos debates contemporáneos a los hechos e interpretaciones posteriores dan cuenta de las dificultades de compaginar las distintas experiencias de clase —insuficientemente conocidas—, las orientaciones político-sindicales y los distintos lugares ocupados en el tiempo por cada protagonista y testimonio de los que dispuse, junto al conocimiento actual del pasado desde la Historia. Se puede identificar memorias —¿un debate?— que oscilan entre la «derrota» de la huelga al perder conquistas como los dos kilos de carne diarios y los múltiples despidos, hasta las posiciones que cuestionan esa idea y

proponen una *victoria* política y concreta. Como en los diversos significados que permitió el recuerdo y la interpretación de la *victoriosa* huelga de 1943, esta otra, en otros contextos, viene a desafiar interpretaciones históricas, miradas diacrónicas y las memorias (Porrini, 2005, pp. 251-326).

Veamos ideas y balances de dos dirigentes de la época. El profesor de Historia, político y exdirigente bancario y de la CNT Hugo Cores, destacó el carácter combativo de los obreros en huelga, la solidaridad de otros trabajadores, citando el documento de balance de un militante de la Federación de la Carne cercano a su orientación de ese momento, la ROE-FAU: «pese a su férrea decisión, los obreros de la carne no lograron romper el cerco impuesto por el Poder Ejecutivo a las conquistas logradas en más de 25 años de lucha» (Cores, 1999, pp. 26-27). El ingeniero, político y dirigente gremial comunista Turiansky (1973) destacó en su libro que dicha huelga supuso «una derrota política del gobierno». En el fondo, como en su balance del debate en el congreso de la CNT de 1969, está pensando que esa «derrota política» posicionaba mejor para la búsqueda «unidad popular más amplia» (p. 157) que se fue tejiendo en esa época y se concretó en el Frente Amplio en 1971. Años después, en la misma línea opinaba el también dirigente comunista Enrique Rodríguez (1980): «Los objetivos del gobierno fueron todos derrotados. No solo no se ahondó la división obrera, sino que en la huelga se terminó con ella al incorporarse los obreros de todos los frigoríficos», además «provocó una grave brecha en el gobierno y en los partidos tradicionales» (p. 144). En lo interno, también refirió al paro general de la CNT y «la marcha al Cerro» por miles de trabajadores, quedando así sellada la unidad de los trabajadores de la carne y el resto, separado desde la división de 1943.

Un viejo sindicalista (Herrera, 2014) —posiblemente comunista en aquel entonces— cuestionaba mi pregunta al responder «¿Una derrota la huelga del 69 cuando en la Federación salimos con miles de afiliaciones de los frigoríficos del interior, y una compensación monetaria por los dos kilos que se nos retiraba?».

En una entrevista, Alberto Garateguy (2019) evaluaba: «nos ganaron... acá [en el Frigorífico Nacional] se tradujo de esta manera, nos echaron a 105 empleados... y 400 trabajadores obreros fueron mandados a la orden, sin retorno».

Las memorias —contradictorias y contradictoras de diversos conocimientos, como el historiográfico— constituyen un campo de estudio específico y al mismo tiempo esperanzador, en tanto mueven no solo los resquicios y el lugar del pasado y lo vivido, sino desafíos del presente. ¿Cuánto de estas reflexiones y afirmaciones —con distinto sentido— son acicates para las acciones del movimiento social, de activos y de jubilados en tiempos presentes?

A modo de síntesis

Las experiencias vividas durante la huelga del 69 en la comunidad cerrense, entre sus trabajadores y vecinos, de distintas generaciones y géneros, congregaciones religiosas y comerciantes, constituyen un tema relevante a continuar profundizando. Las interpretaciones políticas fueron y serán diferentes, pero las respuestas de la comunidad ante el desafío impuesto por el Estado y las clases poderosas del momento, mostró la disposición al sacrificio, buscar retener los beneficios sociales, prolongando la lucha, confrontando al poder en sus distintas manifestaciones. Se evidenciaron diferentes estrategias de la lucha popular, que apuntaban a alianzas y soluciones diferentes. Sin embargo, la clase obrera del Cerro y la comunidad barrial, herida en sus niveles materiales, mantuvo aún suficientes recursos subjetivos, morales y culturales para continuar la lucha ante un modelo económico y político nuevo en transición: liberal en lo económico —poniendo fin al «Estado de bienestar» y de concertación social—, duramente autoritario en lo político. Los meses y años siguientes mostraron su final imposición y la crisis de la comunidad obrera.

Trabajos y explotación sexual de las mujeres en el Cerro. Una mirada de género (1955-1970)

ALESANDRA MARTÍNEZ VÁZQUEZ¹

Introducción

El presente capítulo atiende al espacio barrial del Cerro de Montevideo intentando aportar a los estudios que hacen foco en la intersección entre historia social, trabajo, violencia y perspectiva de género. En esta línea, observaré la heterogeneidad y complejidad del mundo del trabajo femenino en la realidad cerrense enmarcada en un país convulsionado por sucesos económicos, por la cuestión de los frigoríficos, por la radicalización social-política y por las transformaciones culturales en el trabajo y en la vida privada.

Las mujeres de las clases populares del Cerro alternaban varias opciones de empleo y tareas remuneradas o no y de trabajos reproductivos. Como muestra de ello vale la pena detenerse en el relato del vecino Alexis Villalba sobre su mamá. Jacinta Rodríguez llegó a Montevideo desde Rivera con aproximadamente doce años y fue a vivir al Cerro cuando conoció a su primera pareja. Jacinta trabajó en el Frigorífico Artigas y luego en el Nacional.² Según Alexis,

Ella salía «a la orden», o sea, en el seguro de paro [...] Cuando terminaba la zafra en el frigorífico y durante tres meses se iba a trabajar de empleada doméstica. [...] después compraron ese terreno con mi padre, hicieron una casa ahí en la calle Puerto Rico y yo me acuerdo que yo era chico y mamá, [...] aparte de trabajar ella iba con una señora, a las clases de una profesora de corte y confección [...] y mamá se recibió de corte y confección y le hacía a las muchachas que trabajaban en... ahí en el conventillo del Turco

1 Maestranda en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos de la FHCE, Universidad de la República y profesora de Historia egresada del Instituto de Profesores Artigas (IPA).

2 Jacinta Rodríguez trabajaba en la Sección Conservas de carnes, frutas y vegetales de la 3.^a División. Direcciones del Personal obrero. Frigorífico Nacional.

Talha.³ Les hacía ropa y en carnaval mamá hacía vestidos, ponele, disfraces de hada, de gitana, de holandés, de esas cosas y alquilaba [...] Si sería una mujer guapa, aparte de eso, les cuidaba los hijos a las muchachas, ¿ta? Venía de trabajar, cuidaba a los gurises y hasta que las muchachas no dejaban de trabajar como hasta las doce de la noche, ella estaba atendiéndolos, muchas veces se dormían y cosiendo en la máquina... cosiendo en la máquina. Y todavía llegaba los domingos y la ropa de trabajo de mi padre, la ropa de trabajo de ella, la ropa de escuela de nosotros, la ropa de nosotros, todo lavaba doña Jacinta... [...] vos no sabés cómo laburaba mi madre... de albañil, ayudando a mi padre a hacer casillas...

De esta forma, Jacinta superponía varios trabajos: el frigorífico, el servicio doméstico, la confección de ropa, las tareas de la casa, el cuidado de niños y niñas y de su esposo. Además, en el relato emerge otra mujer que brindaba clases de corte y confección en su casa y otras en situación de prostitución.

Diversas inquietudes guiaron esta investigación: ¿qué representaciones de género se reproducen en torno a la noción de trabajo?, ¿qué valor se adjudicaba a los roles productivos de varones y mujeres?, ¿cuáles son las formas y los niveles de participación de la fuerza laboral de las mujeres? Los hallazgos comprenden diversos espacios de trabajo de las mujeres, sus interrelaciones y los sesgos de género en cada uno de ellos: el trabajo doméstico o reproductivo, las tareas remuneradas al interior del hogar, el trabajo extradoméstico en general y el trabajo al interior de la industria frigorífica. Además, en el afán de rescatar, reconstruir trabajos, labores, formas de supervivencia de las mujeres, se abordará la explotación sexual en el barrio. Con ausencia de la voz de las sujetas concretas, reconstruyo los principales lugares de explotación, además de una aproximación a las representaciones que sobre el fenómeno surgen de las entrevistas a cerrenses y de otras fuentes primarias y secundarias.

El *corpus* documental se basa en testimonios orales, fotografías, prensa y publicaciones varias, documentos sindicales, archivos de empresa.

El trabajo y las mujeres

La noción de trabajo ha estado atravesada por concepciones patriarcales que generan divisiones jerárquicas de carácter sexual-genérico, y a lo largo de la historia ha sido considerado un derecho de los varones, pero un espacio vedado para las mujeres, además de excluir al hogar como espacio de trabajo. Si bien las mujeres siempre han trabajado, no ha sido reconocido al mismo nivel de los varones, incluso muchas mujeres se avergüenzan y necesitan justificar

3 Las *muchachas* son las mujeres prostitutas del llamado Conventillo del Turco Talha, al cual me referiré más adelante.

su ingreso al mercado laboral externo. El resultado es la descalificación, desmerecimiento o incluso negación del rol productivo de las mujeres y su identidad como trabajadoras. Cruciales han sido las propuestas de categorías que desde ópticas feministas complejizan y hasta deconstruyen la idea de trabajo, interpelando nociones tradicionales. Se ha puesto de relieve las limitaciones de los estudios sobre mercado laboral que al estar hechos sobre la base de definiciones de trabajo útiles para estudiar la participación de los varones, no contemplan a las mujeres. Los datos y estadísticas, al no considerar el trabajo doméstico ni otros trabajos precarios, no reflejan la participación real de las mujeres en la producción y otras dimensiones de la economía.

La economía feminista cuestiona la visión convencional de la actividad económica que restringe el concepto de trabajo al asalariado, excluyendo a las mujeres, además de carecer de una dimensión de género. Propone y entiende por economía a todos los procesos de generación de distribución de recursos que permiten satisfacer las necesidades de las personas y generar bienestar. Trabajo son todas las actividades humanas que sostienen la vida, no solo aquellas que se realizan a cambio de ingresos. En este sentido, se rescatan elementos femeninos invisibilizados como el trabajo reproductivo y de cuidados (Carrasco, 2006; Pérez Orozco, 2019).

Los trabajos reproductivos

El trabajo doméstico o reproductivo, o sea, el conjunto de tareas comprendidas por cocinar, lavar, atender a la familia, cuidar a hijas e hijos —vestir, higienizar, jugar, realizar deberes, alimentar—, es una estructura cultural naturalizada e impuesta a las mujeres que ha trascendido épocas y sistemas económico-sociales. La subestimación de índole cultural hacia esta actividad lleva a que sea considerado un *no trabajo* e incluso en censos y estadísticas, quienes se dedican a él son consideradas «inactivas». En el IV Censo General de Población y II de Vivienda de 1963, los «quehaceres del hogar» son catalogados como «actividad económicamente inactiva», junto a estudiantes, jubilados y pensionistas y rentistas. La reconstrucción de las experiencias de trabajo de las mujeres resulta difícil, esquiva, por lo que la investigación histórica debe agudizar los sentidos, «escarbar» y remover las fuentes.

Las mujeres son las últimas responsables en la realización del trabajo doméstico y el peso de su carga depende de cuan grande sea la amplitud familiar y principalmente del estrato socioeconómico en que se encuentre la mujer. En la sociedad cerrense, en general, el ideal dominante que identifica a las mujeres con el trabajo doméstico y a los varones como proveedores del hogar, no se materializaba en los hechos, ya que muchas mujeres «necesitaban» «salir a trabajar». Por diferentes circunstancias muchos varones podían no tener trabajo o no ganar lo suficiente.

El proceso de capacitación del trabajo doméstico se adquiere a través de la socialización larga y paulatina que se enseña a las mujeres desde pequeñas. El hogar era el lugar de dominio, de «reinado» de las mujeres, incluso los varones trabajadores suelen denominar a su esposa y ama de casa, «la patrona». «Las cosas de la casa» o los «quehaceres» en el Cerro consistían y estaban marcados por las horas de sol en el lugar donde se lavaba y secaba la ropa, por los mandados, el de cocinar, de la limpieza del hogar. Llevar a niñas y niños a la escuela, hacer los deberes, jugar, llevarlos al cine, a cumpleaños, al centro de salud. Las mujeres de los sectores trabajadores elaboraban o remendaban la ropa de la familia, bordaban, tejían, incluso confeccionaban sábanas, cortinas, manteles, servilletas. Muchas casas contaban con quintas y animales pequeños. Otras labores diarias eran el ventilar la casa, planchar la ropa o incluso lavar con dedicación las ollas de aluminio, material que se tizna con facilidad. Se encargaban de los cuidados de hijos, hijas, esposos, hijos/as de vecinos y vecinas, de abuelas/os o demás familiares cuando existía alguna dificultad de salud. Algunos de estos trabajos llegan al día de hoy a través de recuerdos sonoros, siendo uno de ellos el de las máquinas de coser que trabajaban hasta altas horas de la noche.

La carga doméstica era más pesada debido al tipo de tareas y al nivel de desarrollo tecnológico: los pañales eran de tela, por lo que requerían ser lavados manualmente de una forma determinada, además de ser secados al sol y planchados.

Una preocupación que hace a la experiencia de las mujeres limitando su actividad cotidiana es «con quien dejar» a hijos e hijas. Los cuidados eran compartidos entre vecinas y familiares mujeres, teniendo las abuelas un lugar especial en esta tarea, incluso se conjugaban con el trabajo fuera de casa ya que muchas mujeres concurrían a sus trabajos acompañadas por hijos e hijas. La madre de *Tólo* Fernández, si bien vivía en el Cerro, trabajaba en el Consejo del Niño en el centro de Montevideo y lo llevaba con ella, dinámica que mantuvo cuando pasó a trabajar en la Casa Cuna del Cerro. El vecino cerrense Floreal Aguerre también recuerda que concurría junto a su madre cuando ella realizaba servicio doméstico en una casa del casco del Cerro.

Las mujeres tejían redes de solidaridad vecinal para atender a quienes padeciesen problemas de salud o para realizar visitas. Socializaban en el espacio de la escuela e integraban y sostenían las Asociaciones de Padres de Alumnos de Liceos (APAL) y Comisiones de Fomento. Asistían a velorios o al cementerio, a la casa de vecinas a aprender recetas o puntos de tejido. Dentro de las comunidades inmigrantes, eran quienes conservaban costumbres típicas como las comidas, danzas, tal como se describe en el capítulo de Tania Rodríguez de este libro. Con relación a esto, las sociólogas vascas Marina Sagastizábal y Matxalen Legarreta proponen reconocer la especificidad de dichas tareas: «si tomamos cuenta todos los trabajos necesarios para el sostenimiento de la vida [...] ¿acaso cuando alguien ayuda a sus vecinas y vecinos

o participa en una asociación, no está realizando un trabajo?» (2016, p. 6) Si bien los varones también lo hacen, el resultado es visibilizado como tal, pero no sucede lo mismo con las mujeres.

El hecho de que las mujeres trabajasen fuera del hogar, no las exime de las labores hogareñas por lo que asistían a una «doble explotación» o «doble opresión», «doble jornada laboral» o «doble presencia» (Amorós, 1997; Borderías, Carrasco, Alemany, 1994; Federici, 2013; Cuadro Cawen, 2018). Después de trabajar en el frigorífico, Liria tenía que llevar a su hijo y a su hija a la escuela y

hacer las cosas de la casa, lavar, planchar, cocinar, limpiar y no teníamos lavadora, era lavar en la pileta y los trajes esos blancos que teníamos que era pantalón y chaqueta, no sabés, nos poníamos nailon y todo, pero siempre nos ensuciábamos con sangre, entonces era un trabajo para lavar esa ropa, fal...

Alma relata que si bien el que trabajaba fuera de casa era su marido, «pero yo sacaba mí, cómo te puedo decir, mi contribución» que consistía «en por ejemplo, todo lo que pudiera abaratar la comida, la ropa, la ropa se la hacía casi toda, menos los zapatos... [...] y tejido, pfff, vivía tejiendo yo». Estas experiencias se multiplican en los diferentes testimonios.

La teoría feminista ha cuestionado la separación de lo público (que abarca al mercado de trabajo y otros espacios de sociabilidad, donde los varones tienen preeminencia) y lo privado (entendido como el terreno doméstico donde «reinan» las mujeres) y propone observar su mutua constitución, permitiendo resignificar al trabajo doméstico como parte del mercado de trabajo en la medida de que produce bienes y servicios para que ese mercado funcione. Subvenciona el valor de la fuerza de trabajo de las demás personas ya que se encarga de la reproducción y mantenimiento biológico y social que el salario no cubre. Además del bienestar material, el trabajo doméstico procura el bienestar afectivo. El conjunto tan amplio de quehaceres llevado adelante por las mujeres sostenía la vida del barrio y posibilitaba las condiciones para que los varones fueran los protagonistas de la vida pública, saliendo a trabajar, practicando o siendo espectadores de deportes, participando en el sindicato, o en el club político, yendo al bar o boliche. El trabajo asalariado de los varones dependía del trabajo doméstico y reproductivo realizado por las mujeres. Silvia Federici sugiere «contemplar el hogar y el trabajo doméstico como los cimientos del sistema fabril más que como su ‘otro’» y considera a la cocina, el dormitorio, el hogar, «centros de producción de la fuerza de trabajo» (2013, pp. 23 y 25).

La teórica feminista Carol Pateman señala que las exigencias del trabajo del jefe del hogar, «determinan, en la mayoría de los casos la organización del tiempo de la esposa. Las comidas se sirven, por ejemplo, de acuerdo a las horas de trabajo del esposo...» (1995, p. 182) Gran proporción del

quehacer hogareño se configura en general por las expectativas que las normas sociales del ámbito público le confieren y en particular por los requerimientos del marido. Los horarios y dinámicas del trabajo del varón estructuraban en gran parte los horarios hogareños y el trabajo doméstico de las cerrenses. Según la vecina Inés Kamandulis: «tenías que hacer todo de lunes a viernes, que tu marido está trabajando y adiestrar a los neños para que el fin de semana estemos todos a las órdenes del hombre que trabajaba y que traía el sustento», mientras que Graciela Dorpich recuerda que su mamá «se levantaba cuando mi papá se iba, cosa de que mi hermano estuviera durmiendo, limpiaba a las tres de la mañana para que cuando él se despertara ella tenía todo en orden...».

Otro enfoque teórico de importancia es el que atiende a la dimensión material y subjetiva del tiempo permitiendo apreciar las temporalidades diferenciales según el género (Murillo, 2006; Sagastizábal y Legarreta, 2016). El trabajo doméstico no tiene tiempo porque acontece durante toda(s) la(s) jornada(s). «Mi madre no paraba quieta», «siempre encontraba algo para hacer» son algunas de las alusiones en las entrevistas. Según María Julia Alcoba (2014), «Para mi madre todos los días de la semana eran iguales; siempre encontraba trabajo» (p. 20). Los tiempos de los varones están claramente separados: tiempo de trabajo y tiempo libre donde desarrollar actividades recreativas, militantes, etc. En cambio, para las mujeres el tiempo de trabajo es permanente, incluso sus «tiempos libres» están «contaminados» por las tareas domésticas y de cuidados, por ejemplo cuando miran la televisión en compañía de hijas/hijos, cuando las madres, hermanas o demás mujeres concurren a la playa, a los cines o a las plazas del Cerro, cuando juegan con ellas/os o cuando llevaban a hijas y amigas a los bailes del barrio. De esta forma, las mujeres carecen de tiempo para sí, para pensar o desarrollar actividades recreativas, incluso efectuarlas puede generar sentimientos de egoísmo y culpa.

Trabajos remunerados en el ámbito doméstico

Las cerrenses desarrollaban múltiples labores al interior del hogar con remuneración económica. La mayor parte eran una prolongación del trabajo doméstico o de tareas histórica y socialmente consideradas «labores de su sexo» o solo «labores» (categoría utilizada en censos y otras formas de registro, por ejemplo, las fichas estudiantiles de la Escuela n.º 30, el Liceo n.º 11 y la Escuela Industrial del Cerro).⁴ Cuando la vecina Violeta dejó de trabajar en la administración de EFCSA, accedió a trabajos de contabilidad de ciertos

4 Denominación imprecisa y vaciada de la noción de trabajo, engloba a todas las actividades que se consideran propias de la naturaleza femenina en tanto su capacidad reproductora y su rol materno. Son trabajos que permitían la conciliación con el trabajo doméstico al punto de asemejarse y enlazarse de tal forma que sus límites resultan difusos.

comercios del Cerro porque «tenía la libertad» de estar en su casa y así cuidar a sus dos hijos.

Algunos podían ser trabajos asalariados «a domicilio». Bordar, coser «para afuera», o sea, para alguien que luego revendía. La mamá de Beatriz «trabajaba tejiendo para una señora en el centro que tenía un comercio y exportaba los tejidos, [...] incluso yo que estuve sin trabajo una época, me puse, aprendí y tejía con ella...». Edelweiss recuerda que su mamá «...bordaba en la máquina, de un registro que te daban las cosas cortadas [...] y empezó a sacar cosas para bordar a mano que bordaba yo [...] Después me enseñó a bordar a máquina. Y yo seguí ayudándola durante toda la escuela...», o sea, de niña.

Diversidad de negocios o emprendimientos se establecían aprovechando las instalaciones del hogar: peluqueras, planchadoras, costureras, bordadoras, tejedoras con agujas, telar o crochet. Dictaban clases de corte y confección, de guitarra, de dibujo y pintura o ayudaban a niñas y niños con los deberes enviados desde las instituciones educativas. Otras se dedicaban a diversas prácticas de sanación y «brujerías», «tirar el cuerito», o curar el «mal de ojo». También había parteras. Muchas mujeres se desempeñaban en la lavandería manual: se lavaba y planchaba la ropa de familias acomodadas del barrio, o ropa vieja para alquilarla como *trapos* en el manejo de las máquinas dentro de fábricas, o la indumentaria de clubes de fútbol del barrio. En su casa de la calle Haití, Ana Palinski atendió un almacén desde 1964 a 1985 donde «se vendía, yo qué sé, desde elástico hasta lo más necesario para la casa». Estos emprendimientos comerciales permitían a las mujeres no descuidar los mandatos que la responsabilizaban del trabajo doméstico cotidiano y no exponerse a la vía pública.

Numerosas tareas descritas aquí, son detectadas en los intersticios de los testimonios, no son recordadas fácilmente y no son visibilizadas como aportes significativos, sin embargo, sostenían la economía familiar. Una expresión común en las entrevistas es «mi mamá se revolvió».

La inevitable *necesidad* del trabajo extradoméstico de las mujeres

Las controversias suscitadas en otras partes del mundo acerca de la pertinencia de las mujeres en el mercado de trabajo extradoméstico asalariado, también se dieron en Uruguay (González Sierra, 1994b; Lavrin, 2005). Desde 1940 el país transitó por cierta prosperidad económica, pero desde alrededor de 1955 se asistió a un persistente estancamiento productivo y el salario real comenzó a descender paulatinamente hasta acentuarse hacia la década del setenta. En todo el período, se registraron progresivas incorporaciones de mujeres al mercado de trabajo extradoméstico y asalariado. Según Alicia Melgar y Ana María Teja, «Entre 1968 y 1983 la tasa bruta de actividad femenina pasa del 18,9% al 28%, mientras que la tasa masculina prácticamente no tiene variación». Resulta particular, sin embargo, que las mujeres no lograron

abatir las tasas de desocupación (1985, p. 26) Al igual que los varones, ellas también comenzaban a trabajar desde muy jóvenes.

La norma social de género que impone que el varón es el proveedor del hogar, genera que las mujeres en general afirmen que trabajan fuera de casa «por necesidad». Esta ofició de «...válvula de escape que permitió legitimar el descuido de los deberes y de las obligaciones maternales...» (Lobato, 2004, p. 146). En algunos testimonios cerrrenses se refleja un aspecto del que habla Lizel Tornay: frente a la pregunta de cómo la persona comenzó a trabajar, la respuesta muchas veces refiere al por qué (2009). O sea, el discurso de las cerrrenses insiste en justificar «el tener que salir a trabajar» para «ayudar» o «aportar en casa». La «necesidad tenía entonces el poder de atenuar las tensiones originadas por su condición de mujeres que trabajan», además de «justificar y legitimar su ingreso a espacios definidos en términos de masculinidad» (Lobato, 2007, p. 31). El trabajo extradoméstico de las mujeres era considerado transitorio y complementario al principal ingreso del varón.

En las entrevistas se constataron otras conductas de autoinvisibilización. Las mujeres restan importancia a sus trabajos llegando incluso a ocultarlos en el discurso con el fin de no opacar el lugar de privilegio que el varón debe tener en ello. Que el varón no sea «trabajador», o que circunstancialmente no tenga acceso al trabajo, está mal visto, constituye una deshonra. Incluso mujeres jefas de hogar tienen dificultad para relatar los trabajos que inexorablemente debían emprender para llevar adelante el hogar. Escasas son las mujeres que recuerdan y relatan lo que Edelweiss: «Empecé a trabajar porque yo quería hacer un viaje a Alemania a conocer mis raíces, conocer a la familia de mi padre».

Más que el casamiento, lo que alejaba a las mujeres del trabajo extradoméstico era la maternidad. Muchas de sus trayectorias laborales dependían de las decisiones de los varones: «me dijo que no trabajara más», «no me dejó trabajar más», dicen. Gladys Zapata afirma que cuando nació su primera hija en 1966 «ya dejé... me quedé de ama de casa, hasta que mi marido me dejó en el 84 que entré [a trabajar] a Calforu». Estas decisiones que se perciben como acciones protectoras, constituyen un paternalismo que resta autonomía y nos hablan de las normas sociales de género que son internalizadas. Se desprende de las entrevistas que incluso hijas e hijos preferían que las madres no saliesen a trabajar, por lo que procuraban «que no le falte nada».

La fuerza laboral femenina se incrementó en momentos de estancamiento económico del país en los años sesenta y setenta, asistiendo así a procesos de feminización del trabajo y también de la pobreza (Prates y Taglioretti, 1978, p. 56). La vecina Inés Kamandulis afirma que

las señoras no trabajaban hasta que por aquí hubo un punto de inflexión [...] llegó un momento, por los años setenta, [...] ya habían cerrado los frigoríficos, había mucha menos capacidad económica [...] ahí la mujer se tuvo que

poner los pantalones y salir a laburar, pero no podían dejar la costumbre anterior, entonces las mujeres se destripaban porque tenían que hacer una cosa y la otra y la otra y la otra...

También aumentó el flujo de migración campo-ciudad, proceso que se constata en muchas de las historias de vida relevadas. Factores como el menor acceso a la tierra y menor demanda como fuerza de trabajo, generaban una alta expulsividad poblacional rural, que afectaba en especial a las mujeres (Prates y Taglioretti, 1978, p. 10).

El trabajo extradoméstico asalariado de las mujeres era variado. El desarrollo industrial urbano, el crecimiento del sector terciario, los servicios sociales y empleos públicos posibilitaron el aumento de la participación laboral de las mujeres, concentrándose en ocupaciones «femeninas»: tiendas, oficinas públicas, docencia, servicios de salud y cuidados. En el Cerro existían varias dependencias de Salud Pública: un dispensario, dos Casas-Cunas, dos Gotas de Leche, un Dispensario Antituberculoso, una policlínica (suplemento «Barrios de mi ciudad», *El País*, 1964). En boletines y revistas barriales se aprecia la amplia variedad de comercios instalados en el Cerro a través de los anuncios clasificados: camiserías, mercerías, peluquerías, almacenes o puestos de frutas y verduras, lecherías, casa de venta de café y té, provisiones, fábrica de pastas, zapaterías, panaderías, confiterías, pescaderías, florería, bodegas, heladería, juguetería, salones de lotería, quiniela, tintorería, bancos, bazar, farmacias, casa de joyas, radio-tv-electricidad, mueblerías, entre otros (*Revista de la Comisión de Fomento Edilicio y Social del Cerro*, 1965-1967 y boletín *Nuestra Señora de la Ayuda*, 1956-1958).

Las mujeres eran especialmente requeridas para la atención del público o limpieza. Incluso en comercios que pueden ser asociados a oficios atribuidos por la sociedad al género masculino: taller mecánico o de chapa y pintura, colchonería, carpintería, taller de bicicletas, mecánica industrial, metalúrgica, ferretería, carnicerías.

Echaré una fugaz mirada al servicio doméstico y luego me adentraré en el trabajo al interior de la industria frigorífica.

Aproximación al servicio doméstico

El servicio doméstico, o sea, los quehaceres del hogar ajeno o «en casa de familia» según la expresión popular, era un trabajo hecho exclusivamente por mujeres. El «servicio doméstico pedido» en la prensa requería «sirvientas», «mucamas», «cocineras», «limpiadoras», «lavanderas», «planchadoras». A su vez, era habitual la solicitud de «muchacha» o «chica» «para todo trabajo» o para «todo menos cocinar», «para algún quehacer», «para cuidar niños».

Las cerrenses, así como otras mujeres de barrios trabajadores, se incorporaban al servicio doméstico desde la adolescencia, y este era para muchas la

primera modalidad de empleo, o la que podían acceder con mayor facilidad a lo largo de sus vidas. Implicaba limpiar, lavar, planchar, atender a hacer mandados o elaborar la comida.

El servicio doméstico se desarrollaba dentro y fuera del Cerro. Podía ser «por jornada», o sea, algunos días de la semana o del mes, «con retiro» si se cumplía un horario más o menos similar en el correr de los días de la semana, o «sin retiro» —también llamado «con cama»— donde la trabajadora permanecía en su lugar de trabajo retirándose cuando le correspondía —o cuando los empleadores le permitían— descansar. Esta última modalidad posibilitaba a muchas el ahorro del techo y la comida, facilitaba el arribo a quienes llegaban desde el interior del país, a la vez que para las adolescentes suponía un alivio en la menguada economía familiar, al no contar con una de sus integrantes y que no las exponía a andar en la calle, siendo «protegidas» en la «casa de familia». En todas las modalidades, se advierte que a las mujeres se les podía admitir que concurren con sus hijas e hijos. Gladys Zapata, no contó con su madre y su padre desde pequeña y vivió junto a otros familiares. De escasa escolarización, hacia los trece años hacía limpiezas y atendía al público en algunos comercios del barrio (panadería, barraca, tienda). Desde los quince hasta los dieciocho años trabajó «con cama» en «casa de familia» de Pedro Ferrés en Punta Yeguas. «Ahí tenía que bañar a doce gurises... ellos tenían la cocinera, [...] vestirlos para ir a la escuela y hacer todos los dormitorios, lavar todos los pisos...». Trabajaba de lunes a sábado, descansaba «solo el domingo y a las seis de la tarde ya te venían a buscar porque había que mirar si todos los gurises tenían todos los útiles, las tunicas arregladas y eso». Además «los sábados iban todos a la casa de la abuela, entonces cada sirvienta, cada cuidadora de los gurises, vos los tenías que cuidar [...] millones de juguetes [...] a los botijas les gustaba andar a caballo...».

Generalmente se accedía por «recomendación», o sea, por el reconocimiento público de la vecindad o de familiares. Las condiciones de trabajo, el salario, los descansos y las tareas dependían, en gran medida, de lo que dispusieran los empleadores. Era un trabajo «en negro», o sea, no se pagaban aportes a la seguridad social ni otro tipo de derechos como, por ejemplo, el aguinaldo, dependían de la voluntad de los empleadores. El servicio doméstico es un trabajo caracterizado por arbitrariedades, irregularidades e implicaba para algunas mujeres, la exposición a diversos abusos, incluso sexuales, por parte de empleadores varones.

Friyeras: sesgos de género en los frigoríficos

La carne y el trabajo en los frigoríficos estructuraron una gran proporción la vida cotidiana y la identidad del Cerro. Siendo que «En la fábrica, como en la escuela y en la familia, se inculcan ciertas normas y valores que, con el tiempo, son consideradas naturales» (Lobato, 2000, p. 96), atenderé aquí a

los lugares y experiencias de las mujeres dentro de ese proceso productivo y a las marcas de género que impregnó el trabajo industrial. Los frigoríficos del Cerro se erigían como «moles de cemento» de varios pisos donde trabajaban miles de personas. Además de la ganadería, las plantas frigoríficas se encargaban de industrializar una gran cantidad de productos del mundo agropecuario (frutas, verduras). También involucraba gran volumen administrativo.

La división sexual del trabajo dentro de los frigoríficos

Carecemos de datos cuantitativos certeros sobre el personal que trabajaba en los frigoríficos del Cerro, aunque se contaban por cientos y hasta en miles de personas y sabemos que la mayoría eran varones. Para el Frigorífico Anglo de Fray Bentos, el antropólogo Javier Taks calcula que entre 1946 y 1978, «el porcentaje de mano de obra femenina con respecto al total se mantuvo en torno del 16%...» (1999, p. 218).

Al interior de los frigoríficos se establecía una división sexual del trabajo que reproducía y profundizaba los estereotipos de género de la sociedad. Los varones desarrollaban tareas consideradas de fuerza, rudeza y las mujeres tareas de motricidad fina, pero esta descripción es insuficiente y no se ajusta a algunas realidades constatadas.

Las mujeres se concentraban en determinadas secciones. Una de ellas era las conservas donde se producían, envasaban y guardaban en depósitos para la exportación y el mercado interno, carnes deshuesadas, extracto de carne y una amplia variedad de frutas y legumbres del mundo agropecuario. En el Frigorífico Swift, María Camou verificó que «La sección conservas empleaba un mayor porcentaje de mujeres (33%)» (2010, p. 25) Un documento de empresa del Frigonal titulado «3.^a División. Direcciones del Personal obrero. Frigorífico Nacional», relativa a conservas de carnes, frutas y vegetales, hojalatería, y dos secciones de deshuesado de carnes, contenía alrededor de un 40% de mujeres.⁵

Otras secciones con abundancia de mano de obra femenina era la hojalatería (donde se armaban las latas o tarros para los diversos productos), el etiquetado de los productos, costura de uniformes, sacos para el personal y de las distintas bolsas para la envoltura de las carnes. Limpiaban y cortaban la carne con cuchillos o se desempeñaban en las secciones de tripería donde se lavaban y seleccionaban las vísceras de los animales faenados (imagen 1), en curtiembre, menudencias, despostada. La gran cantidad de obreros y obreras y empleados y empleadas requería de trabajo administrativo donde también se desenvolvían muchas mujeres. Violeta Guevara relata que ingresó con

5 Archivo FOICA-A. El documento no tiene fecha, pero según la consulta y contraste de fuentes, podría ser de finales de la década del cincuenta.

dieciséis años a la sección de jubilaciones donde se requerían conocimientos de inglés, dactilografía y taquigrafía.

Así como sucedía con los obreros, las obreras podían transitar por varias secciones del frigorífico. Por ejemplo, Eva López Luna recorrió hojalatería, dulce, conserva, empackado, control de calidad (supervisión del estado de las latas para envasado). Pero existían secciones donde no aparecen o su presencia es marginal, por ejemplo la matanza. Lo mismo sucedía con las cámaras de frío y los propios obreros defendían que «En el “frío” —por la dureza extrema del trabajo— no puede operar personal femenino» (*El Popular*, 3/6/1961, p. 5).

Imagen 1.
Mujeres trabajando en la sección tripería
de Establecimientos Frigoríficos del Cerro Sociedad Anónima



Fuente: *EFCSA*, 1/1961, p. 7.

El salario de las mujeres en la industria frigorífica era menor al de sus compañeros varones, además de que, como ya se mencionó, existía segregación ocupacional por sexo, ya que a las mujeres se las excluía de ciertas ocupaciones y se las concentraba en las de menor remuneración.

En un «Libro de liquidación sueldos frigorífico Artigas 1.^{ra} quinc. 1956», se pueden apreciar las diferencias salariales al interior de todas las secciones o «Departamentos» (Archivo Museo de la Revolución Industrial ex Frigorífico Anglo en Fray Bentos-Río Negro). Para todos los casos, la *tasa* salarial por hora de las mujeres es menor a la de los varones, incluso, en secciones donde el valor de la hora era mayor, las mujeres no existían o percibían un salario menor. Veamos lo que sucedía en la subdivisión «N.º 1» del Libro de Liquidaciones. Allí constan cuatro departamentos con la distribución que se muestra en el cuadro 1.⁶

6 Se traducen los nombres que en el *Libro de Liquidación* aparecen en inglés.

Cuadro 1.
Tasas salariales del Frigorífico Artigas

| Departamento | Cantidad de trabajadores/as según sexo | Tasa |
|--|--|-------------------|
| Cattle killing and dressing (matanza y faena de ganado) | 104 varones | 1,64 |
| | 2 mujeres | 1,48 |
| Cleaning and oiling trolleys beef (limpieza y aceitado de vacunos) | 1 varón | 1,64 |
| Veterinary (Veterinaria) | 5 varones | 1,64 |
| Sheep killing and dressing (matanza y faena de ovejas) | 55 varones | Entre 1,64 y 1,82 |
| | 9 mujeres | 1,48 |

Connotaciones de género en el trabajo: lo calificado y no calificado

Las tareas realizadas por obreras y obreros dentro del frigorífico eran apreciadas de modo diferente, descalificando el trabajo de las mujeres y sobrevalorando el de los varones, además, el tipo de trabajo favorecía el predominio de las características masculinas. Esto se traducía en salarios diferenciados y menores para las mujeres y en los lugares inferiores o subordinados que ocupaban al interior del frigorífico.

Liria Rodríguez, obrera en EFCSA entiende que «eran hombres machistas ahí y más ese tipo de trabajo...» La expresión «más ese tipo de trabajo», habla de que el trabajo dentro del principal sector productivo del país, que implicaba industrializar un importante componente de la dieta de uruguayos y uruguayas, era considerado de varones, «de machos». En su interior «La capacidad para matar se constituyó en el elemento distintivo de una actividad laboral» (Lobato, 2019). Existía una estrecha relación entre animal, varón, violencia, empezando por la forma de dar muerte a los animales que era a través de un golpe en la cabeza con un marrón. Un artículo de la revista EFCSA afirma que «El personal especializado de la llamada playa de matanza no se improvisa y constituye el capital más valioso de la industria de la carne» (EFCSA, 15/6/1961, p. 26).

Se encumbra el trabajo de los obreros de la playa de matanza y si bien se afirma que era un trabajo *especializado*, el mismo se aprendía en la práctica. El obrero Pochito Márquez se jacta: «Ya no juntaba carne abajo de la mesa. Ya estaba en la matanza». Otros oficios destacados son los de matambrosos, troperos, marroneros, temperaturistas.

Taks, para el caso de Fray Bentos, utiliza la expresión «descalificada» (1999, p. 220), mientras Camou para el Swift (2010, p. 25) y Lobato para sus estudios sobre Berisso, las mujeres obreras realizaban tareas consideradas no calificadas. No obstante, la historiadora Mirta Lobato advierte que: «la categoría de “calificado” no era puramente técnica, sino que se basaba en un sistema de valoraciones aplicado de manera desigual de acuerdo al sexo del trabajador» (Lobato, 2007, p. 88).

Lo calificado no implicaba, necesariamente, experiencia laboral previa, ni mucho menos estudios, las habilidades que lo componían se adquirían en la práctica. Se entendía como calificado el trabajo que insumía fuerza y utilización del cuchillo. La mayor parte de esos trabajos eran realizados por varones, pero las mujeres también hacían esfuerzos físicos y muchas trabajaban en secciones que requerían manejo del cuchillo, pero el significado para unos y otras era diferente.

Liria Rodríguez relata el esfuerzo que insumía su tarea «el trabajo ese, toda la fuerza la llevaba en las piernas, porque vos tenías que afirmarte, [...] tenías que agarrarlo y darle fuerte, yo no sé ni cuanto pesaba, pero era semejante coso así de carne [...] terminaba agotada...». Manipulaba cuchillos para trabajar con «la carne grande». Aprendió a hacer los *boneless*, «es la cuarta de la vaca, te dan esa cuarta res y tenés que sacarle las venas, sacarle las glándulas, sacarle todo, dejarla toda prolija, ya viene sin la parte del cuarto [...] después hacía todo tipo de carne [...] los lomos, las bolas de lomo, la carne cuadrada...». En secciones de frutas y hortalizas también se utilizaban cuchillos: «El trabajo de separar el carozo se hacía manualmente usando una cuchilla ingeniosa...» (Malagraba, 1993, p. 48).

Muchos varones trabajaban en secciones desde las que se hacía llegar la carne a donde estaban las mujeres. Liria cuenta que

estaba la cinta y arriba estaban los hombres que eran los que te cortaban [...] Entonces venía por la cinta y vos lo tenías que chapar, agarrarla, viste y trabajábamos en una mesa, vamos a poner las mujeres, trabajábamos entre mujeres, una mujer de un lado y otra mujer del otro, con un gancho engan-chábamos para sacarle las venas, para sacarle los sellos, para sacarle todo lo que era deshecho, dejarla bien limpita.

La utilización del cuchillo por parte de los varones era motivo de orgullo, incluso fuera del ámbito laboral. Varios son los testimonios que aluden a los *naifés* que llevaban en su vida cotidiana por el barrio y que a veces utilizaban para resolver cuestiones personales.⁷ Sin embargo, para ellas no significaba motivo de presunción. Liria sí identifica que «el cuchillo era lo

7 *Naifé* es una deformación popular que deriva de la palabra en inglés *knife* que significa ‘cuchillo’.

que te pagaban más», por lo que había una asociación directa entre jerarquía de tarea y salario.

En el artículo de EFCSA ya citado se afirmaba que «Todos los hombres y las mujeres son útiles en esta colmena laboriosa» (EFCSA, 15/6/1961, p. 26). Si bien se reivindica a las mujeres, se lo hacía desde el trabajo conjunto, comunitario, complementario, mientras que la imagen y parte del texto elogia un trabajo desarrollado esencialmente por varones. Las leyendas de las diferentes fotografías publicadas en la revista son elocuentes al destacar cualidades que son adquiridas en el ámbito doméstico, o sea, labores que «estaban relacionadas con actividades que también desarrollaban en el hogar. Cortar carne en trozos, desgrasar, atar, lavar...» (Lobato, 1990, p. 184) Se resalta «el aseo, la limpieza, el orden y la autodisciplina [...] la blancura inmaculada de las cofias y guardapolvos». Las «manos femeninas» son objeto de exaltación permanente para «ciertos trabajos minuciosos y prolijos». También se subraya que las mujeres «practican el calibrado, una de las etapas finales del largo y complicado proceso de la sección tripería» (imagen 1).

Imagen 2.

Mujeres trabajando en la sección conservas



ENTARRANDO CONSERVA LA CONSERVA EMPLEA MUCHA MANO DE OBRA FEMENINA. EL ASEO, LA LIMPIEZA, EL ORDEN Y LA AUTODISCIPLINA DEL PERSONAL DE LA CONSERVA LLAMA LA ATENCION DE CUANTOS HAN VISITADO LA PLANTA ARTIGAS DE EFCSA. EL CUADRO QUE VEMOS EN ESTA FOTO PARECE MAS UNA ESCENA DE LABORATORIO QUE UN LUGAR DE TRABAJO DE LA GRAN FABRICA. LA BLANCURA INMACULADA DE LAS COFIAS Y GUARDAPOLVOS HABLA CON MAS ELOCUENCIA QUE TODAS LAS PALABRAS. ESTAS MANOS FEMENINAS CONSTITUYEN UN ENGRANAJE MAS A LA VASTA Y COMPLEJA TAREA DE TRANSFORMAR EN RIQUEZA PARA EL PAIS EL DESCARTE DE LA GANADERIA.

Fuente: EFCSA, 2/1961, p. 7.

La fábrica reforzaba las consideraciones sociales patriarcales a través de formas de trabajo que marcaron una cierta forma de representación de los géneros.

En varias entrevistas se expresó que «las mujeres trabajaban a la par de los hombres», o sea que la vara de medir, el canon es el varón. También surgieron manifestaciones paternalistas de protección al trabajo de las obreras. Juan Pedro Baggio señala que su padre siendo capataz de la sección conservas del

Frigorífico Swift, tenía preocupación de que las mujeres trabajaran de pie, ante lo cual consiguió taburetes, «las mujeres podían estar sentadas en la línea cuando estaban corriendo tarros», al tiempo que destacaba la eficacia productiva de tal decisión: «Fíjate cuánto más rinde esa mujer sentada que parada».

Relacionamiento cotidiano y representaciones de género

Al ser grandes construcciones, muchos espacios o secciones de los frigoríficos llegaban a albergar cientos de personas. Tal y como lo muestran las imágenes, el trabajo estaba marcado por la línea continua o noria, y era de muy estrecha cercanía entre los cuerpos.

Existían ciertas relajaciones de costumbres entre varones y mujeres dentro del trabajo, pero también se cometían abusos o acosos. Esta realidad se manifestó en un número de la revista *EFCSA* de 1961, según reza en la leyenda de la imagen 3: «ahora no necesitan defender su dignidad del *capanga* grosero. Eso ya pasó a la historia. Ahora somos todos compañeros». Según los testimonios, los abusos, no solo provenían de *capangas*, encargados, capataces, dueños, sino también de los propios compañeros. La expresión *Ahora todos somos todos compañeros* parece marcar un antes y un después que elimina cualquier posibilidad de abusos de los compañeros varones hacia las mujeres y por lo tanto ya no habría lugar a quejas.

Imagen 3.

Mujeres y varones trabajan en una misma sección del frigorífico



LA MUJER PROLETARIA EN LOS FRIGORÍFICOS CONSERVADOS TRABAJAN MUCHAS MUJERES PARA CIERTOS TRABAJOS. MINUCIOSOS Y PROLIJOS, LAS MANOS FEMENINAS SON MÁS HABLES QUE LAS MASCULINAS. AQUI VEMOS UN GRUPO DE COM-

PAÑERAS SORPRENDIDAS EN PLENA TAREA. DESAPARECIO EL TEMOR, EL DOLOR Y LA TRISTEZA DE LOS ROSTROS. AHORA SON FELICES: TRABAJAN EN SU FABRICA... Y AHORA NO NECESITAN DEFENDER SU DIGNIDAD DEL CAPANGA GROSERO. ESO YA PA-

SO A LA HISTORIA. AHORA SOMOS TODOS COMPAÑEROS Y CADA CUAL CUMPLE SU FUNCION TECNICA O MANUAL CON DIGNIDAD SOCIETARIA. DESAPARECIO EL PATRON Y LOS SOPLONES Y ABUSADORES YA NO SON NECESARIOS.

Fuente: *EFCSA*, 2/1961, p. 5.

Si bien el compañerismo y el respeto son aspectos resaltados por trabajadores y trabajadoras, no implicaban igualdad, ni horizontalidad.

Principalmente los varones, identifican el respeto hacia las mujeres con la precaución de no mencionar *malas palabras* o *palabras inconvenientes* delante de ellas. Entre los varones obreros, los apodos, los chistes y los *judeos* eran habituales.

El trabajo en los frigoríficos reforzaba las características consideradas masculinas y femeninas. Lo que resultaba beneficioso para los varones, no lo era para las mujeres. Lo que fortalecía la virilidad, debilitaba la femineidad. Trabajar en un frigorífico implicaba el habitual contacto con excrementos, sangre y otros fluidos, además de olores nauseabundos que no afectaban a la masculinidad, pero sí a la femineidad porque no coincidía con los parámetros dominantes. Liria reflexiona e insiste en que «realmente hacíamos trabajos de hombres, eran trabajos de hombres...». El conocimiento público de estas características en el trabajo de la fábrica generaba que algunas familias no quisieran o resistieran el ingreso de las hijas mujeres a estos «lugares donde había muchos varones y eso no era bien visto».

Explotación sexual en el Cerro

En la línea de rescatar, visibilizar los trabajos, labores, formas de subsistencia de las mujeres y a las relaciones intergeneracionales, es que surge el estudio y esta aproximación a la explotación sexual de sus cuerpos.

A nivel historiográfico, los escasos, pero relevantes estudios se ciñen a las primeras décadas del siglo xx y apenas esbozan líneas sobre la década del sesenta (Barrán, 1992; 1993; 1995; Trochón, 1998; 2003; 2006). Menos aún existen abordajes históricos de espacios barriales concretos a excepción de los que atañen a la zona de El Bajo.⁸

Según la antropóloga Susana Rostagnol, «La prostitución se sitúa en la intersección entre sexo, sexualidad, trabajo, poder, relaciones de género, por lo tanto constituye un nudo desde donde es posible analizar todas las relaciones sociales. Se trata de un fenómeno social extremadamente complejo que toca aristas muy profundas en la sociedad, con múltiples derivaciones. [...] Se trata de un fenómeno de difícil definición, atañe a la economía, al trabajo, a la sexualidad, a la moral, a las relaciones de género» (2000, p. 89). Por tanto, estudiar la prostitución permite entender y explicar aspectos estructurales de la vida humana.

Las fuentes que alimentan esta parte de la indagación son con certeza escasas: no fueron hallados datos estadísticos o censales sobre el Cerro, las

8 El Bajo era una zona de la Ciudad Vieja que un reglamento de finales del siglo xix reservó en forma exclusiva para la instalación de prostíbulos. También existían cabarets y lugares de juego clandestino. La zona fue demolida hacia finales en las décadas del veinte y del treinta del siglo xx para construir lo que actualmente es la Rambla Sur. Ver entre otros: Trochón (2003).

fuentes escritas primarias y secundarias son mínimas y las fuentes orales no provienen de personas directamente involucradas (mujeres prostituidas, varones declarados como prostituidores, proxenetas, agentes de servicios adyacentes), sino de cerrenses que dan cuenta de la existencia de la prostitución. A pesar de ello y con ello, lo que propongo es una reconstrucción histórica del ejercicio de la prostitución en un barrio de Montevideo con un abordaje más bien empírico, donde presento lo hasta aquí recabado: los lugares identificados, las modalidades de explotación y las representaciones de la prostitución. Al no contar con la voz de las y los sujetos concretos, el análisis será a partir del campo de las representaciones sociales, entendidas estas como el sentido común construido a nivel individual y social sobre un fenómeno que se manifiesta en el colectivo. A través de las representaciones sociales las personas interpretan y conocen la realidad cotidiana. Son un conjunto de significados, sistemas de referencias que permiten interpretar lo que sucede y brindar un sentido, son categorías que sirven para clasificar circunstancias, fenómenos, a las personas circundantes (entre otros, Jodelet, 1986).

Lugares y modalidades

En Montevideo, hacia 1965, algunos artículos del semanario independiente de izquierda *Marcha*, consignan que eran miles las mujeres prostituidas en Montevideo, además de señalar ejemplos de trata (*Marcha*, 2/4/1965, p. 11, 3/9/1965, pp. 14-15 y 24/9/1965, p. 32). La Ciudad Vieja continuaba siendo una zona de importante concentración de prostitución y según algunos indicios, en los años sesenta se incrementó la prostitución callejera y ello fue incluso, tema de preocupación y debate (*El Diario*, 28/2/1970, p. 17; Vidart, 1969, pp. 46-47; Trochón, 1998, p. 92).

Acercando el foco de estudio en el Cerro de Montevideo, según la historiadora Yvette Trochón, hacia 1927 muchos prostíbulos de la Ciudad Vieja cerraron sus puertas y se trasladaron a los suburbios de la ciudad, «muchas de las prostitutas del Bajo se establecieron en la Unión y el Cerro, zonas de rápida expansión y de gran actividad comercial o frigorífica» (Trochón, 2003, p. 225). Los lugares con concentración de varones son generadores de explotación sexual. Una vecina cerrense recuerda a una mujer prostituida del barrio: «Después cuando vino la gente de la obra, ¡pah! le dio...», en alusión a los trabajadores de la construcción de las viviendas de los Palomares de Cerro Norte en los primeros años de la década del setenta, proceso abordado en el capítulo de Francis Santana. Es posible suponer que la existencia de las grandes plantas frigoríficas, con importante cantidad de varones congregados allí, haya sido un espacio propicio, «un caldo de cultivo» para el desarrollo de la prostitución en el barrio.

Las fuentes disponibles identifican con claridad dos prostíbulos en el Cerro en los años sesenta. Por un lado, «lo de la Ronca» o «bar de la Ronca», prostíbulo y lugar de timba clandestina ubicado en lo que hoy se conoce como barrio La Boyada, más allá de Cerro Norte, muy cerca del Cuartel del Grupo de Artillería n.º 1, Brig. Gral. Manuel Oribe sito en Av. Dr. Santín Carlos Rossi. La «Cueva de la Ronca» y su entorno, eran punto de noticias de tipo delictivas y de sucesos de violencia de género. Un cerrense entrevistado describió el lugar como «un ambiente de la mierda, pah, un ambiente que, ah, [...] ahí era un ambiente...violento...».

Por otro lado, el denominado Conventillo del *Turco* Talha, era una precaria edificación de varias habitaciones ubicada en las calles China y Puerto Rico. El periodista y cronista cerrense Juan Carlos Nusa lo reseña en dos artículos del periódico barrial *Cosmópolis*. En uno de ellos, realiza la crónica «Varias generaciones de cerrenses lo recuerdan. El *quilombo* de China y Puerto Rico» (*Cosmópolis*, 21/12/2000, pp. 8-9), título que en tono nostálgico señala el arraigo de dicho lugar en el barrio. Entre otras descripciones, se revelan las infracondiciones en las cuales se explotaba a las mujeres: «antiguo conventillo de paredes y techos de chapas», una «vetusta edificación» que se constituía de «lúgubres piezas» con ausencia de condiciones de salubridad y «con cables de entrada de luz en pésimas condiciones». Además, una entrevistada recuerda que «era todo feísimo, zaparrastroso... yo creo que ni piso tendría». En setiembre de 1956, el boletín de la parroquia Nuestra Señora de la Ayuda (ubicada en la calle Bogotá 3585), consideraba como «Situación intolerable. [...] la que está sufriendo el vecindario de la calle China entre Cuba y Puerto Rico, por parte de personas entregadas a la explotación de costumbres indecorosas». Exhortaba a «preservar nuestro medio de estos antros de corrupción» y del «infame negocio,» a la vez que alerta que «hay dos o tres» lugares similares que restaban salubridad y honor al Cerro. El mensaje religioso emplea adjetivos criminales y delictivos para referirse a unas imprecisas «costumbres indecorosas» que quedan a consideración de la imaginación, el sobreentendimiento de quien leyese el artículo, además de señalar a la prostitución como un problema de salud y moral para el barrio.

Si bien el gueto «de la prostitución» asentado en el Bajo de Montevideo se desmanteló hacia las décadas del veinte y treinta, la zona continuó manteniendo el negocio sexual, además de otros locales donde tocaban orquestas. Algunos cerrenses concurrían allí, dos de ellos recordaron al cabaret Moulin Rouge.

Además, en algunas entrevistas se mencionó la existencia de mujeres en situación de prostitución de forma individual (sin estar en un prostíbulo), o recuerdan a «la prostituta del barrio», que ejercían en lugares abiertos: en el garaje de una casa, en la calle, debajo del tablado de carnaval. También se indicó que podían llegar a entregar a sus hijas e hijos a familias o al Instituto Nacional del Menor (Iname), lo cual evidencia la ausencia de métodos

anticonceptivos.⁹ Se presume que algunas mujeres lo realizaran de forma esporádica, ocasional, en momentos de carencia económica.

No es prostíbulo, no es prostitución y no son proxenetas

Consultado un cerrense que concurrió en varias oportunidades al Bar de La Ronca, según dijo, «a timbear», acerca de la gente que frecuentaba el lugar, contestó: «milicos, cafiolos, malandros» y enfatiza, «había mucho cafiolo». También se le preguntó si la Ronca era la dueña, ante lo cual tenía dudas, «La dueña... la dueña era la que regenteaba ahí...». En *Cosmópolis*, se alude al Bar de La Ronca como un «lugar de distracción» donde «se tejieron innumerables historias de la vida ciudadana». Allí «funcionaba servicios de cafetería, sala de juegos, peñas folklóricas, *dancing room* y *night club*, pero [...] todo era ilegal...». Según varias fuentes, Matilde era el nombre de La Ronca y Nusa afirma «...era muy querida en el barrio por sus dones solidarios [...] fundamentalmente con los niños carenciados, a quienes recogía y alimentaba. Ella que siempre estuvo rodeada de gente, murió en la mayor de las soledades» (*Cosmópolis*, 2/2/2001, p. 3).

Por otro lado, el Turco se llamaba Mohamed Efendi Talha Cheno, había nacido en Siria en 1895 y llegó al Cerro en 1931. Trabajó como calderero en el dique nacional, pero también se lo asocia a negocios de dudosa legalidad como la elaboración de chorizos caseros en los años cincuenta (*Cosmópolis*, 21/12/2000, pp. 12-13). En el periódico barrial se consigna que «la función» del Turco Talha,

se limitaba a alquilar las piezas por días, y previo pago adelantado por cualquier señora interesada en ocuparlas. De ninguna manera podrá ser considerado el Turco como un proxeneta ya que a él no le interesaba ese negocio, solo pretendía arrendar las piezas a precios muy interesantes y, naturalmente, que el negocio caminara, pero esto ya no dependía de él (*Cosmópolis*, Montevideo, 21/12/2000, pp. 8-9).

Fue posible observar una tendencia a evitar denominar las cosas por su nombre y recostarse en eufemismos o lenguaje por momentos velado, despojando así de su verdadero espíritu y entidad a todos los componentes del mercado del sexo. Consultado sobre la prostitución en el Conventillo del Turco Talha, un cerrense contestó: «...prostitución [duda]... había tres, cuatro locas ahí, pobres mujeres...», similar fue la respuesta de otro entrevistado al referirse al Bar de La Ronca: «Ahí tenía chicas, había entre las chicas había,

9 Una cerrense entrevistada por Tania Rodríguez relata haber sido entregada por su mamá que estaba en situación de prostitución a una familia del barrio.

doce dientes, si vos vieras las chicas lo que eran, era para morirse». Para estos vecinos cerrenses el nivel de las mujeres prostituidas allí no alcanzaba para considerarlo como prostíbulo.

En las entrevistas, han sido los varones quienes brindan mayores indicios, direcciones, o descripciones relativas a la prostitución, pero alegan que su relato se origina en lo que otros le han contado y no en su propia experiencia. Ninguno de los varones entrevistados o consultados por el equipo de trabajo, afirma haber desarrollado esta práctica. Varios relatos recurren a la resignación: «y...siempre existió...», «es la profesión más antigua del mundo». El hecho de que la prostitución como realidad social haya existido históricamente sirve como justificación de la imposibilidad de alterarla, naturalizándola como «un mal necesario», sin atender a las acciones de los sujetos y menos aún a las estructuras sociales o culturales que la determinan. Todo ello arraigado en la vigencia de una doble moral sexual que concibe a las mujeres «de bien» como seres asexuados y a los varones como poseedores de un deseo sexual «irreprimible o «incontrolable». Si bien estas consideraciones justifican las acciones de los varones, no sucede lo mismo con las mujeres prostituidas, que como se verá, son denigradas y menospreciadas.

A partir de uno de los artículos del periódico barrial y de algunas referencias orales, fue posible identificar a ciertos agentes laterales de la explotación sexual. Según el artículo de *Cosmópolis* sobre el Conventillo del Turco Talha, la prostitución involucraba a otras personas, en esencia, varones que aprovechaban para hacer *changuitas*, conseguir *el manguito* o *el curro* brindando varios servicios. Uno de ellos se encargaba de comprar preservativos en la farmacia más cercana, los integrantes de un «rancho» de la cuadra alquilaban bancos y vendían vino a los varones prostituidores que esperaban ser atendidos, un electricista «también hacía unos pesos a costillas del quilombo» manteniendo la precaria instalación eléctrica. La prostitución es un mercado que involucra a varios círculos concéntricos, sobre todo de varones, que lucran a través de la explotación del cuerpo de las mujeres. Alrededor de la prostitución convergen múltiples actores de la vida pública, creando ese «ambiente» por sobre todo violento, al que se alude comúnmente. Una maquinaria de negocios donde las mujeres son el centro como productoras de ingresos siendo rodeadas por una constelación parasitaria.

Quiénes son ellas

Ya mencioné que no está la voz de las mujeres directamente involucradas en la explotación sexual y que las fuentes son en su mayoría provenientes de varones. Sobre el Conventillo del Turco Talha, en *Cosmópolis* se recuerda a las mujeres explotadas según sus apodos: *La Beba*, *La Juana*, *La Negra*, *La Mascarita*, *La Sorda*, *La Gallega*, arribando a que «A través de los años

hemos llegado a contabilizar a treinta y dos señoras». Según los cálculos hechos por Juan Carlos Nusa, teniendo en cuenta lo que las mujeres debían pagar al Turco, «necesitaban atender a ocho clientes cada una para rescatar la inversión, luego venía la ganancia y la ganancia llegaba, solo se necesitaba paciencia». Así como otros aspectos que se considerarán aquí, llama la atención la ligereza para referirse a la explotación de las mujeres.

Más allá de la veracidad del relato, lo que sí es verídico es la interpretación y por lo tanto la representación sobre esta temática en particular. En general, las representaciones sobre la prostitución refieren a un espacio corroído, inmoral, insano, sucio, de carácter decadente, decadencia que reside en las mujeres, no en los varones. Muchas de las imágenes que se transmiten sobre las mujeres prostituidas denigran y atentan su condición de *sujetas*. Según relatos de varones cerrenses, se caracterizan por sus escasos dientes, ser feas, mentirosas, o seres que no infunden confianza, embusteras, además de constituir un foco de insalubridad con enorme potencial de transmisión enfermedades. Se constató una cierta desfachatez al referirse a la prostitución: «era un quilombo atorrante, viste, de viejas, de... de mujeres... en cuanto a calidad y servicio era mejor el de La Ronca, mejor mercadería ¿no? tenían otro sistema de *marketing*, el Turco Talha era un ordinario, él estaba ahí para hacer un peso», dice un cerrense. Calidad, servicio, mercadería, marketing, inversión, ganancia, las mujeres prostituidas que existen por la acción de los varones, son una mercancía, un objeto sexual.

En ello se observa lo señalado por autoras feministas que califican a la prostitución como una escuela de desigualdad, que «afecta al imaginario» de lo que son las mujeres, de lo que se puede hacer con ellas y refuerza la noción de las mujeres como trozos de carne a los cuales se puede acceder, todas tienen un precio (De Miguel, 2015, pp. 149-180); donde se aplica una pedagogía de la crueldad en la cual los varones son instruidos a normalizar el menosprecio, la deshumanización, a carecer de empatía, a cosificar, a maltratar a las mujeres (Segato, 2018).

Sin menoscabo de lo anterior, también se constató cierta compasión, lástima por las mujeres prostituidas y en el mejor de los casos la alusión a ellas como «las chicas», «las muchachas».

Reflexiones y perspectivas de investigación

Este trabajo ha pretendido visibilizar los trabajos llevados adelante por las mujeres en un significativo espacio barrial de Montevideo. Este afán ha permitido ubicar a las mujeres y a la perspectiva de género en el centro y no en los márgenes del devenir histórico cerrense. La diversidad hallada permite dimensionar en su justo término el rol económico femenino. La descripción y principalmente su interrelación en términos de género arroja significaciones

renovadas y ampliadas del mundo del trabajo. La heterogeneidad de labores del ámbito doméstico, evidencia que lejos de concebirlo como una unidad aislada, es parte de la estructura político-económica de la sociedad barrial. A su vez, se ha avanzado en observar las representaciones de inferioridad e insignificancia que adquirirían los múltiples trabajos desempeñados por las mujeres y las dinámicas que se suscitaban al interior de la industria frigorífica. La indagación posibilitó visualizar otras explotaciones como la prostitución, a la cual estaban expuestas algunas mujeres y de la que muchos varones se aprovechaban. Lo expuesto en relación con ello fue un relato a partir de las escasas, pero importantes fuentes, queda para más adelante otros abordajes o derivas reflexivas en torno a la prostitución en el espacio local de un barrio: partiendo de la hipótesis de que en períodos de crisis económica la prostitución se incrementa, surgen las preguntas ¿qué habrá sucedido con este fenómeno en el Cerro en ese sentido?, ¿qué consecuencias habrá generado en esa modalidad de explotación el desmantelamiento de los frigoríficos y de otras actividades económicas del barrio? También me parece importante prestar atención al lugar que ocupa la mercantilización del sexo y del cuerpo de las mujeres en la construcción cultural de los géneros al interior de sectores trabajadores. En definitiva, trasladar a la prostitución desde los márgenes de la historia ubicándola como un eje estructurador de las mentalidades intergeneracionales, de la economía, del poder.

Colofón

Esta investigación llegó a la conclusión que el Cerro en el período analizado (1957-1973) fue una comunidad obrera en crisis, apostando a la idea que era más que «un barrio de trabajadores». Esta hipótesis fue contrastada con diversos análisis historiográficos sobre las nociones de «comunidad» (laboral, barrial, de enclave), en particular conceptos en Thompson, Hobsbawm, Lobato y Fontes, y puesta en consideración en el análisis empírico a partir de fuentes variadas y de distinto tipo.

Además de distintos discursos que construían la idea de comunidad y de ciertos valores (solidaridad, cooperación o conciencia de clase) —desde el sindicalismo, organizaciones políticas de conformación obrera, y posiblemente de las iglesias católicas y la metodista, aspecto no estudiado aún— se evidenció prácticas solidarias, cooperativas y de intercambio, en momentos de crisis como en otras instancias. Esto se hacía en relación con la alimentación, la construcción, arreglo u ocupación de viviendas, el apoyo a clubes deportivos barriales y a las huelgas de los frigoríficos y otras fábricas, así como también en la ayuda a los movimientos obreros y estudiantiles, en especial su cobijo al ser reprimidos por las fuerzas policiales y militares.

Se pudo percibir, también, que en el Cerro emergieron creaciones desde la propia sociedad/comunidad barrial, comisiones de fomento, sindicatos y gremios estudiantiles: la compra del local del Liceo 11, las cooperativas de consumo, la Cooperativa de Apuntes del Liceo 11, una «escuela maternal», entre otras.

Por otro lado, se constató también la relevancia del trabajo frigorífico como elemento estructurador del barrio y la comunidad. Las políticas empresariales de fijación de mano de obra en la zona generaron la conjunción del espacio de trabajo y no trabajo posibilitando materialmente el desarrollo de una sociabilidad particular. La propia crisis de esta industria que implicó un aumento de la desocupación en la zona con los cierres de fábricas fue uno de los factores que debilitó esas formas de relacionamiento comunitario. A su vez, se pudo visualizar la extensión de diversas formas de trabajo doméstico que integraban a mujeres, ancianos y niños en actividades remuneradas que complementaban los salarios frigoríficos o en otros rubros, así como el trabajo no remunerado que realizaban las mujeres y que constituían toda una red invisible de tareas que sostenían a las familias obreras y a la propia comunidad.

También se pudo constatar fuertes sentidos de identidad —que pueden tener sin duda otros barrios o comunidades— expresados en forma constante por vecinos y vecinas entrevistados, en asociaciones de jubilados y exsindicatos, con una reivindicación muy importante del tipo de efectos cohesivos

que desempeñó en tiempos difíciles y en particular de la crisis de los años sesenta, tanto en lo económico-social como ante la represión política. Así, se pudo detectar una importante cultura obrera cerrense que integraba e incluía diversas tradiciones étnicas, que se registraron en las distintas asociaciones de inmigrantes en las que participaba parte importante de la población barrial. Esta cultura obrera cerrense también se nutría, entre otras cosas producto de la actividad frigorífica y de las características de la zona, así como de las tradiciones de la población migrante, de una impronta que combinaba lo rural con lo urbano.

Rompiendo con la idea de *comunidad armónica*, los distintos capítulos registran episodios y procesos que exhiben las tensiones y hasta fuertes desencuentros en el barrio. Esto se pudo ver a nivel sindical (el retiro de un sindicato de la Federación Autónoma de la Carne, la escisión de otro en el Frigorífico Nacional), las pugnas entre asociaciones de inmigrantes, a veces vinculadas a la identificación o no con la URSS, en las necesidades de vivienda de un sector de las clases populares expresadas en ocupaciones de terrenos y de viviendas sin habitar, y en las relaciones de género que subordinaban a las mujeres, las relegaban a roles atribuidos socialmente, incluidas sus dificultades para salir de casa al trabajo asalariado, la sociabilidad —priorizada a los varones— y la militancia sindical y política.

En suma, la comunidad obrera vivió en los largos sesenta una profunda crisis que movilizó a la sociedad cerrense y afectó componentes materiales y culturales, resistiendo de diversas formas, incluso transformándose. Estas respuestas societales se entrecruzaron con un barrio cuya población cambiaba —con migrantes internos y de la propia capital— y una crisis política que transformó el autoritarismo en dictadura lisa y llana. La comunidad obrera fue herida en esos componentes, aunque las identidades viejas y las que surgen, tenían aún mucho de colectivo, y el barrio de trabajadores contenía fuertes componentes comunitarios.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía

- ABELLA TRÍAS, J. C. (1960). *Montevideo, la ciudad en la que vivimos. Su desarrollo, su evolución y sus planes*. Montevideo: Editorial Alfa.
- (1966). Montevideo. Propuesta del Plan Director. Repercusión en una política municipal de vivienda. *Revista de la Facultad de Arquitectura*, (7).
- ACERENZA PRURELL, S. (2010). Griegos y sus descendientes en el Uruguay: familia, vida cotidiana y asociacionismo helénico a través de las fuentes orales. En D. TURCATTI (Comp.), *Migraciones minoritarias en Uruguay. Cuestiones de metodología y fuentes*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- ALCOBA, M. J. (2014). *Las mujeres, ¿dónde estaban?* Montevideo: Ed. Primero de Mayo.
- ALONSO, R., y DEMASI, C. (1986). *Uruguay 1958-1968: crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ÁLVAREZ RIVADULLA, M. J. (2009). *Contentious urbanization from below: land squatting in Montevideo, Uruguay*. Pittsburgh: University of Pittsburgh.
- AMORÓS, C. (1997). *Tiempo de Feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad*. Madrid: Cátedra.
- ARTICARDI, J. A. (2004). *Propuestas urbanas de Román Fresnedo Siri* (Tesis de doctorado, Facultad de Arquitectura, Universidad de la República). Recuperado de [t.ly/-6pD](#)
- BARRÁN, J. P. (1992). *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*. Tomo 1: El poder de curar. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1993). *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*. Tomo 2: La ortopedia de los pobres. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1995). *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*. Tomo 3: La invención del cuerpo. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- y NAHUM, B. (1979). *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*. Tomo I: El Uruguay del novecientos. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BARREIRO, P. R. (1984). *El Cerro de Montevideo*. Montevideo: Intendencia de Montevideo.
- BARRIOS PINTOS, A., y REYES ABADIE, W. (1994). *Los barrios de Montevideo*. VI: El Cerro, Pueblo Victoria (La Teja) y barrios aledaños. Montevideo: Intendencia de Montevideo.
- BARROS-LÉMEZ, Á. (1989). *Batllistas*. Montevideo: Monte Sexto.
- BARTH, F. (Comp.) (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- BENGOCHEA, J. (2014). *Inmigración reciente en Uruguay: 2005-2011*. Serie Tesis de Maestría en Demografía y estudios de población, 1. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- BENTANCUR, J. (2015, agosto 4). Primera infancia, vergüenza nacional. *Cuadernos del Taller*. Recuperado de <http://cuadernosdeltaller.com/2015/08/04/primera-infancia-vergüenza-nacional/>.
- BLUTH, A., y TUTTÉ, A. (2004). *La película era lo de menos. Cines de barrio en Montevideo*. Montevideo: UCU.
- BOLAÑA, M. J. (2017a). El fenómeno de los «cantegriles» montevideanos en los estudios sociales. 1946-1973. *Contemporánea*, 7(7).

- BOLAÑA, M. J. (2017b). Políticas públicas y «cantegriles» en Montevideo (1946-1973). Ponencia presentada en las *Jornadas de Investigación de la FHCE*, Montevideo, Universidad de la República, octubre.
- (2018). *Pobreza y segregación urbana. Cantegriles montevideanos (1946-1973)*. Montevideo: Editorial Rumbo.
- BONETTI, J. P. (2016). *La marcha del hambre: ¿una historia enterrada, silenciada o escondida?* Maldonado: edición del autor.
- BORDERÍAS, C., CARRASCO, C., y ALEMANY, C. (1994). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria.
- BORONAT, Y. (2014). Proceso urbanizador y vivienda, caso Montevideo. En RED ASENTAMIENTOS HUMANOS HABITAT Y VIVIENDA, *Derecho a la vivienda. Enfoque jurídico y otras miradas disciplinarias*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- BORONAT, Y., y RISSO, M. (1992). *La vivienda de interés social en el Uruguay: 1970-1983*. Montevideo: Universidad de la República-Fundación de Cultura Universitaria.
- BROQUETAS, M. (2013). *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Universidad de la República.
- (2015). Una lucha sin fronteras: la derecha «demócrata» y la embestida anticomunista en Uruguay de finales de la década de 1950. *Cahiers des Amériques latines*, (79).
- BRUNO, M. (2007). *La caza del fantasma. Benito Nardone y el anticomunismo en Uruguay (1960-1962)*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- BUXEDAS, M. (1983). *La industria frigorífica en el Río de la Plata (1959-1977)*. Buenos Aires: Clacso.
- CAMOU, M. M. (2010). Estancamiento productivo y relaciones de trabajo en el frigorífico Swift de Montevideo, 1911-1957. *Boletín de Historia Económica*, VIII (9).
- CAMPODÓNICO, M. Á. (2003). *Antes del silencio. Bordaberry. Memorias de un presidente uruguayo*. Montevideo: Librería Linardi y Risso.
- CAMPÓN, G., y GÓMEZ, M. J. (2000). *De la Villa Cosmópolis al Cerro. Una historia urbana*. Montevideo: IHA, FARO, Universidad de la República.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, R. (2000). Os (des)caminhos da identidade. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 15(42), 7-21.
- (2003). Identidade étnica, identificação e manipulação. *Revista Sociedade e Cultura*, 6(2), 117-131.
- CARRASCO, C. (2006). La economía feminista: una apuesta por otra economía. En M. J. VARA (Comp.), *Estudios sobre género y economía*. Madrid: Akal.
- CIGANDA, J. P., RODRÍGUEZ, U., y VISCONTI, S. (2009). Los archivos de 'Inteligencia' y la historia uruguaya. *Revista de la Biblioteca Nacional*, 1(3), 15-48
- CONTI DE QUEIRUGA, N. (1986). *La vivienda de interés social en el Uruguay. Historia de los problemas de la arquitectura nacional*. Montevideo: IHA, FARO, Universidad de la República.
- CORES, H. (1984). *Reflexiones sobre el movimiento obrero y la crisis política uruguaya. 1968-1973* [mimeografiado].
- (1989). *La lucha de los gremios solidarios (1947-1952)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1997). *El 68 uruguayo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1999). *Uruguay hacia la dictadura. 1968-1973*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- COSSE, G. (1983). *La cuestión de la democracia: ¿pura apariencia para la dominación burguesa o rescatable realidad social y política?* Montevideo: CIEDUR.
- COURIEL, J., y MENÉNDEZ, J. (2014). *Vivienda. ¿Dónde vivimos los uruguayos*. Colección Nuestro Tiempo, 14. Montevideo: Nuestro Tiempo.

- CUADRO CAWEN, I. (2018). *Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos (1906-1932)*. Internacionalismo, culturas políticas e identidades de género. Montevideo: AUDHI-Ediciones de la Banda Oriental.
- CUERVO, J. J. (2008). Habitar: Una condición exclusivamente humana. *Revista Iconofacto*, 4(5), 43-51.
- DEMASI, C. (2001). 1968. Del batllismo al autoritarismo. *Revista Encuentros*, (7).
- (2004a). El preámbulo: los años 60. En C. APPRATTO *et al.*, *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (Coord.) (2004b). *El «régimen cívico-militar»*. *Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-CEIU, FHCE, Universidad de la República.
- (2019). *El 68 uruguayo. El año que vivimos en peligro*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- RICO, Á., LANDINELLI, J., y LÓPEZ, M. S. (1996). *La caída de la Democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-CEIU, FHCE, Universidad de la República.
- DE MIGUEL, A. (2015). *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid: Cátedra.
- DE GIORGI, A. L. (2017). Entre la lucha contra la carestía y por los derechos de la mujer. Las comunistas uruguayas durante la segunda mitad del siglo XX (1942-1973). En A. VALOBRA y M. YUSTA (Eds.), *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas* (pp. 215-234). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- DEVOTO, F. (1992). La experiencia mutualista italiana en la argentina: un balance. En F. DEVOTO y E. MÍGUEZ (Comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*. Buenos Aires: CEMLA-CSER-IEHS.
- DUFFAU, N. (2010). *De urgencias y necesidades: los sectores populares montevidianos a través de la documentación de una asociación vecinal: el caso de la Comisión Fomento Aires Puros (1938-1955)*. Montevideo: Ediciones Abrelabios.
- ERIKSEN, TH. (2018). El estatus epistemológico del concepto de etnicidad. *Revista Antropologías del Sur*, 5(10), 211-220.
- FABREGAT, J. T. (1968). *Elecciones uruguayas*. Montevideo: Cámara de Senadores.
- (1972). *Elecciones uruguayas*. Montevideo: Cámara de Senadores.
- FAGLIÁN, E. (1992). *Cerreñse*. Montevideo: Editorial Graffiti.
- (2000). *Al oeste de Montevideo, el Cerro y su gente*. Florida: Talleres Gráficos de Diario Cambios.
- FASANO MERTENS, F. (1989, setiembre 28). Jorge Batlle, la refundación del batllismo. *La República*.
- FEDERICI, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- FINCH, H. (2005). *Economía política del Uruguay contemporáneo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- FONTES, P. (2008). *Um nordeste em São Paulo. Trabalhadores migrantes em São Miguel Paulista (1945-1966)*. Río de Janeiro: Editora FGV.
- FRANZINI, J. C. (1972). *Nuestra política pesquera*. Montevideo: SOYP.
- GARCÍA, V., GODOY, C., y RAK, G. (2015). A dos voces: reflexiones compartidas de estudiantes y docentes. En V. GARCÍA, M. PÉREZ y G. RAK (Comps.), *Memoria que es vida abierta. Diálogo de saberes a 40 años de la Huelga General*. Montevideo: Extensión Libros, Universidad de la República.
- GONZÁLEZ, G. (2013). *Una historia de Fucvam*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- y NAHOUM, B. (2011). *Escritos sobre los sin tierra urbanos. Causas, propuestas y luchas populares*. Montevideo: Ediciones Trilce.

- GONZÁLEZ DEL RÍO, J. (2012). *Recuerdos queridos de mi Cerro natal*. Montevideo: Ediciones El Tranvía.
- GONZÁLEZ RISSOTTO, L. R. (1990). *Elecciones nacionales 1989*. Montevideo: Celadu.
- GONZÁLEZ SIERRA, Y. (1994a). *Los olvidados de la tierra. Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo: Nordan.
- (1994b). *Mujeres en la fábrica: ¿deshonra o virtud?* Montevideo: Nordan.
- GUTIÉRREZ, J. (1971). *Los frigoríficos. Prontuario para su nacionalización*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- HERRERA CARASSOU, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- HOBBSAWM, E. (1991). El trabajo en la gran ciudad. *Entrepassados*, (1).
- JACOB, R. (2019). La industria frigorífica en Uruguay: nuevas evidencias, viejas certezas. En *VII Jornadas Uruguayas de Historia Económica*, Montevideo. Recuperado de <http://www.rauljacob.com/docs/RaulJacob_Audhe_19.pdf>.
- JAMES, D. (1987). 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera Argentina. *Desarrollo Económico*, 27 (107), 445-461.
- (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- JODELET, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. MOSCOVICI, *Psicología social*. Vol. II. Buenos Aires: Paidós.
- KAPLÚN PÉREZ, I. (2013). *Del hogar a la calle en el sesenta y ocho. Acerca del Movimiento Femenino por la Paz y la Libertad de Expresión. Uruguay, 1968* (Monografía para el Seminario «Historia del Uruguay de 1930 a nuestros días», IPA, Montevideo).
- LANDINELLI, J. (1989). *La revuelta estudiantil*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República-Ediciones de la Banda Oriental.
- LAVRIN, A. (2005). *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- LEIBNER, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- LOBATO, M. Z. (1990). Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras el Frigorífico Armour, 1915-69, *Anuario IEHS*, 5, 171-205.
- (1992). Una visión del mundo del trabajo. Obreros inmigrantes en la industria frigorífica, 1900-1930. En F. DEVOTO y E. MÍGUEZ (Comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada* (pp. 205-229). Buenos Aires: CEMLA-CSER-IEHS.
- (2000). Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX. En F. GIL LOZANO, V. PITA y M. G. INI (Dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX* (pp. 95 a 116). Buenos Aires: Taurus.
- (2001). *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2019). Dentro y fuera del lugar. Carne, trabajo e identidades de género en Argentina. En J. SURIANO y C. SCETTINI (Comps.), *Historias cruzadas. Diálogos historiográficos sobre el mundo del trabajo en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Ed. Teseo. Recuperado de <<https://www.teseopress.com/historiascruzadas/chapter/genero-y-trabajo/>>.
- (2020). Introducción. En M. Z. LOBATO (Ed.), *Comunidades. Historia local e historia de pueblos. Huellas de su formación* (pp. 9-26). Buenos Aires: Prometeo Libros.

- MAGRI, A. J. (2014). *De José Batlle y Ordóñez a José Mujica. Ideas, debates y políticas de vivienda en Uruguay entre 1900 y 2012*. Montevideo: Universidad de la República.
- MARKARIAN, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- MARTÍNEZ, A. (2020). Mujeres y género en el Cerro de Montevideo en los largos años sesenta (1957-1973). Proyecto *El Cerro en los 60...* [inédito].
- MARTÍNEZ, G. (2004). Un barrio, un ser de otro planeta. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, (1). Recuperado de <http://www.bifurcaciones.cl/001/bifurcaciones_001_GMartinez.pdf>.
- MARTÍNEZ, V. (2013). *Los rusos de San Javier. Perseguidos por el zar, perseguidos por la dictadura, de Vasili Lubkov a Vladimir Roslik*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MATEOS, K. (Coord.) (2005). *Crecer en el Cerro. La historia, las historias y su gente*. Montevideo: Ed. De La Plaza.
- MAYOL, P. (1999). Primera Parte. Habitar. En M. DE CERTEAU, L. GIARD y P. MAYOL, *La invención de lo cotidiano. 2: Habitar, cocinar*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- MECHOSO, J. C. (2005). *Acción directa anarquista. Una historia de la FAU*. Tomo II. Montevideo: Editorial Recortes.
- MEDINA, A. (1994). La sindicalización de los obreros de la carne. *Revista Estudios*, (111), 97-108.
- MELGAR, A., y Teja, A. M. (1985). *Participación de la mujer en el mercado de trabajo e ingresos salariales femeninos*. Documentos Ocasionales, 4. Montevideo: Greemu.
- Memoria del Instituto Nacional de Viviendas Económicas (1938-1942)* (1942). Montevideo: INVE.
- MICOLTA LEÓN, A. (2005). Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales. *Revista Trabajo Social*, (7), 59-76.
- MONTIEL, A. (2010). Observación y análisis de la Escuela Técnica Mtro. Tco. Nicasio García. Instituto normal de educación técnica (INET). Recuperado de <<https://shorturl.at/nJQXY>>.
- MORAES, M. I. (2012). La política económica para el complejo productor de carne vacuna en Argentina y Uruguay (1930-1959). Documentos de Trabajo, Programa Historia Económica y Social de la Unidad Multidisciplinaria, 15. Montevideo: FCS, Universidad de la República.
- MORENA, D. (Coord.) (2006). *Memorias del Casabó*. Montevideo: Proyecto Raíces.
- MURILLO, S. (2006). *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- NAHUM, B. (2000). *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay: 1956-1961*. Montevideo: Universidad de la República.
- COCCHI, Á., FREGA, A., y TROCHÓN, Y. (1998). *Crisis política y recuperación económica. 1930-1958*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- NAHUM, B., FREGA, A., MARONNA, M., y TROCHÓN, Y. (1990). *El fin del Uruguay liberal*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- NAHUM, B., GUTIÉRREZ, D., y KLETT, S. (Dir.) (2007). *Centenario de la Suprema Corte de Justicia (1907-2007)*. Montevideo: Suprema Corte de Justicia.
- PATEMAN, C. (1995). *El contrato sexual*. Ciudad de México: Ed. Anthropos.
- PI HUGARTE, R., y VIDART, D. (1969). *El legado de los inmigrantes*. II. Colección Nuestra Tierra, 39. Montevideo: Nuestra Tierra.
- PORRINI, R. (2004). Memoria histórica e historias de banqueros y friyeros. En R. PORRINI (Comp.), *Historia y memoria del mundo del trabajo* (pp. 65-88). Montevideo: CSIC, Universidad de la República.

- PORRINI, R. (2005). *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- (2019). Las polémicas, la huelga y el golpe (1969-1973). En G. CAETANO (Coord.), *Bancarios. Los primeros 75 años en la construcción de un sindicato del sector financiero*. Montevideo: AEBU.
- PRATES, S., y TAGLIORETTI, G. (1978). *Participación de la mujer en el mercado de trabajo uruguayo: características básicas y evolución reciente*. Cuaderno, 27. Montevideo: CIESU.
- RAMA, C. M. (1958). La vivienda y las clases sociales en el Uruguay. *Revista Sociología*, XX, (1).
- REIS GODLIAUSKAS ZEN, E. (2009). Inmigrantes, militantes y periodistas: La prensa de los inmigrantes lituanos comunistas en Argentina, Brasil y Uruguay. En CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INVESTIGACIÓN DE LA CULTURA DE IZQUIERDAS DE LA ARGENTINA (CEDINCI) (Org.), *V Jornadas de Historia de las Izquierdas*. Buenos Aires. Recuperado de <<https://cedinci.unsam.edu.ar/PDF/Jornadas/V%20Jornadas.pdf>>.
- RODRÍGUEZ, E. (1980). *Uruguay. Raíces de la madurez del movimiento obrero*. Madrid: s. e.
- RODRÍGUEZ, H. (1969). *El arraigo de los sindicatos*. Montevideo: Editores Reunidos.
- ROSTAGNOL, S. (2000). Identidades fragmentadas: Prostitutas callejeras de Montevideo. *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*.
- RUIZ VALENTE, H. (1992). *Contribución a la historia de AEBU*. Montevideo: s. e.
- SAGASTIZÁBAL, M., y LEGARRETA, M. (2016). La «triple presencia-ausencia»: una propuesta para el estudio del trabajo doméstico-familiar, el trabajo remunerado y la participación sociopolítica. *Papeles del CEIC*, 1(151), 1-29.
- SANTANA, F. (2017). La represión de setiembre de 1968, en el marco del nacimiento del «pachequismo». Ponencia presentada en las *VII Jornadas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*, Universidad de la República. Montevideo, octubre.
- SARATSOLA, O. (2005). *Función completa por favor. Un siglo de cine en Montevideo*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- SEGATO, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- SIMONASSI, S., y BADALONI, L. (2013). Trabajadores, empresas y comunidades urbanas: reflexiones introductorias. *Avances del Cesor*, (10), 101-112.
- SIOLA, L. (2019). El adiós al Swift y Armour: crisis y respuestas de los sindicatos friyeros del Cerro frente al cierre de los frigoríficos. *Claves. Revista de Historia*, 5(9), 297-327.
- y GIRONA, M. (2015). *Soofrica. Los orígenes del Sindicato de Obreros y Obreras del Frigorífico Canelones*. Montevideo: Soofrica.
- SOLARI, A. E. (1991). *Uruguay. Partidos políticos y Sistema electoral*. Montevideo: El Libro Libre/Fuceyt.
- SOLARI, A., CAMPIGLIA, N., y WETTSTEIN, G. (1966). *Uruguay en cifras*. Colección Nuestra realidad, 2. Montevideo: Universidad de la República.
- TAKS, J. (1999). La Clase Trabajadora y las obreras del Anglo. *Revista Encuentros*, (6).
- TERRA, J. P. (1969). *La vivienda*. Colección Nuestra Tierra, (38). Montevideo: Nuestra Tierra.
- THOMPSON, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo 1. Barcelona: Crítica.
- TORNAY, L. (2009). Aportes y problemas de los testimonios orales en la construcción del relato histórico. Memoria y marcas de género. Artículo presentado en el *IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina «Los usos de la Memoria y la Historia Oral»*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 7 al 9 de octubre de 2009.

- TRÍAS, I., y RODRÍGUEZ DÍAZ, U. (2012). *Gerardo Gatti: revolucionario*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- TROCHÓN, Y. (1988). De grelas, cafishios y piringundines... En J. P. BARRÁN, G. CAETANO y T. PORZECANSKI (Dir.), *Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*. Montevideo: Santillana.
- (2003). *Las mercenarias del amor. Prostitución y modernidad en el Uruguay (1880-1932)*. Montevideo: Santillana.
- (2006). *Las rutas de Eros: la trata de blancas en el Atlántico Sur. Argentina, Brasil y Uruguay (1880-1932)*. Montevideo: Taurus.
- (2011). *Escenas de la vida cotidiana. Uruguay. 1950-1973. Sombras sobre el país modelo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- TRULLEN, G. (2014). *Una historia de la izquierda. De los cambios en el Partido Socialista a la conformación de la Unión Popular* (Monografía final de la Licenciatura en Ciencia Política, FCS, Universidad de la República).
- TURIANSKY, W. (1973). *El movimiento obrero uruguayo*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- VAIA, L. (1996). Al oeste: el Cerro... En 5.º Congreso Latinoamericano de la Cultura Arquitectónica y Urbanística. Montevideo, 20 de noviembre de 1996.
- VENER, E. (1999). *Un barrio con tradición teatral. Crónica del teatro en el Cerro, 1899-1982*. Montevideo: Magoya.
- VENTURINI, Á. R. (1989). *Estadísticas electorales 1917-1989 y temas electorales*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- VÉSCOVI, R. (2003). *Ecos revolucionarios*. Montevideo: Noos Editorial.
- ZIBECCHI, R. (2006). *De multitud a clase. Formación y crisis de una comunidad obrera, Juan Lacaze (1905-2005)*. Montevideo: Ed. Ideas-Multiversidad Franciscana de América Latina.
- ZUBILLAGA, C., y BALBIS, J. (1986). *Historia del movimiento sindical uruguayo*. Tomo II: Prensa obrera y obrerista (1878-1905). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Fuentes

Fuentes estatales

Decretos y leyes

Diario Oficial, 27/2/1957 Ministerio de Obras Públicas, Decreto 545/970

Diario Oficial, 20/2/1969: Decreto 90/969. 12/2/1969.

Diario Oficial, 6/11/1970.

URUGUAY (1971). Ley n.º 14.006. Desafectación de Bien Inmueble. Recuperado de <<https://shorturl.at/svFMo>>.

URUGUAY (1962). Ley n.º 13.116. Montos de Préstamos Hipotecarios para Construcción de Viviendas. Recuperado de <<https://www.impocom.uy/bases/leyes/13565-1966>>.

URUGUAY (1944). Ley n.º 10.562. Caja de Compensaciones por Desocupación en la Industria Frigorífica. Creación. Recuperado de <<https://www.impocom.uy/bases/leyes/10562-1944/19>>.

Fuente policial

Policía de Montevideo, Dirección de Información e Inteligencia, documentación digitalizada, en Archivo CEIU, FHCE, Universidad de la República

Corte Electoral

Historial de hojas de votación: <<https://www.corteelectoral.gub.uy/estadisticas/historial-hojas-de-votacion/historial-hojas-de-votacion>>.

Corte Electoral, Estadística: <<https://www.corteelectoral.gub.uy/estadisticas/estadisticas/estadisticas>>.

Mapas y planos

Mapa- de la Sección Judicial n.º 13, en: <<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/5659>>.

Planos de viviendas del Cerro Norte. Carpeta n.º 1520, Instituto de Historia de la Arquitectura (IHA), Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo (FADU), Universidad de la República

Diarios de sesiones y publicación municipal

Cámara de Representantes (CR) (1967 y 1971).

Cámara de Senadores (CS) (1954).

Asamblea General (AG) (1973).

Junta Departamental de Montevideo (JDM) (1958).

Consejo de Estado (CE) (1982).

Registro Municipal de Montevideo (1960, 1970-1973).

Datos catastrales

Dirección Nacional de Catastro (DNC): <<http://sede.catastro.gub.uy/Sede/apia.portal.PortalAction.run>>

Prensa editada en Montevideo

Acción, órgano de la Lista 15 del Partido Colorado. 1957, 1962, 1968, 1973.

Ahora. 1973.

Cosmópolis, periódico cerrense. 1999, 2000, 2001.

Cuestión. Publicación de izquierda del Movimiento de Independientes 26 de Marzo. 1971.

Cultura Cerrense, periódico cerrense, 1948.

Darbas, órgano del Centro Lituano del Uruguay. 1950 a 1973.

El Bien Público, 1957, 1961

El Día. 1971, 1979.

El Diario. 1970.

El Eco, periódico cerrense. 1993, 2000.

Jubicerro, n.º 54, 11/1999.

El Observador, 15/11/2015.

El País, órgano identificado con el Partido Nacional. 1957, 1958, 1962, 1964, 1966, 1968, 1969, 1973.

Suplemento «Barrios de mi ciudad», *El País*. 9/9/1964

El Popular, órgano del PCU. 1957, 1958, 1961, 1964, 1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1973.

El Sol, órgano del PSU. 1962.

Izquierda, órgano vinculado al PSU. 1969.
Lucha, órgano vocero de la FOICA-A. 1950, 1970.
Lucha Libertaria, órgano de la FAU. 1957, 1958.
Marcha, semanario independiente de izquierda. 1958, 1961, 1962, 1965, 1966, 1967, 1969, 1971, 1973.
Estudios, revista teórica del PCU, 1958, 1969, 1972
Unión Nacional Católica de Acción Social (UNCAS). 1956.
Reporter. 1961.
 Revista *Arquitectura* (Sociedad de Arquitectos del Uruguay (SAU) (1945-1958).
 Revista *EFCSA*. Publicación de EFCSA. 1961, 1963.
Revista de la Comisión de Fomento Edilicio y Social del Cerro (1965-1967)
 Boletín *Nuestra Señora de la Ayuda*, publicación de la parroquia Nuestra Señora de la Ayuda del Cerro. 1956-1958.

Fuentes sindicales y de izquierda éditas

Cartas de FAU. Tomo I, Montevideo, Ediciones Recortes, 2017 (referidas a 1968-agosto 1969).
 CENTRO URUGUAY INDEPENDIENTE (CUI), Documentos Sindicales 4, Montevideo, CUI, 1985; Documentos Sindicales 6, Montevideo, CUI, 1985.
Boletín Proa, Órgano de la Federación Naval, n.º 5, 12/1949.
 GARCÍA, J. (1984). *Memorias de un friyero*. Montevideo: CIPFE. Testimonio recogido por Ariel Celiberti.

Documentación sindical inédita y de cooperativa

COOPERATIVA DE VIVIENDA FALDA DEL CERRO (COVIFACE). *Actas de la Cooperativa de Vivienda Falda del Cerro*, 1968, 1969, 1970, 1971 y 1972.
 FEDERACIÓN OBRERA DE LA INDUSTRIA DE LA CARNE Y AFINES, AUTÓNOMA (FOICA-A) (1968-1969). *Libro de Actas Congresos, Plenarios y Consejo de la FOICA-A*, mayo-diciembre.
 ——— (1960). *Actas del Congreso Nacional de Delegados de la Federación Autónoma de la Carne*.
 ——— (1961). *Actas del Congreso Nacional de Delegados de la Federación Autónoma de la Carne*.
 ——— (1962). *Actas del Congreso Nacional de Delegados de la Federación Autónoma de la Carne*.
 SINDICATO DE OBREROS Y OBRERAS DEL FRIGORÍFICO NACIONAL (SOOFN) (1966-1967). *Actas Asamblea General, Delegados y Comisión*. Este libro de actas contiene documentación de 1968 y 1969.

Documentos de empresa en archivos

3.^a División. Direcciones del Personal obrero. Frigorífico Nacional. s/d. Archivo FOICA-A.
 Libro de liquidación sueldos frigorífico Artigas 1ra quinc. 1956. Archivo Museo de la Revolución Industrial, ex Frigorífico Anglo, Fray Bentos.

Documentación de asociación étnica

Acervo documental (imágenes, panfletos, libros de socios y finanzas), Archivo del Centro Cultural Máximo Gorki, 1940-1972.

Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social; Contaduría General de la Nación. Estatuto de la Unión Eslava del Uruguay, 1949. Recuperado de <https://www.facebook.com/pg/unioneslavauruguay/photos/?tab=album&album_id=466515423697632>.

Otros documentos escritos

MARTÍNEZ BERSETCHE, J. P. (1957). *Las dos caras de los comunistas. Las verdaderas impresiones sobre Lituania de la «Delegación» de los comunistas lituanos del Uruguay*. Montevideo: Voz de la Libertad.

——— (1960). *Lituania Mártir*. Montevideo: s. e. / Talleres gráficos Goes.

MALAGRABA ELICHIRI, J. P. (1993). *Mi vida, 68 años ininterrumpidos en la Industria (1925-1993), Un ejemplo del Self Made Man.*, Montevideo: s. e.

Datos censales

Bases de datos no oficiales de los Censos Nacionales de 1963 y 1975 reconstruidas por el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade)-División de población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), brindados por la Unidad de Métodos y Acceso a Datos (UMAD) de la Facultad de Ciencias Sociales, ex-Banco de Datos) de la Universidad de la República. Recuperado de <<http://www.ine.gub.uy/censos-1963-1996>>.

Fuentes orales

Entrevistas realizadas en Montevideo, excepto que se especifique

Por Rodolfo Porrini

Almeida, José (9/9/1999)

Baggio, Juan Pedro (26/7/2014)

Barcia, Marina (19/5/2017)

Bentancur, Daniel (29/7/2014)

Chagas, Walter, e Iglesias, Sergio (22/9/2017)

Mechoso, Juan Carlos (5/7/2014; 22/6/2016)

Herrera, Héctor (15/7/2014)

Zahn, Edelweiss (14/5/2016) En Shangrilá

Por Tania Rodríguez

Abracinskas, Lilián (27/2/2018)

Kaluzevicius, Alberto (9/9/2017)

Kamandulis, Inés (16/11/2017)

Poyarcoff, Renée (14/9/2017)

Sapin, Marisa (18/4/2018)

Yuzulenas, Berute (8/4/2019)

Zucas, Birute (26/10/2017)

Por Alesandra Martínez

Aguerre, Floreal (11/4/2019)
Alcoba, María Julia (10/6/2019)
Barcia, Marina (31/8/2017)
«Beatriz» (23/3/2018)
Carmona, Alma (2/4/2018)
Dorpich, Graciela (7/7/2018)
Espinoza, Norma y Fernández, Nelson *Tolo* (27/8/2018)
Fajal, Olga (6/7/2018)
Guevara, Violeta (18/10/2018)
Lamela Macedo, Jorge (2 y 11/4/2018)
Palinski, Ana (4/4/2018)
Presa, Ismael *Pocho* (29/8/2018)
Villalba, Alexis (21/4/2018)
Zahn, Edelweiss (19/10/2014) En Shangrilá.

Por Francis Santana

Aggero Ramírez, Rosario (13/8/2018)
Aguiar, Silvia (9/3/2018)
Andrulis Uzdonaitė, Genoveva y Anita (23/4/2018)
Braselli, Selva (10/8/2018)
Caballero, Jorge *Toto* (17/5/2018 y 28/5/2018)
Camacho Hermida, Ruben (10/4/2018)
Cedrés, Luis Eduardo (30/7/2018)
Couso Lingeri, Fernando (20/3/2019)
Cubría, Norberto (14/6/2018)
Dubarry Pérez, Carlos (15/5/2018)
Fernández Decoud, Teresa (12/4/2018)
Forcade, Hugo (17/4/2018)
González, Ariel (23/6/2012)
Jakubecz Silvera, Catalina (28/8/2018)
La Luz Francisco y Angeli Sarruco Juan *Cacho* (22/8/2018)
Machín Donapetri, Urunday (16/8/2018)
Márquez, Atavalir Norberto *Pochito* (5/9/2018)
Mendoza, Jorge *Jimbo* (11/12/2017 y 27/2/2018)
Naya, Willys (12/12/2018)
Nusa, Juan Carlos (23/5/2019)
Ojeda, Omar *Pelado* (2/5/2018)
Perrone Massa, Mario (10/10/2018)
Pesce, Roberto *Beto* (16/5/2019)
Rodríguez Lerena, Liria (30/5/2018)
Rodríguez, Raúl *Toto* (17/4/2018)
Rodríguez, Rodolfo (21/7/2018)
Sánchez Pérez, Juan (6/8/2018)
Tanuri Guevara, Pedro Nelson (25/10/2018)
Ubiña, Héctor (12/5/2018)
Zapata, Gladys *Beba* (24/3/2018)
Zapata, José *Chino* (8/3/2018)

Entrevistas conjuntas

Gutiérrez, Jorge (5/8/2018), por Tania Rodríguez y Lucía Siola
Jacob, Mario, julio de 2018, por Rodolfo Porrini y José Pedro Charlo.

López Luna, Eva (20/9/2018), por Alesandra Martínez y Lucía Siola.
Trujillo, Nicolás, Iglesias, Sergio, Garateguy, Alberto (16/4/2018) por Lucía Siola
y Rodolfo Porrini

Grabación de época en audio

Discurso de Luis Tróccoli en el 25.º aniversario de la inauguración del estadio del Club Atlético Cerro (1989) (Colección de Gustavo Bucky Delgado).

Documentos audiovisuales

FEDERACIÓN DE OBREROS DE LA CARNE Y AFINES (FOICA) (2019), video producto del Espacio de Formación Integral «Repositorio Documental FOICA», FIC, APEX-Cerro, Uruguay.

GARATEGUY, A. (2019). *FOICA Federación de Obreros de la Carne y Afines*, video producto del Espacio de Formación Integral «Repositorio Documental FOICA», FIC, APEX-Cerro, Uruguay.

HANDLER, M. (1969). *Uruguay. El problema de la carne*. Uruguay.

JACOB, L. (2011). *Cinematoteca del Tercer Mundo*. Uruguay.

Fotografías

Fondo Privado *El Popular* (FPEP), en Centro de Fotografía de Montevideo (CdF).

CENTRO DE FOTOGRAFÍA DE MONTEVIDEO (CdF), 01883fmhge; 01884fmhge;
01885fmhge; 01886fmhge (1918).

SERVICIO DE GEOMÁTICA DE LA INTENDENCIA DE MONTEVIDEO (SGIM) (13/12/1961)

INFRAESTRUCTURA DE DATOS ESPACIALES (IDEUY) (1966)

SERVICIO DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA (SIG), Registro aerofotográfico de Montevideo de 1926. Plano 2, en: <http://intgis.montevideo.gub.uy/sit/mapserv/data/fo-tos_1926/plano2_geo.png>

Archivos y colecciones particulares

ARCHIVO CARLOS QUIJANO, Archivo General de la Nación (AGN), Caja 9, Carpeta 3

COLECCIÓN RAÚL BERTOLINI, entrevista a Pablo Iglesias González (5/3/1994) y a Deltenero Martín López (30/3/1994)

COLECCIÓN DE GUSTAVO BUCKY DELGADO

COLECCIÓN RUBÍ GARCÍA DE RUBESSA

Este libro ofrece una mirada desde la historia social y cultural de un espacio y un tiempo concretos, el Cerro de Montevideo en los años sesenta —entre 1957 y 1973—, en tiempos de crisis económica, social y política general del país. Se buscó un acercamiento intenso a la documentación y a testimonios de protagonistas para comprender la complejidad y la riqueza de lo que entendimos que fueron —y en parte son— una comunidad obrera heterogénea y su proceso de crisis. Apostamos a una historia *de abajo*, persiguiendo la comunicación con las clases trabajadoras y los sectores populares, a través de documentos escritos y visuales de diversa índole, y de sus propios saberes y experiencias vitales.

Este trabajo surgió de la investigación *El Cerro en los años sesenta (1957-1973) ¿barrio de trabajadores o comunidad obrera?*, financiada por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, que tuvo entre sus objetivos aportar al conocimiento histórico con foco en un espacio y tiempo específicos. También buscó establecer una comunicación fluida con la comunidad y colaborar en la localización y el resguardo de variadas fuentes documentales, fundamentales para hacer la historia de las clases populares y de Montevideo. Tal vez contribuya a indagar y a comparar lo sucedido en otras comunidades en distintas regiones.

